



LOS REINOS DE NEREA

La Alianza

ANTONIETA BETANCOURT
MORALES

**LOS
REINOS DE
NEREA
LIBRO II**

La Alianza

**LOS
REINOS DE
NEREA**

ANTONIETA BETANCOURT MORALES

Betancourt Morales, Antonieta

Los Reinos de Nerea – La Alianza – 1 edición -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2024

576 páginas

1. Literatura juvenil 2. Literatura Contemporánea
3. Literatura de fantasía 4. Romantasy

Ilustraciones del interior: Mapa del mundo de fantasía: Inkarnate. Ilustraciones ilustrativas: Imagine.art y Bing.com. Diseño de capítulos: Antonieta Betancourt Morales

Copyright © 2024 Antonieta Betancourt Morales
Todos los derechos reservados

1° Edición

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transacción o la transformación del presente libro, en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de la autora.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.445 de la República Argentina.

*Para mi primogénita de cuatro patas.
Vendería mi alma por volver el tiempo atrás, y poder haber hecho más por ti.*

La regalaría... por sólo un segundo más contigo.

Te dije que me encontraras en tu próxima vida, y lo hiciste. Gracias eternas.

Para todos los dog lovers.

Bienvenidos nuevamente a Nerea.

MAPA DE NEREA



PRIMERA PARTE

OASIS

CAPÍTULO 1

EVAN

Llevaba horas desangrándome en lo más profundo de las catatumbas del Castillo de Valterra, y ya había aceptado que indudablemente moriría. La sangre recorría mi cuerpo, y se filtraba por el piso rocoso de la celda oscura en la que ahora me encontraba. Allí, en esa celda, estaba solo. Pero podía escuchar los gritos de dolor y terror que provenían de las celdas contiguas.

Ese lugar era peor de lo que cualquier persona podría llegar a imaginar. El olor a muerte y a putrefacción me invadió por completo, y sin poder evitarlo comencé a vomitar sobre el suelo frío y rocoso. El vómito se comenzó a mezclar con mi sangre que fluía como un arroyo por las grietas de la roca. No sabía cómo estaba consciente en ese momento. Cómo seguía aún vivo. Temblaba del frío y del terror. Los vellos de mi cuerpo se erizaron por completo y un grito sordo me sacó de mis pensamientos. Era el grito de una mujer. Parecía joven. Desde donde yo me encontraba, no alcanzaba a ver más que los barrotes de hierro que protegían la puerta. La celda era mínima, y por los sonidos del lugar, calculaba que habría cientos de celdas de características similares. Los sonidos de llanto y súplica, sonaban como una melodía siniestra sacada del mismísimo infierno. Otro grito sordo. Más sollozos. Pasos firmes de Guardias que se movían de un lado al otro sin parar. ¿Cómo alguien podría ser cómplice de semejante atrocidad?

Había escuchado hablar de las catatumbas del Castillo de Valterra. Había escuchado rumores de los terrores que se vivían en ese lugar. Todo eso sonaba tan lejano a mí. Jamás en mi vida creí que existiera la más remota posibilidad de que yo terminara allí. Mucho menos bajo las circunstancias en las que llegué. Lo que había pasado en ese sótano... no podía creer lo que había pasado allí. A manos de quien. De Lucy ya sospechábamos y sabíamos que era una maldita psicópata. ¿Pero Thomas? Eso jamás lo vi venir. Sabía de las sospechas de Ana sobre él, pero realmente pensé que eran infundadas. Y Ana... lo único que me alegraba era que ella no estuviera aquí conmigo, ni Valentino. Eso significaba que lograron escapar, ¿verdad? Aún no podía comprender cómo ella había logrado salir ilesa de las llamas. Se lanzó hacia ellas sin pensarlo. Quizás había conjurado algún tipo de hechizo protectorio antes, sin que nos diéramos cuenta.

Ana... nunca antes había conocido a alguien más valiente que ella. Fue a esa casa a rescatarnos sin ayuda de nadie, siendo una simple Sempler.

¿Dónde estarían ahora? ¿Pensarían que morí? Bueno, si lo pensaban, no estarían tan lejos de la realidad, porque es lo que pasaría en las próximas horas... o minutos. No habría forma de sobrevivir con la cantidad de sangre que estaba perdiendo a causa de la puñalada que me clavó Thomas por la espalda, justo antes de que me dejaran inconsciente. Lo siguiente que supe, es que había aparecido en este sórdido lugar.

¿Qué pensarían mis padres? ¿Qué les dirían sobre la causa de mi muerte? Una punzada de dolor se clavó en mi pecho al pensar en ellos. Al pensar que más nunca los vería, ni a mis hermanos. Comencé a sollozar sin poder evitarlo, y el movimiento de mi cuerpo hizo que el dolor de la herida se intensificara aún más y se amplificara por el resto de mi cuerpo. Todo dolía.

Escuché unos pasos a lo lejos. Esos pasos eran diferentes a los de los Guardias. No sólo eran más firmes, sino que además pude distinguir el repiqueteo de un tacón.

Tenía la vista nublada, pero no me costó distinguir a las dos personas que se posaron frente a mi celda: Helene y Adrien D'Amico: los Reyes de Margadorat.

—Llévenlo a la sala de cuidados —ordenó la reina—. Su voz era dulce, pero terrorífica a la vez. No sabía cómo eso era siquiera posible. Tenía el cabello rubio recogido en una trenza, y sobre su cabeza reposaba la corona. Una corona que había robado y mantenido a costa del derramamiento de mucha sangre inocente.

Dos Guardias abrieron la puerta de la celda e ingresaron como pudieron al minúsculo espacio. Era tan pequeño el lugar en el que me tenían que casi no entraban. Entre maniobras, me tomaron de los brazos y me pusieron de pie. Mi cabeza colgaba a un lado como si fuera un muñeco de trapo. No tenía fuerzas ni para mantenerla erguida.

Comenzaron a arrastrarme entre los dos, y pasamos por un pasillo repleto de celdas, tal como lo imaginaba. Pero lo que no había imaginado, era lo que contenían. Había mujeres y hombres golpeados y sangrando. No había camas, ningún lugar para sentarse o estar algo más cómodo, no. Sólo roca.

En algunas de las celdas, las personas estaban desnudas totalmente, y los guardias se turnaban para violar a tanto hombres como mujeres. Por increíble que pareciera, esas víctimas eran las que menos lloraban. Estaban como vencidas, como si la vida se hubiera ya escapado de sus cuerpos y sólo quedara un cascarón.

En otra celda, pude ver como un guardia había atado a un hombre y le daba latigazos con una cadena de púas. Su espalda se había convertido en tiras de piel desgarradas.

—¡Habla maldito inmundo! ¿Dónde están los demás? —le gritaba el Guardia al pobre hombre que ya no podía ni suspirar. Probablemente, el Guardia ya estaba azotando a un cadáver, porque no entendía como alguien pudiera sobrevivir a esa tortura.

Tras ver esas imágenes, simplemente desee terminar de desangrarme lo antes posible. Prefería morir que tener que pasar por cualquiera de esas cosas. ¿Qué habrían hecho esos hombres y mujeres para acabar aquí? No se solía escuchar de rebeliones o revueltas, pero claro que los canales informativos estaban controlados totalmente por los reyes, así que quizás, afuera de lo que había sido mi burbuja de cristal durante toda mi vida, pasaban muchas más cosas de lo que yo podía llegar a imaginar... hasta ahora.

En ese momento entendí, que había vivido mi vida privilegiada, escondido en una caja de diamantes y ajeno a las atrocidades que realmente pasaban en el Reino. Si claro, desde siempre estuve en contra del encarcelamiento de Dantras, Dragones y otras especies, pero... ¿alguna vez me planteé hacer algo al respecto? No. Simplemente lo acepté como la realidad que tocaba vivir.

Muy fácil es vivir esa realidad cuándo tus padres son ricos y estás muy lejos de ser cazado, pero cuando entras en la mira del cazador, todo parece tomar otra perspectiva.

CAPÍTULO 2

CASSANDRA

Teníamos dos semanas para rescatar a Evan, pero ¿cómo? Esa era la cuestión. Los reyes no habían planeado este asesinato público sin ningún motivo. Probablemente era una trampa. Pero ellos no tenían ni idea de la existencia de Oasis y de las fuerzas que habíamos logrado reunir. Claro que no tenían comparación con las fuerzas que manejaban en el Castillo, pero sí que podríamos agarrarlos desprevenidos. Teníamos Dantras, Aqueos de todos los elementos, Auris, hombres lobos y hasta sirenas.

Cualquier trampa que quisieran ponernos podríamos superarlas, por el simple hecho que sólo esperaban que fuéramos Vladimir, Valentino y yo. Claro que ellos no tenían ni la más mínima idea de que Vladimir Sokolov, era en realidad mi padre, John Baltich (el verdadero Rey), y que había estado bajo sus narices todo este tiempo.

Muchas veces lo peor que puedes hacer en una guerra, es subestimar a tu enemigo, y estaba segura que ellos nos subestimaban.

Aun así, me angustiaba el hecho de poner en riesgo a las personas de Oasis. ¿Tenía sentido arriesgar la vida de un gran grupo de personas de Oasis por la vida de una sola persona? Eso me había insinuado Amelie. Y quizás tenía razón, pero no había manera de que yo me quedara con los brazos cruzados mientras asesinaban a mi mejor amigo.

Había salido a los campos de entrenamiento. Desde que en Oasis se enteraron que mi padre, el Rey, estaba vivo, la reacción había sido como un shock de adrenalina. Las esperanzas parecieron renovadas y la luz al final del túnel pareció verse más cerca que nunca.

No hubo oposición ante la idea de comenzar de una vez por todas la guerra. Ya estábamos preparados, ¿qué más íbamos a esperar? Todos querían la tan anhelada venganza. Incluso más aún que la justicia.

Miles de personas se encontraban entrenando a toda máquina. Valentino, que nunca antes en su vida había tenido ningún tipo de entrenamiento de esa clase, había comenzado a practicar con Amelie para la batalla. Él iba a formar parte del cuerpo médico, junto con el resto de los Auris de Oasis, pero, aunque no fuera a involucrarse activamente en la lucha debían de tener los mínimos conocimientos de defensa personal. En realidad, el resto de los Auris eran guerreros con todas las letras de la palabra, ya que la mayoría llevaba años entrenando en Oasis. El caso de Valentino era diferente, debía enfocar sus energías a aprender lo más posible sobre sus poderes de curación y mejorarlos. Me habían dicho que, si hubiese sido un Auris experimentado el que me hubiera curado el día del ataque, la curación hubiese sido mucho más rápida y perfecta, no me hubiese dolido nada al día siguiente. Pero ese no fue el caso. Igualmente, Valentino había hecho un muy buen trabajo.

—¿Has logrado sobrevivir al entrenamiento de Amelie? —le pregunté a Tino (ahora lo llamaba por el apodo que le había puesto Amelie a Valentino), mientras me acercaba al lugar en el que todas las mañanas practicaba con ella. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y entre jadeos me contestó: —Creo que es muy probable que necesite que me revivan porque no estoy seguro de estar vivo.

Reí ampliamente y Amelie lo miró con cara de “que exagerado eres”.

—Puedes dejar el drama, hemos terminado por hoy. —sentenció ella y se alejó de

nosotros—. Nos vemos mañana a la misma hora, espero que no estés tan llorón como hoy —replicó a lo lejos. Se fue andando con un caminar firme y elegante hacia un grupo de guerreros que la estaba esperando.

Tino tomó una botella de agua y tras un largo trago, finalmente pudo hablar: —Esa mujer es incansable.

Sonreí y me acerqué hacia él.

—Lo sé, ya he entrenado con ella antes y los primeros días te puedo asegurar que creí que iba a morir.

Ambos sonreímos.

—Ana... —abrió sus grandes ojos azules al darse cuenta del error y rápidamente se corrigió— perdón Cassandra. No me acostumbro a tu nuevo nombre.

—Mi verdadero nombre, querrás decir.

—Nuevo para mí —aclaró.

—Lo sé, lo sé. Y ya te dije que me llames Cassie. Mi nombre completo suena muy... formal —le coloqué la mano en el hombro y la retiré al sentir todo el sudor que empapaba su camisa— ¿quieres ir a conocer un poco los alrededores? Quería hablar contigo, y saber cómo estás, como te sientes.

Su expresión estaba un poco oscura. Sabía que trataba de ocultarlo, pero estaba angustiado por Evan, por todo. Había tenido que dejar su vida de un momento a otro sin previo aviso. A su novio, a su familia, a todos.

Comenzamos a caminar hacia la playa.

—La verdad que no sé qué sentir —hizo una pausa y me miró. Tuve que subir la cara para poder devolverle la mirada, porque era muy alto en comparación conmigo. Aunque bueno, todo el mundo era muy alto en comparación conmigo—. Por un lado, hay como una pequeña llama de esperanza creciendo en mi pecho, y no solo por Oasis, que me parece increíble, sino porque tu padre está vivo Cassie. Y no sólo él, tú también. La legítima heredera y princesa de Margadorat.

—Pero viene un pero, ¿cierto? —intervine. Él asintió.

—*Pero* no puedo dejar de pensar o sentir que todo se va a ir a la mierda. No puedo dejar de pensar en mi familia, en Federico. ¿Qué pensarán que me pasó? ¿Qué les habrán dicho? ¿Estarán en peligro? Todo eso me atormenta y no sé cómo dejar de pensar en eso.

Le tomé la mano y la apreté sutilmente, con la intención de darle mi apoyo: —Sé cómo te sientes. Y realmente quisiera poder ayudarte ahora, pero solo toca esperar. Buscaremos la manera de dar con ellos y traerlos a Oasis con nosotros.

Él asintió, y tuvo la intención de hablar, pero el nudo en la garganta se lo impidió. La brisa fresca del mar, hacía que su cabello rubio ondulara. Cruzó sus brazos sobre el pecho, como si tratase de contener sus emociones allí dentro.

—¿Crees que vayan a querer venir? —pregunté.

—Federico sí, sin dudar —respondió con seguridad. Ya estábamos en la playa y nos quitamos los zapatos para sentir la arena en los pies—. Pero mis padres no sé... probablemente tenga que hacer algo para convencerlos —se quedó un momento pensando, antes de agregar— aunque en realidad dependerá de cómo esté la situación allá. No lo sabemos. No sabemos si les hicieron algo.

—¿Crees que Kathy esté bien? —me animé a preguntarle, por más miedo que le tuviera a la respuesta.

—¿Por qué no lo estaría? —repreguntó él.

—Es nuestra amiga, y es la única que quedó fuera de todo esto—. Hice una pausa y respiré hondo—. Pero quizás igualmente sospechan de ella.

Nos acercamos más al agua, y nuestros pies se mojaron con las olas de la orilla, mientras caminábamos a lo largo. A nuestras espaldas se encontraba el hermoso bosque y el pueblo de Oasis.

—Tendremos que rescatarla entonces a ella también —afirmó. Yo sólo asentí, ignorando el nudo que se formaba en mi pecho.

Sabía lo despiadados que podían ser los reyes y Lucinda, pero no quería decir más, cuando su familia estaba en peligro.

—No sé cómo vamos a lograr todo, pero algo se nos ocurrirá —dije en una voz tan baja que casi parecía un susurro.



Teníamos un rato largo conversando en la playa, cuándo sentimos a alguien acercarse. Giramos rápidamente y encontramos a Jacobo con la cara pálida caminando en nuestra dirección. Nos pusimos de pie de golpe y caminamos hacia él.

—¿Qué pasó? —pregunté angustiada, con temor a lo que fuera a responder —¿Es Evan? ¿Le pasó algo?— seguí preguntando.

—Tranquila, no tenemos novedades de Evan —respondió al tiempo que me hacía entrega de un pedazo de papel enrollado.

Tan pronto lo tuve en mis manos pude ver que se trataba de un periódico. Me sorprendió ver algo tan común y ordinario en Nerea, no lo había visto antes. En mis épocas del orfanato, eran mi diversión diaria.

—Lee —se limitó a aclarar.

SECUESTRARON AL PRÍNCIPE JACOBO D'AMICO

El príncipe ha sido secuestrado por un grupo rebelde que se sospecha está liderado por el legendario ex Rector del Instituto Avanzado de Hechicería de Valterra, el profesor Vladimir Sokolov, junto con dos estudiantes: Ana Kramer y Valentino Zephyr. Si bien el intento de rebelión ha sido sofocado, se agradece cualquier información que se tenga sobre el paradero de los delincuentes. El príncipe aún corre peligro ya que no hay novedades de su paradero...

No daba crédito de lo que leían mis ojos. ¿Se podía ser más cínico? Claro, no les convenía que la gente pensara que el Príncipe, el propio hijo de los reyes, estaba en su contra.

—Esto hay que desmentirlo de alguna manera —exclamé.

—¿Cómo? No hay forma de lograr que publiquen algo que contradiga el discurso oficial. Toda la prensa está controlada por la corona —respondió Jacobo. Su mirada estaba apagada y su mandíbula tensa. Podía sentir el nivel de estrés y presión que estaba viviendo ahora mismo.

—¡Algo hay que hacer! —intervino Valentino— ¿Qué va a pensar mi familia de mí? Nunca me lo perdonarán—. Hizo una pausa y se quedó pensando unos segundos sin decir nada —¿y si vuelves?— la pregunta iba dirigida a Jacobo —¿y si vuelves y dices que lograste escapar?

Jacobo miró al océano a nuestras espaldas con seriedad. Estaba tenso y no podía

ocultarlo, aunque quisiera.

—No hay manera Valentino, de que yo ponga un pie nuevamente en ese Castillo ni en el Instituto —su mirada se tornó aún más oscura y suspiró—. No podría sobrevivir a tener que fingir ni un segundo más de mi vida—. Se colocó las manos dentro de los bolsillos del pantalón de batalla negro que llevaba puesto—. Además, mis padres no son idiotas. Se darán cuenta incluso antes de verme. No es una alternativa —sentenció—. Lo siento.

CAPÍTULO 3

EVAN

El camino hacia la “sala de cuidados” se me hizo eterno. Por cada celda que pasaba, veía un escenario cada vez más terrible. Me tuve que esforzar por cerrar los ojos. Pero eso sólo hacía que mi sentido del oído se intensificara y escuchara con mayor detalle los gritos de horror que surgían de cada rincón. No lograba identificar qué era peor: *ver* o *escuchar*.

Al final del pasillo de celdas, había una puerta de madera oscura y rancia. Un Guardia la abrió y los reyes ingresaron de primeros a la habitación, seguidos por los Guardias que me llevaban a mí a cuestas. En el centro de la habitación había una camilla, similar a la de un hospital, al lado había una mesa de metal con diferentes herramientas, que lejos de cuidar, parecían ser destinadas a torturar.

La sangre caliente seguía recorriendo mi espalda, y la visión se me nubló. Los Guardias me recostaron y escuché al Rey decir: —Que pase.

Unos pasos firmes siguieron su orden, pero yo ya no podía mantener los ojos abiertos. Si me iban a torturar, yo no iba a sentir nada, porque estaría muerto en pocos minutos.

Un sonido angelical inundó la mugrienta habitación subterránea, y comencé a sentir un calor en la zona herida. Muy rápidamente, en donde hasta hacía unos segundos sentía dolor, ya no sentía nada. ¿Alivio? No, hubiese preferido estar muerto. Claramente me había curado un Auris, pero ¿para qué me querían vivo? No tenía sentido. Me inyectaron algo en el brazo y pude sentir como sangre fresca comenzó a recorrer mi cuerpo moribundo.

—Sr. Gorgots, un gusto conocerlo—. Adrien se dirigió a mí con la voz fría como el hielo, y ronca. El eco retumbaba en las paredes.

«¿Qué mierda querrán conmigo?».

—No puedo decir lo mismo —me limité a responder, con las pocas fuerzas que me quedaban.

—Veo que está usted muy rebelde, Sr. Gorgots —fue Helene quien respondió. Se pavoneaba frente a mí con gracia perversa—. No ha estado vinculado con muy buena compañía en este último año en el Instituto, ¿no es cierto?

—No tengo nada para decir —declaré con frialdad.

—Verás, querido. A lo largo de los años hemos descubierto que *todos* tienen algo para decir, cuándo se le dan los incentivos suficientes —la voz dulce de Helene resonó como una sierra en mi cabeza. Eso era una clara amenaza.

—Tiene usted razón, su majestad —hice una pausa—. He tenido el infortunio de hacerme cercano a ... *la maldita perra psicópata de Lucinda y al hijo de puta de Thomas*—. Respiré hondo. —Que según entiendo son también muy cercanos a ustedes—. Gruñí con desprecio.

Al saber que los reyes estaban detrás de los asesinatos, no me costó imaginar la relación que debían tener. Los sollozos de fondo de las catatumbas no se habían apaciguado. Pero ellos parecía que estuvieran en un parque de diversiones, con sonrisas macabras pintadas en sus rostros. Claramente, poco les importaba lo que pasaba. Al fin de cuentas, ellos eran los culpables de todo.

—Si yo fuera tú, controlaría el tono de voz —intervino el rey con dureza—. Más aún si

estás hablando con tu reina.

—Ninguno de ustedes son mis reyes —sentencié. De nada servía a esa altura seguir con la farsa. Al fin de cuentas, ambos eran unos tiranos traidores. No eran los legítimos reyes de Margadorat.

La mirada de ellos se tornó aún más oscura, como si aquello fuera posible.

—Me pregunto Evan, ¿qué tendrán que decir tus padres de todo esto? ¿Tu familia? —la dulce voz de la reina me hizo temblar. Más les valía dejar a mi familia fuera de esto.

—Creo que nos podríamos divertir mucho con ellos cariño —agregó el rey—. ¿No crees? Tengo algunas ideas muy divertidas.

—¡Ellos no tienen nada que ver! Así que no los metan en esto por favor —esa petición era una súplica.

Por mi familia haría cualquier cosa. Después de todo, mis padres y mis hermanos eran las personas más importantes en mi vida. Siempre me habían cuidado, amado y protegido. Esto último, quizás demasiado. Me hervía la sangre de pensar que pudieran hacerles algo, aunque fuera un simple interrogatorio. Pero algo me decía que, con estas mierdas de personas, no había tal cosa como un “simple interrogatorio”.

—Lamento informarte que ya es muy tarde para eso —confirmó Adrien, y yo palidecí—. Todos los locales de Gorgots a lo largo del Reino han sido expropiados, y tu familia está de camino al Castillo en éste preciso momento, para determinar su grado de culpabilidad.

—¿¡Grado de culpabilidad en qué!? —ya no había ni un atisbo de calma en mi voz, sólo gritos—. ¡La víctima aquí soy yo! ¡La psicópata de Lucinda me secuestró, me apuñalaron y me trajeron hasta acá! ¿¡Qué puede tener que ver mi familia en todo esto!? —los gritos entrecortados por el llanto era lo que lograba salir de mi garganta. No podía imaginarme a mis padres acá abajo. No quería imaginarlo. —Les suplico por favor, hagan conmigo lo que quieran, pero a ellos déjenlos fuera de esto. Les ruego por favor. Les juro, no tienen nada que ver—. Las lágrimas recorrían mi rostro a cántaros.

—No creerás que vamos a dejar a la familia de un rebelde confeso, recorrer el Reino como si nada pasara, ¿cierto? No puedes ser tan inocente Evan—. La reina se acercó a mí y me pellizcó sutilmente la mejilla—. Ni con esa carita dulce que tienes. —Pero, puedes colaborar, y quizás así no salgas tan perjudicado ni tú, ni ellos —afirmó.

El sólo hecho de pensar en la posibilidad de ayudarlos me revolvía las tripas, pero no podía dejar que les hicieran daño a mis padres.

—¿Ayudar cómo? —inquirí con repulsión hacia mí mismo por solo considerarlo.

—Cuéntanos todo lo que sabes —requirió Helene.

—¿Sobre qué? —pregunté.

No entendía que tipo de información pensaban que yo tenía. ¿Tendría que ver con el Zarbala? Era lo único que se me venía a la mente.

—Sobre tu querida amiga Ana Kramer, el Rysler que hemos estado buscando.

«¿De qué hablan? ¿Qué tiene que ver Ana con un Rysler?».

—¿A qué se refieren? —fruncí el ceño ya que no entendía lo que estaban pidiendo.

—No te hagas el idiota Evan —intervino Adrien—. Sabemos que Ana Kramer es un Rysler y se ha estado ocultando todo este tiempo. ¿¡Qué sabes de ella maldita sea!? No tenemos tiempo que perder.

—¡Ana no es un Rysler! —exclamé— ella es Sempler. Creció en la Tierra y hace poco llegó a Nerea, es todo lo que sé, lo juro.

—Lucinda nos contó que vio con sus propios ojos como se transformó y carbonizó a

todos a su paso —confesó Helene—. Así que habla de una vez.

No podía creer lo que me estaban diciendo. Seguramente era cierto, porque por algo lo decían con ese nivel de convicción. Pero yo no tenía idea. Ana siempre me había dicho que era Sempler.

—Les juro por mi vida que no lo sabía. Siempre creí que era Sempler. Lo juro.

—Llévenselo —ordenó Helene, tras inspeccionarme con una profunda mirada —no has sido de mucha ayuda, pero tranquilo...muy pronto lo serás.

Por lo menos no habían utilizado los aparatos de tortura, pero algo me decía que su amenaza oculta, sería incluso peor.

CAPÍTULO 4

CASSANDRA

Los líderes y figuras más importantes de Oasis, estábamos en esa habitación, tratando de idear un plan para salvar a Evan. La cosa no venía del todo bien, y honestamente estaba tratando de mantener la calma, pero no era fácil. Si hubiese algún premio al auto control, seguramente estaría entre los nominados.

Elica era la líder de planificación estratégica, y según John y Jacobo, era muy buena en eso, pero no venía tirando ni una idea útil, así que, según mi punto de vista, las habilidades de Elica dejaban mucho que desear. Supuestamente se había formado en esa área desde hacía muchos años. Había leído los libros más importantes sobre el arte de la guerra, incluso aquellos que estaban prohibidos desde el reinado de Adrien y Helene. En Oasis había una gran biblioteca con libros prohibidos: tomos que de alguna otra forma alguien logró rescatar y terminaron allí. Jacobo me había explicado mucho sobre el funcionamiento de Oasis y el papel que jugaba cada una de las personas allí.

Por otra parte, Baltazar en poco tiempo se había convertido en un líder indiscutible de los Dantras de Oasis. Él tenía muchísima experiencia, ya que como me había comentado unos meses atrás, era el “asesino de Legiones” un Woch que había logrado asesinar a un gran número de Legiones Reales por sí solo y tomándolos por sorpresa. Era una de las criaturas más buscadas de todo el Reino, el tema es que nadie sabía la forma mortal de aquel Woch, lo que hacía muy difícil identificarlo. Baltazar era un líder nato: fuerte, poderoso, carismático, transparente, empático y sobretodo valiente. Desde que lo conocí había tenido una conexión muy linda con él, y sabía que él sería parte importante en la liberación de Margadorat.

Jacobo por su lado, era el experto más grande en hechicería y el Comandante General de los Guerreros de Oasis. Una de las manos derechas de John sin duda alguna. Su vinculación con la corona era, además, una gran ventaja, aunque ya no podría ser de mucha ayuda en ese aspecto desde que huyó, pero claramente todo su conocimiento del Castillo, de sus padres, del funcionamiento de la Guardia Real y de las Legiones nos sería invaluable.

Thorin era el líder de los médicos y de los Auris. Tenía alrededor de 29 años y había desarrollado de forma increíble sus habilidades de Auris, y no sólo en el arte de la curación sino también en el de la guerra. Los Auris eran escasos y poco comunes, pero eran demasiado valiosos. Podían lograr hacer ataques sonoros de gran potencia, debilitando a sus enemigos antes de atacar, o incluso haciendo que les explotaran los vasos sanguíneos dentro del cuerpo, *pero* era un arma de doble filo. Solo muy pocos Auris lograban controlar tan a profundidad su poder como para dirigir esos ataques en contra de los enemigos y no afectar a su propio bando. Por ese motivo, era muy difícil ver a Auris peleando una batalla de forma activa. Thorin hacía un tiempo que había logrado manejar su poder de esa forma y por eso era uno de los guerreros más importantes en Oasis, y me atrevería a decir que en todo el reino. Lo cual era increíble a su corta edad. Había nacido con un don nato, evidentemente. Podía dañar al enemigo muy profundamente y al mismo tiempo, salvar vidas y curar heridas mortales. Había llegado a Oasis luego de que secuestraran a su hija y asesinaran a su esposa frente a sus ojos. Él había salido a buscar provisiones para la casa en la que vivían, en un pueblo de Aerondor, y cuándo llegó, las puertas estaban abiertas y los Guardias le habían cortado el cuello a su mujer. Ya se habían llevado a su

hija y lo único que pudo hacer en ese momento, fue huir, con la esperanza de algún día encontrarla. Cosa que, al día de hoy, no había logrado hacer. No obstante, mantenía intacta la esperanza, si él hubiese muerto aquel día, su hija realmente no tendría oportunidad alguna.

Lamentablemente, desde ese entonces hasta hoy, ya habían pasado 6 años y él aún no había podido hacer nada por encontrarla. No sabía cuál era el paradero de ella, y según me había comentado Amelie un día, el no saber, era algo que torturaba diariamente a Thorin. Si detallabas bien sus ojos color avellana, había una oscuridad allí que te podría hacer estremecer. Si bien yo no era madre, y muy lejos estaba de serlo, no podía pensar en una situación y angustia más grande que perder a un hijo. Su hija hoy tendría nueve años. ¿Qué sería de ella?

Otra de las manos derechas del rey era la líder de la batalla: Amelie. Si bien no era común una sirena en esa posición, la realidad era que Amelie tenía una capacidad innata no sólo para luchar y defenderse, sino para *enseñar*. Y eso era un valor muy necesitado en Oasis, ya que era la encargada de enseñarle a los recién llegados el arte de la batalla cuerpo a cuerpo. Con armas, espadas y escudos. Más allá del uso de la magia, ella enseñaba la batalla pura y cruda.

Finalmente, mi padre, John, el verdadero y legítimo Rey de Margadorat. No era necesario explicar qué tipo de líder era... simplemente lo era. Y todas las esperanzas estaban puestas en él.

—Sigo pensando que es una locura total, pero necesitamos asegurarnos todos los frentes para tener alguna chance—. Era Elica quien hablaba y por supuesto que no estaba de acuerdo en arriesgar todo por salvar a una persona, y menos si era persona era amigo mío. Por algún motivo, desde que se enteró que yo era la princesa, la hija de John, sentía que me tenía aún más rechazo. No podía explicar esa actitud en ella.

—El Castillo está muy bien protegido —comentó Jacobo con la seriedad que tanto lo caracterizaba, y ahogando un suspiro. Se hallaba sentado en una de las sillas con las piernas algo abiertas y apoyaba sus codos en ellas. Se notaba angustiado por todo lo que estaba pasando, y no podía hacer nada por ocultarlo—. Al sur, está el Gran Océano, y el muelle y el puerto están protegido por Guardias las 24 horas del día. Por el norte hay una Legión de la Guardia, la mayoría Aqueos de viento que protegen la entrada al Castillo. Ambos flancos en el este y el oeste, están protegidos por grandes murallas resguardadas por Aqueos de Fuego, Agua y algunos pocos de Tierra—. Hizo una pausa y posó brevemente sus ojos sobre mí. —Finalmente, en las torres hay arqueros que son de diferentes razas. De ellos no sé demasiado. Lo que importa es que disparan flechas a todo lo que se mueve y que es medianamente sospechoso.

—Básicamente... un suicidio entonces, ¿no? —dijo Elica y me asesinó con la mirada. Sus ojos celestes eran tan claros como su piel, y tan fríos como el hielo.

Detestaba con mi alma su actitud. ¿Era peligroso? Si. ¿Era arriesgado? También. ¿Pero para que rayos estaba aquí sentada si no tenía la intención de aportar absolutamente nada positivo? Era como una especie de nube negra disfrazada de muñeca de porcelana.

—Nadie te obliga a estar acá... —me puse a la defensiva y mi voz sonó tan cortante como el filo de una daga. Le iba a decir de todo, pero mi padre me interrumpió.

—Cassandra, por favor. Todos somos un equipo, y todos debemos de estar acá —sentenció con la intención de calmar las aguas.

Aún me costaba acostumbrarme a su nuevo rostro: ojos grandes de color marrón claro, cabello castaño y una expresión de autoridad. Incluso se veía muy joven, (aunque en realidad tenía 93 años), pero en Nerea el promedio de vida eran los 500 años, por lo que 93 era la flor de la juventud.

Aún no me había detenido a pensar qué sentía respecto a mi nueva y prolongada

expectativa de vida. (Siempre y cuando no me mataran antes los padres de mi amor platónico).

No lograba identificar elementos similares entre mi padre y yo. Por lo menos físicamente, seguramente yo me parecía más a mi madre. Ignoré la punzada que me generó pensar en ella.

—Claramente hay alguien que no lo desea —repliqué aún con molestia.

—Elica tiene derecho a dar su opinión, aunque no nos guste—. Me miró con autoridad y vehemencia.

—Se llama libertad de expresión —replicó Elica.

John la fulminó con la mirada.

—Pero aun así Elica, —su tono de voz sonaba aún más grueso y duro que de costumbre— te agradecería dejar los comentarios de ese estilo ya que la intención es que logremos llegar a un puerto común, no ponernos los unos contra los otros —declaró—. Ahora más que nunca, debemos mantenernos unidos.

Ella simplemente asintió y no dijo nada más.

—Quizás lo mejor sea entrar y salir por el agua —propuso Amelie. Ella sí tenía intenciones reales de ayudar a la causa “rescatemos al mejor amigo de Cassie”—. Yo puedo llegar hasta allí y luego transformarme, nadie sospechará de mí, simplemente diré que me perdí. Luego me escabullo, recupero a Evan y Lyanna puede volver con él nadando a gran velocidad. Ni se darán cuenta.

—Pero, ¿cómo propones liberar a Evan? —consultó John y clavó su mirada en ella—. Esa es precisamente la parte más complicada. No creo que puedas hacerlo sola. Habrá cientos de guardias, estarán *ellos* —agregó refiriéndose a los padres de Jacobo.

—No puede entrar una sola persona y encargarse de rescatar a Evan y escapar con él. Eso es imposible —comentó Elica—. Y no lo digo con mala intención realmente, pero ese plan no es viable. Además, necesitamos tener un plan A y un plan B, por si el plan A falla.

—Tiene razón —agregó Jacobo y Elica sonrió sutilmente—. Creo que lo que mencionas Amelie es mejor como plan B, que estén allí, esperando por las dudas, pero el plan A tiene que venir por tierra.

—Será imposible pasar las barreras de Guardias y luchar contra todos al menos de que vaya un ejército —intervino Thorin.

—Hay que pasar desapercibidos —contestó Baltazar.

—Aun pasando desapercibidos, ¿cómo pretenden liberar a Evan y escapar? —comentó Elica—. No es solo liberarlo, luego hay que escapar con él y no sabemos en qué condiciones está.

—¿A qué te refieres con “en qué condiciones”? —fruncí el ceño en dirección a ella, tratando de mantener la calma y la compostura.

—No quiero ser cruel Cassandra, pero dudo que esté en las mismas condiciones en que lo recuerdas—. Explicó y realmente entendí que sus palabras no tenían la intención de lastimarme. —No sabemos si podrá caminar, volar, correr. No sabemos nada.

—Les propongo lo siguiente —la voz imponente de John hizo que todos los que habíamos comenzado a hablar hiciéramos silencio y lo escucháramos—. Tómense un par de días y cada uno venga con una propuesta de plan A y B, tomando en cuenta las habilidades que tenemos y que no implique la ida de un gran grupo de personas. La idea es rescatar a Evan, no desatar la guerra ahora mismo.

—Si su majestad —replicó Amelie y todos asintieron en silencio.

Salí de la reunión y me dirigí inmediatamente a mi habitación. No quería hablar con

nadie ni mucho menos escuchar opiniones pesimistas sobre el plan, o bueno... sobre la falta de plan. Cerré la puerta a mis espaldas y antes de que pudiera llegar a la cama a recostarme, llamaron a ella.

—¿Quién? —pregunté al tiempo que me tropezaba con una bota que había quedado perdida en el suelo y prácticamente me iba de bruces.

—Jacobó Cas. ¿Puedo pasar? —su voz se coló por mi cuerpo y me puse nerviosa, colocándome de pie nuevamente. No habíamos tenido prácticamente tiempo de hablar desde que habíamos llegado. Menos a solas. Antes de haber llegado a Oasis esta última vez, Jacobo y yo estábamos en una zona gris de tensión.

—Pasa —repliqué, y me acomodé un poco el pelo con nerviosismo.

La puerta se abrió y Jacobo entró sigilosamente a la habitación, la cual inmediatamente se cargó de renovada tensión. Como si estuviese causando una tormenta eléctrica dentro de esas cuatro paredes. Sus ojos verdes estaban apagados, pero tan pronto se posaron en mí, todo mi cuerpo reaccionó ante ellos como un interruptor.

—Quería saber cómo estabas Cas —comentó al tiempo que se acercaba más a mí. Era la única persona que me llamaba así, *Cas*.

—Cómo puedo —me limité a responder. No quería decir el típico “bien y tú”, cuándo estaba muy lejos de ser cierto.

Se acercó con cuidado hacia mí y pude ver en cámara lenta cada músculo de su cuerpo moverse en mi dirección, hasta que finalmente me sorprendió al bordear mi cuerpo con sus fuertes brazos y estrecharme contra su pecho. Su aroma me invadió por completo y pensé lo injusto que era que ese hombre pudiera causar esa reacción en mi cuerpo sin siquiera intentarlo.

La presión de su cuerpo contra el mío me hizo sentir segura y vulnerable a la vez. Jacobo tenía ese efecto en mí: era como una manzana prohibida: dulce pero peligrosa.

Lentamente, subí mis brazos y los crucé detrás de su espalda, devolviéndole el abrazo.

Nuestras respiraciones acompasadas comenzaron a sincronizarse, y a acelerarse involuntariamente. Probablemente nunca antes habíamos estado en esa posición. Si, nos habíamos besado y otras cosas, pero había algo de esa situación que se sentía demasiado *íntima*.

Me apretó aún más contra él y me dijo en un susurro ronco: —Todo estará bien.

Esas palabras fueron como un click a mi botón de llanto desenfrenado. Odiaba con toda mi alma llorar frente a alguien, pero en ese momento no lo pude controlar. Simplemente pensé en todo lo que debía estar viviendo Evan en ese mismo momento, en lo que le estarían haciendo (especialmente después del comentario de Elica) y en la posibilidad de que todo saliera mal y no pude parar de llorar.

Las catatumbas del Castillo eran reconocidas por sus métodos de tortura. Era un secreto a voces, ya que la información real estaba censurada y nadie podía hablar de ello, porque de hacerlo, terminarían allí mismo.

Sollocé en los brazos de Jacobo por un tiempo indeterminado, y él simplemente se mantuvo allí, consolándome y acariciándome la cabeza y la espalda.

—Todo saldrá bien, cueste lo que cueste —repitió con seguridad. Esa seguridad que a mí me faltaba en esos momentos.

Me separé de él y lo único que atiné a decir fue: —Gracias.

Acercó su pulgar a mi rostro y delicadamente me limpió una de las lágrimas que había iniciado su recorrido de descenso por mi rostro.

—¿Podemos ir a dar un paseo? —le pregunté.

Necesitaba un poco de aire fresco, y no podía imaginar una mejor persona para que me

acompañara en ese momento.

—Claro —respondió, me tomó de la mano y me guio hasta la puerta.

Unos minutos después, nos encontrábamos caminando por la playa de Oasis, y un atardecer pintó el cielo de los colores más hermosos que vi en mi vida. Tonos violetas, rosas y naranjas surcaban el horizonte y sentí cómo mi cuerpo se recargaba con la energía del sol, del paisaje y del mar. Por breves momentos simplemente sentí que Jacobo tenía razón y que todo estaría bien. Su mano seguía tomando la mía y el calor de su cuerpo cerca del mío era sublime.

A pesar de que mis instintos más primitivos me rogaban que utilizara a Jacobo para sentirme mejor, así fuera por unos minutos... mi consciente se negaba. En esos momentos no había tiempo para pensar en nada más que no fuera el rescate de Evan, luego podría analizar cómo me sentía respecto a él. Luego, cuándo Evan estuviera sano y salvo, podría actuar en consonancia con aquellos deseos reprimidos.

—Todo es mi culpa, ¿sabes? —comenté rompiendo el silencio que nos acobijaba.

Negó sutilmente con la cabeza antes de responder.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Si no hubiese ido con Evan a la habitación de la psicópata de Lucinda. Si no hubiese descubierto su diario... nada de esto hubiese pasado—. Bajé los ojos a mis pies que se mezclaban con la arena, y caminando nos acercamos más a la orilla del mar hasta que estuvimos caminando sobre arena mojada. —O si hubiese ido sola. Nunca debí involucrar a Evan ni a Valentino, nunca debí... —se me cortó la voz y no pude seguir hablando.

—Cas, no es culpa de nadie. Pero, además, fueron ellos los que fueron a buscarte con el Zarbala, no lo olvides —respondió al tiempo que me hacía sentar junto a él sobre la arena mojada. Sus piernas firmes se tensaban bajo el pantalón negro del uniforme de batalla, que últimamente siempre llevaba puesto—. Y menos mal que lo hicieron, porque gracias a que te involucraron, es que Valentino sobrevivió y que Evan tiene una oportunidad. —Dejó de ver el atardecer y volteó a mirarme—. Si no fuera por ti, los dos ya estarían muertos y lo sabes. Así que no ganas nada con torturarte.

Analiqué sus palabras, y sabía que tenía razón... pero como hacía para quitarme del pecho aquella sensación de culpa que me carcomía minuto a minuto. La culpa por lo que le estaba sucediendo a Evan. No sentía ningún tipo de remordimiento por haberle quitado la vida a Thomas, todo lo contrario. Pero en Evan no podía dejar de pensar.

—Nunca pensé que las cosas fueran a pasar de esta manera... tenía tantas ilusiones cuándo descubrí Nerea, —confesé con la voz entrecortada— y siento que todo se derrumbó en menos de un año. ¿Cómo es posible? —yo lo miraba directamente a los ojos, y recorrí con la vista su rostro que parecía tallado por los dioses. Tenía la mandíbula tensa y en sus ojos pude vislumbrar un sentimiento oscuro y profundo que no reconocí.

—Yo tampoco pensé que las cosas fueran a pasar así, —me colocó un mechón detrás de la oreja y la electricidad repentinamente recorrió mi cuerpo por completo— pero, quizás esto era lo que necesitábamos para dar el primer paso de una vez por todas. Hace tanto tiempo que venimos planeando ataques que nunca se terminan de concretar. Por uno u otro motivo. Pero desde que llegaste tú, las cosas han cambiado rotundamente y eso a veces es una buena señal—. Tomó mi mano y la acercó hacia sus labios para posar un sutil beso sobre ella. El calor que emergía de su piel, se tatuó en la mía—. Ahora, no sólo hemos descubierto que el verdadero rey está vivo y luchando con nosotros, sino que descubrimos que su heredera, la princesa de Margadorat también lo está. —Me observó fijamente a los ojos por unos largos segundos en los que creí perderme, hasta que finalmente recalcó: —*Mi princesa.*

Pensé que me iba a desmayar en el acto y me sonrojé al escuchar sus palabras, aún no caía en cuenta de que yo era todo eso que él estaba diciendo. Esas últimas palabras parecieron tener un significado oculto. Por otro lado, a veces hasta me costaba entender lo que significaba que yo fuera un Dantra, un Rysler. Siempre fui tan completamente insignificante y ahora todo eso había quedado atrás.

—Hay algo que tenía que preguntarte... pero tengo miedo de la respuesta —comenté, cambiando rotundamente de tema.

—Claro, dime.

—¿Crees que Elba y Phillipa estén bien? —la frase fue más difícil de decir de lo que podría haber imaginado. Si bien no habíamos compartido demasiado tiempo, yo les había tomado demasiado cariño, a fin de cuentas, fueron las personas que me salvaron, que me ayudaron a dar mis primeros pasos en Nerea y han sido lo más cercano que he tenido a una familia. Bueno, ahora tenía a mi padre, pero esa era otra historia. Los primeros días le había rogado a John que fuéramos por ellos, pero él me había prometido que él se encargaría, pero que no podrían arriesgarse a que yo saliera de Oasis. Desde entonces, no había tenido noticias y yo había tenido demasiado miedo de preguntar. Jacobo bajó la mirada y la volvió a posar en el horizonte, el sol ya estaba prácticamente oculto y la noche estaba esperando por aparecer. Una brisa fresca removió mi cabello en el viento, y Jacobo detalló aquel recorrido.

—Sólo te puedo decir que estamos haciendo todo lo posible por localizarlos Cas, pero no te quiero dar falsas esperanzas tampoco.

Una presión desagradable y profunda, se instaló en mi pecho y temblé de sólo pensar que les pudiera pasar algo a ellos también por mi culpa.

—Los Endinos son muy hábiles, —continuó diciendo— y muchas veces los subestiman. Así que yo no pierdo la esperanza de que estén bien.

—Necesito que estén bien —respondí—. Necesito que todos lo estén.

CAPÍTULO 5

EVAN

Ya el dolor físico había desaparecido, pero eso solo daba lugar a sentir más profundamente el *otro* tipo de dolor. Un tipo de dolor muchísimo peor y que calaba por lo más profundo de mi interior. Habían pasado horas o quizás días, ya no podía ni siquiera identificarlo. En mi cerebro estaban tatuados los gritos de dolor y de súplica que invadían las catatumbas del Castillo de Valterra todo el día, todos los días. El olor a sangre y muerte era lo único que había, y la comida sabía a vómito. No había prácticamente podido ingerir bocado alguno. Sólo quería que me mataran de una vez por todas y que todo esto acabara.

¿Alguna vez han estado en una pesadilla, y cuándo creen que ya nada puede ser peor, se dan cuenta de lo muy equivocados que estaban? Bueno... eso fue lo que me pasó, sólo que no era una pesadilla.

Ya estaba viviendo en carne propia, la peor pesadilla que imaginé posible, cuando de pronto pude escuchar la voz de mi madre rogando que por favor los dejaran ir. Seguida de la voz de mi padre diciendo que por favor los dejaran ir a ellos y que se quedaran con él. Me acerqué a los barrotes de la celda a toda velocidad y ahí fue cuando los vi: no había sido producto de mi imaginación. Realmente estaban allí: mis padres y mis dos hermanos. Cuando creí que nada de esto podría ser peor, de pronto se tornó *mucho* peor.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité al verlos.

—¡Evan! ¿¡Hijo, estás bien!? —el sollozo de mi madre me fraccionó el alma en una infinidad de pedazos. Todos voltearon a verme con los ojos abiertos de par en par. Los Guardias que los llevaban arrastrados se acercaron hasta donde yo estaba y colocaron a mis padres en celdas contiguas y a mis hermanos en la mía.

Tan pronto vi a mis hermanos, los tres nos fundimos en un abrazo cargado de angustia y nostalgia. Ellos aún no lloraban, era como si no entendieran lo que estaba pasando. Lucio, mi hermano mayor me tomó el rostro entre sus manos: —Evan, ¿qué rayos está pasando? ¿qué mierda hiciste?

Me separé rápidamente.

—¿!Qué hice yo!? —pregunté indignado— ¿estás viendo este lugar? ¿Crees que haya algo que pueda hacer alguien para merecer esto? —gritos sordos de celdas contiguas hicieron eco en la nuestra, y ambos levantaron la cabeza siguiendo el sonido.

—¿Qué rayos es este lugar? —preguntó Nicholas, mi hermano del medio, que se parecía mucho a Lucio sólo que un poco más pequeño. Ambos tenían el cabello castaño oscuro y los ojos marrones. Yo era el único de los tres que había sacado los ojos azules.

Ignoré su pregunta y me acerqué a la esquina de la celda para tratar de hablar con mis padres. Los costados de las celdas eran de roca, por lo que no podía verlos por más que estuvieran al lado. Estiré mi brazo por los barrotes y hablé fuerte para que me pudieran escuchar.

—Mamá, Papá. ¿Están allí?

Sentí de pronto la mano de mi madre rozar mis dedos, trataba de alcanzar mi mano, pero no llegaba.

—Si cariño, ¿qué ha pasado? —preguntó con la voz cortada.

Procedí a contarles absolutamente todo: desde los asesinatos, el Zarbala, el secuestro,

las catatumbas y todo.

—Evan, ¿cómo es posible que acabaras metido en algo así? —la voz de mi padre resonó desde la celda contigua.

—¿Qué hubiesen hecho ustedes? —respondí ofendido— ¿dejar que siguieran asesinando inocentes? ¿No hacer nada cuándo asesinaron a la prima de su mejor amigo?

—No debiste involucrarte —replicó seriamente Lucio desde mi espalda.

—¿Se están escuchando? —fruncí el ceño, indignado, lleno de impotencia. ¿Acaso no tenían una pizca de empatía en el cuerpo? —¿están criticando mi intervención cuándo no han dicho absolutamente nada sobre las injusticias que han ocurrido y sobre lo que están haciendo los reyes realmente? ¡Lo que nos están haciendo a nosotros!

—Cariño, no estamos criticando tu intervención —la voz de mi madre danzó en la oscuridad de aquellas catatumbas y se coló por los barrotes de metal de la celda. —Sólo que estamos sorprendidos, es todo—. Hizo una pausa y suspiró. —Desde luego que lo que está sucediendo acá es tan terrible que no puede ni expresarse en palabras, pero si queremos salir de ésta, no puede ser poniéndonos en contra de los reyes cielo, ¿lo entiendes no es cierto?

No podía creer lo que estaba escuchando. Parecían más indignados conmigo que con los reyes. ¿Acaso ellos sabían que estas cosas pasaban?

—¿Ustedes sabían de esto? —el tono de mi voz parecía ajeno a mí. Oscuro y tenso. Tenía miedo de la respuesta.

—Claro que no Evan, por favor, cómo vas a insinuar algo así —fue mi padre el que respondió.

—Pero vamos a necesitar alguna estrategia si queremos salir vivos de ésta Evan. Por favor dime que lo entiendes —la voz de mi madre era un hilo de súplicas.

No. Yo no lo entendía y yo no haría un trato con el diablo sólo para mi propio beneficio.

—¿Crees que vendería mi alma al diablo sólo para vivir? De hacerlo, mi vida carecería de sentido y entonces preferiría estar muerto —repliqué ante la insinuación de mi madre—. Sólo lo haría por verlos a ustedes bien —agregué. Y eso era verdad. Jamás me perdonaría si le pasaba algo a ellos por mi culpa—. A mí ya no me importa lo que me pase. Lo único que me importa es que todos ustedes salgan de aquí, lo antes posible.

—No digas eso cariño —respondió mi madre sollozando.

—Todos saldremos de aquí —agregó mi padre, también con la voz quebrada.

—Sí que lo harán —respondí y lo siguiente que hice fue gritarle a los Guardias: —Ey, ustedes. Por favor llamen a los reyes, díganles que necesito hablar con ellos urgentemente.



Unos minutos después, los tiranos más miserables de toda Nerea se encontraban nuevamente frente a mí, con una mirada siniestra que les teñía el rostro a ambos.

Ella era tan elegante y hermosa, como cruel y diabólica. Su cabello rubio y trenzado recaía sobre sus ropas caras y lujosas. No llevaba un vestido, sino un pantalón de seda negro, con una camisa de color vino y sobre su cabeza, la corona robada.

Él por su lado, tenía el cabello oscuro, con un corte milimétricamente perfecto, y una barba espesa pero cortada igual de bien. Sus ojos eran negros, y si te quedabas viendo un poco más en detalle, podías darte cuenta que ahí dentro no había alma alguna. Era un hoyo negro que

tragaba la luz del mundo, la luz y la vida.

—Vemos que estás muy bien acompañado, Evan —replicó Helene.

—Su majestad, por favor... déjenos explicar, todo esto es un malentendido —suplicó mi padre desde su celda y a mí se me revolvió el estómago aún más por escuchar que la llamara *su majestad*. Pero no dije nada, me mantuve en silencio.

—Señor Gorgots, lamentamos que tengan que pasar por esto. Pero conocen muy bien las reglas, y tenemos tolerancia cero ante los rebeldes.

—Ante quienes atentan contra la paz y armonía del reino —agregó Adrien con cinismo.

¿Paz y armonía? Eso era lo que ellos nos habían quitado, ¿cómo se atrevían a insinuar lo contrario? ¿Acaso les parecía paz y armonía las torturas y todo tipo de violaciones a los derechos más elementales? Nuevamente, no dije nada.

—Pero Evan no es un rebelde su majestad —agregó mi madre, con la voz entrecortada y con desesperación—. Estoy segura de que, hablando, él puede explicarse.

—No hay nada que explicar —sentenció Adrien, quien tenía su mano sobre la empuñadura de su espada, de forma amenazante —todos ustedes son rebeldes a la corona, han puesto en peligro la vida de muchos inocentes y la paz del reino.

—Por favor, les ruego... déjenlos ir. Ellos no tienen absolutamente nada que ver —esta vez no me pude callar. Imaginaba por dónde venía la situación, por lo que me rebajé a lo más bajo de mi moralidad y les rogué—. Hagan conmigo lo que quieran, pero a ellos, déjenlos. Les prometo que les diré todo lo que me pidan. Hablaré en público y diré lo que me pidan. Haré lo que quieran. Sólo les pido que los dejen ir a ellos.

Adrien le hizo una señal a un Guardia para que sacara a mis padres de su celda, y ahí los pude ver. Mi madre era una mujer hermosa. Su cabello largo y ojos negro azabache, hacían un contraste hermoso con su piel blanca y tersa. Pero allí, bajo las luces tenues de las antorchas que iluminaban las catatumbas, parecía otra persona. Las ojeras invadieron su rostro y se veía completamente derrotada, con aquellos ojos hinchados de tanto llorar. Mi padre por su parte, era un hombre serio, esbelto y seguro de sí mismo. Pero en esas catatumbas nadie aparentaba ser así. Todos éramos como hormigas en un hormiguero, a punto de ser aplastados.

—Verás querido Evan, —comentó Helene con gracia— mantener un reino no es tarea fácil, te imaginarás—. Por algún motivo se veía aún más tenebrosa que de costumbre, quizás eran las sombras que se formaban sobre su rostro—. Y no podemos mantener la paz de un reino si dejamos libres a los traidores y rebeldes... ¿qué imagen estaríamos dando? —miró a su esposo con lujuria—. ¿Cierto amor mío?

El rey asintió y la mirada que me dedicó me heló cada fibra de mí ser.

Luego, todo pasó demasiado de prisa, pero yo lo viví en cámara lenta.

Levantó la empuñadura de su daga, de metales nobles y con incrustaciones y decoraciones excesivas, se acercó a mí padre, tomó su cabello con la mano izquierda e inclinó su cabeza hacia un lado para luego proceder a cortar su cuello de lado a lado. Mi padre abrió los ojos de par en par, mientras la vida se escapaba de su cuerpo y él se tomaba la garganta con desesperación, en un intento en vano de evitar que la sangre continuara saliendo, pero ésta, que brotaba de él a cántaros, se escurría vertiginosamente por sus dedos. El grito de mi madre y de mis hermanos rebotó por todas las catatumbas de forma desgarradora. Ese grito quedaría por siempre tallado en las piedras que cubrían ese lugar. Yo no grité. Simplemente me quedé en shock, sin comprender lo que acaba de suceder. Las rodillas de mi padre chocaron con la roca del suelo y mi madre se lanzó sobre él llorando.

—Mi amor, por favor aguanta —le suplicaba al cuerpo moribundo de mi padre—. ¡¡Cúrenlo ahora!! Por favor— les gritó a los reyes, que sólo sonreían con perversión.

Mi padre tosía y la sangre salía tanto por su boca como por el orificio de su cuello.

—¡¡¡Maldito psicópata has algo!!!— era Lucio, demandándole a los reyes que ayudaran a nuestro padre.

El rey se arrodilló, y por una milésima de segundo creí que haría algo por ayudarlo. Que ingenuo de mi parte. Lo que hizo fue clavarle la daga ensangrentada a mi madre en el abdomen.

—¡¡NO!!— gritamos los tres al unísono.

La expresión de mi madre era de impresión. No gritó, no lloró. Sólo se quedó con los ojos abiertos de par en par, viendo a la cara de su verdugo, mientras éste arrastraba la daga desde su abdomen y hasta su pecho, cortándole todo el cuerpo sin piedad.

Yo y mis dos hermanos estábamos en shock. Ya ni llorábamos. Sólo estábamos petrificados, mientras veíamos los cuerpos inertes de nuestros padres desangrarse frente a nuestros ojos.

Cuando los Guardias abrieron la celda no reaccioné. Tampoco reaccioné cuando sacaron a mis hermanos que seguían inmóviles. Sólo volví a la realidad cuándo la cerraron, dejándome a mí solo en el interior y a ellos afuera, arrodillados sobre los cuerpos de mis padres.

—¡¡Por favor!! ¡¡Basta!! ¡¡Es suficiente, déjenlos ir!! —grité desesperado, aterrado de lo que les fueran a hacer a ellos—. ¡¡Haré lo que me pidan, pero les suplico que los dejen ir... ellos tienen familia por favor!!

Nunca antes había visto el miedo en los ojos de Lucio. Pero el terror que vi allí en su mirada, no podría olvidarlo nunca más. Nicholas, creo que estaba tan en shock que no se daba cuenta de lo que estaba pasando, así que cuándo Helene se paró detrás de él y tomó su cabeza entre sus manos, él ni pestañó. Helene le rompió el cuello con una habilidad extrema. Lucio sollozaba mientras lo veía, pero se dio cuenta de que no tenía sentido seguir pidiendo clemencia a dos personas salidas del mismísimo infierno. Helene se acercó a Lucio y le sonrió de forma tenebrosa. Se agachó y sacó la daga del cuerpo de mi madre, para clavársela en el corazón a mi hermano mayor. La luz se escapó de sus ojos también, y me di cuenta de que toda mi familia había muerto frente a mí en menos de 10 minutos.

Luego, Helene se puso de pie y comenzaron a irse, dejándome allí, con los cuerpos inertes y destruidos de mi familia.

—¿¡QUE HACEN MALDITOS PSICÓPATAS!? ¡NO SE VAYAN! ¡MATENME POR FAVOR! ¡SE LOS SUPLICO! —Mis gritos desesperados resonaban por las paredes y se repetían en forma de eco. Yo agarraba los barrotes con fuerza, tratando de romperlos.

Helene se volteó a verme, aún con esa sonrisa perversa en el rostro: —Tranquilo, pronto estarás muerto.

«Si... es posible que tu cuerpo esté vivo al mismo tiempo que tu alma está completamente vacía y destrozada. Nunca creí que fuera a anhelar terminar con mi existencia, pero si ahora pudiera pedir un deseo, sería que me decapitaran en éste preciso momento y no tener que pasar un segundo más sintiendo este dolor tan grande en el pecho. Mi alma ya había muerto y no existía en el universo un dolor físico que pudiese compararse con lo que estaba sintiendo ahora mismo.»

CAPÍTULO 6

CASSANDRA

Había pasado una semana de arduo entrenamiento, pero aún no teníamos un plan. Valentino había avanzado mucho en sus prácticas de curación con Thorin y el resto de los Auris, y había avanzado un poco en sus prácticas con Amelie de defensa, pero podríamos decir que esa parte no era su habilidad más destacada.

Yo por mi parte, había practicado muchísimo con Amelie, y con Baltazar y el resto de los Dantras. También me había sumado a las clases de hechicería avanzada de Jacobo, en la cual repasábamos y practicábamos los hechizos que más servirían para la guerra. Aunque una cosa era conjurar hechizos en la comodidad de una clase, y otra muy distinta era hacerlo en el medio de una batalla.

—Cuando estén en plena batalla, no podrán fallar y desde luego que no tendrán segundas oportunidades —señaló Jacobo desde el centro del aula en la que nos encontrábamos. Valentino también había asistido, junto a Lyanna, Maia, y varios más de los Dantras y guerreros de Oasis—. Con hechizos no podrán lastimar físicamente a un atacante —continuó diciendo al tiempo que caminaba con las manos colocadas atrás de su espalda—. Por lo menos no con hechizos rápidos que se tengan que conjurar en el fragor de la batalla, pero sí podrán desarmarlos y debilitarlos.

—¿Pero nos podrían enseñar el otro tipo de hechizos igual?, ¿no? —inquirió un hombre desde el otro lado del aula— en caso que por ejemplo capturemos a algún enemigo y tengamos el tiempo para hacerlo.

Jacobo tensé la mandíbula cómo si se hubiera ofendido ante tal sugerencia.

—Nosotros no somos ellos Eric —respondió—. Si capturamos a alguien, no va a ser para torturarlo. Y si por algún motivo, necesitásemos información, podemos recurrir a los métodos tradicionales. Utilizar la magia para torturar o para matar es de cobardes.

Eric, el hombre que había hecho la pregunta, se tensó en su lugar y simplemente asintió. Nunca lo había pensado de esa manera, pero Jacobo tenía razón.

—*Repelis objecta* quizás es un hechizo que les suene simple, pero eso es precisamente lo que vamos a necesitar: hechizos simples y útiles. Les servirá para repeler objetos inanimados, y muchas veces esos objetos estarán yendo hacia ustedes a gran velocidad, con la intención de lastimarlos. Úsenlo con sabiduría y recuerden que no deben utilizarla contra personas porque les puede rebotar el hechizo.

Cogió su varita y la levantó en el aire antes de seguir hablando. El porte de Jacobo era como el de nadie más. Una mezcla absolutamente perfecta ente poder, elegancia y letalidad.

—Por otra parte, lo peor que les puede pasar en la batalla es perder sus varitas, porque estarían completamente expuestos, sin poder conjurar hechizos de escudo y protección, por lo que sean cuidadosos—. Otra de las cosas que no se me habían ocurrido que tenía que considerar —. Si llegan a ver que un aliado pierde su varita, y está al alcance de ustedes, deberán conjurar el hechizo “*voltio vinculus*” y la varita volverá inmediatamente con su dueño. ¿Algún voluntario para la demostración?

Me puse de pie sin siquiera pensarlo. Como por reacción involuntaria de mi cuerpo. La misma reacción que siempre me rogaba que me acercara al hombre que tenía a sólo unos metros

de distancia. Él me miró fijamente y me indicó con un gesto que me acercara a él, y eso hice.

—Deja tu varita a unos metros de mí y sal del aula —me ordenó Jacobo con firmeza. Con un tono de seriedad que parecía indicar que ya estábamos en la batalla y no en un aula de Oasis.

Lo obedecí. Dejé mi varita debajo de una mesa y salí por la puerta a sus espaldas. La brisa fresca de Oasis me golpeó el rostro y caminé hacia unos árboles cercanos a esperar.

No pasó demasiado tiempo hasta que mi varita volvió a mí, por lo que caminé de nuevo al aula.

Unos minutos más tarde, la clase había terminado, y habíamos aprendido algunas cuestiones básicas pero interesantes. Todas sus clases aprendía algo nuevo, y eso que yo era de las pocas privilegiadas (en más de un sentido), que había tenido clases particulares con él, pero siempre lograba seguir sorprendiéndome.

Al salir, pasé por los centros de entrenamiento de los Aqueos, que eran grandes campos al aire libre, en los que los Aqueos entrenaban divididos en equipos de acuerdo a su elemento. Se me cruzó por la mente el incidente que había tenido con Jacobo en la cueva, antes de que secuestraran a Valentino y a Evan. Ese día creí que un viento había salido de mi cuerpo y había disparado a Jacobo contra la pared de la cueva. Él me había dicho que eso sólo lo podía hacer un Aqueo de Aire. Sólo los Aqueos podían controlar los elementos, y un hechicero de otra especie no podría hacerlo ni con el uso de una varita, ni con un hechizo. No habíamos vuelto a hablar de eso. Yo era un Dantra, no un Aqueo. Aquello seguramente había sido un malentendido. Desde ese momento, no había pasado nada similar.

Me quedé observando un rato su entrenamiento y pude ver a mi padre en acción. John Baltich, el Rey, era un Aqueo que poseía el poder de todos los elementos. Eso no era imposible, pero sí extremadamente inusual.

Entrenaba mano a mano con todos los grupos de Aqueos, y era sumamente poderoso. No lo había imaginado así antes, pero verlo era una experiencia única.

Primero lo vi con los Aqueos de Tierra, que honestamente eran los más escasos y de los que menos tenía conocimiento. Baltazar venía de una familia de Aqueos de Tierra, aunque él había nacido como un Woch.

El entrenamiento consistía en utilizar la naturaleza a su favor, por lo que observé como algunas raíces comenzaron a brotar del suelo para atacar a enemigos de cartón específicamente diseñados. El control que el rey tenía sobre aquellas raíces era ampliamente superior al del resto de los Aqueos, pero un hombre sobresalió también entre los demás. Rosh era su nombre, y lo había visto en otras oportunidades entrenar con mi padre y también con Amelie, pero nunca antes había hablado con él. Era un poco más bajo que la estatura promedio, pero sin dudas mucho más alto que yo, y honestamente no parecía en absoluto un guerrero. Parecía mucho más un bibliotecario, pero a veces las apariencias engañan.

Luego John fue a entrenar con los Aqueos de Fuego, y nuevamente deslumbró en el control de aquel elemento. Grandes llamaradas de fuego brotaban desde sus manos, y se dirigían estratégicamente a los puntos correctos. Lograba que las llamas fueran más chicas o más grandes, dependiendo del ataque, e incluso les daba formas. El equipo de Aqueos de Fuego era de los más grandes de Oasis.

Tanto poder y tanta determinación en un solo hombre. Sólo verlo hacía que las esperanzas florecieran aún más. Esperaba algún día, poder llegarle siquiera a los talones.



Una de esas noches, mientras leía un libro junto a la chimenea de la mansión, con el fuego encendido y cubierta con una mantita de lana, él se acercó a mí.

—¿Qué lees? —subí la mirada hacia él y noté en sus ojos una vulnerabilidad que no solía habitar ese cuerpo.

—Lo encontré en la biblioteca, —dije al tiempo que lo cerraba, marcando la página para no olvidarme y se lo mostraba—. Es la historia de amor entre un Aqueo de Fuego y una Sempler. Es entretenido.

Y lo era. También era un escape del mundo real. Una forma de no pensar por algún tiempo en lo sea que se estaba tornando mi realidad.

—¿Puedo sentarme? —me preguntó mi padre, mirando el espacio vacío en el suelo a mi lado.

—Claro —asentí y se sentó a mi lado.

—¿Quisieras saber la historia de cómo Ana y yo nos conocimos? —inquirió con una expresión de nostalgia en el rostro. Ana. Anastasia Blancherd. Mi madre.

—Me encantaría —respondí, ignorando la pequeña punzada de dolor que sentía cada vez que pensaba en ella y en que nunca podría conocerla.

—Tu madre era la mujer más hermosa de todo el reino Cassie —me miró y una sonrisa triste se instaló en su rostro—. Me recuerdas mucho a ella, eres muy parecida —exhaló una risa y agregó: —menos mal que Phillipó cambió tus rasgos cuando ingresaste al Instituto, porque sino, yo no hubiese sido el único que te hubiera reconocido.

Sonreí yo también, y también lo hice con tristeza.

—Como ya sabes, tu madre era la Princesa y yo era un Guardia de la corona. Tus abuelos, Viktor y Josephine Blancherd me habían nombrado Comandante del Ejército Real, por lo que ya había visto antes a Ana, sólo que nunca había hablado con ella. Pero desde luego que no era ciego, tu madre deslumbraba sin siquiera intentarlo.

Sus ojos marrones se veían un tanto más claros a causa de la luz tenue del fuego de la chimenea. Era tarde, por lo que no vestía las usuales ropas de combate, sino sólo un simple pantalón de chándal y una camisa sencilla de algodón. No lo interrumpí, sólo lo dejé seguir contándose y recordando el pasado con nostalgia.

—Un día, tus abuelos organizaron una fiesta. Una de tantas Cassie. Tenían años tratando de lograr que tu madre tomara un esposo, pero ella los rechazaba a todos —hizo una mezcla entre un suspiro y una risa— ella odiaba esas fiestas. Pero bueno, el hecho es qué, a mí ni se me cruzaba por la cabeza la posibilidad de cortejar a tu madre, mucho menos que ella fuera capaz de fijarse en alguien como yo. Había rechazado condes, ¿qué podría tener yo para ofrecerle?

—Un título no dice nada de una persona —fue mi primera intervención desde que había comenzado a hablar, pero sentí la necesidad de mencionarlo.

—Tienes toda la razón Cassie, y que pienses así, es sólo una de las tantas cosas en las que te pareces a ella.

Una nueva punzada de dolor. Justo allí en el centro de mi corazón. Cada palabra que decía mi padre, me acercaba un poco más a conocerla y quizás eso sonaría extraño pero eso me hacía ¿extrañarla? ¿cómo podías extrañar a alguien que no recordabas? Pero si, cada vez que me

sentía más cerca de ella por alguna historia, también sentía un dolor más profundo en el pecho... la extrañaba. Igualmente, puse mi mejor cara de poker, y lo impulsé a continuar.

—Había pasado una hora hablando con un montón de desconocidos que me importaban muy poco. Sólo para complacer a tus abuelos. Les encantaba enseñar a su Comandante General, como si fuera un logro de ellos.

—¿Te llevabas bien con ellos? —inquirí. Me daba curiosidad también conocer algo de esa historia.

—Siempre fue una relación un tanto extraña Cassie, pero en resumen sí. Sólo que teníamos personalidades y formas muy diferentes de ver la vida. Mientras a mí me importaba poco y nada las apariencias, ellos vivían de mantenerlas.

Entendía a qué se refería.

—¿Y qué más pasó en esa fiesta?

—Bueno, yo necesitaba tomar aire y alejarme un poco de la multitud, por lo que salí a los jardines del Castillo, buscando algo de espacio. Caminé unos minutos en la oscuridad de la noche hasta que la ví. Había tenido la misma idea que yo, aparentemente. Intenté dejarla sola, sin que me viera, pero hice ruido y volteó a mirarme. Sus ojos se cruzaron con los míos y algo en ellos me dijo que no me fuera.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Ana y el tono dulce de su voz, como la miel, me invitó a acercarme unos pasos más a ella.

—Necesitaba algo de aire, esa fiesta es asfixiante —reconocí y por lo visto la sinceridad le causó gracia.

—Entonces, hemos tenido la misma idea John.

—¿Sabe mi nombre? —inquirí. Nunca nos habían presentado formalmente.

—Eres el Comandante General de los ejércitos de Margadorat, y yo la princesa —me miró con una firmeza que me sorprendió—. Por supuesto que sé tu nombre. Y por favor, no me hables de usted, me hace sentir como una anciana.

Me reí ante lo absurda que había sido mi pregunta. ¿Tanto me sorprendía que supiera mi nombre? Por supuesto que lo sabía.

—Está bien Anastasia —respondí— ¿y tú que haces aquí afuera? Sin protección.

—No necesito que nadie me proteja, puedo hacerlo perfectamente bien sólo —respondió con irreverencia—. Y, estoy escondiéndome. Igual que tú.

—¿De qué te escondes?

—De los hombres.

—Entonces mejor me voy, no quería importunar.

Levantó su mano rápidamente y me tomó por el antebrazo.

—No te vayas. No me escondía de ti —respondió.

—No estoy seguro si debería sentirme ofendido por eso, o no.

Su risa era como una melodía que inundaba el mundo entero, y la expresión en su rostro se suavizó.

—Créeme, no deberías sentirte ofendido —su mirada se posó en mí, y recorrió todo mi cuerpo— no dudo de tu masculinidad John. Sólo que no eres el tipo de hombre del cuál me escondo.

—Creo que sé a qué te refieres —respondí.

—Luego de hablar algunas horas, me dijo que me quería volver a ver y yo me sentí como un adolescente Cassie, te juro que no pude dejar de pensar en ella... pasé días enteros pensando en ella, sin poder concentrarme, hasta que logramos escabullirnos a nuestra primera

cita oficial, y desde ese entonces no nos separamos nunca más —hizo una pausa con una expresión de dolor físico en el rostro—. Bueno, hasta que pasó todo lo que ya sabes, me refiero.

Quería saber más de ellos, de su historia, que a fin de cuentas era también la mía.

—¿Y cómo se lo tomaron mis abuelos? —inquirí.

—Pues fue la parte más tensa de nuestra relación. Ellos no querían a un Guardia para su hija, ni que fuera el Comandante General. Querían a alguien de status dentro del Reino.

—¿Las apariencias? —pregunté y él asintió con una sonrisa.

—Aprendes rápido —levantó sus manos hacia la chimenea, que ya había perdido algo de intensidad, y una llama emergió de él, con la intención de avivar el fuego—. Si, efectivamente las apariencias. Pero tu madre era una mujer testaruda, y eventualmente tus abuelos tuvieron que aceptar nuestra relación. Unos años después de esa noche nos casamos, en una ceremonia simple, en ese mismo jardín en el que nuestras vidas se cruzaron.

—Es una hermosa historia, gracias por compartirla conmigo.

—Pensé que te gustaría saber un poco más de ella —comentó—. Hace tanto que no hablo de ella con nadie Cassie. Me hace bien hacerlo. Mantener su recuerdo vivo.

No le dije que a mí me alegraba y me dolía en partes iguales. Tampoco le dije el vacío que me generaba el hecho de saber que nunca la conocería, ni podría compartir con ella. Simplemente, lo dejé recordarla y compartirlo conmigo. A fin de cuentas, su dolor probablemente era mucho mayor al mío y después de todo, mi madre merecía ser recordada. No dejada en el olvido. Tendría que aprender a vivir con el dolor.



Estábamos nuevamente reunidos y deberíamos definir el plan A y B, según nos había solicitado mi padre, pero de las opciones que habían propuesto, ninguna parecía sonar infalible. Es más, sonaban bastante descabelladas.

Habíamos pasado horas analizando una y otra vez las fortalezas y debilidades del Castillo de Valterra y de la Guardia Real. Y claro, las nuestras también. Por momentos, la discusión se tornaba algo acalorada, especialmente porque Elica rechazaba cada una de las propuestas, y siempre le encontraba un punto débil.

El problema principal no era entrar. Esa era la parte sencilla. El problema era salir. Bueno, rescatar a Evan (en las condiciones que estuviese) y salir con él sin que nadie terminara herido, muerto o peor: prisionero.

Rescatarlo antes del momento de la ejecución en el patio del Castillo sería imposible. Primero, porque no teníamos seguridad absoluta de dónde se encontraba. Lo más probable era que estuviera en las catatumbas con el resto de los prisioneros, pero no podíamos saberlo a ciencia cierta. Segundo, porque salir de allí era imposible. Las catatumbas eran pasillos de roca subterráneos con pocas entradas y salidas y todas estaban fuertemente resguardadas. Una vez que entrabas allí, podías olvidarte de salir con vida. Es más, si no hubiesen decidido hacer del asesinato de Evan un evento público, no hubiese habido manera de rescatarlo.

La puerta de la sala de reuniones sonó a mis espaldas y volteé la mirada para ver a Valentino ingresar con la cara pálida.

—Su majestad, necesita ver esto —se acercó a mi padre y le hizo entrega de un diario de papel. Los ojos de John se abrieron de golpe, y su mirada se endureció.

—Maldita sea —susurró.

—¿Qué pasó? —le preguntó Jacobo con un tono de angustia controlado, y John le hizo entrega del diario.

Valentino me miraba a mí y tenía los ojos húmedos e hinchados.

—¿¡Qué pasó!? ¡Digan algo! —Jacobo me entregó el periódico y lo que leí me heló la sangre.

SE SUICIDARON LOS DUEÑOS DEL FAMOSO LOCAL DE GORGOTS

Tras descubrir la participación de su hijo, Evan Gorgots en la rebelión liderada por Vladimir Sokolov, toda la familia Gorgots decidió quitarse la vida. La vergüenza de pensar que alguien de su familia había traicionado a los honorables reyes de Margadorat, y en consecuencia a todo el Reino, fue demasiado y no pudieron soportarlo. Se suicidaron sus padres y sus dos hermanos mayores. Dejaron una nota en la cual le legaban todos los locales de Gorgots a la corona, para tratar de enmendar la traición de su hijo y devolverle al Reino todo lo bueno que les habían dado a lo largo de las últimas dos décadas. El juicio público de Evan Gorgots tendrá lugar en el patio central del Castillo en dos días.

Comencé a temblar. Era obvio que esa noticia era falsa. Valentino me había contado mucho sobre su familia y la de Evan en los últimos días y lo que decía allí, simplemente no tenía ningún tipo de sentido. Sentí la mano cálida de Jacobo sobre mi antebrazo.

—¿Estás bien? —me preguntó. No pude responder.

Baltazar, que estaba a unos asientos de mí, se puso de pie y tomó el recorte de periódico que había dejado sobre la mesa. Su rostro estaba neutro, como si no le sorprendiera en lo más mínimo lo que estaba leyendo.

—Cassie, los vengaremos—. Prometió. Puso su mano sobre mi hombro y lo apretó sutilmente—. Lo juro. Va a correr sangre.

CAPÍTULO 7

EVAN

Durante una semana me obligaron a alimentarme a través de tubos, que me pasaban comida y agua al estómago. Sólo para mantenerme vivo, hasta que ellos decidieran que era el momento en que yo debía morir. Seguía sin entender por qué no me mataban de una buena vez. Yo no era más que un cascarón sin vida.

Mi espíritu se resquebrajó en el mismo instante en que había visto la vida escapar de los ojos de mis padres. A partir de ese momento, sólo podía contar los minutos y horas que faltaban para terminar con mi existencia. Agradecería eternamente a mi verdugo.

CAPÍTULO 8

JACOBO

Después de una vida esperando, finalmente me enfrentaría a mis padres. Era un plan de rescate únicamente, pero si podía acabar con ellos no lo dudaría ni un segundo. Sólo esperaba que, llegado el caso, fuera una muerte dolorosa.

Aunque no lograra matarlos ese día, el sólo hecho de finalmente hacer algo real y concreto en su contra, me llenaba el alma de sentimientos positivos.

Sabía que, de cualquier forma, el plan sería arriesgado, y lo único que me daba miedo era que le pasara algo a alguien más. Imaginarme a alguien herido o peor, me hacía paralizar de sólo pensarlo. Pero, debía ser valiente. Por Oasis, por mi hermana y por Margadorat.

Finalmente, después de toda una vida de barrotes transparentes aprisionándome, me sentía libre. No sabía lo mucho que necesitaba estar libre hasta que realmente lo viví. No era el hecho de estar en Oasis, porque había estado aquí muchísimas veces. Era el hecho de no tener que volver; de más nunca tener que fingir frente a ellos. Me asqueaba conmigo mismo de sólo pensar en la cantidad de veces que tuve que fingir ser el hijo perfecto, el que los apoyaba en todo. Sin nombrar las cosas que tuve que hacer por ellos, eso me carcomía por dentro. Finalmente, vengaría a mi hermana y a cada una de las personas que habían sufrido a manos de los degenerados malditos que me dieron la vida. Yo se las arrebataría para siempre.

CAPÍTULO 9

CASSANDRA

Esa noche partiríamos a Valterra, y antes de irnos había quedado con Amelie para un último entrenamiento.

Estaba sumamente concentrada en esquivar los ataques de Amelie con las dos dagas que tenía, una en cada mano. No valía la magia en los entrenamientos con ella, así que debía enfocar todos mis sentidos en lo que estaba haciendo.

—Mi niña... —la voz de Elba me sacó por completo de mis casillas y me di la vuelta inmediatamente. Si no fuera porque Amelie paró de golpe el ataque al ver que me desconcentraba, probablemente hubiese terminado malherida.

No lo podía creer. Allí estaban ellos: Phillip y Elba, parados a unos metros de mí, sonriéndome con lágrimas en los ojos. Salí corriendo hacia ellos y me puse de rodillas para abrazarlos, mientras sollozaba de alegría. Sentía como si me hubiesen quitado una tonelada de peso de los hombros. Había estado muy preocupada por ellos, y a veces hasta bloqueaba esos pensamientos, por el simple hecho de que no podía tolerar más angustia en ese momento.

—Como has crecido, mi niña —replicó Elba, como si yo fuera una niña pequeña que no había visto en algunos años—. Estás muy hermosa y estamos muy orgullosos de ti.

—Me alegro que estés bien —agregó Phillip con su voz ronca, pero con una sonrisa en el rostro. Algunas arrugas se formaron en la comisura de sus ojos al sonreír y me observó como si tuviera algo más para decirme—. Ya nos hemos enterado que tenemos un Rysler en la familia, ¡felicitaciones! —efectivamente tenía algo más para decir.

No lo había visto más, por lo que Phillip no sabía que yo era un Rysler. Se me escapó una risa antes de contestarle.

—¡Yo me alegro de que ustedes estén bien! —exclamé con alegría—. No les puedo explicar lo angustiada que estaba—. Me puse de pie y los miré de arriba a abajo, tratando de cerciorarme de que estaban sin un rasguño—. Y no hay nada que felicitar, ser un Rysler no es un logro—. Comenté en tono burlón y amistoso.

Mi padre estaba atrás de ellos, y lo miré con agradecimiento. Sabía que él había logrado traerlos con vida.

—¿Cómo pudieron escapar?

Phillip fue el que me respondió: —Tan pronto vimos la noticia, nos fuimos de casa con las cosas de valor más importantes—. Comenzaron a caminar hacia las banquetas del sector de lucha, y se sentaron allí. Los seguí y me senté frente a ellos para escucharlos atentamente—. Escapamos a una cueva en los bosques de Elyndor. Hacía muchos años, antes de separarnos de tus padres, habíamos acordado que, si pasaba algo, nos encontraríamos allí.

—Claro que nosotros pensábamos que tus padres habían muerto —intervino Elba—. No fuimos allí esperando encontrarlos, sino para pensar en algún plan y estar fuera del radar antes de que nos encontraran.

—Tu padre nos sorprendió apareciendo en la cueva y casi nos morimos de un infarto cuándo lo vimos—. Comentó Phillip con lágrimas en los ojos—. Nos contó todo lo que había pasado y nos trajo a Oasis.

—Me alegro de que estén bien —repliqué—. Y siento mucho causar todo esto—. Hice una pausa y bajé apenada la mirada—. Que hayan tenido que huir de su hogar... todo por mi

culpa.

—No digas tonterías, pequeña —contestó Phillip—. Sabes muy bien que nada de esto es culpa tuya.

—Más bien somos nosotros los que tenemos que disculparnos —mencionó Elba con aflicción.

—¿Ustedes? ¿Por qué?

—Te mentimos sobre tus padres —aclaró—. Lo hicimos para protegerte, pero sé que no debimos hacerlo.

Esta vez fue John el que intervino: —Phillip, Elba. Ustedes no tienen nada de qué disculparse. Si mi hija está viva hoy, es gracias a ustedes—. Los tomó a ambos de las manos y me miró con una sutil sonrisa en el rostro. Yo sólo puedo agradecerles por el resto de mi vida. Y Cassie también.

Yo asentí con una sonrisa. Claro que sólo habían querido protegerme, no tenían que disculparse por nada. Me acerqué a John y con timidez le di un abrazo.

—Gracias por rescatarlos.

Él abrió los ojos, sorprendido ante el repentino contacto, pero me estrechó fuerte entre sus brazos: —No hay de que.

Nuestra relación era muy incipiente todavía y nos costaba entender como debíamos comportarnos. Desde luego que no podíamos actuar como padre-hija de la nada. Las relaciones se construyen, incluso las de familia. No se limita a la sangre que corre por las venas. Aún me costaba entender por qué nunca fue por mí a la Tierra, si él había sobrevivido. Días antes, mientras conversábamos en el comedor, me había explicado que no lo había hecho porque no quería ponerme en peligro. Que no le había dicho a nadie que había sobrevivido y prefirió alejarse incluso de Phillip y Elba, ya que, si ellos hubiesen corrido peligro por saber la verdad, jamás me hubiesen podido buscar en el orfanato Lagenberg ni me hubiesen traído a Nerea. Incluso me dijo que se había obligado a sí mismo a no espiarme a la distancia, por miedo a no poder controlarse y contarme toda la verdad. Podía ver el amor de padre en sus ojos cada vez que me miraba, y nuestra relación de a poco iba forjándose más fuerte. Esto que había hecho de rescatar a Phillip y Elba, y traerlos a Oasis, le había hecho ganar varios puntos en la escala de padre.

Jacobo se acercó a nosotros con una sonrisa en el rostro. Eso significaba desde luego que traía buenas noticias.

—¿Buenas noticias? —le preguntó John mientras Jacobo, quien iba vestido con su traje negro de entrenamiento, ajustado al cuerpo y con dos espadas cruzadas a su espalda, se acercaba con paso firme hacia nosotros.

—La operación de rescate de la familia de Valentino fue todo un éxito —anunció. John le dio un fuerte abrazo con una expresión de alivio.

—¡Qué buena noticia! —exclamé—. No sabía que había tal operación de rescate.

Jacobo bajó la mirada hacia mí, aún con esa sonrisa que me volvía loca por completo: —Lo siento Cas. Lo habíamos mantenido en secreto para no darle falsas esperanzas a Valentino —explicó—. Después de la noticia de la muerte de la familia Gorgots, no sabíamos si habían hecho lo mismo con ellos. Por suerte, fueron muy inteligentes y huyeron tan pronto se enteraron. Gracias a unos contactos en un pequeño pueblo, logramos dar con ellos antes de que los encontraran.

—¿Y Federico? —pregunté—. Su novio. ¿Está bien también?

Jacobo asintió y sentí regocijo en el corazón. Yo también había estado muy angustiada

por ellos. Habían logrado salvarlos y reunir a Valentino con su familia.

«*Una pequeña batalla ganada*».

—¿Ya conoces a Phillipo y Elba? —le pregunté a Jacobo al tiempo que dirigía la mirada hacia ellos.

Por algún motivo me alegraba la idea de que se conocieran.

—Un gusto verlos de nuevo —les dijo Jacobo, tendiéndoles la mano.

—¿Dónde se conocieron? —pregunté.

—Jacobo me acompañó —aclaró John—. A buscarlos y traerlos.

—Entonces te debo un agradecimiento a ti también —le regalé una tímida sonrisa. Él me la devolvió con un gesto similar.

—¿Sabes algo de Kathy? —le pregunté a Jacobo. La sonrisa desapareció de sus labios. Eso no era una buena señal.

—No se sabe nada de ella ni de su familia —respondió con seriedad. Según mis contactos, desapareció del Instituto el día que salió la noticia—. Hizo una pausa—. En la casa de su familia tampoco hay nadie. No hay rastro de ninguno, lo siento.

Palidecí. No podía pasarle nada a Kathy, ella no tenía nada que ver en todo esto. Era la única persona que literalmente no tenía ni idea de nada de lo que pasaba, no podían lastimarla. Menos a su familia. Comencé a temblar, entrando como en una especie de ataque de pánico.

Jacobo se acercó a mí y posó sus grandes manos sobre mis hombros. Se inclinó para quedar a mi altura.

—Tranquila Cassandra —me miró fijamente y en ese momento sólo pude concentrarme en él—. Dije que está desaparecida, no muerta. Quizás es algo bueno. Quizás huyó antes de que fueran por ella—. Yo lo miraba con pánico. No me parecía lógico lo que decía. ¿Por qué huiría Kathy si no había hecho nada malo? —Mis contactos en el Castillo me dijeron que no tienen conocimiento de que le haya pasado algo a ella o su familia. Por favor no saques conclusiones apresuradas—. Hizo una leve presión con sus manos sobre mis hombros. Volteé a ver a John que nos observaba con perspicacia.

—Prométeme que no me estás diciendo esto sólo para tranquilizarme —le rogué—. Que no la mataron y me lo estás ocultando para que no me preocupe.

—No eres una niña Cassandra —replicó en tono serio—. Te diré la verdad. Siempre. Por más dolorosa que sea—. Hizo una pausa y clavó sus ojos en mi rostro—. Tú puedes con eso, y más.

Respiré hondo y le creí. Elegiría creer que Kathy estaba a salvo. Elegiría creer que huyó y que todo estaría bien, porque de lo contrario sólo me hundiría más.

CAPÍTULO 10

CASSANDRA

El plan finalmente estaba definido. Al final, entendimos y aceptamos que no existía tal cosa como un “plan infalible”, pero teniendo en cuenta todo el análisis que habíamos realizado del Castillo y de nuestras propias destrezas y debilidades, hicimos lo mejor que pudimos. Teníamos una misión: rescatar a Evan y escapar.

Esto no era el inicio de la guerra ni un plan para asesinar a los padres de Jacobo. Sólo era una misión de rescate.

Partiríamos a medianoche. La intención era estar fuera de Oasis el tiempo justo y necesario. No debíamos arriesgarnos más de la cuenta, ya que medio Margadorat nos buscaba y nuestra cabeza tenía una jugosa recompensa.



No había podido cenar, y créanme cuándo les digo que eso para Sissie era prácticamente imposible. Pero la comida no podía ingresar a mi cuerpo. Los nervios me invadían por completo y sentía muchas náuseas. Necesitaba tomar algo de aire fresco y desconectarme un poco, porque desde luego que debería comer algo si pretendía no desmayarme en medio de la misión de rescate.

Salí de la mansión y caminé hacia la playa. Un gran grupo se encontraba armando una fogata allí. Bebían, bailaban y reían. *¿La calma que antecede a la tormenta?* Esperaba que no. Mi mayor deseo era que así viviera la gente siempre: libre y feliz. Pero para llegar a eso, faltaba recorrer un largo camino.

Baltazar se acercó hacia mí cuando me vio llegar.

—Cassie, ¿cómo estás? —me colocó el brazo sobre los hombros y comenzamos a caminar juntos hacia la fogata.

—Muerta de nervios —confesé— siento que voy a vomitar en cualquier momento.

Se giró a verme y dejamos de caminar—. Es normal que te sientas así, pero créeme cuándo te digo que no dejaré que nada te pase. Ni a ti ni a tu amigo—. Hizo una pausa y acentuó su mensaje con su penetrante mirada—. Yo y todos nosotros estaremos allí para asegurarnos de eso.

Le sonreí y le di un abrazo—. Gracias Balti. Eres un gran amigo.

Y eso era realmente. En el poco tiempo que nos conocíamos habíamos logrado forjar una hermosa amistad. Quizás era el vínculo por ser Dantras, o el vínculo que formábamos al volar y entrenar juntos. No lo sabía, pero Baltazar era una especie de hermano mayor y me sentía muy afortunada de tenerlo. Seguimos caminando y mi estómago comenzó a rugir.

—Sabes que vas a tener que alimentarte si no quieres desmayarte antes de si quiera salir, ¿cierto? —comentó riendo.

—Lo sé —asentí— vamos, aliméntenme.

Caminamos hacia la fogata, y Lyanna y el resto de los Dantras estaban haciendo pinchos al fuego. Volteé la mirada y vi a Jacobo riendo distendido, junto con Elica, Valentino,

Thorin y quien imaginé que sería el famoso Federico. Nunca lo había visto así. Reír y Jacobo no eran dos palabras que solían mezclarse en una misma oración.

Tomé el pincho de vegetales rostizados que me entregó Lyanna y me dirigí hacia ellos. Jacobo pareció ponerse un poco tenso ante mi llegada, o por lo menos eso creí.

Valentino se acercó a mí sonriente y me recibió con un abrazo.

—Cassie, ¡viniste! —replicó entusiasmado— te presento a Federico —comentó mientras señalaba a su guapo novio.

Federico se acercó a mí y estiró la mano en modo de presentación. Tenía la piel oscura, labios gruesos y ojos grises muy hermosos. Le tomé la mano y le sonreí.

—Es un placer conocerte finalmente —repliqué— he escuchado mucho de ti.

—Espero que solo cosas buenas —respondió con una sonrisa.

—Así es —volteé a mirar a Valentino— y por cierto, ¿tan raro es que me una a este tipo de eventos que te sorprendió tanto verme? —le pregunté a la vez que mordía un pimiento.

—Un poco —intervino Thorin con una sonrisa tímida—. Pero me alegro que hayas venido —agregó— es importante distenderse y distraerse antes de un evento tan... importante.

—Eso trato —confesé— Me alegro que tu familia esté bien Tino ¿dónde están ahora?

—Gracias Cassie —respondió con una amplia sonrisa en su rostro. Se notaba mucho más aliviado de lo que lo había visto antes—. Están descansando. Tratando de procesar todo lo que pasó. Nos ubicaron en una pequeña cabaña que estaba vacía, cerca del centro del pueblo. Les dije para venir, pero preferían descansar.

—Me imagino. Me alegro de que estén bien.

Elica había dejado de sonreír en el mismo instante en que me vio acercarme. Realmente seguía sin comprender cuál era su problema conmigo.

Jacobó se encontraba a mi lado, y su sola presencia era embriagante. Me sentía tan pequeña a su lado. Por lo menos en mi forma humana, porque Sissie podría aplastarlo en un segundo. El calor que desprendía su cuerpo me invadió y prontamente me puse nerviosa, pero por un motivo completamente diferente.

Sentí la mirada de Jacobo sobre mí y levanté el rostro sólo para encontrarme con sus ojos esmeralda, que brillaban por la luz del fuego que iluminaba la noche estrellada, frente al mar. Sentí como su mano se posó en la mía y sutilmente se inclinó para susurrarme al oído: —¿Podemos hablar unos minutos?— preguntó. Su aliento caliente se deslizó por mi cuello y me invadió por completo. Era irritante lo mucho que me hacía sentir este hombre con tan poco —a solas— aclaró.

Asentí.

—Ahora venimos chicos —le dijo Jacobo al resto, y de la mano me guio a un sector alejado de la fogata y de la gente.

Se sentó en la arena y me hizo una señal con la mano para que me sentara junto a él. Eso hice. Me lo quedé mirando, esperando a que me dijera algo, y por unos largos segundos sólo nos miramos a los ojos con intensidad sin emitir palabra. La electricidad fluía entre nosotros de una forma intangible y la brisa nocturna con aroma a mar se colaba entre nuestros cuerpos como si tratara de aliviar el fuego que se encendía por el solo hecho de estar cerca el uno del otro. Coloqué mis manos en la arena, a los costados de mi cuerpo. Él se encontraba a pocos centímetros de mí, pero sin siquiera rozarme.

—Quería decirte Cas, que pase lo que pase mañana —hizo una pausa y colocó sus manos en la arena, muy cerca de las mías— voy a asegurarme de que tú y Evan regresen sanos y salvos a Oasis. Aunque tenga que dar mi vida, te lo juro.

Lo miré con un atisbo de molestia.

—No digas eso Jacobo. La parte de dar tu vida —aclaré—. No pienso perder a nadie, y eso te incluye a ti.

Tenía el ceño fruncido y lo miraba con ímpetu.

—Así que más te vale que no te salgas del plan intentando hacer aquello que sé que te mueres de ganas por hacer. Porque si te llega a pasar algo, te revivo y te vuelvo a matar.

Una carcajada involuntaria y salvaje emergió de su garganta y allí estaba de nuevo esa risa. Sus dientes perfectamente alineados y blancos y sus labios carnosos que me hacían delirar, enmarcados en ese rostro aún más perfecto. Una incipiente barba cubría su piel. Debería haber un decreto real que le prohibiera reírse, porque simplemente era un atentado para mi salud. Traté de controlarme y disimular todas las sensaciones que él me producía.

—Lo digo en serio —sentencié con seguridad y él volvió a reír, pero rápidamente se puso serio y me respondió.

—No te preocupes, lo sé —hizo una pausa y miró a lo lejos, hacia la fogata. Con su mano, que se encontraba en la arena junto a la mía, rozó mis dedos sutilmente, y yo instintivamente la acerqué más hacia él—. Ya llegará el momento de ellos de pagar por todo lo que han hecho, no voy a hacer ninguna locura, sólo quería darte seguridad.

Volteé a verlo, y observé nuestras manos unidas en la arena. Subí lentamente la mirada, recorriendo su antebrazo, que dejaba ver las venas marcadas bajo su piel. Fuerte. Jacobo era la definición de fortaleza. Y no me refiero sólo en el sentido obvio y físico. Para sobrevivir lo que él había vivido: la muerte de su hermana Emma, su infancia, y las vivencias que le hacían vestir esas cicatrices que adornaban su piel, debía de ser fuerte.

—Lo harán —confirmé. Había detallado nuevamente la larga cicatriz que tenía en la parte interior de su antebrazo.

—¿Qué te pasó? —le pregunté y recorrí la cicatriz con el pulgar, suavemente. Pude detectar el efecto que tuvo mi roce en su piel. Su mandíbula se tensó y colocó la espalda derecha.

Tardó unos largos segundos en responder. Me veía con intensidad, como tratando de elegir las palabras que quería pronunciar.

—Me lo hice con un cuchillo de mesa el día después de que mataran a Emma —respondió finalmente. Me quedé helada. Jacobo había tratado de quitarse la vida. ¿Cómo culparlo? —No lo volvería a hacer —aclaró rápidamente—. Pero cuándo pasó eso yo era sólo un niño, y estaba en estado de shock. Ni siquiera puedo recordarlo. Sólo sé lo que pasó por lo que me contaron después. Mis padres impidieron que me curaran con magia. Evitaron que muera, pero me dejaron la cicatriz como recuerdo de eso.

—Lo siento mucho —me acerqué a él y lo abracé. Él dudó, pero prontamente me rodeó la cintura con sus brazos—. Siento lo que le pasó a Emma —le susurré al oído sin soltarlo— siento que lo hayas tenido que presenciar, y más aún, siendo tan sólo un niño.

—No lo sientas —me respondió y su cálido aliento bailó en la piel sensible de mi cuello— no quiero tu lástima Cassandra—. Se separó y nuestros rostros quedaron muy juntos—. Lo *último* que quiero de ti, es tu lástima.

—No es lástima —aclaré— sólo lamento que hayas tenido que vivir eso.

La respiración de ambos se aceleró ante la cercanía de nuestros cuerpos. Jacobo se había convertido en toda una fuerza de gravedad que me jalaba cuando estaba cerca de mí. Tenía que hacer uso de todo mi autocontrol para no lanzarme a sus brazos y pedirle que hiciera realidad todas las cosas que imaginaba en mi mente cuando pensaba en él.

Volvimos nuevamente la mirada hacia el mar y pasamos unos minutos en silencio.

Simplemente respirando el aire nocturno, la brisa con olor a mar y escuchando las risas de nuestros amigos y a los animales del bosque. Por unos minutos sentí paz y me olvidé de todo lo que estaba a horas de suceder.

¿Qué pasaría ahora entre nosotros? Ya los motivos que nos habían mantenido alejados no aplicaban: ya no se iba a casar, sus padres de igual forma ya me querían muerta y ya no era mi profesor. Bueno, por lo menos no en el Instituto, aunque me seguía dando clases. Eso hacía que no supiera bien cómo actuar con él. Antes, nuestra situación era dentro de todo clara: no podíamos estar juntos. Pero ahora... ¿sí?

Después de cómo me había rechazado en tantas oportunidades, no estaba dispuesta a simplemente estar con él y ya. ¿O sí? Mis acciones de los últimos segundos me parecía que decían lo contrario. Aunque bueno, estas sólo eran suposiciones mías, ya que él no había intentado nada desde que llegamos. Por lo menos nada concreto, porque la situación en la que estábamos ahora era bastante comprometedora.

No pretendía una historia de amor eterna, pero necesitaba *probarlo, sentirlo*. Así fuera una sola vez, y quedarme con el recuerdo para siempre.

—Cas —su voz ronca y grave me sacó de mis pensamientos y volteé a verlo. Nuestros rostros nuevamente estaban a escasos centímetros.

Se acercó más, al punto que nuestros labios se rozaron sutilmente y cuándo su piel suave y húmeda se puso en contacto con la mía, por más efímero y mínimo que fuera ese contacto, sentí que el corazón saldría disparado de mi cuerpo.

Necesitaba *probarlo, sentirlo*. Sólo que no sería ahora. Ahora debía concentrarme en Evan. Me puse de pie repentinamente y me sacudí la arena del cuerpo, ignorándolo lo que estaba a punto de decirme.

—Debemos salir en un rato —le comenté fingiendo demencia— debo prepararme, nos vemos ahora—. Me di vuelta y caminé con paso firme en dirección a la mansión, a pesar de que todo dentro de mí parecía rogarme que me regresara y terminara lo que fuera que él había estado a punto de comenzar.

CAPÍTULO 11

CASSANDRA

Nos transportamos de Oasis a Valterra utilizando esferas azules. El grupo estaba conformado por Jacobo, Baltazar, Lyanna, Amelie, Elica, Valentino y yo. Todos éramos voluntarios. Debía confesar que me sorprendió mucho que Elica se ofreciera de voluntaria.

Nos costó horrores convencer a mi padre de quedarse y que me dejara ir sin él. Obviamente él quería ser parte del rescate y además no quería que yo fuera, y menos sin él. Pero en el poco tiempo que John había llegado a conocerme, sabía que no había chance de hacerme cambiar de opinión una vez que había tomado una decisión. En eso, seguramente me parecía a mi madre.

También entendió que, si él iba, todo sería peor. Perderíamos una gran ventaja que teníamos sobre los padres de Jacobo, ya que ellos buscaban a Vladimir y pensaban que John Baltich había muerto. Pero si alguien fuera de Oasis lo veía, la noticia se esparciría por todo Margadorat y dejaríamos de tener ese “as” bajo la manga.

Además de que él era el líder de Oasis y la esperanza de todo un Reino, no podía ponerse en peligro por una misión de rescate. Una misión de rescate que nada tenía que ver con la misión por la que venía trabajando Oasis hacía décadas. Una misión de rescate que, si salía mal... sería plenamente culpa mía. Pero había decidido que, llegado el caso, cargaría con ese cargo de consciencia. Lo que mi consciencia no estaba dispuesta o capacitada para soportar, sería el quedarme de brazos cruzados mientras asesinaban a mi mejor amigo.

Nos habíamos dividido en tres grupos estratégicos. El primer grupo estaba compuesto por Amelie y Lyanna. Ellas irían por debajo del mar hacia las costas del gran océano, y se mantendrían ocultas en las inmediaciones del Castillo de Valterra. Ellas eran el plan B. Amelie era sirena y Lyanna era un Dantra Comehombres. Esa raza de Dantras (y de dragones en general) eran también conocidos como dragones de mar, ya que podían respirar bajo el agua, y era el agua precisamente su hábitat de preferencia en la mayoría de los casos. Se decía que eran de las razas más peligrosas, debido a la ira y la ferocidad que los caracterizaba. Yo prefería no poner a prueba esa teoría, y mantener una distante y amena relación con ella. Lyanna, a diferencia de la mayoría de los Comehombres, prefería vivir en su forma humana y en tierra firme, pero no por ello había perdido sus cualidades en las profundidades del océano.

Elica, Jacobo y Valentino eran el segundo grupo, e irían por aire utilizando un hechizo de invisibilidad muy poderoso que haría Jacobo y que nos había garantizado que serviría en las inmediaciones del Castillo e incluso en su interior.

Finalmente, Baltazar y yo éramos el tercer grupo. Nosotros iríamos por tierra. Entraríamos por las puertas principales del Castillo, haciéndonos pasar por una pareja de ricos comerciantes que iban a observar el juicio de Evan Gorgots. Habíamos escuchado atentamente cuándo el experto en estos temas (Balti), nos había dicho que lo más importante era pasar desapercibidos y *mezclarse*. No levantar sospechas. Debíamos parecer que estábamos en nuestra zona de confort, debíamos ponernos literalmente en la piel de esos comerciantes adinerados que se regocijarían en ver el asesinato de un inocente. A fin de cuentas, cualquier persona que fuera asesinada por los falsos reyes, era una persona inocente. Baltazar había utilizado esa estrategia muchas veces antes, para acabar con Legiones enteras de Guardias Reales, así que sabía de lo que estaba hablando. Se hacía pasar por ellos, y en las noches cuándo había pocas personas

haciendo guardia, se convertía en Woch y los incineraba a todos antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Si bien esa táctica funcionaba más que todo con Legiones pequeñas, no dejaba de ser un gran logro. Recordé nuevamente su historia, y no pude evitar sentir que se me tensaba el cuerpo y se me hacía un nudo en el estómago. Si bien en Margadorat, probablemente eran pocas las personas que podían decir que no habían pasado por algún tipo de trauma en las últimas dos décadas, la historia de Baltazar era otro nivel de trauma. Lo que le habían hecho a su familia no podía ser puesto en palabras.



Hacía algunas semanas, le había pedido a Jacobo que deshiciera el hechizo de Phillip, con el cual me había cambiado algunos rasgos físicos. Ahora volvía a vestir mis ojos color amarillo, mis pecas y mi cabello cobrizo, y había quedado atrás el cabello negro azabache y los ojos azules. No obstante, había decidido utilizar una peluca corta de color rubio platinado. Me había vestido con ropa estrambótica: llevaba un vestido de dos capas de color dorado, con un corsé en diferentes tonos de dorado y que hacía que mis senos pareciera que fueran a salir escapando del vestido en cualquier momento. También me había puesto la típica túnica de seda que utilizaban comúnmente los comerciantes -nuevos ricos- y adinerados del Reino de Margadorat. El último toque era el maquillaje. Era tan exageradamente exagerado que parecía más un payaso que una mujer. Me encontraba completamente irreconocible. Baltazar por su parte, no intentó ocultar su cabello castaño, y ciertamente no era una persona que pasaba desapercibida. Era grande, alto y atlético. Parecía alguien realmente importante. Más aún con los pantalones y chalecos de seda negros que llevaba puesto. Él no parecía un payaso. Se pudo meter fácilmente en el papel que le tocaría interpretar.

Habíamos pasado la noche anterior en carpas en el bosque de Valterra. Jacobo y Amelie habían conjurado hechizos protectorios, sólo para asegurarse de que estuviésemos seguros y que nadie pudiera vernos o escucharnos. Pero entre los nervios y el frío que se colaba por nuestros huesos, no habíamos podido pegar un ojo en toda la noche. Cuando salió el sol, nos pusimos en marcha.

Yo nunca antes había estado en el Castillo de Valterra, pero Jacobo nos había explicado con lujo de detalles qué nos íbamos a encontrar. Baltazar y yo salimos del bosque sigilosamente y nos adentramos en las calles empedradas de la ciudad de Valterra, en las inmediaciones del Castillo, mezclándonos con el caudal de personas que se dirigían a ver el asesinato de Evan. Se me encogía el estómago de solo pensar en esas palabras juntas en una oración. Se me retorció el corazón por el solo hecho de pensar qué pasaría si falláramos. Me obligué a eliminar esos pensamientos de mi mente y a concentrarme en lo que tenía frente a mis ojos. El castillo se encontraba justo pegado a la costa y estaba rodeado de la ciudad más importante de todo Margadorat. A las afueras de la ciudad, había grandes edificios comerciales y residenciales, altos y modernos, pero éstos no estaban cerca del Castillo.

Era un lugar extraño, porque si bien se suponía que era una ciudad súper moderna y avanzada, la realidad era que estéticamente tenía muchas cosas de un pueblo más antiguo: calles empedradas; edificios y casas bajas. En la plaza de la ciudad justo a las afueras del Castillo, estaban los diferentes Ministerios que controlaban todo: El Ministerio de Magia, el Parlamento de Margadorat, el Ministerio de Guerra y Defensa, y algunos más. En el centro de la plaza, había una escultura enorme tallada en oro macizo de Adrien y Helene y todas las calles estaban

vestidas con afiches de ellos. Es más, hacía algunos años que en todas las ciudades de Margadorat, habían instalado una escultura de ellos.

—Qué rara que es esta ciudad —le comenté en un susurro a Baltazar.

—¿Rara por qué?

—Es como una mezcla de edificaciones súper modernas, con pequeñas casas antiguas de piedra —aclaré en voz baja.

—Ah eso—. Miró a su alrededor y volvió a hablar en voz baja. Casi un susurro que sólo yo podía oír—. Toda la parte central de Valterra es considerada parte esencial de la historia. Hace muchos años, (incluso antes de la caída de los reyes), se prohibió que se construyeran nuevos edificios en esta zona, ni que se demolieran los antiguos—. Una señora pasó a paso apresurado a nuestro lado, empujándonos un poco. Baltazar esperó a que se alejara para continuar—. Por eso es la diferencia tan drástica —hizo una pausa y levantó una ceja— pero personalmente, a mí me parece que se ve hermoso.

—Sin dudas se ve hermoso. Lástima lo que hay dentro de las paredes de ese Castillo, y por las calles de esta ciudad—. Comenté mientras veía con asco interno a las personas que iban emocionadas a presenciar el asesinato de mi mejor amigo.

Caminamos entre las personas que vestían ropas elegantes y costosas. En Valterra y, sobre todo, en las inmediaciones del Castillo, las personas eran de clase alta: adineradas y con títulos importantes. Algunos de los comerciantes más ricos de todo el reino vivían en ese lugar.

—Actúa con normalidad y todo saldrá bien —me susurró Baltazar al oído. Él se pavoneaba como si fuera el dueño del lugar, y hasta se atrevió a saludar a un grupo de comerciantes que pasaban por allí. Estaba tan metido en su personaje que hasta yo me lo creí.

Los únicos que debíamos ser vistos y aparentar normalidad éramos él y yo. Los demás, estarían desde las sombras como apoyo a nosotros, y preparados para ejecutar el resto de las fases de nuestro plan.

Los Guardias estaban por doquier, y miraban atentamente a todas las personas, lo que me hizo poner aún más nerviosa. *¿Y si me reconocían?*

Las personas miraban a las demás sobre sus narices, como si cada uno se creyera superior al otro.

—Me alegra que hayan atrapado a ese bandido de Evan Gorgots —mencionó una señora que caminaba junto a nosotros con su esposo— hacía tiempo que no había un castigo ejemplificador por acá. Ya era hora, sino a los reyes se les van a salir las cosas de las manos si no pueden controlar al pueblo.

Su marido asintió y siguieron caminando de la mano en dirección al Castillo.

Quise romperle la nariz en un número indefinido de pedazos, pero debíamos apresurarnos y probablemente no hubiésemos pasado muy desapercibidos si hacía algo así. Había más gente yendo de la que habíamos previsto y necesitábamos tomar buenos “puestos”, cerca de la horca. Sí, en caso de declararlo culpable, iría a la horca. De igual forma, no íbamos a esperar un veredicto, todos sabíamos que el dichoso juicio era una mera formalidad, ya que la justicia era algo que había desaparecido del reino hacía muchos años. La “justicia” era lo que lo reyes decidían como tal. Los “culpables” eran sus enemigos y quienes se enfrentaran a ellos.

Me apresuré y Baltazar me tomó del brazo discretamente.

—No podemos llamar la atención —susurró— camina normal.

—No vamos a llegar a dónde necesitamos si está abarrotado de gente —le dije susurrando y con una sonrisa falsa en el rostro para disimular.

—A la multitud la podemos manejar —dijo él con la misma sonrisa falsa, también

disimulando— pero si nos detienen, porque estamos corriendo de forma sospechosa, eso sí que no lo podremos manejar— aclaró.

Tenía razón. Seguimos caminando esta vez con más calma. Ya estábamos cerca de la entrada del Castillo, y las manos me sudaban de los nervios. Él apretó con fuerza mi mano, para darme ánimos. Estaban inspeccionando a las personas en la entrada del Castillo. Me puse nerviosa, pero eso era algo que esperábamos. Teníamos identificaciones falsas y habíamos conseguido varitas y escobas registradas a nombre de nuestras nuevas identidades. En el Registro Nacional de Objetos Mágicos se debían registrar, bueno... todos los objetos mágicos. Especialmente las varitas y escobas. Eso era desde luego una forma más de controlar a la población. Si inspeccionaban a alguien con un objeto no registrado, inmediatamente iría preso a espera de un juicio. El castigo, era la *muerte*.

Había una larga fila para entrar, y ya el enorme Castillo de piedra se alzaba imponente frente a mis ojos. Una fortaleza impenetrable que parecía tocar el cielo con sus altas e imponentes torres. Sus muros de piedra grisácea se erguían impolutas y brillantes, como desafiando el paso del tiempo y guardando siglos de historia en cada una de sus piedras.

Desde lejos, se podían apreciar los altos muros rodeando el Castillo, con sus robustas puertas de madera. Las torres se alzaban en distintas alturas, cada una de ellas coronada por una cúpula brillante, reflejando los rayos del sol y destacando la magnificencia de la estructura.

Finalmente llegó nuestro turno, y Baltazar le entregó al Guardia nuestras credenciales falsas, con una sonrisa y sacando conversación sobre el hermoso día que hacía. En otra vida (o en otro mundo), Baltazar seguramente habría sido un gran actor de cine. El Guardia tomó las credenciales y nos comparó con nuestras fotografías. Asintió y nos dejó pasar sin más.

«Paso 1: check».

Al ingresar al exterior del Castillo, los visitantes eran recibidos por un gran patio empedrado, rodeado de jardines exuberantes y estatuas de antiguos guerreros. En el centro del patio, se erguía amenazante la horca. Las personas se concentraban a su alrededor en todas las direcciones, pero el lugar era tan grande y la gente estaba tan dispersa, que el miedo que tenía de no poder acceder a la posición que necesitábamos se desvaneció. Había gente, si claro. Pero no era una multitud impenetrable.

Alcé la mirada y pude detectar a los arqueros en las torres del Castillo. Los que había mencionado Jacobo. Eran cientos de arqueros. Caminamos por los alrededores, para detallar bien la ubicación de los Guardias y para determinar el mejor lugar para ubicarnos. Los muros este y oeste con Aqueos estaban bastante lejos, pero todo el patio estaba repleto de Guardias de igual forma.

Así que sí, estábamos rodeados. Igualmente, ya lo esperábamos.

Nos paramos muy cerca de la parte frontal de la horca. Estaba dispuesto una especie de escenario, y desde atrás saldrían los reyes con Evan y su verdugo. A los costados había Guardias. En la parte del frente, si bien había Guardias, estaba más despejado para que las personas pudieran apreciar con lujo de detalles la cabeza de Evan Gorgots rodar.

«Lamento informarles, que iban a terminar decepcionados, con un espectáculo bastante distinto al que tenían en mente».

Una vez que estuvimos posicionados, Baltazar fue por un poco de vino de rose que estaban repartiendo, mientras yo observaba a la multitud. Me sorprendí al ver que había un sector dispuesto para otro tipo de personas. No parecían ser ni comerciantes, ni de clase alta, ni políticos. Desde luego que no parecían pertenecer a la capital y tenían un semblante de ¿miedo? Quizás estaban allí obligados.

El “juicio” estaba planificado para dentro de 20 minutos conforme decían los carteles. El patio del Castillo se seguía llenando de gente a gran velocidad, y nosotros ya estábamos en posición. Esperábamos que el resto también lo estuviera.

CAPÍTULO 12

CASSANDRA

El momento se acercaba y la multitud cada vez estaba más eufórica. Realmente querían ver esto. Estar aquí y ver a Evan morir. ¿Cómo era posible que los reyes tuvieran esa clase de apoyo? Aquellas personas que comenzaron a cantar frenéticamente ¡muerte al traidor!, no estaban allí obligados ni por coerción. Los reyes eran diabólicos, sin dudas, por lo que de ellos honestamente no me sorprendía nada. Pero, ¿cómo explicar aquel grado de apoyo? Esas personas eran incluso peores que los tiranos. A fin de cuentas, Adrien y Helene no estarían donde estaban sin ese apoyo, aunque cada vez fuera menor.

Tomé un largo sorbo de vine de rose. Suficiente para relajarme un poco, si es que eso era posible en ese momento, pero no tanto como para hacer alguna estupidez. Todo tenía que salir tal cuál lo habíamos planeado, no había margen de error.

Los alrededores de la horca ya estaban abarrotados de gente, y los Guardias observaban en todas las direcciones de forma fría y calculada. Había llegado la hora.

Las cortinas que tapaban el fondo del escenario se abrieron y dieron paso a dos Guardias que las mantuvieron abiertas, mientras ingresaban los falsos reyes, seguidos del juez-verdugo y de Evan.

Cuando lo vi, las palabras de Elica refulgieron en mi mente: *“No es solo liberarlo, luego hay que escapar con él y no sabemos en qué condiciones está.”*

No era solo que se encontraba completamente pálido, delgado y demacrado. Era su mirada. Su mirada parecía la de un cadáver. Se me erizó la piel de sólo imaginar lo que debió de vivir allí dentro.

Un jalón en mi brazo izquierdo me hizo retornar a la realidad y darme cuenta de que debía hacer una reverencia a los reyes. Ya todos estaban prácticamente de rodillas, por lo que, con una fuerza de voluntad sacada puramente del odio y de la sed de venganza, hincé mi rodilla en la roca para honrar a los malnacidos que tenía enfrente de mí. Temblaba de la rabia, de la angustia por ver a Evan así. Baltazar me tomó la mano con fuerza, y no fue necesario que hablara para sentir su apoyo y para recordarme de que no estaba sola. El resto del equipo también estaba allí conmigo, aunque no pudiera verlos.

—Amado pueblo —dijo Helene, dando inicio a su discurso—. Estamos hoy aquí para enjuiciar al joven Evan Gorgots, que lamentablemente, siendo de una familia tan amada por todos, decidió rebelarse contra el reino...contra ustedes—. Hizo una pausa y miró a Evan con desprecio—. Tanto daño hizo, que causó que su pobre familia decidiera quitarse la vida—. Un gesto en el rostro de Evan al escuchar esas palabras, fue el único indicio de que seguía vivo y de que no le habían succionado el alma—. Más allá de ello, somos unos reyes justos y antes de quitarle la vida para que pague por todos sus delitos, demostraremos ante ustedes todas las pruebas de sus crímenes.

—¡Que corra sangre! —un grito de la multitud.

Qué ganas tenía Sissie de aparecer y hacer cenizas a ese hombre. A todos los que estaban allí.

Adrien tomó la palabra: —Se encontraron diarios en la habitación del Sr. Gorgots en el Instituto de Hechicería de Valterra, en la cual detalló con lujo de detalles cómo asesinó a cada uno de los alumnos que aparecieron muertos en los meses anteriores, así que ya tienen a su

culpable.

La muchedumbre lo abucheó.

—Adicionalmente, confesó estar detrás del secuestro de nuestro querido hijo Jacobo, que sigue desaparecido—. Una lágrima falsa recorrió la mejilla del falso rey—. Por favor les recordamos que seguimos detrás de cualquier pista que pueda ayudarnos a dar con el paradero de Ana Kramer, Vladimir Sokolov, y Valentino Zephyr.

Mis peores enemigos se encontraban a pocos metros de mí, y no sabía si sería capaz de luchar contra todos mis instintos para no chamuscarlos. Estábamos a punto de averiguar si éramos capaces de dar pelea.

Tenía que actuar rápido. Todo dependía de ello. Había practicado durante los últimos días de forma incansable mi habilidad para detener el tiempo. Todo sonaba muy bonito, pero había un pequeño/gran problema: yo podía detener el tiempo en mi forma humana y de Rysler, pero el alcance no era muy grande. Es decir, que el tiempo se detenía alrededor de mi hasta unos 15 o 25 metros como mucho. Los reyes y Evan entraban en ese rango, pero no lo hacían los arqueros de las torres ni el resto de los Guardias que estaban lejos de la horca. Es decir, que ellos verían que el tiempo había quedado en pausa y podrían actuar. Si ingresaban al rango en que mi poder llegaba, quedarían detenidos y las flechas que dispararan también, pero en el momento en que el efecto se disipara, podrían llegar a matarnos si no éramos lo suficientemente rápidos.

Había logrado algo más y muy útil en mis últimos entrenamientos: ahora podía detener el tiempo y dejar por fuera del efecto a determinadas personas. Eso había sido extremadamente difícil, pero luego de largos días intentándolo sin parar, finalmente lo había logrado con la ayuda y guía de John. Él era de las personas que más conocimientos tenía de los Rysler, gracias a su vinculación con mi madre y sus antepasados.

Me concentré y tal como había practicado incansablemente, detuve el tiempo a mi alrededor, salvo por Evan y por Baltazar.

Saltamos al escenario en menos de un segundo y pude ver el momento exacto en que Evan se dio cuenta de lo que sucedía. Después de allí, todo pasó demasiado rápido: los arqueros y Guardias comenzaron a gritar que estaban bajo ataque. En ese mismo momento Baltazar se transformó en Woch. Volaba imponente y enorme cerca de nosotros. Sus enormes alas negras de dragón y su piel impenetrable como la roca me dejaron helada. Estaba acostumbrada a verlo, pero no desde mi cuerpo de humana. Me acerqué a Evan a toda velocidad para tomarlo de la mano y poder huir. Lo que no me hubiese imaginado es que fuera a poner resistencia.

—¡Déjame! ¡Déjame! —comenzó a gritar cuando traté de llevarlo conmigo.

—¿Qué haces Evan? —le grité sin entender por qué se resistía—. Te estamos rescatando, ven conmigo por favor—. Las últimas palabras fueron una súplica —¡no hay tiempo!

—Déjame en paz, sólo quiero morir —ahí estaba: esa mirada vacía. Lo que le habían hecho definitivamente era peor de lo que yo podía imaginar. ¿Evan quería morir? Evan era la persona más alegre, buena y con propósito que yo conocía.

Las flechas de los arqueros comenzaron a penetrar mi magia, y si bien quedaban congeladas en el tiempo, no pasaría demasiado tiempo hasta que no pudiera aguantar más y todo se *des-paralizara*. No tuve más alternativa, tomé una roca del suelo y lo golpeé en la cabeza. Cayó al suelo desmayado y con una fuerza que desconocía que tenía lo levanté y cargué sobre mi espalda. Hice crecer mi escoba y con Evan cargado volé tambaleándome hasta el lomo de Baltazar, rezando para que Evan no se cayera al suelo, y para que el golpe que le había asestado no lo hubiera lastimado gravemente. El Woch estaba lo más cerca que podía de mi para mantenerse cerca del hechizo, y sobrevolaba justo por sobre las cabezas de la multitud.

Noté como algunas personas comenzaron a moverse muy lentamente, y las flechas de a poco comenzaron a penetrar más profundo en nuestra dirección.

Llegué a la espalda de Baltazar y coloqué a Evan frente a mí y le di una palmada en el lomo como señal. Conjuré un hechizo protectorio mientras el Woch emprendía vuelo. Me aferré a Baltazar, abrazando a Evan sobre su lomo.

El tiempo volvió y yo no tuve agallas de ver lo que estaba pasando a mis espaldas. Sólo cerré los ojos con fuerza y me aferré a Baltazar y a Evan, rezándole a un Dios en el que no creía para que todo estuviera bien.

JACOBO

Las flechas se dirigían a toda velocidad en contra de Baltazar, Cas y Evan. No tenía ni tiempo de voltear a ver a los malditos de mis padres. Me encontraba volando junto con Elica en su forma de Mantis de Hielo y Valentino que iba sobre su escoba, todos protegidos por un hechizo que nos hacía invisible a los tres. Ese mismo hechizo que había usado en el acantilado cuando le dispararon a Sissie (ese era el nombre que Cassandra usaba para llamar a su versión Rysler); ese mismo hechizo que me habían enseñado mis padres cuando era un adolescente, y que era tan difícil de conjurar que sólo algunos pocos hechiceros habían aprendido a hacerlo en la historia. Por lo menos hacerlo, y que durara más de unos pocos minutos. Mis padres y yo estábamos entre esos. Si algo tenían los desgraciados esos, es que eran realmente poderosos y hábiles. Probablemente no imaginaron que años más tarde, usaría todo lo que me habían enseñado para intentar destruirlos.

Utilicé mi poder de viento para desviar las flechas en otra dirección, pero a pesar de eso algunas alcanzaron a Baltazar. No le hicieron nada. No sabía si era por lo dura de su piel o por el hechizo que se suponía que invocaría Cassandra. Lo cierto es que estaban ilesos.

Los Guardias miraban en todas direcciones, tratando de comprender de dónde venía el viento que hacía que sus flechas no llegaran a su objetivo.

Unas ráfagas de hielo emergieron desde lo más profundo de la garganta de Elica, y los cientos de arqueros que se encontraban en lo alto de las torres del Castillo quedaron congelados y atravesados por diminutas y filosas dagas de hielo. La sangre comenzó a bañar las torres del Castillo de Valterra.

Mis padres ya se habían ocultado en el interior del Castillo, como los miserables cobardes que eran en realidad, por lo que no había nada más que pudiéramos hacer en ese momento. Le hice una señal a Elica y a Valentino, y nos fuimos volando en dirección al bosque para encontrarnos con el resto.

Por más feliz que estuviera de que todo había salido sorprendentemente bien, no podía quitarme la sensación del pecho de que todo había resultado *demasiado* fácil.

CAPÍTULO 13

CASSANDRA

Huimos a toda velocidad sobre la espalda del Woch en dirección a los bosques de Valterra, en los cuáles habíamos dormido la noche anterior, tal como estaba planeado.

Baltazar aterrizó en un descampado cerca y bajé a Evan con delicadeza de su gran espalda dura y escamosa, ya que aún se encontraba desmayado.

Lo coloqué en el suelo a mi lado, al tiempo que Baltazar volvía a su forma humana y el Woch desaparecía. Una vez vestido, se acercó a nosotros velozmente.

—Le has dado un buen golpe Cassie —comentó mientras se colocó en cuclillas al lado de Evan y vio la sangre que le corría al lado de su cabeza—. No te preocupes, no es grave—. Agregó al ver mi cara de pánico y de shock—. Ya Valentino o Thorin lo curarán, pero debemos ocultarnos cuánto antes.

Baltazar tomó a Evan en sus brazos y corrimos juntos hacia el bosque, en el lugar exacto en el que habíamos acordado encontrarnos si todo salía bien. Y todo había salido bien. Demasiado bien, de hecho. Bueno, excepto por la parte que tuve que noquear a Evan porque estaba delirando. Pero de eso ya nos encargaríamos luego, ahora debíamos volver a Oasis lo antes posible. Todos. Sanos y salvos.

A la distancia vi a dos enormes dragones volar en nuestra dirección. Una impactante Mantis que, con su piel de diferentes tonalidades azules, deslumbraba con su belleza. Era Elica. Y era igual de despampanante en su forma de dragón como en su forma humana. Lyanna por su parte, en su forma de Comehombres, era de colores tierra y naranjas. Era un poco más chica que Elica, pero no era para nada chica. Al lado ellas, de forma minúscula se vislumbraban un par de escobas. Respiré hondo y me tranquilicé al ver que todos se encontraban sanos y salvos. A los pocos minutos, llegaron al descampado que se encontraba junto al bosque. Amelie bajó de su escoba, y rápidamente Elica y Lyanna se transformaron a sus formas humanas.

—¿¡Qué le ha pasado!? —preguntó Valentino al ver a Evan desmayado. Además de eso, el estado de Evan era más que precario. Tenía las ropas sucias, desgastadas y un olor tan repugnante que nunca antes había oído en mi vida algo así. Se acercó hacia él velozmente con la intención de sanarlo.

Baltazar lo tomó del brazo y lo frenó: —Acá no. Ya te explicaremos todo en casa, pero ahora debemos irnos lo antes posible.

Valentino asintió, sin dejar de lado su cara de preocupación. Por parejas tomaron una esfera azul, y vi como Lyanna, Amelie, Elica y Valentino ya no estaban.

—Yo llevo a Evan, Cas —me dijo Jacobo, acercándose a mí—. Ve con Baltazar—. Se escucharon ruidos cerca. Nos miramos a la cara los tres con temor. No sabíamos si eran Guardias —ahora— sentenció con la mirada demasiado seria.

No tuve tiempo para protestar, ya que Baltazar me tomó de la mano y desaparecimos en un torbellino azul. Estas esferas eran realmente la mejor adquisición que había hecho en mi vida. No entendía como no estaban prohibidas en este reinado de represión y terror. Cuando las había comprado en Gorgots nunca imaginé que, en varias ocasiones, mi vida dependería de ellas. Igual las mías se habían acabado hace rato, pero en Oasis había una buena cantidad de esferas azules a disposición de todos.

Todo había pasado demasiado rápido. No había tenido tiempo ni de procesarlo. Es más,

si tuviera que contarle a alguien ahora en detalle como rescatamos a Evan, creo que mi mente se quedaría en blanco, bloqueada.

No respiré hasta que vi a Jacobo aparecer con Evan en brazos en la orilla de la playa de Oasis. Allí, nos esperaban todos: los que habían asistido en el rescate y que ya habían vuelto, junto a John y Thorin.

Tan pronto Evan terminó de materializarse corrí hacia él.

—Cúralo por favor —le supliqué a Valentino, que había hecho igual que yo y se había abalanzado hacia a su amigo.

—¿Qué le pasó? —preguntó, y luego procedió a curarle la herida con la voz angelical que emergía de lo más profundo de sí. No tenía sentido ver al gran Valentino emitir esos sonidos agudos que parecían más bien de sirenas. Era increíble ver a un Auris en acción.

—Tuve que hacerlo lo siento —repliqué avergonzada por el hecho de haberle causado a mi amigo esa herida.

—¿Hacer qué?

—Lo tuve que golpear —reconocí en voz baja—. No quería venir conmigo. Era la única manera.

Lentamente, Evan comenzó a abrir los ojos. Frunció el ceño, claramente confundido y sin comprender donde se encontraba. Por lo menos tenía enfrente a dos caras familiares: la de Valentino y la mía.

Aún con su cara de confusión, se sentó de a poco y me acerqué a él para abrazarlo, pero crudamente me quitó la mano y con molestia me preguntó: —¿¡Qué rayos has hecho!?— sentí como la ira salía de cada uno de los poros de su piel, y me estremecí. Nunca antes Evan me había hablado de esa forma. Ni a mí ni a nadie. No tenía sentido que esta fuera su reacción.

—Te... te hemos rescatado —balbuceé. Mi voz era prácticamente un susurro y dije cada una de las palabras con miedo y confusión—. Lamento haberte golpeado antes —aclaré— pero debíamos irnos rápidamente, no había tiempo para explicaciones y tu estabas actuando de forma extraña.

Todos nos escuchaban con atención, pero vi como Jacobo discretamente le pidió al resto que se fuera, que nos dejaran solos con un poco de privacidad. Si, privacidad, aunque estemos frente a la playa de Oasis al aire libre.

—¡Mierda *Ana*! —suspiró e hizo el intento de ponerse de pie, aunque se mareó y se volvió a sentar. Seguía muy débil—. ¡Te dije que quería morir! ¡Me debiste dejar morir! ¿¡Por qué no me has escuchado!? —gritó con lágrimas en los ojos y yo me quedé congelada sin saber que hacer.

Valentino se acercó hacia él para tratar de tranquilizarlo, pero Evan parecía estar en medio de un brote psicótico, o de un ataque de pánico. Comenzó a frotarse con fuerza la cara y a gritar entre sollozos: —¡Mátenme! ¡Por favor mátenme ahora mismo maldita sea! ¡Sólo quiero estar con ellos!— suspiró y continuó gritando. Agarró de la camisa a Valentino y lo empujó hacia él para verlo a los ojos. La cara de Valentino expresaba lo mismo que la mía: terror y confusión.

—Tranquilo Evan —le dijo tratando de tranquilizarlo y lo abrazó— todo estará bien—. Evan sollozó y lo empujó con más fuerza.

—¡Nada estará bien! —gritó— ¡por favor, sólo mátenme!

Jacobo volvió hacia nosotros, imaginé que por escuchar los gritos. No venía solo, Thorin lo acompañaba.

Thorin se arrodilló en la arena, junto a Evan y nos pidió que les diéramos espacio.

—¿¡Quién mierda eres tú!? —espetó Evan con furia— ¡sólo mátenme maldita sea! ¡Ya debería estar muerto!

Una melodía salió desde la garganta de Thorin. Era tan aguda y angelical, que parecía que la estuviese cantando un ángel. Las venas de su garganta se tensaron y comenzó a sostener a Evan, que de alguna forma empezó a tranquilizarse, aunque seguía sollozando.

Thorin continuó cantando. No entendía que estaba haciendo, porque las heridas de Evan ya estaban curadas. Lo curó Valentino. ¿Ahora qué pretendía hacer?

Evan dejó de sollozar después de algunos minutos, pero Thorin no paró de hacer lo que sea que estaba haciendo.

Me arrodillé a su lado, pero no me atreví a acercarme más.

De pronto los ojos de Evan comenzaron a parecer pesados y terminaron por cerrarse. Cayó hacia atrás y Thorin lo tomó delicadamente y lo dejó en el suelo.

—¿¡Qué ha pasado!? —exclamé— ¿qué ha sido todo eso!? ¿¡qué le has hecho!?

Thorin se volteó hacia mí y me tomó de las manos.

—Respira hondo Cassandra —me dijo muy calmado—. Los Auris podemos curar todo tipo de heridas con nuestro poder —comenzó a explicarme— las heridas físicas, y... las heridas del alma—. Hizo una pausa y miró a Valentino, que estaba de pie a nuestro lado escuchando atentamente con los ojos abiertos de par en par—. Valentino le ha curado las heridas físicas. Pero, evidentemente tiene muchas heridas del alma —explicó— Yo lo único que he hecho es tratar de curar esas—. Seguramente vio mi cara de alivio, cuándo pensé que había sanado cualquier horror por el que había tenido que pasar Evan, por lo que aclaró: —Pero, esas son las más difíciles de curar. Porque las heridas del alma, no son como un corte en la piel, que lastima algunas capas de la piel y quizás un órgano. Sino que impregnan cada uno de los átomos del cuerpo de la persona —continuó explicando, y yo solo lo miré atentamente con lágrimas en los ojos— llegan tan profundo que traspasan todos los órganos. Van más allá de la sangre, del cerebro. Y es por eso que no se pueden curar simplemente con una sesión de curación y ya. Esas heridas están hechas de las armas más letales del mundo. De todos los mundos: de *recuerdos* y de *sentimientos*. Sería muy fácil simplemente borrar esos recuerdos y esos sentimientos con un hechizo, pero eso sería sólo ponerle una curita a una herida de espada en el abdomen. Las heridas del alma deben aceptarse para curarse. Y la persona, debe *querer* sanar—. Nunca antes había escuchado algo parecido. No había estudiado sobre las heridas del alma ni sabía que los Auris podían ayudar a curarlas. Continué escuchando atentamente—. Lo que he hecho ahora, ayudará un poco a Evan, pero para curarse necesitaremos trabajar juntos por varios meses, quizás incluso años. Y es muy importante Cassie, que él decida curarse. Que él lo desee—. Suspiró y acentuó lo importante del mensaje con la mirada—. De lo contrario, no habrá nada que yo pueda hacer.

CAPÍTULO 14

CASSANDRA

—Gracias Thorin.

Thorin era un hombre bastante imponente. De piel un tanto bronceada y con el cabello de un color de raíz castaño y que se difuminaba en un blanco platinado. Ojos color avellana y rasgos fuertes. Thorin era uno de los guerreros más importantes de Oasis. Tenía su habilidad como Auris desarrollada de una forma tan avanzada que no era fácil de ver. Ya de por sí, los Auris no eran tan comunes. Pero, ¿Auris con la habilidad de Thorin?... mucho menos.

Valentino se acercó a él y le dio un abrazo amistoso—. Gracias por ayudarlo —me miró a mi mientras siguió hablando—. No te preocupes, que nos encargaremos de ayudarlo a estar mejor. A que quiera sanar —agregó con una luz de esperanza en su mirada.

—No hay de qué—. Contestó Thorin.

Jacobo se encontraba en silencio, viendo todo, pero sin decir nada. Lo miré y le sonreí con expresión de agradecimiento. Por traer a Thorin, y bueno... por todo.

—Ahora hay que llevarlo a descansar —comentó Thorin— le pediré ayuda a mi equipo para asearlo y que se sienta mejor al despertar. Seguramente estará dormido un largo rato, y dudo que cuando despierte, quiera verse en esas condiciones, desde luego que eso no ayuda.

Todos asentimos y Valentino se puso de pie para levantar a Evan. Thorin lo ayudó.

—Voy con ustedes —repliqué.

Jacobo me tomó de la mano y me detuvo.

—Cas, deberías comer algo—. Sus ojos me atravesaron y el calor de su mano en mi brazo me desconcentró por completo.

—Debo ayudar a Evan —respondí en susurro.

—Evan dormirá por un largo rato. Y tú no has comido nada desde anoche —suspiró y me observó con mayor detenimiento—. Si es que un pincho de vegetales rostizados puede contar como comida.

«¿Cómo sabe que sólo comí eso?».

Mi estómago rugió en respuesta y sabía que Jacobo tenía razón. Evan no despertará por lo pronto y era mejor que fuera a comer algo para recuperar energías, así después tendría fuerzas para ayudarlo y apoyarlo.

—En el pueblo habrá una celebración por el éxito del rescate —agregó Jacobo— música y baile. ¿Vamos?

Asentí y comencé a caminar junto a él en dirección al pueblo. Evan ya se encontraba camino a la mansión, junto a Valentino y Thorin.

—No sé qué le habrá pasado a Evan para reaccionar así, pero puedo hacerme una idea —comentó Jacobo— necesitará mucho apoyo de ustedes. De todos.

Lo miré con un atisbo de molestia.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le pregunté— lo que le podrían llegar a hacer allí.

Bajó la mirada hacia mí y vi me concentré en sus ojos profundos color esmeralda.

—¿Hubiese servido de algo?

Negué con la cabeza al darme cuenta que no hubiese servido de nada. Sólo para torturarme a mí misma imaginando todo lo que le podrían estar haciendo sin que yo pudiera evitarlo.



Caminamos a través de los campos de entrenamiento y llegamos al pequeño pueblo de Oasis, que fue construido con mucho amor a lo largo de los años, mientras fueron rescatando a más y más personas.

El pueblo constaba de muchas casitas de colores, unas al lado de las otras, y calles angostas de piedra. El terreno de Oasis era realmente grande, y cada año se construían más casas y espacios de entrenamiento. Las personas caminaban distendidas, riendo, escuchando música y tomando algo fresco.

Paramos en un pequeño comedor que se encontraba en el patio trasero de una de las casas.

En Oasis no existía el dinero. Todos colaboran con todos y trabajan para la prosperidad y el sostenimiento. Tampoco existía tal cosa como la vagancia. Era la única forma de que una comunidad sobreviviera bajo esas condiciones. Cuando alguien debía ir a otro pueblo por provisiones, Jacobo o John les daban el dinero necesario para comprar lo que hiciera falta. Claro que no era una situación ideal, pero era la manera en que habían logrado subsistir a lo largo de los años. Al fin de cuentas, Oasis no pretendía ser el hogar eterno de nadie, ni mucho menos. Oasis era el medio para un fin: detener a los falsos reyes, recuperar el trono y poner en libertad a todo un reino. Luego, cada quien podría trabajar de lo que quisiera y hacer lo que quisiera sin problemas.

Jacobo colocó su mano en mi espalda baja, y un escalofrío involuntario se apoderó rápidamente de mí.

—Ven, sentémonos por acá —me guio con su otra mano a una pequeña mesita con dos puestos que se encontraba justo al lado de un árbol frondoso, al fondo del patio—. La comida de Betty es la mejor de todo Oasis —comentó—. Debería haberte traído antes —mencionó con una sutil sonrisa en sus labios.

Se notaba mucho más distendido que los días anteriores, sin dudas.

—Espero que sirva porciones grandes —comenté al tiempo que me senté en la pequeña silla. Jacobo se sentó frente a mí y se veía muy gracioso en ese lugar. Parecía un señor jugando en una casa de muñecas. El comedor y los asientos eran chicos de tamaño, pero a la gente parecía no importarle. Reían, comían y bebían de lo más tranquilos.

—Voy al tocador, ya vuelvo—. Me puse de pie y me dirigí al baño para cambiarme las ropas ridículas que llevaba puestas y lavarme la cara. Seguramente el maquillaje de payaso se había corrido y ni quería imaginarme como me vería ahora. Desde luego, no era el aspecto que quería para cenar con Jacobo.

Me lavé la cara y restregué bien hasta que los papeles húmedos dejaron de salir con manchas de colores. No había espejo, pero quería pensar que eso significaba que no tenía más ese maquillaje absurdo.

Me quité la ropa y tomé de mi mochila un uniforme de Oasis que solía llevar a todos lados. Siendo un Dantra, uno nunca sabía cuándo iba a necesitar un nuevo par de pantalones, por lo que nunca estaban de más.

A los pocos minutos volví a la mesa y me senté frente a Jacobo. Él levantó la mirada y me observó.

Una señora, que imaginé era Betty se acercó sonriente hacia nosotros.

—Jacobito querido. Qué bueno verte por aquí —replicó alegremente— hacía tiempo que no venías.

—Un gusto verte Betty —le respondió Jacobo—. Lamento no haber venido antes, pero estuvimos con muchas cosas—. Me señaló con la mano y siguió hablando —te presento a Cassandra. Es la hija de John.

Betty me vio con los ojos muy abiertos. Y procedió a hincar una rodilla en el suelo.

—Su alteza, es todo un honor. Disculpe, no la reconocí.

Era primera vez que alguien me trataba de esa forma y me hizo sentir muy incómoda.

—Por favor, párate —comenté más en tono de súplica que de pedido—. No es necesario nada de eso. Ni que me llames su alteza. Soy Cassie —le tendí la mano en modo de presentación—. He escuchado cosas muy buenas de tu comida, y vengo con mucha mucha hambre —sonreí al ver a Betty ponerse de pie nuevamente.

—No se diga más Cassie —replicó Betty— te traeré unos platillos deliciosos—. Comentó mientras salía disparada.

—¡Espera! —exclamé— ¡soy vegetariana!

Jacobo colocó su mano sobre la mía. —El lugar es vegetariano, tranquila—. Un hormigueo me recorrió el cuerpo ante ese detalle de su parte.

Unos minutos después, Betty volvió con dos bandejas enormes de comida: vegetales rostizados, lentejas, arroz, patatas, sopa, tofu crispy. Efectivamente había entendido lo que quise decir con que tenía mucha hambre. Mi estómago volvió a rugir, exigiéndome que me devore cada uno de los platillos inmediatamente, y eso hice.

Al rato volvió con dos vasos con cerveza de ocre.

—¿Te gusta? —me preguntó Jacobo— la cerveza digo—. Aclaró.

—Si, es rica —le respondí— una vez la probé. La noche que murió Trini—. Aclaré y por un minuto el recuerdo de esa noche me angustió. Traté de pensar en otra cosa rápidamente.

Esto era lo más parecido a una cita que habíamos tenido Jacobo y yo. (Comida, bebida y música). Por un momento logré distenderme y relajarme. La cerveza de ocre sin dudas que ayudaba, y el hecho de saber que Evan ya estaba con nosotros. Si bien no había llegado en las mejores condiciones, estaba vivo. Y mientras estuviera vivo, habría esperanzas de que todo lo demás mejorara. Me obligué a no pensar en Evan por un minuto. Necesitaba vaciar mi mente y solo disfrutar. Distraerme y relajarme.

CAPÍTULO 15

JACOBO

Desde que habíamos escapado del Castillo no podía evitar sentir que algo no andaba bien. Pero no había ningún motivo racional para sentirme así. Habíamos logrado rescatar a Evan y todos habíamos vuelto a Oasis ilesos. Bueno, claro que la condición de Evan no era óptima, pero podría ser peor. Podría estar muerto.

Traté de ignorar esa sensación.

Estaba aquí con Cassandra, y sólo quería que ella pudiera disfrutar un rato, sin pensar en toda la mierda que se le venía encima: la inminente guerra, la recuperación de Evan y el hecho de que tenía que explicarle quién era ella. Él aún no sabía de la existencia de Cassandra Baltich. Para Evan, ella aún era Ana Kramer. ¿Cómo reaccionaría cuándo se enterase de eso?

Bloqué esos pensamientos y me concentré en ella. Había terminado de comer y tomaba cerveza de forma distendida, mientras observaba a las demás personas que se encontraban en el comedor de Betty. Sonrió con un atisbo de nostalgia y seguí el camino de su mirada hasta una pareja de ancianos que bailaban tiernamente al son de la música.

Verla hacía que todos mis sentidos se centraran únicamente en ella: en sus movimientos, el sonido dulce de su voz, el movimiento de su pecho al respirar. Cassandra había logrado apoderarse de cada uno de mis pensamientos y eso me aterrorizaba. Me negaba a sentir por ella algo más que un deseo, y estaba seguro de que una vez que estuviéramos juntos, iba a poder ser el mismo de siempre: concentrado y enfocado en lo que realmente importaba... destruir a mis padres. No podía tener distracciones en este momento. Aunque a la vez me odiaba un poco a mí mismo por pensar en ella de esa forma. O mejor dicho... por tratar de obligarme a pensar en ella de esa forma.

—Ven, quiero llevarte a un lugar —me puse de pie y le tomé la mano para que me siguiera. Cosa que hizo sin chistar. Eso era raro en ella, en otro momento me hubiese preguntado veinte veces en un minuto a dónde la llevaba, pero ahora estaba más relajada.

Salimos del comedor de Betty y nos dirigimos a una pequeña plaza donde ponían música y bebían. Ya el sol se estaba poniendo en el horizonte.

Cuando llegamos me acerqué a una mesa repleta de vasos y diferentes tipos de bebida, y le serví un poco más de cerveza de ocre. La que aceptó con gusto. La plaza estaba llena de jóvenes que bailaban al son de la música, una sinfonía de ritmos vibrantes y pulsantes que se entrelazaban con una energía contagiosa.

La miré y observé como movía disimuladamente su cuerpo. Pareciera como si quisiera dejarse llevar, pero por algún motivo no lo hacía. Sólo observaba a las personas mientras bailaban y reían en el centro de la plaza.

—¿Te gusta?

Levantó la mirada para responderme: —¿Qué?

—Pues lo que ves. El baile. La gente.

Asintió con una sonrisa.

—Hacía mucho que no veía a la gente tan relajada —agregó— que yo no estaba tan relajada—. Hizo una pausa y volvió la vista hacia la multitud—. Sé que aún nos queda mucho por delante, pero se siente bien... una batalla ganada. Es como dar un respiro de todo esto.

La entendía perfectamente. Yo me sentía igual. Más aún desde que dejé le farsa con

mis padres y Camille.

La tomé de la mano y el roce de su piel contra la mía me dio un breve cortocircuito. Me miró y con un gesto la guie hacia donde el resto se encontraba bailando.

Sin necesidad de decirnos nada, como si nuestros cuerpos tuvieran un lenguaje propio, nos acercamos y seguimos el ritmo de la música. Coloqué mis manos en sus caderas y las apreté levemente. Instantes después, pude sentir como un estremecimiento recorría fugazmente su cuerpo y la atravesaba. Esta mujer iba a acabar con mi cordura en cualquier momento. Subió la mirada y sus ojos amarillos me atravesaron por completo. Sus *verdaderos* ojos. El roce de su cuerpo era como una súplica, y estaba peligrosamente cerca de determinadas partes de mi cuerpo de las cuáles no tenía demasiado control con ella a escasa distancia de mí.

Se paró en puntillas de pie y acercó su boca a mi oreja. —Gracias —murmuró peligrosamente cerca. Su cálido y dulce aliento danzó sobre mi piel, tentándome aún más.

—¿Por qué? —le respondí en voz baja y mirándola fijamente a los ojos. Esos ojos que parecían las llamas de fuego de Sissie, y me dejaban sin habla.

—Por esto —miró alrededor de nosotros y volvió a posar sus ojos en mí —por Evan— se mordió el labio inferior y con una expresión pensativa terminó de decir: —por todo.

Me acerqué a ella al igual que lo harían las gotas de lluvia hacia el suelo: *sin detenerme*. Sólo me detuve cuando mis labios apenas rozaban los suyos.

Lo que estaba haciendo no estaba bien, para nada bien. Pero estábamos en un momento particular. Había sido un día lleno de emociones y sentimientos complejos. Sentía que nos habíamos quitado un peso enorme de encima, y por primera vez en mucho tiempo ambos nos relajamos.

—¿Puedo? —le susurré sobre sus labios, al tiempo que los miraba fijamente.

—Por favor —exhaló el aire que tenía contenido en el pecho, ante la tensión que nos embriagaba.

Fue todo lo que necesité. Sin pensarlo más me apoderé de sus labios salvajemente y le apreté la cadera con mis manos, que ocupaban casi todo su costado. Ella jadeó en respuesta. Sabía perfectamente que lo que necesitaba y deseaba hacer con Cassandra, no debería ser visto por nadie más, por lo que despegué bruscamente mis labios de ella y la llevé hasta un callejón oscuro y pequeño que había a metros de la plaza. La coloqué en contra de la pared, donde ya nadie podía vernos y la volví a besar, como si fuera el último beso que fuera a dar en mi puta vida.

Su sabor dulce se había convertido en una sustancia más adictiva que la droga más fuerte de toda Nerea. Si me hubiesen dicho que Cassandra había conjurado un hechizo de atracción, lo hubiese creído. Simplemente por el hecho de que no era normal sentirse así. Nunca antes alguien me había provocado tantas cosas.

Mi lengua jugó y se entrelazó con la suya, y sus manos se aferraron fuerte a mi nuca. La tomé en mis brazos hasta que quedó alzada con las piernas cruzadas detrás de mi espalda. En esa *perfecta* posición, no podía hacer más que presionarme contra ella y el gemido que emergió de su garganta fue como el éxtasis más exquisito.

Estaba completamente duro por y contra ella y en lo único que podía pensar en ese momento era en arrancarle la ropa y hacerla mía. Hacerla gritar mi nombre y enseñarle el verdadero placer.

Su cuerpo aún se movía al compás de la música y se restregaba contra mí sin piedad.

—Cassandra, me estás matando —le susurré al oído mientras dejaba un recorrido de besos en su cuello y notaba como se le erizaban todos los vellos del cuerpo, y sus pezones que se

marcaban duros contra la tela de su traje. Procedí a recorrer el contorno de su cuello con la punta de mi lengua, y en respuesta, se arqueó y echó la cabeza hacia atrás.

—Necesito tenerte Jacobo —gimió— por favor no aguanto más —suplicó tímidamente.

Un estruendo lejano me hizo volver a la realidad y me puso en alerta. Una tormenta se avecinaba sin previo aviso. Eso era definitivamente una mala señal. El cielo hacía tan sólo unos minutos estaba completamente despejado. «¿Una tormenta de dónde?»

Dejé a Cassandra en el suelo sutilmente mientras nuestros corazones latían desbocados y entre respiraciones agitadas comenzamos a mirar al cielo con expresión de confusión. Fuertes gotas de lluvia comenzaron a caer sobre nosotros, empapándonos en segundos. No se podía ver casi nada por la incipiente tormenta y la neblina que se había generado. No ayudaba el hecho de que ya fuera de noche.

Me concentré y enfoqué mis poderes de Aqueo para controlar el clima y deshacer las nubes negras y pesadas que se habían formado en el cielo. Rápidamente lo logré y lo que vi hizo que todos mis miedos se volvieran realidad. Una gran Legión de la Guardia Real se acercaba a toda velocidad hacia Oasis.

En efecto, todo había salido muy bien para ser real. En efecto, Oasis estaba por caer.

BALTAZAR

Me encontraba en la mansión junto a Valentino, Thorin y Lyanna, cuidando de Evan.

El equipo de Thorin se había encargado de asearlo en privado y de cambiarle la ropa. Realmente, pobre chico. De sólo verlo uno se podría hacer una idea de todo lo que había tenido que vivir y no le desearía eso ni a mi peor enemigo. Aunque bueno, ¿a quién engaño? Desde luego que se lo desearía a mi peor enemigo. En este caso, a mis *peores enemigos*. Al fin y al cabo, habían sido los responsables de todo esto.

Me encontraba algo nervioso, sin motivo alguno. La tormenta que sonaba en el exterior no ayudaba a esa situación y lo único que logró es agudizar mis sentidos y ponerme en un estado de alerta completamente injustificado. Debería irme a descansar y dormir un poco, pero algo me decía que no lo hiciera.

Siempre había tenido una especie de sexto sentido.

«Si, ya sé que tal cosa no existe, pero yo siempre le había hecho caso a mi intuición».

Gracias a ello había logrado sobrevivir tantos años, tantas batallas y tantos peligros. Esa misma intuición ahora me decía que no me fuera a dormir. Que me quedara acá.

Evan seguía plácidamente dormido. Lo que fuera que le había hecho Thorin sin dudas había ayudado. Por lo menos temporalmente. El que no estaba calmado era Valentino, que, si bien se encontraba en silencio, su cara demostraba un alto nivel de angustia. No dejaba de ver a Evan cada cinco minutos con ansiedad. Lyanna finalmente lo convenció de que fuera a otro de los cuartos de invitados a descansar un poco.

Otro estruendoso trueno sacudió el ambiente. Me asomé por la ventana con el ceño fruncido. «¿Qué rayos estaba pasando? En Oasis no había tormentas y menos salidas de la nada misma».

CAPÍTULO 16

JACOBO

Antes de siquiera poder reaccionar, los Aqueos de Fuego de la Legión, que sobrevolaban Oasis a lo lejos, comenzaron a expulsar poderosas llamaradas de fuego de larga distancia desde sus manos, en dirección a las casas y calles de Oasis, incinerando en pocos segundos una gran cantidad de estructuras del pueblo. Las personas comenzaron a salir de sus casas aterrorizadas, y la música quedó sepultada por los gritos de terror que inundaron la noche.

Muchos corrían de forma dispersa, sin saber a dónde ir ni entender bien lo que estaba sucediendo. Los guerreros de Oasis de forma organizada comenzaron a salvaguardar al resto, y a buscar armas para contraatacar. Yo no podía explicar lo que sentía en este momento. ¿Años de esfuerzo y preparación iban a terminar así? ¿Cómo mierda nos habían encontrado? Tenía mis sospechas.

Cassandra reaccionó tan rápido que no alcancé a decirle nada. La vi salir corriendo en dirección a las afueras del pueblo a toda velocidad, al lugar en el que solía entrenar con el resto de los Dantras, y el lugar que habíamos establecido como punto de encuentro de ellos en el hipotético caso de un ataque.

«Bien pensado. En grupo eran mucho más fuertes».

Saqué mi escoba del bolsillo de mi traje negro de entrenamiento y la hice crecer con mi varita en un par de segundos. Todo estaba pasando demasiado rápido. Por suerte, mis espadas y dagas siempre estaban conmigo, las llevaba en mi traje a todas horas. Por lo menos desde que me había mudado a Oasis de forma permanente. El resto de los guerreros, solían guardarlas en el centro de entrenamiento y sólo las tenían consigo cuando se encontraban entrenando, pero, yo era demasiado desconfiado como para eso, nunca se sabía cuándo ibas a necesitar tu armamento sin previo aviso, y lo que estaba sucediendo era un claro ejemplo de que mi desconfianza estaba bien fundada.

Sobrevolé el pueblo con mi espada en la mano derecha, mientras me sostenía de la escoba con la izquierda. Intenté desviar las llamaradas de fuego de las casas, empleando ráfagas de viento muy potentes, pero prontamente me di cuenta que el viento sólo avivaba más el fuego y me detuve de inmediato. Me generaba demasiada impotencia no poder hacer algo mientras los cimientos eran consumidos por el fuego ardiente, que pintaba la noche de terror.

—¡Guerreros! ¡A sus posiciones inmediatamente! ¡Estamos bajo ataque! —ordené a gritos— ¡los civiles busquen refugio! ¡protejan a los niños! ¡ahora!

Volé en dirección hacia los cientos de Guardias que se encontraban acercándose peligrosamente al pueblo, volando sobre sus escobas, sin ningún tipo de refuerzo, ya que el resto aún no había tenido tiempo de buscar las espadas y otras armas en el centro de entrenamiento.

Sentí una punzada de dolor en el pecho al ver la casa de Betty completamente cubierta de llamas y bloqueé de mi mente la idea de que algo malo le pudiera pasar a ella o a las personas que se encontraban allí esa noche. Algunos Aqueos de Agua de Oasis trataban de apagar los incendios de las casas que se habían prendido fuego, pero la reacción no fue inmediata y ya se había causado mucho daño, sin contar que los Guardias continuaban arremetiendo contra las casas.

La Legión estaba ya casi sobre Oasis, pero no eran todos. Muy a lo lejos en la distancia, se podía observar cómo había un par de cientos de Guardias sobrevolando las

inmediaciones, sin inmutarse a atacar. Yo estaba acercándome vertiginosamente al enemigo, de todas formas, no estaban lejos de donde yo me encontraba antes con Cassandra, sólo que nos habían atacado desde el sector este de Oasis y yo me encontraba en el sector oeste. Pero el pueblo era chico, en pocos segundos había llegado. Caería seguramente, pero no sin llevarme conmigo a unos cuantos. No caería sin luchar.

BALTAZAR

Efectivamente no era una tormenta lo que azotaba el pueblo. Estábamos bajo ataque de una Legión de la Guardia Real, y nuevamente mi intuición no había fallado. No debería sorprenderme, confiar en ella me había salvado en incontables oportunidades. Quizás al final de todo sí tenía ese tal sexto sentido.

—Lyanna, protege a Evan. Llévalo a un lugar seguro.

Le di esas órdenes y busqué a Thorin que había salido disparado de la habitación. Al ver su cara supe que él ya sabía también lo que estaba sucediendo. De alguna forma, habían descubierto donde estábamos. No dudaba que el rescate de Evan tenía algo que ver con todo esto, pero ahora no había tiempo para ponernos a analizar la situación y lo que se nos pasó por alto. Era momento de terminar con la vida de unos cuantos miserables, y si podíamos hacerlo de forma dolorosa, mucho mejor entonces.

—Sígueme —le dije a Thorin con firmeza, y él lo hizo sin protestar.

Salimos de la mansión y conjuré con mi varita un hechizo protectorio. No sería impenetrable, pero protegería a quienes estuvieran dentro por un tiempo en contra de los elementos y evitaría que ingresaran Guardias. El hechizo sólo permitía que entraran los habitantes de Oasis.

—Te subes a mi espalda tan pronto me haya convertido —le ordené a Thorin y no esperé su respuesta. El enorme, pesado y poderoso Woch tomó mi lugar a los pocos segundos, y tan pronto sentí a Thorin sobre la espalda de mi gran dragón, emprendí vuelo. Tendría que mantenerme en una posición estable para que él pudiera sostenerse de las escamas de mi cuerpo, y no cayera al suelo.

Lo que vi a lo lejos me hizo hervir la sangre. Llamaradas de fuego caían sobre el pueblo de Oasis. Ese pueblo que nos había rescatado, acobijado y ayudado a entrenar y a prepararnos aún más. No sólo a mí, sino al resto de los Dantras y en general a todos los que vivíamos aquí. Había sido literalmente como un Oasis: como si estuviéramos por morir de sed en el medio del desierto y de pronto apareciera una isla maravillosa, segura, con agua y refugio.

Pude distinguir a la distancia a Jacobo luchando con su espada contra varios Guardias Reales. A lo lejos, pero velozmente se acercaban el resto de los guerreros de Oasis. Comencé a volar a toda velocidad hacia ellos, pero sentí como una flecha intentó atravesar mi cuerpo. Desde luego que con sus inmundas flechas no podrían atravesar mi gruesa piel de Woch, pero sí la de Thorin.

Una enorme llamarada emergió de mi garganta y comencé a chamuscar a cada uno de los Guardias que se nos acercaban e intentaban acorralarnos. Giraba en el aire lanzando un fuego abrazador para poder atinarle a todos, pero cuidando mantener la estabilidad por Thorin.

Al tiempo que yo quemaba a los Guardias que se habían acercado más a nosotros, pude ver como los que estaban algo más lejos comenzaban a caer de sus escobas mientras se tapaban los oídos con desesperación. Los ojos les exploraron y les salía sangre por los oídos y por la boca. El poder de Thorin en acción era indescriptible. Él era de los pocos Auris que habían llegado a controlar tan bien su poder, que podían dirigir las ondas sonoras de ataque a determinados objetivos, sin lastimar a sus aliados. Por ese motivo, Thorin era uno de los

guerreros más importantes de todo Oasis, y uno de los que más podría llegar a marcar una diferencia en una guerra. Hacer eso requería gran nivel de concentración, y como toda magia, tenía un alcance limitado. No es que podía simplemente alcanzar a todos los Guardias a kilómetros de distancia y derribarlos de una vez, sino que su alcance era de unos 30-40 metros aproximadamente.

Luego de deshacernos de los Guardias que nos habían atacado, logramos llegar rápidamente al centro del pueblo, donde se estaba desarrollando la batalla más ferviente.

CAPÍTULO 17

CASSANDRA

Me había encontrado con el resto de los Dantras en el punto que habíamos previsto con anterioridad en caso de emergencia: a las afueras de Oasis, en un acantilado oscuro. Los únicos que no vi por ningún lado fueron a Baltazar y a Lyanna, pero no podíamos esperarlos. En el pueblo estaba muriendo gente. Nuestra gente. Y cada segundo que pasaba era vital.

Todos nos transformamos en cuestión de segundos. Elica era de las dragonas más grandes del equipo y sus escamas azules como el océano eran prácticamente hipnotizantes.

Eso hacía que fuéramos un total de diez Dantras en ese acantilado: ocho Dantras de dragón común, una Mantis de Hielo (Elica) y un Rysler de Fuego (yo). Estábamos formados y dispuestos a destruirlos a todos. Volamos rápidamente en dirección al pueblo y hacia la Legión de la Guardia Real. Elica se concentró en los Aqueos de Fuego que continuaban atacando al pueblo, y ya habían logrado destruir gran parte de él. Las casas ardían y al mismo tiempo me ardía el pecho de la angustia. ¿Qué rayos había pasado? ¿Cómo nos habían encontrado? Y justo después de liberar a Evan, no creía que fuera casualidad.

El resto de nosotros, no nos dirigimos al pueblo, sino que fuimos en contra del resto de los Guardias que aún se encontraban en los alrededores de él.

Vislumbré a John y a Jacobo pelear en el centro del pueblo y me sorprendí ante tanta destreza. A pesar de ser muchos los Guardias que los atacaban, mi padre y Jacobo peleaban de una forma magistral. Giraban en sus escobas y con el brazo libre, blandían con asombrosa habilidad sus espadas, que a su paso iban cortando cabezas, brazos y escobas. Los Guardias caían a su alrededor, hasta que uno logró perforar la espalda de Jacobo, que comenzó a sangrar, y allí comencé a ponerme aún más nerviosa.

Todo empeoró cuando observé a algunos de nuestros guerreros caer de sus escobas, o morir apuñalados o decapitados. Eso realmente era una batalla. El rescate de Evan, había sido un simple juego de niños en comparación a lo que estaba sucediendo. Que ilusa fui al creer que habíamos ganado la primera batalla. Ésta era la primera batalla. Este era realmente el inicio de la Guerra.

No podíamos ayudarlos. Si tratásemos de quemar a los Guardias, lastimaríamos a todos, no sólo a los Guardias. En ese momento sólo éramos útiles si lográbamos acabar con la amenaza del resto de la Legión que aguardaba en los alrededores de Oasis. Desde luego que no esperaban encontrarse con una banda de Dantras. La expresión de sorpresa de varios de ellos al vernos, se desvaneció fugazmente cuando los hicimos a la parrilla en menos de dos minutos.

Nosotros no estábamos preparados para este ataque, no lo veíamos venir. Pero desde luego que los reyes no esperaban encontrar a una resistencia con tanto poder: más de 10 Dantras. Imposible que lo esperaran, porque si lo hubiesen hecho hubieran mandado al triple de Guardias de los que enviaron, o más.

Aún quedaban algunos Guardias en sus escobas, y por lo visto eran Aqueos de Aire, ya que comenzaron a redireccionar las llamas del fuego de los Dantras, creando en el cielo una tormenta de fuego que teñía la noche de rojo ardiente. Nunca antes había visto algo así. Eran poderosos, pero nos unimos y no pudieron redireccionar el fuego de 6 dragones juntos. Hicimos una barrera alrededor del pueblo para que no pudieran acceder más Guardias, y uno por uno, los Guardias que se acercaban, terminaban incinerados. Gritos de dolor se escuchaban sin cesar, y al

voltear pude ver a más personas caer de sus escobas, sólo que a esta altura ya no podía distinguir si eran aliados o enemigos.

Ese no era el momento para desconcentrarme, mientras antes termináramos con el resto de Guardias, antes podría ir a luchar junto al resto.

Giré para confirmar que el resto de los Dantras estuviese bien, pero no vi a Elica. Sabía que no estaba herida, pero se había ido.

Continué prendiendo fuego a los Guardias que trataban de acercarse al pueblo, y no había protección alguna que pudiera soportar el fuego de un dragón... menos aún de una manada de dragones. Ilusos quieren creían que podrían deten...

Un dolor punzante en el pecho, seguido de un dolor similar en el ala me sacó de mis pensamientos y me dejó completamente en shock. Un gruñido sordo que atravesó la noche emergió de mi garganta y no pude mantenerme en vuelo. Prontamente, comencé a caer a vertiginosamente hacia el suelo.

CAPÍTULO 18

EVAN

Aún con los ojos cerrados y sin entender a ciencia cierta qué sucedía a mi alrededor o si quiera donde me encontraba, comencé a escuchar gritos de terror a lo lejos. ¿Una pesadilla? Esos gritos no se parecían a los de las catatumbas. ¿Seguía allí? Ah no, cierto. Ana de alguna forma había logrado rescatarme.

Estaba diferente, me había costado reconocerla. Logró traerme a... ¿a dónde me había traído? ¿Quiénes estaban con ella? ¿Era Jacobo acaso al que recordaba estar allí? El príncipe y el hijo de... más gritos y pasos acelerados. Había estado en una especie de trance, pero poco a poco iba retomando la consciencia.

La voz firme de una mujer resonó por sobre el ruido. Parecía dar órdenes. ¿A quién? ¿Qué estaba pasando? Los llantos y gritos desesperados volvieron a tomar protagonismo en mi cabeza y me estremecí.

—¡Refúgiense en el sótano!, ¡refuercen el hechizo de protección que hizo Baltazar! ¡ahora! no hay tiempo que perder —de alguna forma, esa voz parecía dar algo de calma entre tanto revuelo. No era dulce, pero había algo en su tenacidad, reconfortante.

Comencé a tratar de abrir los ojos lentamente. Todo estaba oscuro hasta que sentí que una puerta se abrió de golpe y un haz de luz hizo que la habitación en la que me encontraba se iluminara. La luz me encandilaba un poco, pero prontamente pude ver el origen de la voz: una mujer con el pelo tan rubio que casi parecía blanco, la piel tersa y blanca y unos ojos celeste cielo apareció frente a mí. Estaba agitada, y tenía sudor en la frente. Llevaba una ropa de cuero azul oscuro, que parecía de guerrera. La miré a los ojos con el ceño fruncido y ella me devolvió la mirada con firmeza. Comencé a hiperventilar al percatarme de que los ruidos eran bien reales y de que algo estaba terriblemente mal.

—Cálmate Evan, estarás bien. Sólo debes hacer todo lo que yo te diga, ¿de acuerdo? —esa voz otra vez. Tan firme y segura de sí misma, que de alguna forma logró tranquilizarme en el medio de aquel caos. Mi respiración se tornó algo más ligera y simplemente me limité a asentir. Bajé la mirada a mi cuerpo y me percaté de que llevaba otra ropa. Ropa en buen estado. Además, olía bien. Me observé las manos y estaban limpias y lentamente me palpé la cara con ellas. Aún me costaba entender.

—¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando? —me limité a preguntar.

—Ahora no hay tiempo para explicaciones, sólo debes seguirme ¿de acuerdo? —me tomó de la mano y me ayudó a levantarme de la cama en la que me encontraba.

Una mujer alta y morena entró de pronto por la puerta de la habitación.

—Debemos darnos prisa, no estamos seguros de que esté pasando allí afuera y hay que resguardarlos en el sótano lo antes posible —comentó aquella mujer.

—Lyanna, ayúdame con él —respondió la mujer de ojos cielo— afuera... —me miró a mí antes de responder— afuera está complicado—. Se limitó a decir. ¿Complicado? Qué significaba eso.

Lyanna se acercó a mí y entre las dos me ayudaron a ponerme de pie. ¿Por qué necesitaba ayuda para poderme de pie? Tenía la mente como nublada, como si algo no me dejara pensar bien. Me sentía aún adormitado. Acepté la ayuda de ambas y las seguí hacia afuera de la habitación. Estábamos en una especie de mansión de campo. Varias personas entraban por la

puerta principal y se escuchaban estruendos en el exterior. Algunos entraban trayendo heridos y a lo lejos pude ver a Valentino. ¡Una cara conocida! ¡Mi amigo! Él no me había visto y estaba recibiendo a los heridos mientras los curaba. No quise distraerlo llamándolo, claramente lo que estaba haciendo era más importante que saludarme. Entre Lyanna y la mujer desconocida me ayudaron a caminar en dirección a lo que parecía ser el sótano.

Giré mi cabeza hacia ella: —¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Elica —respondió con sequedad.

CAPÍTULO 19

JACOBO

Seguía luchando junto con los guerreros de Oasis y John, que entre decapitaciones y hechizos habíamos logrado acabar con prácticamente todos los Guardias que habían entrado a Oasis. Sólo quedaban los que estaban un poco alejados y que los Dantras convertidos en sus formas de dragón estaban atacando y manteniendo alejados del pueblo.

La herida que me habían ocasionado en la espalda me punzaba de dolor, pero no era demasiado profunda. Sobreviviría.

John a mi derecha luchaba con muchísima agilidad contra un par de Guardias, y pude ver el momento exacto en el cuál uno de ellos, un hombre grande y que tenía una gran cantidad de cicatrices en el rostro, se dio cuenta de contra quien luchaba. Abrió los ojos de par en par al reconocer a John Baltich, el legítimo rey de Margadorat, y emprendió vuelo en dirección contraria a gran velocidad. John estaba tan sumergido en la batalla que ni se percató de lo que había sucedido, y yo en ese momento tuve que esquivar un ataque a mi izquierda con lo cual no pude perseguirlo. Mi espada chocó contra la de mi atacante y lo repelió. Cuando trató de atacarme nuevamente, su espada no estaba ni cerca de mí al momento en que yo me giré en mi escoba, quedando invertido y sobre él, y lo decapité en menos de cinco segundos.

Si bien habíamos perdido a varios guerreros, en el combate mano a mano habíamos sido claramente superiores. Nos habían atacado con doscientos hombres y en Oasis habían más de dos mil guerreros, así que, si bien nos tomaron desprevenidos, en el momento en que pudimos reaccionar logramos ponernos en ventaja rápidamente. Eso quizás explicaba por qué había tantos Guardias que no intentaban acercarse al pueblo. Desde luego que nunca imaginaron encontrar acá una rebelión de esta magnitud.

Comencé a ver flechas surcar los vientos en dirección a los Dantras y palidecí. Provenían de los Guardias Reales que se encontraban más alejados, serían alrededor de veinte los que quedaban a esta altura. La piel de Baltazar era prácticamente impenetrable, pero la del resto de los dragones no. Si claro, era dura y fuerte, pero si traían flechas especiales para cazar dragones podrían perforarlos sin problemas. A pesar de que no eran muchos, y que estaban lejos de nosotros, las flechas podrían llegar a hacer mucho daño.

Giré la cabeza de un lado al otro buscando a Sissie y cuando un gruñido sordo me hizo desviar mi atención hacía mi derecha la vi: una flecha le había perforado el pecho.

—¡¡NO!! —grité desesperadamente— otra flecha la atravesó, esta vez en el ala y sentí como si una llama me estuviera creciendo en el interior. Comencé a volar en dirección a ella que ahora caía precipitadamente hacia el suelo. Una caída desde esa altura podría matarla, si es que las flechas no lo habían hecho ya.

Vi a mi izquierda como dos dragones más fueron heridos y Elica había desaparecido. ¿Dónde rayos estaba Elica? ¿Por qué los había dejado solos maldita sea? Ella es quien tenía mayor experiencia. El resto de los Dantras comenzaron a retirarse ya que eran blanco fácil en contra de las flechas que seguían lanzando. John comenzó a volar en dirección a Cassandra y a los dos dragones heridos, que no llegué a reconocer.

—¡Retírense! —le gritó John a los Dantras. Dos de ellos caían hacia el suelo por las heridas. Utilicé mi poder de Aqueo de Aire para crear una resistencia de viento y frenar el impacto de Cassandra contra el suelo rocoso, y vi como John hacía lo propio por los dos

dragones que también habían caído heridos.

A mis espaldas, los guerreros de Oasis se precipitaron en sus escobas en contra de los Guardias que quedaban, esquivando ágilmente las flechas que lanzaban. En escoba, llevábamos años practicando cómo esquivar flechas mientras volábamos a alta velocidad. Un dragón era un blanco enorme y presa fácil en contra de los arqueros. Por lo que pude ver, los Guardias que quedaban, al darse cuenta de que estaban en inferioridad numérica comenzaron a huir. ¡Malditos cobardes! No tenía tiempo de eso ahora, necesitaba asegurarme de que Cassandra estuviera bien.

Vi a Sissie, la forma de dragón imponente de Cassandra, golpear suavemente el suelo mientras gemía de dolor y rápidamente me acerqué a ella. Aterricé al lado de su enorme rostro repleto de escamas negras y doradas. Sus ojos color amarillo seguían siendo los mismos, sólo que mucho más grandes y con un marco muy diferente. Un dragón no podía hablar, pero con su mirada lo decía todo: estaba sufriendo. Repasé las heridas, la del ala no era mortal, pero tenía una flecha clavada en el pecho. Quien sabe que tan profunda estaba, no se la podía quitar porque correría el riesgo de desangrarse. Necesitaba a un Auris y lo necesitaba ya.

—Voy a buscar a Thorin Cas —le dije al oído tratando de darle tranquilidad, aunque yo no estaba para nada tranquilo—. Estarás como nueva en unos minutos, ya lo verás.

Uno de los guerreros de Oasis, Lukas, se acercó a nosotros en su escoba—. Ve Jacobo, me quedo con ella —comentó—. Busca ayuda, John está con los otros dos dragones heridos.

—Cuidala —le ordené— ¿Cómo están los otros?

—Uno creo que está por morir —respondió con la mirada oscurecida— el otro tiene una herida en el ala, estará bien.

Partí a toda velocidad hacia la mansión y en par de minutos que parecieron largas horas, llegué.

—¡Thorin! ¡Necesito a Thorin urgente!

—¿Qué pasó? —dijo Valentino que estaba cerca de la entrada curando a un herido.

—Es Cassandra, está malherida. Dos Dantras también. Necesitamos un médico urgente.

—No sé dónde está Thorin, pero voy yo —respondió.

—Está cerca del acantilado, la verás —respondí— ve rápido. Apúrate, yo buscaré a Thorin. Son heridas muy graves, necesitamos toda la ayuda posible.

Valentino partió sin esperar más indicaciones y yo salí tras él, pero en dirección al pueblo. Si Thorin no estaba en la mansión, seguramente estaría en el pueblo.

Volé hacia el pueblo a toda velocidad y lo que vi me partió el alma: las casas estaban destruidas, había decenas de heridos y algunas personas muertas, quemadas vivas. Varias personas trataban de ayudar a los heridos y a lo lejos vi a Baltazar y a Thorin que estaba junto a parte de su equipo de Auris, curando a los heridos. Volé vertiginosamente hacia él.

—¡Thorin! —grité y volteó a verme inmediatamente —¡te necesito! ¡urgente!— grité sin bajarme de mi escoba. —Ven junto al mejor de tu equipo.

Thorin le hizo señas a una mujer que estaba junto a él y que en el momento no reconocí, ambos tomaron sus escobas y volaron hacia mí, y comencé a volar en dirección a los Dantras caídos mientras les explicaba en el aire la situación. La mujer, una de las Auris aprendices de Thorin, Allie, iría a curar a los dos Dantras heridos y Thorin vendría conmigo a curar a Cassandra, aunque esperaba que Valentino lo hubiese logrado, pero no podía arriesgarme a no tener al mejor para ella, por más egoísta que fuera aquello. Thorin sin dudas era el mejor.

Llegamos rápidamente y Lukas y Valentino estaban sobre Cassandra, muy nerviosos. Valentino trataba de curarla con su canto, pero parecía no estar funcionando. Habían quitado las

flechas y caían chorros de sangre del pecho de Cassandra y del ala. Me acerqué a ella, al lado de su enorme cabeza de dragón y comencé a acariciarla. —Vas a estar bien, lo prometo—. Su respuesta fue un leve gemido de dolor que me perforó hasta el núcleo de mi ser. La impotencia que sentía en ese momento por no poder hacer nada, por no haber podido evitar que la lastimaran. Iba a descubrir quien había sido el mal nacido que se atrevió a lastimarla y le iba a regalar una muy lenta y dolorosa muerte.

—¡No está funcionando! —le gritó Valentino a Thorin al verlo—. ¡No sé por qué!

Thorin no le respondió, se limitó a acercarse a ella y a emitir un sonido muy diferente al que hacía Valentino recién. Era también un sonido como angelical pero mucho más alto. La herida del pecho comenzó a brillar, y hebras doradas se comenzaron a formar alrededor de la gruesa piel de dragón desgarrada. Sacar la flecha había causado destrozos, pero no había otra alternativa. Pasaron algunos minutos y lentamente, la sangre dejó de salir y la herida pareció cerrarse. Sentí un alivio en el pecho que no tenía comparación. Luego siguió con la herida del ala, que pasó por un proceso similar, pero que al no ser mortal no era la prioridad. Los ojos de ella se cerraban y abrían como si se estuviera por desmayar. No se podía desmayar, necesitaba transformarse para poder huir lo antes posible. Sin duda que no tardarían en llegar los refuerzos de los Guardias.

—Transfórmate Cas —le susurré en su enorme oreja de dragón—. En el mismo instante que se transformó ya yo había conjurado un hechizo de ropa para cubrirla.

Ella aún parecía muy débil. Se sentó con dificultad.

—¿Estás bien? —le pregunté con el ceño fruncido—. ¿Qué tiene? —le pregunté a Thorin desesperado.

—Ha perdido mucha sangre —respondió— necesita una transfusión.

La cargué en brazos y la coloqué sobre mi escoba.

—Vamos a la mansión —repliqué—. Allí hay todo lo necesario para hacerlo —Thorin asintió—. Lukas, asegúrate de que John y el resto de los Dantras estén bien, dile que su hija se pondrá bien y que estaremos en la Mansión. Junto con el resto de los guerreros, busquen sobrevivientes y heridos y llévenlos allí—. Ordené seriamente.

CAPÍTULO 20

CASSANDRA

Si bien ya no sentía dolor físico, aún me sentía muy mareada. Había perdido mucha sangre efectivamente y debían hacerme una transfusión. Los Auris podían curar todo tipo de heridas, pero no podían hacer aparecer sangre de la nada.

Llegué a la mansión aún en brazos de Jacobo. Tan pronto aterrizó su escoba en la entrada, me llevó hasta el interior y me dejó suavemente sobre uno de los sofás. Tenía la expresión completamente gélida. Cada pequeño músculo de su cuerpo estaba tenso y podía sentir un temblor en él, (tan leve que probablemente fuera imperceptible para la mayoría de las personas, pero yo lo sentía). De algo estaba completamente segura, y era que, si él no hubiese detenido mi caída, no estaría respirando en ese momento. Eso era lo más cercano que había estado de la muerte y aún no sabía que sentir al respecto.

Thorin ingresó tras de él dándole órdenes a su equipo y en pocos minutos ya tenía una aguja en la vena de mi brazo que estaba conectada a una bolsa de sangre. Odiaba las agujas con todo mi ser. Cuando era niña y debía hacerme algún estudio médico, Esmeralda siempre me acompañaba al doctor y sostenía mi mano, mientras me contaba algún cuento inventado para tranquilizarme. Pero Esmeralda no estaba allí, y la vida que tuve con ella hacía tan sólo unos meses, ya no existía. Había quedado tan lejana que no la reconocía como propia. Como si la persona que hubiese vivido aquella vida no fuera yo.

Mi alrededor parecía sacado de una película de guerra sangrienta. Había sangre y partes de cuerpo esparcidas por todos lados. Los gritos y llantos inundaban el lugar, y prácticamente no había espacio en la mansión donde se pudiera caminar libremente. Los cuartos estaban repletos de heridos y no paraban de entrar y salir personas a toda prisa. Yo aún me encontraba en una especie de trance, y Jacobo a mi lado me decía cosas que no llegaba a comprender del todo.

—¿Dónde están los demás? —fue lo primero que llegué a decir.

Antes de que Jacobo pudiera responder, John ingresó a la sala de estar con los ojos abiertos de par en par como si estuviera buscando algo o a alguien. Tan pronto me vio, se acercó a mí con el rostro pálido. Nunca antes lo había visto así. No dijo nada, simplemente se arrodilló a mi lado, me rodeó el cuerpo con los brazos y lloró silenciosamente mientras me sostenía. Luego de unos largos segundos finalmente habló: —Si te hubiese pasado algo, nunca me lo habría perdonado, hija.

No sabía que decir. Me limité a devolverle el abrazo.

—Estaré bien... estoy bien. No te preocupes—. Algo en mi interior me decía que eso no era del todo cierto.

Se separó finalmente de mí, y pude ver el momento exacto en el que su expresión dejó de ser la de un padre afligido y fue desplazada por la expresión de un rey. Un rey del cual dependían la vida de miles de personas que aún quedaban vivas en Oasis, y de las millones de personas que vivían en Margadorat.

—¡A mi oficina! —replicó mirando a Jacobo y a Thorin.

Me levanté para seguirlos, pero Jacobo me detuvo en seco, clavando sus ojos esmeralda fuego en mí.

—Estás muy débil, no puedes estar caminando por ahí—. Me tomó entre sus brazos y cargó contra su pecho firme antes de yo pudiera siquiera responder. Podía sentir su respiración

agitada contra mi cuerpo y el calor que emanaba de su piel. Me llevó entre la multitud hacia la oficina de mi padre y me posó delicadamente en una silla.

—¿Cómo diablos nos han encontrado? —preguntó furioso el rey—. Necesitamos entenderlo antes de irnos. Y debemos irnos ahora mismo. No tenemos tiempo. En cualquier momento van a volver. Y esta vez no serán 200 Guardias. Vendrán con todo.

—No estoy seguro, pero tenía la sensación de que algo andaba mal —respondió Jacobo—. Todo había resultado demasiado... demasiado fácil.

El silencio inundó la oficina por unos largos segundos y fue Thorin quien habló con una expresión pensativa en su rostro.

—Ahora que lo dices, tienes razón Jacobo, pero... ¿cómo hicieron?

Todos nos quedamos nuevamente en silencio mientras Jacobo recorría la oficina de un lugar a otro, hasta que se paró y finalmente se le iluminaron los ojos como si hubiera descubierto algo, y le dijo al rey: —Evan.

Su enorme e imponente cuerpo salió disparado de la oficina como un torbellino, preguntando a todo pulmón por Evan. Me paré como pude para seguirlos a los tres, ya que John y Thorin habían salido tras él. Probablemente se habían olvidado completamente de mi presencia. No entendía que diablos pensaba Jacobo que tenía que ver Evan con todo esto.

—¿!Qué dices!? —traté de gritarle, pero él ya se había ido y entre tanta gente no llegó a escucharme.

Los seguí como pude, aun tambaleándome por la debilidad de mi cuerpo, apenas podía sostenerme de pie. Realmente había perdido demasiada sangre. Llevaba la bolsa de transfusión en la mano derecha, mientras avanzaba entre la multitud. Me obligaba a mí misma a no verla, ya que de hacerlo era muy probable que me desmayara.

«Debería solucionar mi fobia a la sangre si pretendo seguir luchando esta guerra».

Evan se encontraba en el sótano, junto con cientos de sobrevivientes que trataban de ocupar el menor espacio posible y ayudar en cualquier cosa que pudieran.

Nunca pensé que bajar unos escalones podría costar tanto. Pude ver desde lo alto de la escalera que llevaba al sótano, el momento exacto en que Evan vio a Jacobo. Primero abrió los ojos tanto que pensé que se le saldrían de las órbitas, luego volteó la mirada a su alrededor como buscando algo y finalmente agarró algo de una mesa y le saltó encima como un demonio.

Elica se percató a tiempo de lo que estaba sucediendo y agarró su brazo antes de que se pudiera acercar peligrosamente a Jacobo.

—¿Qué crees que vas hacer? —le gruñó Elica a Evan con actitud sobreprotectora. Él tenía una mirada de furia y odio que nunca creí que vería en el rostro de mi amigo. En el rostro de nadie en realidad. Era como el odio más puro que hubiese visto nunca.

Corrí como pude y tambaleándome entre la multitud y llegué hasta donde se encontraba Evan. Le tomé el rostro entre mis manos, dejando caer la bolsa de sangre al suelo. Ignoré el dolor en mi brazo cuando la aguja salió de él, de forma abrupta.

—Evan, soy yo... Cas... Ana —lo abracé—. Estás bien, estás a salvo—. Le tomé el rostro con más fuerza, obligándolo a que me mirase a mí, ya que aún tenía la vista clavada en Jacobo. Todo el mundo parecía haberse quedado petrificado. Nadie se movía. En el aire se sentía como si fuéramos una casa de naipes, y que un solo movimiento en falso derrumbaría todo—. Jacobo no es como sus padres—. Continué diciendo y enfaticé cada una de mis palabras, intentando que Evan me viera—. Él — está — con — nosotros. Es bueno. Estás bien.

Finalmente, con la mandíbula tensa bajó sus ojos hacia mí.

—Es el hijo de ... —comenzó a decir, pero no había tiempo, lo interrumpí.

—Lo sé Evan. Y si bien aún no sé por todo lo que has pasado, debes confiar en mí — repliqué con voz serena, acariciando su mejilla sutilmente con mi pulgar y viéndolo a los ojos—. Ahora no tenemos tiempo. Tienes que hacer todo lo que te digamos por ahora—. Sentí como Valentino llegó a nuestro lado justo en ese momento—. Tienes que hacer todo lo que te digamos y confiar, ¿okey? Te prometo que tan pronto pueda te explicaré todo y podremos hablar. Tu podrás contarme todo y te juro que las cosas van a estar bien—. Se estremeció ante esas palabras.

—Nunca nada estará bien Ana.

Pero a pesar de todo, asintió y soltó el cuchillo que sostenía en la mano.

Jacobo, quien hasta ahora se había mantenido en silencio, se acercó a Evan, y en un susurro y con varita en mano, recitó unas palabras que no llegué a comprender. Un haz de luz rodeó a Evan, quien aún lo miraba con esa expresión terrorífica.

—Mis padres te han puesto un hechizo rastreador —le dijo Jacobo a Evan—. Debí haberlo imaginado ¡maldita sea! Podríamos haberlo evitado—. Eso último, se lo dijo a mi padre.

—¿Estás seguro que se lo pudiste quitar? —preguntó John con seriedad.

Jacobo se limitó a asentir con la mandíbula tan tensa que si no tuviera barba probablemente se le notarían las venas del rostro.

Lo peor que podías hacer en una guerra era subestimar al enemigo, y si bien ellos lo habían hecho con nosotros, porque no estaban preparados para encontrar lo que encontraron en Oasis, nosotros también lo hicimos con ellos. Usaron a Evan como un caballo de troya, y eso... eso no volvería a suceder. No podía volver a suceder, porque una próxima vez, acabaría por completo con Oasis. Con el último bastión que quedaba en pie en defensa de todo el reino.

John subió y les pidió a todas las personas que salieran de la mansión (que sólo quedaran los heridos y los médicos atendiendo). Tenía un mensaje y no teníamos tiempo que perder.

A los pocos minutos, más de mil personas estábamos en el exterior de la mansión de Oasis. El resto estaba herido o ayudando heridos. Los que no estaban en alguno de esos lugares... estaban muertos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—No estaremos a salvo en ningún lugar de Margadorat —replicó el rey que se encontraba frente a la multitud con el océano de fondo. Todos los presentes lo escuchaban atentamente. Ni un murmullo interrumpía su discurso—. Oasis ha caído, y ellos volverán en cualquier momento. Necesitamos actuar con cautela, con velocidad y con cabeza fría—. Nadie se inmutó a decir una sola palabra—. La única manera de continuar nuestra causa y salvarnos, es cruzar a Bandorvet.

Ahora sí, murmullos y susurros comenzaron a resonar por todos lados. Cruzar a Bandorvet era posiblemente una misión suicida.

—Silencio —exclamó Jacobo con autoridad, y se giró para ver al rey— ¿cómo podríamos hacer eso John?— Era de las pocas personas que llamaban al rey por su nombre de pila—. Es imposible. La única forma es a través del Mar de Sorya, y todos sabemos que cruzarlo es una sentencia de muerte—. Hizo una pausa y continuó hablando, luego de posar brevemente sus ojos sobre mí—. La otra forma es a través del estrecho de Sorya, pero no hay manera de llegar allí a tiempo y ...

John lo interrumpió: —Tenemos una manera de cruzar. Una forma que he estado diseñando hace años por si algo como esto llegaba a pasar. Sígueme.

John comenzó a caminar hacia la playa de Oasis, y todos lo seguimos en silencio. Cada segundo la ansiedad crecía más en mi interior, y probablemente todos sentían lo mismo. Ya nos habíamos tardado demasiado en salir de Oasis. Las fuerzas reales podrían llegar en cualquier

momento.

John se paró frente al mar que se encontraba calmo, en contraste con la noche, que había sido una tormenta infernal. Sacó su varita y la levantó hacía el océano, diciendo unas palabras inteligibles, en una voz muy baja que apenas llegaba a escucharse.

Una sombra oscura y gigantesca se comenzó a formarse en el medio del mar, y una imagen comenzó a aparecer ante nuestros ojos, todos estábamos perplejos. Desconcertados. Lo que veíamos no tenía sentido alguno. Un gran barco de madera robusta, completamente enorme e imponente se erguía a la distancia.

—No hay tiempo ahora para explicar —replicó John a todos, con el rostro muy serio—. Vayan hacia el barco ahora mismo y prepárense para recibir a los heridos. Thorin, Baltazar y Jacobo, necesito que armen a un grupo de personas para que ayuden a transportar a los heridos. Tenemos diez minutos para irnos de aquí. ¡Ahora!

En el mismo momento en que terminó de pronunciar las últimas palabras, todos se pusieron en acción. La mayoría de las personas, tomaron sus escobas, sus armas y volaron en dirección al barco. Jacobo, Thorin y Baltazar armaron un grupo y una parte se fue en dirección al pueblo y otra a la mansión, a buscar al resto de los heridos, a los médicos y todas las armas, escobas y demás equipamiento que había en Oasis. No había tiempo que perder. Debíamos irnos ahora, y debíamos hacerlo lo antes posible tratando de no dejar a nadie atrás. Todos los elementos personales quedarían en Oasis, sólo iban a buscar lo que fuera imprescindible.

Valentino llegó a mi lado corriendo, llevaba mi escoba y mi varita que no me había percatado que no tenía conmigo.

—Cassie, vamos al barco —replicó agitado—. Te traje esto —comentó mientras me entregaba ambas cosas y se quitaba del hombro mi mochila que de alguna forma también había conseguido.

—¡Gracias! —lo abracé y tomé mis cosas—. ¡Te veo allá! No tardes —repliqué—. Espera... le dije antes de que se fuera, ¿dónde está Evan? Lo perdí de vista.

—Elica lo llevó al barco, ve y búscalo.

Asentí. Tomé mi escoba y mis cosas y volé en dirección al único lugar que en teoría podría salvarnos.

CAPÍTULO 21

CASSANDRA

Si bien me hubiese gustado ayudar, sabía que en las condiciones en las que me encontraba, no sería de demasiada ayuda. Es más, si me llegaba a desmayar o me pasaba algo por estar débil, terminaría entorpeciendo más la operación de huida/rescate. Es por ello que seguí las órdenes de mi padre sin chistar.

Aterricé en la cubierta, encogí mi escoba y la guardé en la mochila, junto a mi varita. A mi alrededor todo era un caos, pero varios guerreros y guerreras de Oasis estaban ayudando a las personas que llegábamos a organizarnos y a indicarnos a donde debíamos ir. Los niños corrían junto a sus padres, que estaban desesperados por protegerlos. Los demás, estaban encargándose de ayudar a quienes no podían valerse por sí mismos. Principalmente adultos mayores y niños que estaban solos, ya que los heridos aún no habían comenzado a llegar. No era mi caso, pero yo aún me sentía bastante débil.

—¡Todos aquellos que no estén heridos deben dirigirse al segundo subsuelo y elegir un camarote! —gritó una de las guerreras de Oasis, quien amplificaba su voz gruesa con la varita mientras sobrevolaba la cubierta en su escoba. Tenía la cabeza rapada y tatuajes por todo el cuerpo— ¡los heridos y niños deben ir al primer subsuelo! ¡No deben obstaculizar los pasillos ni se deben quedar en cubierta!

La mujer continuaba repitiendo las mismas instrucciones una y otra vez. Me di cuenta que al quedarme parada en el medio de la cubierta no estaba ayudando a nadie y decidí seguir sus instrucciones. El barco tenía una longitud de aproximadamente doscientos metros de largo por cincuenta de ancho, y había tres escaleras para bajar a los pisos inferiores. Una por la proa, una por la popa y una en el centro de la cubierta. Me aproximé a la entrada de la proa que era la más cercana que tenía. Las personas pasaban rápidamente, tratando de seguir las indicaciones de la mujer, y evitando obstaculizar el paso. Un sonido sordo a mi espalda me hizo regresar a cubierta, y pude ver como comenzaron a llegar los heridos.

Algunos Dantras sobrevolaban el barco y llevaban en sus lomos una gran cantidad de heridos, mientras el resto de las personas volaban en sus escobas para traer al barco uno por uno a los heridos. Los dragones no podían aterrizar sobre el barco porque lo harían trizas, pero era sin dudas la forma más rápida de traer de a varios heridos a la vez. Por su parte, los Aqueos de Aire, eran más eficientes ya que generaban corrientes de aire logrando hacer levitar a varios heridos a la vez que aterrizaban en el barco para ser atendidos por el equipo de Auris y médicos encabezados por Thorin.

Al ver esa escena frente a mis ojos, me estremecí. No podía quedarme de brazos cruzados sin hacer nada. Salí de la escalera tratando de ignorar la debilidad que aún me embargaba, y corrí hacia la mujer herida que tenía más cerca. Ella tenía la parte inferior de su pierna derecha completamente calcinada. Ver de cerca la piel al rojo vivo, era espeluznante. La sangre ya seca sobre la piel desgarrada me hizo estremecer. Era imposible apartar la mirada. No podía llegar siquiera imaginar el dolor que debía estar sufriendo. Hice lo posible para no enfocarme en eso.

—Yo me encargo de ella —le dije al chico que la había traído desde el lomo de Baltazar (que se encontraba ahora en su forma de Woch sobrevolando el barco con muchos heridos conglomerados sobre él)—. La llevaré a una habitación, tu ve a buscar más heridos.

Asintió y emprendió vuelo velozmente hacia el inmenso dragón negro.

La mujer sollozaba del dolor.

—No puedo prometerte que esto no dolerá. Pero puedo prometerte que te ayudaré a llegar a una habitación para que un médico te atienda lo antes posible—. La miré a los ojos y pude ver el terror en ellos —coloca tu mano alrededor de mi cuello para que no apoyes tu pierna herida, ¿de acuerdo?

Asintió, y eso hizo. Colocó el peso de su cuerpo sobre mí y la ayudé a ponerse de pie. Juntas comenzamos a caminar hacia la escalera y una chica que no conocía me ayudó a cargarla para poder bajar al primer subsuelo. Caminamos buscando camarotes vacíos hasta que finalmente encontramos uno e ingresamos.

Dejamos atrás el caos del pasillo, y colocamos a la mujer en una de las camas, mientras ella lloraba de dolor.

—Acá estarás bien. Prometo que en un rato enviarán a alguien para curar tu pierna, solo debes tener algo más de paciencia—. Asintió. No podía siquiera emitir palabra.

Se sentó en la cama del pequeño camarote y la ayudé a recostarse, colocando lentamente su pierna sobre la sábana blanca. Pegó un chillido de dolor tan pronto su piel tocó la tela.

—Lo siento mucho —la miré a los ojos con pena— pero así estarás más cómoda hasta que te curen. Trata de no moverte—. Asintió nuevamente—. Debo irme, pero no te preocupes que pronto volveré a ver cómo estás.

En los pasillos las personas corrían luego de dejar a los heridos en sus camarotes, para volver arriba y ayudar a más personas.

Los minutos que siguieron, logré ayudar a algunos heridos más y los llevé a sus camarotes. El barco era suficientemente grande, y fácilmente había tres mil camarotes entre los dos pisos, por lo cual la comodidad y el espacio no serían realmente un problema.

Noté sorprendentemente un movimiento brusco. Habíamos zarpado hacia el terriblemente peligroso mar de Sorya.

Subí una vez más a la cubierta, donde ya los Dantras habían retornado a sus formas humanas. Eso quería decir que ya no habría más rescates. Todo lo que estaba sobre este barco era todo lo que había sobrevivido (personas/cosas/armas). Miré hacia Oasis y pude ver como el hermoso pueblo que había salvado a miles de almas, se encontraba ahora destruido y hecho añicos, devorado por las llamas. Nos alejábamos de allí sin saber bien qué nos deparaba el camino, *ni qué nos develaría el destino*.

Mi padre se colocó en el centro de la cubierta y blandió su varita hacia el cielo, recitando un hechizo: —*Ascuria animundi invismoldio rentina*—. Una luz intensa salió del centro de su varita y cubrió por completo el barco. No conocía ese hechizo, por lo que no sabía qué había hecho o para qué servía.

En el cielo, sobre las densas nubes, y sólo iluminado con la luz tenue de la luna, pude ver cientos o quizás miles de guardias reales volar en sus escobas hacia Oasis. Como si fuera poco, habían traído a sus propios dragones. Podría contar al menos a treinta dragones sobre mi cabeza, yendo a gran velocidad hacia el pueblo. Ahora sí, estábamos acabados.

CAPÍTULO 22

CASSANDRA

En la cubierta del barco quedaban solo los guerreros más importantes o reconocidos de Oasis, ya que el resto estaba en sus camarotes o curando a los heridos. No vi ni a Thorin ni a Valentino ni a Evan. Tampoco a Elica. Pero Baltazar, Jacobo y mi padre no parecieron horrorizarse al ver lo que estaba sucediendo sobre nuestras cabezas. En cualquier momento nos iban a atacar. Uno solo de esos dragones podría destruir el barco entero en un abrir y cerrar de ojos, y engullir a miles de almas sin chistar.

Me acerqué corriendo hacia ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —les susurré mientras miraba hacia el cielo.

—No pueden vernos —aclaró mi padre. Al ver mi cara de confusión total y absoluta continuó explicándome—. El hechizo que acabo de conjurar es el mismo que mantenía al barco oculto hasta ahora. No pueden vernos ni escucharnos. Mientras estemos en el barco estamos a salvo.

El alivio me inundó el cuerpo y sentí que me quitaba un gran peso de encima. Estábamos a salvo. Por lo menos por ahora. Pero eso no impidió que me estremeciera por completo al escuchar los gruñidos de esos treinta dragones, que expulsaban llamaradas intensas sobre las ruinas de Oasis, calcinando lo poco que quedaba en pie, y la mansión.

—Hay por lo menos tres Woch —comentó Baltazar. Todos veíamos al cielo, hacia Oasis... hacia lo que quedaba de Oasis.

—Las llamas azules los delatan —afirmó Jacobo. Y se volteó a ver a John—. Ahora sí necesitamos algunas explicaciones.

—Y es hora de dárselas —respondió John, y nos acercamos más a él para escucharlo atentamente. Todos teníamos una expresión de confusión total que era difícil de disimular. Habíamos actuado en automático, pero ninguno entendía realmente lo que estaba sucediendo y cómo era posible que hubiésemos llegado a estas instancias—. Hace varios años vengo construyendo con magia este barco—. Su mirada era intensa y la pesadez le cubría los párpados—. Sabía que eventualmente podrían encontrarnos y llegado ese caso necesitábamos un plan B. Un plan B que era necesariamente huir de Margadorat. Si Oasis caía, (como efectivamente ha hecho hoy) —dijo y brevemente volvió su vista sobre las ruinas del pueblo que aún se avistaba a la distancia, mientras el barco avanzaba a gran velocidad hacia la profundidad del mar— no habría lugar dentro de Margadorat donde pudiéramos estar a salvo.

—¿Y cómo estaremos a salvo cruzando el mar de Sorya? —inquirió Jacobo a mi derecha, con un tono neutro, tensando los hombros.

—El mar de Sorya es peligroso por muchos motivos, pero el peligro más grande es cruzar a la frontera de Bandorvet y llegar vivos a tierra firme. Pero por suerte, creo que eso no será un problema para nosotros.

—¿Crees? —inquirió Baltazar sin mucha convicción.

—El rey Ronan Aldahir de Bandorvet fue un amigo muy cercano, antes de que todo esto sucediera. Y si bien hace muchos años que no lo veo, por obvias razones, tengo mucha confianza en que él y su esposa Xelena nos van a recibir con los brazos abiertos —explicó—. Eso haría yo por él. La única esperanza que tenemos ahora es lograr una alianza con ellos.

—¿Y qué tipo de ayuda crees que nos puedan ofrecer? —preguntó Baltazar.

—No me malinterpreten —aclaró mi padre— Ronan es un amigo, y no nos va a matar. Pero es un hombre duro y severo. Seguidor a muerte de las reglas y de las tradiciones de su pueblo. Pedirá algo a cambio. Negociará de alguna manera. Y si lo que pretendemos es que nos ayude a derrocar a los tiranos... el precio será alto—. Sentenció—. Pero no debemos preocuparnos por eso ahora. Preocupémonos en llegar a Bandorvet vivos.

—Todo el mundo cree que estás muerto —comenté— ¿no crees que tus antiguos amigos sean de los que disparan primero y hacen preguntas después?

Negó con la cabeza.

—Conozco los protocolos de seguridad de las costas de Bandorvet, por lo que confíen en que ese no será un problema —repitió con firmeza.

—Supongamos que ese no es un problema —agregó Jacobo— ¿cómo se supone que vamos a cruzar? Los peligros del mar de Sorya no son solo la frontera.

—Lo sé —respondió el rey—. Hay muchos más peligros que nos enfrentaremos en el camino, y vamos a tener que luchar. Hace años he ideado una estrategia para pasar las zonas más peligrosas, y por eso debemos prepararnos. Son aproximadamente dos semanas de viaje, y los primeros 4 días no van a suponer ningún problema. A partir del cuarto día ya nos adentramos en zonas muy peligrosas— aclaró.

Todos nos vimos sin emitir palabra. Estábamos agotados.

—Su alteza, lo busca el capitán —replicó un hombre a nuestra derecha.

«¿Quién rayos era el capitán de un barco que nadie sabía que existía hace diez minutos?».

—Ahora voy —respondió y volvió la vista a nosotros una vez más—. Por hoy, todos deben descansar y ayudar a los heridos. Deben prepararse para lo que se viene. Mañana continuaremos esta conversación—. No esperó a que nadie respondiera y no llegué a preguntarle quien era el capitán. Empezó camino al puente de mando junto al hombre que lo había venido a buscar.

Jacobo, que se encontraba a mi derecha se inclinó hacia mí. Estaba muy cerca y me rozó la mano con sus nudillos en una caricia silenciosa.

—Deberías hablar con Evan —susurró a mi oído.

—Lo sé —respondí—. Necesito buscarlo... pero tengo miedo— confesé.

La oscuridad de la noche nos envolvía, y la brisa del mar danzaba sobre nuestra piel. El resto de las personas ya se habían dispersado, tomando su propio camino.

—¿De qué exactamente tienes miedo?

—De su reacción cuándo le cuente la verdad sobre mí —repliqué en voz baja. Estábamos muy cerca—. De que me culpe por lo que le pasó —agregué— pero sobretodo tengo miedo de que me cuente lo que le hicieron. Lo que lo llevó a querer morir, a reaccionar de esa forma. Tengo pánico de saber lo que le hicieron en las mazmorras del Castillo de Valterra.

—Siento que haya tenido que pasar por lo que sea que haya pasado —respondió Jacobo mientras me miraba fijamente a los ojos—. Créeme cuándo te digo que cualquier cosa que te imagines, será peor. Y lo siento muchísimo, siento que tu amigo haya tenido que vivir eso a mano de los malnacidos de mis padres—. Me tomó el rostro entre sus manos y se acercó aún más a mí, luego de cerciorarse que nadie pudiera vernos—. Pero ten la consciencia tranquila de decirle a tu amigo que has hecho lo posible y lo imposible por salvarlo.

CAPÍTULO 23

EVAN

Hacía un rato me habían traído a un camarote y yo aún me encontraba completamente desconectado de la realidad. No entendía lo que sucedía a mi alrededor, y cómo mi realidad había vuelto a cambiar tanto, nuevamente. Valentino había tenido que ir a ayudar a los heridos, por lo que ahora me encontraba aquí, sólo y con dos millones de preguntas en la mente. Además, sentía un deseo irrefrenable de quitarme la vida.

Un golpe en la puerta del camarote me hizo conectar con mi entorno. No respondí y volvió a sonar. Nuevamente no respondí. Sólo sabía que no quería estar en ese lugar. No quería estar en ningún lugar. No quería sentir, porque cada segundo me dolía más y más el alma. Debería estar muerto. No debería estar aquí. Mis padres y mis hermanos ya no estaban aquí, y todo era por mi culpa. Mi maldita culpa.

La puerta comenzó a abrirse lentamente, y pude ver a Ana ingresar sigilosamente al camarote.

—¿Puedo pasar? —me preguntó antes de que terminara de abrir por completo la puerta. Estaba cambiada. Si no fuera por el hecho de que su voz era inolvidable, quizás ni la reconocía. Ahora llevaba el pelo cobrizo, en ondas. Tenía los ojos color amarillo. No entendía por qué. Sus ojos eran antes de un azul muy hermoso. Además, su piel estaba besada por algunas pecas, que tampoco tenía antes.

Asentí sin emitir palabra y ella pasó y cerró la puerta a sus espaldas.

—Se que no te encuentras bien —dijo al tiempo que se sentaba en la segunda cama del camarote— y probablemente no hay nada que te diga que te vaya a hacer sentir mejor, pero es importante que escuches toda la verdad y todo lo que ha pasado, y que lo escuches de mí.

—Tienes razón Ana —finalmente hablé— no hay nada que me puedas decir que me vaya a hacer sentir bien. Pero ya que estamos aquí, si me gustaría saber de esa verdad de la que tanto hablas.

Me sentía extraño y la sentía extraña a ella. Me alegraba infinitamente que estuviera sana y salva, eso seguro. Ella y Valentino. Pero ese era probablemente el único sentimiento positivo que albergaba en mi cuerpo.

—Lo primero que debes saber es que mi nombre no es Ana —respondió, y eso sí que no me lo esperaba—. Me llamo Cassandra Baltich, y soy la hija de John Baltich y Anastasia Blancherd, los verdaderos y legítimos reyes de Margadorat.



Ana... bueno Cassandra, pasó la siguiente hora contándome absolutamente todo lo que había pasado en mi ausencia, y la verdad sobre su identidad: que ella era en realidad la princesa heredera de Margadorat y además era un bendito Rysler de Fuego. Me contó sobre Oasis, sobre Jacobo y como él odiaba a sus padres tanto o más que cualquiera de nosotros (aunque no me contó el motivo de eso). Yo personalmente dudaba seriamente que alguien pudiera odiarlos más que yo.

También me contó que John, su padre, en realidad estaba vivo y que se había hecho pasar las últimas dos décadas por Vladimir Sokolov. Me contó como hicieron para rescatarme y el motivo por el cuál habían descubierto Oasis: los reyes me habían puesto un hechizo rastreador. Por eso había sido tan fácil mi rescate. Ahora que lo pensaba, tenía mucho sentido lo que me habían dicho ellos: que Ana era un Rysler, y también que yo sería de mucha ayuda. Claro, era eso lo que buscaban, poder dar con ellos usándome de señuelo.

Más muertes caían en mi consciencia, genial. Si no me hubiesen rescatado, Oasis seguiría de pie. Si no me hubiesen rescatado, no hubiesen muerto esas personas. Honestamente, todo sería mejor si no me hubiesen rescatado. Yo ya no estaría aquí, y no tendría que sufrir nunca más.

Pero a pesar de que pensaba y sentía todo eso... preferí no decirle nada de eso a An... a Cassandra. Me costaría acostumbrarme a su nueva identidad.

Lo que me contó me sorprendió, pero estaba en un estado tan inerte que no podía expresar mis emociones. Incluso me costaba sentir algo más que dolor. Todo sucedía como en otro plano de la realidad. Como si yo fuera un mero observador. Si el infierno existía, se parecía mucho a mi nueva vida.

A pesar de todo, ella había hecho todo lo posible por rescatarme y si aún había una gota de bondad en este mundo, si aún tenía algo bueno este mundo, eso era *ella*. Lo último que quería era hacerla sentir mal o culpable por todo lo que acababa de suceder. Aunque probablemente ella ya se estaba culpando luego de presenciar mi reacción de aquel día. Luego de verme de esta forma, tan ajena a mí.

—¿No vas a decirme nada? —me preguntó cuando terminó de hablar. Aún seguía sentada, pero movía la pierna de forma nerviosa y se tocaba las manos como si estuviera tratando de controlar su ansiedad.

—No sé si tengo mucho para decir —respondí inexpresivo— gracias por no haber renunciado a mí, supongo—. De veras lo agradecía, a pesar de que hubiese preferido morir, se sentía bien saber que ella había dado todo por rescatarme. Que quedaba alguien vivo en este mundo al que yo le importaba de tal manera—. Lamento estar así —agregué y me señalé a mí mismo—. Pero no tengo fuerzas para nada más. Ni para sentir algo más que dolor —le confesé.

—No puedo decir que te entiendo, porque te estaría mintiendo y estaría subestimando lo que sientes. Pero si te puedo decir que estaré para ti a cada paso —me respondió con los ojos humedecidos— ¿Quieres hablar? —me preguntó con cautela— ¿de lo que has pasado?

Simplemente la miré a los ojos y negué con la cabeza.

—No creo poder hablar de eso. Por lo menos no ahora— reconocí.

—No quiero presionarte Evan —comentó— ¿puedo acercarme? —me preguntó, nuevamente con cautela. Como si estuviera tratando con un león enjaulado y pretendiera abrir la jaula.

Asentí. Se puso de pie y se sentó en mi cama, a mi lado. Volteó su torso y me miró.

—No voy a presionarte. Pero quiero que sepas que sigues siendo mi mejor amigo —una nueva punzada de dolor en mi pecho. Esa no era la forma en que yo la veía a ella. En absoluto. Aunque no tenía cabeza para pensar en eso, y desde luego que en nada se comparaba al dolor que se había apoderado de mi alma por un motivo totalmente diferente y un millón de veces más devastador— y que estaré siempre que me necesites y cuándo... y si quieres hablar voy a estar para escucharte o simplemente para acompañarte en silencio—. Tomó mi mano entre las suyas y me acarició suavemente—. Se que volverás a vivir y de a poco te vas a reconstruir Evan, y yo te voy a ayudar a cada paso del camino.

Finalmente rompí el silencio: —No creo que haya algo para reconstruir —respondí— estoy roto a un nivel celular.

Con la mirada ensombrecida ante mis palabras desoladoras, me respondió: —Estás aquí Evan, y podrías no estarlo. Y aunque quizás eso es lo que prefieras en este momento te prometo que mientras estés, yo tendré esperanzas para que puedas volver a sonreír... para que puedas volver a vivir. Eso te lo juro por mi vida. No me voy a rendir contigo. Ni ahora ni nunca.

Sus palabras fueron como una leve caricia a mi corazón hecho añicos. Si es que aún me quedaba un corazón.

SEGUNDA PARTE

LA TRAVESÍA

CAPÍTULO 24

CASSANDRA

VIAJE A BANDORVERT – DÍA 1

Había podido conseguir un camarote para mi sola en el segundo subsuelo. En el barco habían alrededor de tres mil camarotes con dos camas cada uno. Había sido pensado para un Oasis mucho más grande, por lo que sólo compartían habitación aquellas personas que elegían hacerlo.

Tomé un largo baño y busqué en mi mochila mágica qué cosas tenía la suerte de no haber perdido. Todo lo que no estuviera allí, había quedado reducido a cenizas.

Esa noche, logré dormir. Esa noche, tuve pesadillas.



VIAJE A BANDORVERT – DÍA 2

—Cassie, nos esperan en el comedor en quince minutos —me comentó Baltazar cuándo me lo crucé en los pasillos del segundo subsuelo, al amanecer del día siguiente—. ¿Vamos juntos?— me preguntó.

—Quiero ir a ver a alguien en el primer subsuelo y luego voy para allá.

—Nos vemos en un rato entonces.

Subí hasta el primer subsuelo y me dirigí a la habitación de la primera mujer que había ayudado la noche anterior. Le había prometido que volvería y no lo había hecho aún. Toqué la puerta y una voz dulce me respondió que entrara.

—Me alegro verte bien —comenté cuándo la vi de pie con su pierna que ya había sanado gracias a la labor de algún Auris.

—Gracias por ayudarme ayer, su alteza —respondió con una sonrisa tímida.

—Por favor no me llames así —repliqué— soy Cassie. Sólo Cassie.

—Bueno, te lo agradezco mucho, sólo Cassie —me respondió sonriendo.

—¿Cómo te sientes?

—Muchísimo mejor —comentó al tiempo que se ponía de pie y me mostraba la pierna que le habían sanado. —Costó un poco que me la curaran por completo, y ahora siento la piel algo sensible, pero estoy prácticamente recuperada.

—Me alegro mucho.

—Hoy mismo me voy al segundo subsuelo, para que en este piso sólo queden quienes necesiten ayuda realmente —agregó.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con curiosidad, aún no sabía su nombre.

—Me puedes decir Lily —respondió— pero mi nombre es Lilibeth y soy Etérea.

En Margadorat era costumbre de algunas personas presentarse con el nombre y la raza. Cosa que me parecía bastante extraña.

—Un gusto conocerte Lily. Apuesto que serás increíblemente valiosa en esta guerra. Si eso es lo que deseas, claro—. Los Etéreos eran una raza de hechiceros increíblemente poderosos, que tenían la capacidad de controlar la energía etérea del ambiente y crear campos de fuerza y

escudos poderosos. También podían teletransportarse a través de diversos planos de la realidad. Evan también era Etéreo, aunque nunca lo había visto usar su poder. Sólo la fatídica tarde que trató de usarlos en la casa del pueblo abandonado, pero no lo logró ya que estaban bloqueados por los hechizos de Lucinda, y luego fue secuestrado y llevado a las mazmorras del castillo de Valterra.

—Así será Cassie.



Vi a Thorin salir de una habitación, con el rostro completamente demacrado, y me acerqué velozmente hacia él.

—Thorin —volteó a verme al escuchar que lo llamaba. Tenía ojeras y estaba pálido— ¿te encuentras bien?

Negó con la cabeza y se apoyó del marco de la puerta. Me acerqué aún más a él y lo sostuve.

—Ven, vamos para que te recuestes —lo llevé a un camarote contiguo que se encontraba vacío y lo ayudé a acostarse en una de las camas.

—¿Qué te sucede? ¿cómo te puedo ayudar?

—Estoy drenado —respondió con los ojos cerrados y respirando lentamente—. Llevo toda la noche curando heridos y mi poder está prácticamente drenado. Debo descansar para poder recuperarme.

No tenía demasiado claro cómo funcionaba el tema de la magia, y la cantidad que podía utilizarse. No era como si todos tuvieran un reservorio específico de magia que luego de agotarlo se acabara. Cada persona podía lograr acceder a diferentes niveles de poder y dependiendo de cada uno, la magia podía usarse durante más o menos tiempo. También dependía del tipo de magia, claro. Pero a todos nos llegaba un momento en el que teníamos que parar. El cuerpo se comenzaba a agotar hasta apagarse. Sabía que mientras más magia usaras, más podías usarla. Era como una especie de estómago, que mientras más comías más crecía. ¿Una mala analogía? Quizás. Intentémoslo nuevamente. Era como una especie de músculo que podías entrenar para hacer más fuerte. El hecho era que si Thorin había pasado toda la noche (12 horas) seguidas curando, decía mucho sobre lo poderosísimo que era. No me sorprendía en absoluto que se encontrara tan agotado. Necesitaría descansar mucho para reponerse.

—Toda la noche usando tu poder es demasiado hasta para ti —lo miré con seriedad—. Te vas a quedar en este camarote y dormirás todas las horas que sean necesarias hasta que estés más fresco que una lechuga —reliqué— ¿quieres algo de comer o de tomar? —le pregunté.

El simplemente negó con la cabeza: —Sólo necesito dormir —añadió.

Apagué la luz y lo dejé durmiendo tras cerrar la puerta a mis espaldas para dirigirme al comedor.



—Necesitamos preparar nuestras defensas y estar alertas en todo momento si pensamos llegar vivos a las costas de Bandorvet —replicó mi padre frente a una multitud que lo veía

expectante.

—Para ello hemos decidido organizarnos en sectores y que cada sector tendrá una tarea asignada —agregó Jacobo, que se encontraba de pie junto a él, con aquel porte de autoridad—. Todos deben ir a la cubierta y anunciarse con el equipo que hemos designado para registrar a todas las personas del barco y asignarles una tarea y un sector. Por favor vayan de forma organizada.

—Obviamente los menores de edad no deberán ir para que se les asignen tareas, pero si necesitamos registrarlos a todos para poder realizar el censo. También necesitamos que nos indiquen si hay menores que hayan quedado solos —agregó John.

Eso era su manera de decir que había niños que habían perdido a sus padres en el ataque a Oasis. Me sentí muy identificada con ellos, a pesar de que era mi padre a quien tenía frente a mí.

Una vez terminado el discurso, decidí ir a saludar a Phillip y a Elba, que, si bien sabía que estaban a salvo, no había llegado a hablar con ellos después del ataque.

Se encontraban en una mesa amplia de madera maciza oscura justo en el centro del comedor del barco, acompañados de los padres de Valentino y Federico. Aún no había conocido a los famosos padres de Tino, pero no era necesario hacerlo para darse cuenta de quienes eran. Valentino era la réplica exacta de su padre.

—¿Cómo están? —pregunté al acercarme a la mesa, con una sonrisa tímida.

—Hola mi niña —respondió Elba al tiempo que se ponía de pie para abrazarme. — Nosotros bien por suerte —agregó— pero estuve escuchando que te llevaste un gran susto, ¿cómo estás tú?

—Mucho mejor —respondí sonriendo y devolviéndole el abrazo— por suerte Thorin llegó a tiempo y logró sanarme—. Levanté la vista hacia los padres de Valentino y me presenté: —Un gusto, soy Cassie —comenté— amiga de Tino.

—Un gusto enorme conocerte Cassie —respondió su madre—. Soy Valerie, y hemos escuchado hablar maravillas de ti —agregó.

—El gusto es todo mío, y me alegro que estén bien —repliqué.

—Soy Edmund, un gusto conocerte finalmente —agregó su padre.

—Un gusto Edmund —le respondí tomándole la mano—. ¿Les molesta si me siento con ustedes un rato? Me vendría bien algo de distracción.

—Para nada Cassie —comentó Phillip, abriéndome un espacio a su lado.

—¿Cómo vivieron el ataque? —les pregunté.

Federico fue quien respondió esta vez: —Por suerte yo estaba mostrándole a mis suegros las playas de Oasis, nos habíamos alejado bastante del pueblo y cuándo vimos la tormenta comenzamos a volver—. Hizo una pausa y tomó un trago de la bebida que tenía frente a él, y continuó. —Antes de llegar al pueblo comenzamos a ver que Oasis estaba bajo ataque, y nos dirigimos directo a la mansión. Allí nos encontramos con Tino que nos dijo que nos resguardásemos en el sótano. Estuvimos allí hasta que nos mandaron al barco y aquí estamos.

—Luego nos comentó uno de los amigos de Tino de su equipo de Auris, que la cabañita que nos habían asignado había quedado calcinada en uno de los primeros ataques —agregó Valerie— si Fede no nos hubiese convencido de salir a conocer el lugar, no estaríamos hablando ahora mismo —reconoció— le debemos la vida.

Valerie le dedicó una sonrisa a Fede y él se la devolvió dándole un leve apretón de mano.

—No podemos creer nada de lo que ha sucedido las últimas semanas honestamente —

comentó Edmund—. Un día estaba todo normal, y de pronto nuestro mundo se vino abajo.

—Entiendo que te sientas así —le respondí— yo también lo siento de la misma manera. Pero... las cosas no estaban *normales*. A veces, creo que estamos tan acostumbrados a vivir ciertas situaciones que no podemos controlar, que comenzamos a normalizarlas. Pero la vida en Margadorat no es una vida normal. Es una tiranía sangrienta lo que se vive aquí y...

La voz de Evan me interrumpió a mis espaldas, no lo había escuchado llegar. Al voltear a verlo, noté que sus ojos estaban humedecidos, y veía a los padres de Valentino con una nostalgia reprimida.

—Créanme cuando les digo que lo que han considerado una “vida normal” todos estos años, no es más que una dolorosa mentira —comentó con una voz tan oscura que parecía ajena a él— una mentira oculta tras un determinado status social, económico. Pero una mentira al fin. Agradezcan que despertaron de esa mentira y que aún están respirando junto a su familia—. Terminó de decir eso, dio la vuelta y se fue tan silenciosa y rápidamente como había llegado.

Una tensión notable quedó en el aire con la partida de Evan, y Phillipó trató de cambiar el tema contándonos como ellos se encontraban durmiendo una siesta en la mansión, y cuándo se percataron de lo que estaba sucediendo, comenzaron a teletransportar a heridos y niños hacia la mansión y luego hacia el barco. Habían quedado exhaustos, pero habían salvado muchas vidas. No me sorprendía de ese par de almas nobles.



Un rato más tarde, me encontraba en la cubierta del barco, anotándome al sector que me correspondería. Luego de una larga fila de espera, finalmente me tocó sector defensa-turno noche. No había ni terminado de decir mi nombre cuándo ya la chica que estaba encargada de decir los puestos, me confirmó el mío.

No estaba acostumbrada a pasar la noche despierta, pero me tocaría hacerlo. Lo más inteligente hubiese sido aprovechar el día para dormir y estar descansada para la larga noche que tendría por delante, pero honestamente no tenía ni una pisca de sueño.

—Cassandra —la voz de seca de Elica me hizo girar.

—Elica, ¿en qué te puedo ayudar? —mi tono de voz era más frío que de costumbre, pero con ella no me salía naturalmente ser amable.

—A mí en nada —respondió con sequedad. Era tan hermosa como fría—. Pero te sugiero que vayas a ver a tu amigo—. Replicó y siguió su camino, pasándome de largo y caminando con elegancia y soberbia.

No tenía que decírmelo para que fuera a hacerlo, claramente iba a ver a Evan, pero me costaba actuar cerca de él. No sabía qué decir, o si el hecho de preguntarle cosas era atosigarlo. No sabía si era mejor darle su espacio, o si por el contrario lo mejor era obligarlo a abrirse conmigo. Honestamente, no sabía nada. Ni siquiera sabía lo que había vivido en Valterra, pero por lo que había visto de él y de su actitud, lo que sea que hubiese vivido fue sin duda lo peor que vivió en su vida.

Me dirigí directamente hacia su habitación, con un nudo en el estómago, repleto de ansiedad y atado de nervios. No se encontraba allí. Le pregunté a algunas personas con las que me había encontrado por los pasillos, pero nadie lo había visto. Fui hasta el comedor, a los baños de todos los pisos, a la cocina y Evan no estaba en ninguna parte. Mantener la calma cada vez se estaba volviendo más complicado. Las últimas veces que lo había visto, él había expresado su

profundo deseo de quitarse la vida. ¿Había sido completamente negligente al dejarlo solo? ¿Era tan estúpida como para pensar que estaría bien? O peor aún, ¿era tan estúpida como para no prever la posibilidad de que hiciera lo que dijo una y otra vez que deseaba hacer?

«¿Y si está cometiendo una locura en este mismo momento? Necesito encontrarlo ya».

—¿Has visto a Evan? —le pregunté a Lyanna cuando me crucé con ella en la cubierta.

—No —respondió—. ¿Pasó algo? ¿te ayudó a buscarlo?

—Sólo búscame o avísame si lo ves —repliqué y seguí mi camino buscándolo frenéticamente.

Había una sola persona que conocía este barco a la perfección. Necesitaba a mi padre.

No fue difícil encontrarlo, ya que se encontraba en el camarote que había designado como su oficina. Justo al lado del puesto del capitán, que resultó ser un guerrero de Oasis que en había sido marinero y que era el único que conocía la existencia del barco y del plan B que tenía mi padre.

Entré sin siquiera golpear la puerta y él subió la mirada, sorprendido al ver la abrupta interrupción. Amelie, que se encontraba sentada en la silla frente a su escritorio se dio la vuelta y me observó con rostro de preocupación.

—¿Han visto a Evan? —me adelanté a preguntarles.

—No —respondieron al unísono—. ¿Qué ha pasado?— agregó el rey.

—No lo encuentro por ningún lado y me da temor que se haya... —no me animaba a confesar exactamente lo que me estaba pasando por la mente en ese momento, así que me limité a decir: —que se haya puesto en peligro.

—¿Dónde lo buscaste Cassie? —preguntó Amelie.

—En su camarote, en los baños, en la cocina, en la cubierta, en el comedor, en la habitación de Valentino. No sé dónde más buscarlo y como tú —miré a mi padre a los ojos— conoces este barco mejor que nadie, pensé que podrías ayudarme.

Se puso de pie inmediatamente y comenzó a caminar hacia las escaleras que nos llevaban al tercer subsuelo. Su oficina se encontraba en el segundo subsuelo. Siguió bajando y llegamos a un piso que se encontraba más abajo aún del tercer subsuelo.

—No sabía que esto estaba aquí —comenté.

—Acá hay salas de entrenamiento —respondió mi padre—. También es donde guardamos las armas y demás herramientas. Más abajo ya sólo están las calderas del barco —agregó.

Este piso era diferente al resto. No había muchas puertas cercanas y pequeñas, sino que había largas paredes de madera oscura, y pocas puertas a lo largo. Calculaba que habría unas diez puertas en total.

—Si no estaba en los demás lugares, seguramente lo encuentres acá —comentó.

—Gracias —le respondí— voy a buscarlo y si no lo encuentro te aviso—. Le dediqué una sonrisa tímida.

—No lo dudas —contestó y comenzó a irse, pero antes de subir las escaleras volvió a hablar—. Búscame más tarde, o mañana si quieres. Me gustaría que hablemos un rato.

—Seguro —le respondí y me dirigí a la puerta más cercana en búsqueda de Evan.

Las primeras cinco puertas se encontraban vacías. Probablemente pocas personas conocían aún de ese lugar. Pero tras la puerta número seis, allí estaba él. Se encontraba completamente solo y luchaba contra un saco de boxeo. Los puños le sangraban, ya que no tenía ningún tipo de protección.

—Evan —mi voz fue baja y pausada— te he estado buscando.

Evan volteó la cabeza, me miró y continuó golpeando al saco sin cesar. Como si siguiera solo.

—Quería saber cómo estabas —le pregunté mientras me acercaba más a él, que se encontraba en una esquina del salón de entrenamiento. El piso del salón estaba forrado de colchonetas y rodeado de espejos.

—Mal —se limitó a decir.

—¿Tienes ganas de hablar?

—No.

—¿Quieres algo de compañía? —le pregunté con cautela.

—No.

—No sé qué hacer —le confesé con la voz rendida—. Quiero estar para ti, pero no sé cómo hacerlo.

—No tienes que hacer nada —contestó con esa voz sin alma que tenía desde su rescate.

—No tengo, —respondí— pero quiero Evan. Eres mi amigo. Eres mi mejor amigo y no pienso dejarte solo en esto. Pienso ayudarte... aunque aún no sepa cómo hacerlo.

—Nadie me puede ayudar. No hay nada que salvar —contestó mientras seguía golpeando el saco, sin verme.

—Eso es mentira —respondí— eso no es así y te puedo jur...

La voz de Elica me interrumpió y volteé a verla. Estaba ingresando por la puerta del salón de entrenamientos y se encontraba sola.

«¿Qué hace aquí?».

—Es normal lo que sientes Evan —replicó con firmeza—. Te lo puedo decir con seguridad, porque eso fue lo que sentí el día que una Legión de los reyes masacró a toda mi familia y a mi pueblo frente a mis ojos, cuando tan solo era una adolescente.

Evan pareció reaccionar ante sus palabras y paró de golpear al saco. No dijo nada, pero la miró como si esperara que continuara hablando, y eso hizo ella.

Le contó su historia con más detalles de lo que lo había hecho la vez que me había conocido a mí. Contó como torturaban a las personas antes de matarlas. Es que, para los reyes y sus lacayos, la muerte no era suficiente, tenían que infligir el mayor dolor posible. No podía determinar si el objetivo era disfrutarlo o causar terror. Después de que Jacobo me contara lo que le hicieron a su hermana, no me sorprendería que fuera simplemente para disfrutar del dolor ajeno. Eran peores que las bestias más temibles del mundo entero... de todos los mundos.

Evan pareció estremecerse ante las palabras de Elica, pero algo en sus ojos cambió. Aunque no pudiera reconocerlo, algo diferente estaba allí. ¿Esperanza? ¿empatía? No logré identificarlo, y fue tan efímero que quizás solo fue producto de mi imaginación.

Elica continuó hablando: —Así que no solo te entiendo, sino que no necesito saber o que me cuentes qué te hicieron para saber lo que has sufrido—. Hizo una pausa y lo miró con la mirada más amable que había visto en ella hasta ahora. Me generó sentimientos inciertos. Ella podía vincularse con él y entenderlo de una manera que yo jamás podría. No después de esto. A fin de cuentas, ella apenas lo conocía y él reaccionó ante sus palabras, y no ante las mías. Pero reaccionó. Y elegiría centrarme en eso e ignorar el resto —Hazle caso a tu *amiga*— esa palabra fue dicha con un deje de desprecio, y por algún motivo no me sorprendí— y déjate ayudar.

Elica se acercó a Evan que aún la miraba como sorprendido y sin decir nada, le dio un apretón de mano y finalmente se dio la vuelta y se fue dejándonos solos nuevamente.

CAPÍTULO 25

CASSANDRA

Quizás Elica aún tenía algo de sangre caliente en su corazón de hielo, aunque su amabilidad nunca estuviera dirigida hacia mí.

Yo tampoco sabía muy bien que decir en ese momento, y no tuve que hacerlo. Evan se acercó a mí y me abrazó.

No me lo esperaba para nada. Me tomó completamente por sorpresa.

—Gracias por preocuparte, —me dijo mientras me sostenía entre sus brazos y yo sin dudarlos le devolví el abrazo y lo apreté con fuerza. Inspiré su aroma y sentí por un momento que estábamos de vuelta en el Instituto. Divirtiéndonos, o hablando de cualquier cosa— sé que solo quieres ayudarme. Pero necesito tiempo—. Me soltó y se fue por el mismo lugar que lo había hecho Elica hacía unos instantes.

Tenía ira contenida. Evan había sobrevivido, pero si se encontraba en ese estado era por culpa de los malnacidos de Adrien y Helene. Fui hasta donde se encontraban los guantes de boxeo, me coloqué unos y comencé a golpear el saco que aún tenía rastros de sangre de Evan.

Imaginé sobre el saco los rostros perfectos de mis enemigos. Imaginé que con cada golpe borraba un poco más la sonrisa macabra que tenían pintada. Mi odio fue creciendo y con él, la velocidad e intensidad de los golpes.

—Tu padre me dijo dónde encontrarte.

Tu padre. Aún me costaba reconocer que tenía uno, y sonaba extraño cuando las demás personas se referían al rey como “*mi padre*”.

Volteé a ver a Jacobo que caminaba erguido hacia mí. Llevaba su ropa de combate negra, que no dejaba a la imaginación la escultural figura que se encontraba por debajo. Sus músculos tensos se marcaban en el traje y su rostro implacable me observaba con determinación. Esa mirada era capaz de causar estragos en mí.

—¿Qué te ha hecho ese pobre saco para que descargues toda tu furia contra él?

—El saco... —respondí— nada.

—¿Tienes ganas de descargar tu furia, *Cas*?

Era la única persona que me llamaba así. Y había algo en la forma en que lo decía, o el tono que usaba, que me hacía sentir especial.

Asentí. Probablemente mis ojos amarillos estaban expulsando fuego de la ira que se había apoderado de mí luego de ver a Evan. Cada vez que lo veía, salía a flote todo eso que llevaba por dentro. Rabia contenida, pero sobre todo... impotencia. Me sorprendía que Sissie no hubiese intentado hacer acto de presencia. Un sentimiento un tanto diferente que no llegué a reconocer del todo se comenzó a colar por entre medio de la furia cuando vi que Jacobo se acercaba más y más a mí.

—Pues, hazlo —replicó al tiempo que seguía acercándose. Su mirada me intimidaba— *conmigo*.

No le respondí, directamente me puse en posición ofensiva, aceptando su invitación. Jacobo había sido mi profesor antes. Había sido mi maestro de hechicería y me había ayudado a aprender a manejar a Sissie. Pero combate cuerpo a cuerpo habíamos tenido muy pocos.

Ya frente a mí, se colocó en posición defensiva, como esperando a que yo atinara el primer golpe. Eso hice. Me abalancé sobre él rápidamente, y con mi brazo derecho dirigí un

golpe directamente a su mandíbula, que por supuesto no llegó al destino que tenía previsto. Jacobo me esquivó grácil como una gacela y por poco me fui de bruces hacia el suelo.

Me recuperé y me planté firme nuevamente, y comencé de nuevo con mayor concentración, propinando golpes que Jacobo bloqueaba con sus antebrazos, hasta que finalmente y en un momento de desconcentración por su parte, logré pasar la barrera de protección y atiné a mi objetivo. Mi puño impactó contra el lado derecho de su abdomen, y el dolor hizo que se alejara un poco, pero no se inmutó en cambiar la expresión o en encogerse.

Subió la vista a mis ojos, con su mirada oscura, más penetrante que nunca.

Nuevamente me lancé en contra de él, con el puño en alto, pero esta vez Jacobo tomó mi puño con su mano izquierda, y me hizo una llave dejándome de espaldas a él... completamente pegada a su cuerpo. Sentía como su cuerpo encajaba perfectamente con el mío y como nuestras respiraciones agitadas se mezclaban. No me detuve a sentir nada más. Le propiné un golpe en el estómago con el codo, lo que hizo que se separara de mí y a los segundos ya estábamos nuevamente enfrentados cara a cara.

—Usa tus habilidades Cas, —me aconsejó— soy más alto, más rápido y más fuerte. No vas a derrotarme con un puñetazo en la cara.

A pesar de que cualquier otra persona pudiera pensar que era arrogante de su parte decir eso, la verdad era que lo que decía era cierto. Y cuándo uno estaba en desigualdad de condiciones, debía usar todas las fortalezas a favor.

Corrí hacia él en un sentido, y un segundo antes de golpearlo, me agaché y dando un giro con el cuerpo y con una de mis piernas extendidas lo golpeé por la parte de atrás de sus piernas, logrando que cayera al suelo. Inmediatamente me puse a horcajas sobre él, presionando su garganta con mi antebrazo en un intento de limitar sus movimientos. Intenté ignorar la presión que sentía sobre *esa* parte sensible de mí, que estaba en ese momento separada de *esa* parte sensible de él, únicamente por la tela de nuestros pantalones.

Él tomó mi antebrazo y me giró con una facilidad demoledora, invirtiendo nuestras posiciones, y ahora era él quien se encontraba sobre mí. Yo tenía las piernas abrazadas a su cintura. La lucha se estaba desvirtuando completamente.

—Estás distraída —comentó con el rostro a escasos centímetros del mío. Sus ojos verdes estudiaban de cerca los míos y su aliento cálido e hipnotizador hizo catástrofes al entrar en contacto con mi piel—. ¿Qué te tiene tan distraída? *Cas*—. Replicó al tiempo que bajaba la mirada y observaba nuestros cuerpos entrelazados.

Traté de empujarlo, traté de salir de esa posición, pero a pesar de mi fuerza, no lo logré. Lo único que estaba logrando era generar una fricción intensa en los lugares en que nuestros cuerpos se unían.

Pude sentir como Jacobo estaba completamente duro debajo de su fachada profesional y de su expresión impenetrable, y yo simplemente necesitaba tener a ese hombre para mí. Aunque fuese una sola vez. La última vez que lo había besado, había sentido que podía tocar el cielo con mis manos. Hasta que el cielo mismo se tiño de fuego y sangre.

Necesitaba volver a sentir lo que sentí ese día antes de que todo se fuera al demonio. Y claramente esta situación no estaba haciendo nada para distraerme, todo lo contrario. Lo único en lo que podía pensar era en las manos de Jacobo sobre mi cuerpo, recorriéndolo sin piedad y su lengua sobre mi piel, suspirar su aliento.

Jacobo me seguía viendo muy de cerca, sin alejarse ni un milímetro y pude ver en sus ojos el momento exacto en el que se dio cuenta de la clase de pensamientos que recorrían mi mente.

—No puedo ser profesional si me sigues viendo de esa manera —replicó.

—No puedo ser profesional si te estoy sintiendo de esta manera —respondí al tiempo que bajaba mi mirada hacia el lugar en el que nuestros cuerpos se unían.

Él siguió el camino que recorrió mi mirada, y su respiración se notaba aún más agitada.

—¿Quisieras sentirme de otras maneras? —susurró en mi oído, rozando sutilmente la piel sensible de mi cuello— tengo algunas ideas en mente que creo que te podrían interesar.

Se alejó un poco. Sólo la distancia necesaria para verme a los ojos.

Nuestros pechos bailaban acompasados con respiraciones entrecortadas y deseos reprimidos por mucho tiempo. Deseos que ya no necesitaban ser reprimidos.

Subí la mano que hasta ahora estaba apoyada en la colchoneta, y sutilmente comencé a acariciar el costado de su cuerpo. Un escalofrío lo recorrió por completo y tensó la mandíbula en consecuencia, pero no dijo nada, no se movió ni un milímetro.

Mi mano continuó el recorrido, subió por su pecho y finalmente llegó hasta su rostro. Lo tomé del cuello y lo acerqué vertiginosamente hacia mí, logrando unir nuestros labios en un beso tan profundo como la necesidad que tenía de él. Nuestras lenguas se entrelazaron y danzaron con pasión desenfrenada, al tiempo que nuestros cuerpos buscaban maneras de estar aún más unidos, si es que acaso eso era posible. Su mano recorrió mi cintura y me apretó aún más hacia él, a la vez que me levantaba del suelo y me sentaba en su regazo.

Despegó sus labios de los míos y comenzó a recorrer mi cuello con besos y pequeños mordiscos que solo me hacían humedecer aún más.

Mis senos estaban a punto de explotar y salirse del corsé de entrenamiento que llevaba puesto, mientras que él besaba cada espacio libre de mi piel.

—Necesito quitarte esto o me voy a volver loco —replicó entre jadeos, con su voz aún más ronca.

—¿Qué esperas?

Me tomó por la cintura y me colocó sobre la colchoneta frente a él. Ambos quedamos arrodillados, el uno frente al otro.

—No te muevas —ordenó y lo obedecí sin chistar.

Se puso de pie lentamente, y se colocó detrás de mí. Luego se arrodilló y sentí sus nudillos contra la piel sensible de mi espalda cuando comenzó a quitar los cordones del corsé, al tiempo que me besaba el cuello con deseo y presionaba su miembro contra mi trasero. No podía pensar en una sensación más exquisita que la que estaba sintiendo en ese momento.

Finalmente, el corsé cayó a un costado y mis pechos quedaron libres.

—Date la vuelta y ponte de pie —ordenó nuevamente, y había algo en su forma de hablarme que me hacía estremecer. Me gustaba esa versión de Jacobo.

Lo obedecí nuevamente, y lentamente me puse de pie, desnuda de cintura para arriba.

Él seguía de rodillas y la mirada que vi en sus ojos me hizo enloquecer aún más. Me observó con detenimiento, mientras ardíamos de deseo. Sus pupilas dilatadas se detuvieron demasiado tiempo en mis pechos, y luego bajó aún más la mirada. Me estaba saboreando con la vista. Podía sentir físicamente sobre mi cuerpo el recorrido que hacían sus ojos.

Apoyó un pie en el suelo, y luego el otro, poniéndose de pie. Su mirada recorrió mi cuerpo nuevamente, desde la punta de la cabeza, pasando por mi torso desnudo, mis pantalones de cuero de batalla y mis botas de combate.

—No existe en el mundo una imagen más exquisita que ésta, *Cas*—. Confesó y yo creí morir al escuchar eso de su boca—. No existe en el mundo una mujer más espectacular que tú. Y a partir de hoy, no existe en el mundo nada que vaya a mantenerme alejado de ti.

—¿Eso significa que vas a dejar de huir de mí? —durante mucho tiempo fui yo la que lo buscaba. Y entendía realmente los tantos motivos por los que él se había negado tantas veces a que estuviéramos juntos, pero ya todo había quedado atrás. Ya no había ningún motivo por el cual negar eso que sentíamos el uno por el otro. ¿Atracción? ¿deseo? ¿afinidad? ¿cariño? Probablemente todo eso y más.

—Lo único que siempre hice fue intentar protegerte —con su mano me tomó y me acercó a él. La cicatriz que tenía en el antebrazo se veía más intensa que nunca.

No llegué a responderle, y él no esperó a que lo hiciera. Se acercó a mí y me quitó las botas. Luego comenzó a bajar mis pantalones de cuero hasta dejarme vestida únicamente con mis bragas negras.

Sin dejar de mirarme, comenzó a quitarse la chaqueta de combate, luego la camisa, dejando a la vista cada uno de los surcos perfectos de sus músculos esculpidos y su piel ligeramente bronceada. Yo inspiré profundo, al verlo así frente a mí. Ver a Jacobo sin ropa era la imagen más excitante que había visto jamás. Era capaz de llegar al orgasmo solo de verlo, olerlo y oírlo.

Se bajó los pantalones y quedó vestido únicamente con su ropa interior. Luego me tomó y me cargó con una facilidad abrumadora, alineando nuestros cuerpos de forma perfecta. No importaba que el fuera tanto más alto o tanto más grande que yo. Nuestros cuerpos encajaban como si hubiesen nacido el uno para el otro.

—Te necesito Jacobo, —le susurré al oído mientras me daba besos por todo el cuello y sostenía mi cuerpo con sus fuertes brazos.

—Me tienes. Soy todo tuyo.

—Te necesito de muchas maneras, pero en este momento especialmente te necesito... dentro de mí.

Un gruñido desesperado emergió de su garganta.

—Me vas a matar.

Caminando conmigo a cuestas, me llevó hacia la mesa de madera que había en la esquina del aula y me colocó sobre ella. Me acercó al borde de la mesa y se arrodilló frente a mí. La excitación que sentía en ese momento no dio lugar ni paso a la vergüenza.

—Necesito preguntarte algo antes —replicó desde debajo de mí, con el rostro entre mis piernas abiertas. Sólo estaba cubierta por mis bragas.

—¿Qué? —mi voz sonó más parecida a un gemido que a una pregunta.

—¿Estás segura de esto? —preguntó— ¿lo has hecho antes?

—Segurísima —respondí con la voz entrecortada— y no, no lo he hecho antes.

Asintió y comenzó a darme besos en el interior de los muslos, mientras yo me retorcí de placer como si me estuvieran torturando, en lugar de besando. Con cada beso se acercaba aún más a mi centro húmedo y la adrenalina me iba a consumir. La humedad de su lengua me hacía estremecer, y con sus grandes manos me sostenía los muslos con firmeza.

Cuando su boca estuvo a escasos centímetros ya, me tomó por las caderas con las dos manos y apretó mis costados.

—Voy a hacer que nunca olvides este día.

Separó las manos de mi cuerpo, tomó las bragas y las rompió con gran habilidad. En ese momento quedé completamente expuesta ante él. Inspiró mi aroma y acercó su lengua hacia mi centro. En el mismo instante en que me tocó, un estremecimiento me recorrió el cuerpo y me dejé caer hacia atrás sobre la mesa. Comenzó a recorrer con su lengua, cada espacio sensible de mí y una electricidad se apoderó por completo de cada fibra y célula de mi cuerpo, mientras

jadeaba sin control. Nunca antes había sentido algo así. Era mucho más intenso de lo que podría haber imaginado. Era simplemente... mucho más *todo*.

Comencé a temblar, y una sensación fuera de este mundo se comenzó a formar en mi centro y se extendió por todo mi cuerpo hasta que exploté en un millón de partículas de placer.

—Joder amor, —replicó Jacobo, separándose de mí y con la respiración agitada— ese sonido... el de tus gemidos, se ha convertido en mi sonido favorito.

¿Me acababa de llamar AMOR?

Se puso de pie y me acercó hacia él. Me tomó por la parte de atrás de la cabeza y unió sus labios con los míos. Pude sentir mi sabor, en sus besos y por algún motivo eso me encendió aún más.

Desesperada por tenerlo dentro de mí, puse mi mano sobre su abultado miembro y Jacobo se estremeció ante el contacto. Bajé su ropa interior y lo liberé. Quería poder darle el mismo placer que él me había dado a mí.

Lo tomé con mi mano derecha y comencé a realizar movimientos ascendentes y descendentes, al tiempo que dos de sus dedos se colaban por mi orificio.

—No sé cómo pude esperar tanto tiempo —me susurró al oído— no puedo ni siquiera recordar la última vez que me sentí tan vivo como en este momento.

—No volveré a permitir que me alejes de tu lado —le respondí al tiempo que un jadeo salió disparado de mi garganta por todas las sensaciones que estaba teniendo.

—No volvería a hacerlo. Jamás.

Tomó su miembro, y antes de dirigirlo hacia mi entrada me comentó rápidamente y con un tono de desesperación en su voz: —Tomo diariamente la poción anticonceptiva y que protege ante cualquier enfermedad de ese tipo. ¿Estás segura que esto es lo que quieres? —enfaticó—. Podemos frenarlo aquí, y todo estará bien.

No le respondí con palabras. Tomé su miembro, lo dirigí hacia mi centro y le rogué: —Por favor, no aguanto más.

Lo hundió lentamente en mí, al tiempo que sus ojos verdes esmeralda me observaban con detenimiento, y yo me perdía en ellos. Estaba completa y absolutamente perdida.

Estaba tan húmeda que, a pesar de ser mi primera vez, no fue algo doloroso. Sentí la presión más exquisita del mundo mientras Jacobo se adentraba más profundo en mi interior.

Lo besé con desesperación y comencé a moverme instintivamente. Él me siguió el beso y me tomó de las caderas, logrando generar una fricción enloquecedora entre nuestros cuerpos. Sentía espasmos por todo mi cuerpo, y ambos gemíamos de placer.

En ese momento la puerta del aula sonó y alguien intentó abrirla. Jacobo subió la mano izquierda en dirección a la puerta y con sus poderes de Aqueo de Aire logró mantenerla cerrada.

—¡LARGO DE AQUÍ! —exclamó a quien quiera que estuviera tratando de entrar.

Evidentemente no cuestionaron la orden, porque escuchamos los pasos alejarse. Jacobo continuaba embistiendo sus caderas contra mí, y un cortocircuito me hizo llegar al clímax del placer una vez más, mientras me retorció en aquella mesa. Sentirlo dentro de mí, hizo que esa segunda vez fuera incluso superadora. Sentir su placer junto al mío, lo hacía diez mil veces mejor.

Él se estremeció y tomó mis caderas con aún más fuerza, justo antes de derramar su líquido en mi interior.

Continuó besándome aún en ese momento, y acariciando mi cuerpo, mientras nuestras respiraciones se acompasaban lentamente.

Se separó de mí sólo unos centímetros para verme a los ojos.

—Quizás este no era el mejor lugar para una primera vez... —intentó decir, pero lo interrumpí.

—No podría haber sido mejor de ninguna otra manera —concluí y le di un beso dulce en los labios.

CAPÍTULO 26

CASSANDRA

VIAJE A BANDORVET - DÍA 3

Estar con Jacobo lo cambió todo. A penas había podido concentrarme haciendo guardia la noche anterior mientras pensaba en cómo se sentía su piel sobre la mía y recordaba una y otra vez cada sensación sobre mi cuerpo. Sus palabras al oído y su respiración agitada. La forma en que me dijo *amor*. Su mirada estaba tatuada con fuego en mis recuerdos. Esa mirada me indicaba que para él había sido tan importante como lo había sido para mí. Nunca olvidaría ese día. Nunca lo olvidaría a él y ya no había nada ni nadie en este mundo que pudiera separarnos.

Pasé el día siguiente durmiendo plácidamente. Entre que no había aprovechado de dormir el día anterior, y que en la noche estuve de guardia, sentí que me habían drenado completamente las energías. Quería paralizar el tiempo y dormir por tiempo indefinido, pero claro que no podía hacer algo así... aunque técnicamente si pudiera hacerlo, ¿quizás?

Cuando ya faltaba poco para mi segunda guardia, me puse de pie como pude, tomé una ducha y me coloqué mi ropa de batalla. Siempre debíamos de estar preparados, porque hasta que llegásemos a la costa de Bandorvet, estaríamos en un riesgo constante.

Me dirigí al comedor y me alegré de ver a Valentino y Evan cenando juntos, por lo que tomé mi bandeja de comida y me acerqué a ellos.

«Como en los viejos tiempos».

—¿Hay lugar para una más? —consulté con una sonrisa en el rostro antes de sentarme. Evan se veía un poco menos... mmm... menos oscuro.

—Para ti siempre hay lugar —respondió Valentino.

Le tomé la palabra y me senté en la mesa frente a él, y al lado de Evan.

—¿Cómo han estado? —pregunté— casi no hemos tenido tiempo de hablar, pero es que entre los entrenamientos y las guardias no he podido realmente. Hoy dormí todo el día.

—Lo entendemos Cassie, —respondió Evan— nosotros también hemos estado a full. Creo que todos en este barco están igual.

—¿Qué turnos y secciones les asignaron? —inquirí al tiempo que le daba un bocado a mi tostada de tomates y berenjenas.

—A mí me tocó con el resto de los Auris en atención médica —respondió—. Debemos asegurarnos de practicar, atender a los heridos y estar atentos ante cualquier urgencia. También me tocó a la noche, estoy con el equipo junto a Thorin.

—A mí no me asignaron nada, pero estoy entrenando y ayudando a Elica y Amelie a organizar las sesiones de entrenamiento —agregó Evan, y procedió a darle un bocado a su tostada—. Además, comencé las sesiones con Thorin —agregó al pasar, como si no fuera una noticia completamente relevante.

No quise parecer sorprendida ni asustarlo, así que traté de actuar normal, por más que realmente quisiera pararme y saltar de la emoción. Las sesiones de terapia sobre las heridas del alma eran demasiado vitales para su recuperación.

—Me alegro Evan —contesté con una sonrisa que traté de que no fuera demasiado efusiva— ¿y estás...contento con tu decisión?

No quise preguntarle “¿estás mejor?”. Obvio que no estaba mejor después de un par de

sesiones. Pero era importante que se sintiera cómodo asistiendo, y entusiasmado.

—Al principio estaba bastante reacio honestamente, —contestó mirándome a los ojos — pero, hablé con Elica y en parte ella me hizo darme cuenta de que no tenía nada que perder con intentarlo. Aunque dudo que contento sea la palabra adecuada.

—Tienes razón lo siento, no quise decir eso.

Exhaló como si todo le pesara demasiado.

—No te disculpes, no dijiste nada malo.

—Me parece muy acertado esa forma de verlo —intervino Tino—. No pierdes nada con intentarlo, pero tienes todo por ganar si las cosas salen bien.

—Exacto —agregó Evan—. Por más que ahora me cueste verlo así—. Volteó a verme y continuó diciendo: — Así que, respondiendo a tu pregunta, estoy conforme con la decisión.

—Me alegro mucho realmente Evan —le sonreí y cambié de tema—. Y Tino, ¿qué está haciendo Federico? ¿y tus padres?

—A Federico le tocó guardia de día, así que nos estamos viendo muy poco la verdad —replicó y dio un sorbo de su bebida—. Mis padres están en sección cocina, en el turno diurno, por lo que tampoco los veo demasiado a ellos. Pero están bien.

—¿Supieron algo de Kathy? —inquirió Evan, y una punzada de dolor me atravesó. Siempre que pensaba en ella, algo dentro de mí se rompía. Era mi mejor amiga y sentía que la había abandonado.

—Nada —respondió Valentino al ver que yo no decía nada.

—No pudimos contactar con ella cuando estuvimos en Oasis. Los contactos de Jacobo decían que había desaparecido. Ella y sus padres. Pero aparentemente no estaba en el castillo.

—Cuando yo estuve allí, no vi rastros de ella —respondió Evan—. Espero que hayan podido ocultarse. Aunque ella no sabía nada de lo que estábamos investigando, así que... ¿por qué se ocultaría con su familia?

Era cierto. Evan había estado allí. No sé cómo no se me había ocurrido preguntarle antes.

—Yo pienso lo mismo, pero Jacobo me aseguró que eso era lo más probable. Honestamente, yo siento como si la hubiese abandonado. No veo la hora de volver y encontrarme con ella.

—Y... no sé si quieras hablar de esto Evan, pero, ¿qué sabes de Lucinda?

—No la volví a ver en todo el tiempo que estuve allí abajo. Sólo a los padres de Jacobo —esa última frase hizo que la ira en su expresión se renovara, y la oscuridad volvió a posarse en su mirada—. Sigo sin creer que él realmente esté con Oasis y no con ellos. Me cuesta verlo a la cara —confesó.

Aunque no lo diría, me dolía esa confesión. Me dolía pensar que esa era la forma en la que lo veía tanta gente, ajeno completamente al ser increíble, bueno y noble que era.

—No puedo decirles el por qué, pero créanme que Jacobo tiene tantos o más motivos para odiar a sus padres que la mayoría de las personas en este barco —les comenté mientras terminaba mi comida. Detestaba que las personas lo miraran con recelo por el hecho de ser hijo de los tiranos. Ni que él pudiera escoger a sus padres.

Continuamos hablando un rato más, y cuando me di cuenta ya se había hecho la hora de mi segundo turno, por lo que dejé la bandeja en el lugar indicado y subí a la cubierta del barco, luego de despedirme de mis amigos.

Me sentía en una película de piratas, aunque realmente no pudiéramos estar más lejos de ser piratas... o de estar en una película.

Varias personas caminaban de un lugar a otro, encargándose de mantener el barco en dirección correcta y controlando las astas y el viento, (que cuándo no estaba a nuestro favor, los Aqueos de Aire se encargaban de corregir ese detalle).

El sol se ponía por el horizonte, y el mar parecía infinito. Por más terrorífico que dijeran que era el mar de Sorya, la realidad es que parecía un cuadro surrealista. El color turquesa del mar, y el cielo teñido de colores púrpuras, rosa y naranja a causa del atardecer, me generaban paz, por increíble y absurdo que pareciera. Inspiré por unos instantes esa paz, ignorando todo lo demás. Concentrándome en aquellos colores y en el vaivén de las olas.

Luego lo vi. En el centro del barco estaba *él*. Tan pronto mis ojos lo detectaron, todos los receptores nerviosos de mi cuerpo entraron en alerta y las mariposas rabiosas comenzaron a revolotear en mi interior. Era más alto que la media, y sus músculos definidos bajo su traje, no solo dejaban poco espacio a la imaginación, sino que dejaban muy poco espacio en mis pensamientos para concentrarme en otra cosa en ese momento que no fuera admirarlo.

Caminé hacia el círculo que se había formado. Jacobo estaba dando instrucciones a quienes haríamos el relevo de los guardias diurnos.

—...no puede quedar un ángulo de este barco sin vigilancia —me coloqué disimuladamente a su lado y lo rocé voluntariamente para que notara mi presencia. Pude sentir como la energía en él cambió desde el momento en que me coloqué a su lado, pero siguió explicando las instrucciones—. Si tienen que irse, deben pedir a un compañero que los cubra, pero no pueden irse así sin más. Cada par de horas, los encargados del turno noche de la cocina, se acercarán a ofrecerles refrigerios, por lo que no deberían tener problemas por eso.

—¿Qué pasa si vemos algo raro? —preguntó un chico joven frente a él.

—Dar la voz de alerta y llamarme a mí o a Baltazar o a John —respondió—. Nosotros tres nos iremos turnando y verificando que todo ande bien. Deben alertar ante cualquier cosa que noten, por insignificante que parezca—. Su voz grave era la de un líder. Su porte era el de un líder. Jacobo era un líder nato y cada poro de su piel expiraba eso. —Recuerden que no estamos seguros de lo que vamos a encontrar y las amenazas a las que nos enfrentamos. Por eso en cada turno hemos tratado de incluir a personas con todo tipo de cualidades (Auris, Aqueos de todos los tipos, Dantras, etc.) Y la única Etérea que tenemos en Oasis está en el turno noche con ustedes —hizo una señal hacia Lily, que levantó el brazo y los saludó a todos con una sonrisa tímida.

—No es la única Etérea —intervine— Evan también lo es.

—Si, pero Evan no está aún en condiciones de hacer guardia —respondió con voz firme Jacobo.

—¿Le preguntaste? —inquirí.

—No es cuestión de preguntarle o no, Cassandra —bajó la mirada hacia mí para verme mientras me terminaba de responder—. Es una cuestión objetiva. Evan aún se está recuperando. Y le falta un largo camino.

—¡Lo subestimas! No sé va a recuperar si lo tratamos como a una copa de cristal que se puede quebrar en cualquier momento —respondí y él dio por terminado el tema y no me contestó.

—¿Alguna pregunta más? —se dirigió al resto, y negaron con la cabeza. —Entonces todos a sus puestos.

Todos comenzaron a dispersarse, y cuando estaba retirándome con una molestia naciente instalada en el pecho, sentí la mano de Jacobo sobre la mía. El calor de su piel me hizo recordar lo que había pasado hacía no demasiadas horas. Me apretó levemente la muñeca, y

disimuladamente se inclinó sobre mí para susurrarme en el oído: —Me moría de ganas de verte, *amor*.

CAPÍTULO 27

BALTAZAR

VIAJE A BANDORVET - DÍA 4

El viaje no era lo que me tenía preocupado. Yo no tenía duda alguna que lograríamos superar el viaje. Lo que no me dejaba dormir en paz, era la incertidumbre de qué nos esperaba al otro lado del Mar de Sorya.

Nunca me había interesado especialmente por la historia o geo-política del resto de los reinos de Nerea. Había crecido con un drama demasiado cercano en Margadorat, como para preocuparme por lo que sucedía más allá de esas fronteras.

No me gustaba la idea de ir directamente hacia lo desconocido, sin un plan B. Quizás el rey estaba siendo demasiado confiado con todo esto. Mucho podría haber pasado en estas casi dos décadas. ¿Y si había habido una revuelta allá y ya no reinaban los viejos amigos de John? ¿O si no eran quienes John creía que eran? ¿Si estaban aliados con los padres de Jacobo?

Demasiadas preguntas sin respuestas para mi gusto. Necesitaba algo de certezas, y sabía exactamente quien podía dármelas.



Jacobo estaba en el los salones de entrenamiento del último subsuelo del barco, practicando con varios guerreros de Oasis algunos hechizos protectorios.

Era impresionante la habilidad de Jacobo con la magia. Pocos había en Margadorat como él. Probablemente en toda Nerea. Jacobo en los últimos años le había enseñado un sinfín de hechizos a los guerreros de Oasis. Hechizos de todo tipo, muchos de los cuales estaban resguardados en libros prohibidos en la biblioteca real, por lo que el resto de las personas del reino, no tenían acceso a ellos. Sólo las élites podían acceder a ese tipo de conocimiento. Y las élites de Margadorat se dividían en dos tipos: 1) los aliados y 2) los ciegos. Siendo éstos últimos, los que preferían hacer oídos sordos a todo lo que sucedía con tal de mantener su status y no ser perseguidos.

Cuando accedieron al poder, una de las primeras medidas que tomaron Adrien y Helene, fue precisamente confiscar y destruir todos los libros que contenían algún tipo de información capaz de poner en riesgo su gobierno tiránico. Pero a su hijo, le dieron acceso ilimitado a la información. Probablemente nunca imaginaron que su propio hijo sería su enemigo número uno.

Nunca me había contado el por qué. El motivo por el cual los odiaba tanto, e incluso siendo su hijo haría cualquier cosa por destruirlos. Seguramente algo grande debió de haber pasado. Dudaba que un día se hubiera despertado con la idea de derrocarlos. Al fin y al cabo, fue criado por ellos.

En los otros salones de entrenamiento, los guerreros practicaban combate cuerpo a cuerpo y lucha. El sonido del choque de las espadas se había convertido en un sonido de fondo habitual en el barco, que ahora albergaba lo único que había sobrevivido de Oasis.

Los guerreros, cuando no estaban entrenando, estaban haciendo guardia o durmiendo. Siempre alertas, siempre esperando que algo malo sucediera.

Ya habían transcurrido cuatro días desde que partimos hacia Bandorvet, y en cualquier momento nuestra *falsa* sensación de paz se acabaría.

—Jacobó, ¿podemos hablar un momento? —lo interrumpí mientras observaba atentamente como uno de los aprendices hacía uso del hechizo de “*repelis actio*”, utilizado para repeler ataques de todo tipo.

Asintió sin voltear a verme, y le dio algunos consejos al hombre antes de caminar en mi dirección.

—Claro, vamos.

Lo seguí fuera de la sala de entrenamientos. El pasillo estaba atiborrado de personas que entraban y salían. Todos con ropas de combate y caras de “intento ocultar que estoy cagado de miedo”.

Siguió caminando de largo y abrió una puerta entre las salas de entrenamiento, que por lo que pude ver, era una pequeña oficina. Los muebles eran de madera oscura, (como en casi todo el barco), y había un pequeño escritorio con dos sillas en la parte delantera.

—¿En qué te puedo ayudar? —Jacobó se sentó en el escritorio y me hizo una seña para que me sentase en la silla frente a él.

—Me preocupa mucho no tener idea de que nos espera en Bandorvet —confesé— y sé que tú, eres quien tiene la información más precisa y... fresca, por decirlo de alguna forma.

—Te entiendo, —respondió— y por supuesto, pregúntame lo que quieras.

—Te veo tranquilo con la decisión de John de lanzarnos a lo desconocido, —comenté con seriedad— y me imagino es porque tienes algún tipo de información que sustenta lo que dice o piensa él.

Me miró con cara de confusión.

—No me malinterpretes, —agregué— no dudo del rey ni de sus decisiones. Dudo es de si las está tomando en base a información certera, o si lo que él cree, ya no es así luego de dos décadas de haber desaparecido.

—La información que tiene el rey es la misma que tengo yo. John pudo haber estado muerto para todos, pero Vladimir estaba bien vivo y alerta.

Eso era un buen punto. No era que John estaba en una cueva aislado de todo, sino que había estado viviendo todo ese tiempo como rector de la institución académica más importante de todo el reino.

—Igual, para tu tranquilidad con mucho gusto compartiré la información que tengo —comentó y se puso de pie para servirse un vaso de agua—. Los reyes de Bandorvet son Ronan Aldahir, y su esposa Xelena. Tienen tres hijos: Malek, Olivia y Jennah. Si bien se han mantenido neutrales hasta ahora, —apoyó el codo en la mesa y se tocó la barba de forma pensativa— ...neutrales no sería la palabra correcta. En realidad, no han tenido una participación activa en el conflicto de Margadorat, pero desde el día uno, siempre reafirmaron su apoyo a John y Anastasia. Son personas justas, según lo que tengo entendido y si bien tienen tradiciones bastante arcaicas, no podría decir que piense que vamos a encontrarnos con traidores o aliados a mis padres. Son muy arraigados a sus tradiciones, a su cultura y a su religión.

No le pregunté más a fondo por las tradiciones o la cultura de ese reino, porque honestamente no

era de mi incumbencia. No pensaba pasar allí más del tiempo estrictamente necesario.

—¿Y estás seguro que no son aliados de tus padres? —inquirí.

—Segurísimo. Más bien la primera medida que tomaron los reyes de Bandorvet, fue cerrar las fronteras. No aceptaron ni siquiera escuchar a mis padres, y eso lo sé de primera mano porque ellos trataron de contactarlos en muchas oportunidades y de muchas formas.

—Eso me deja un poco más tranquilo —confesé.

—No te equivoques —aclaró— son personas justas y amigos del rey Baltich, pero no son fáciles ni dóciles. Son firmes y por eso han logrado mantener el poder sin disturbios de ningún tipo por tantos años. Ponen mano dura y no dudan en hacerlo.

—¿A qué te refieres con mano dura? —inquirí.

—A que con sus enemigos son letales. No es un reino indefenso ni de cerca. Me atrevería a decir que es el reino más poderoso de toda Nerea. Son despiadados cuándo quieren serlo—. Hizo una pausa y continuó hablando. —Por suerte, suelen querer ser despiadados con enemigos y esos enemigos no somos nosotros. Por lo menos no por los momentos. Si logramos el apoyo de ellos, es muy probable que ganemos esta guerra antes de lo pensado.

—¿Y por qué si se han mantenido neutrales hasta ahora, estarían dispuestos a apoyarnos con sus ejércitos?

—Desde luego que no lo harán por la bondad de sus corazones —afirmó—. Eso es lo que más me preocupa, honestamente. El precio que nos harán pagar por su apoyo, (si es que nos dan su apoyo), no será bajo.

—Nosotros debemos enfocarnos en volver lo antes que podamos a Margadorat, y más fuertes que nunca. Cada día que pasa es un día que muere alguien inocente. Cada día, alguna tragedia nueva ocurre y alguien vive un infierno. Si lo que nos piden los reyes, es un precio alto, tendremos que estar dispuestos a pagarlo.

—Yo estaría dispuesto a cualquier cosa. Daría mi vida a cambio de matar lenta y dolorosamente a los malditos de mis padres.

CAPÍTULO 28

EVAN

VIAJE A BANDORVET - DÍA 6

Llevaba la última semana tratando de no decaer. No era fácil. Todos los días mi mente viajaba de nuevo a las catatumbas del Castillo de Valterra. Aunque mi cuerpo físico estuviera flotando sobre un barco en la mitad de la nada en el mar de Sorya, mi mente revivía una y otra vez el sufrimiento de ver a mi familia morir frente a mis ojos. Era una mezcla de odio con un sentimiento desbordante de impotencia. Quizás la impotencia era incluso peor que el odio. La desesperación de no haber podido hacer nada.

Era una especie de pesadilla que se repetía en bucle a todas horas y tanto cuando dormía como cuando estaba despierto. ¿Cómo se podía superar eso? ¿viviría algún día sin revivir ese recuerdo?

Los únicos momentos donde sentía algo de paz era cuando estaba con Thorin en las sesiones, o cuando hablaba con Cassie o con Tino y me olvidaba de todo por breves momentos.

—Gracias por venir Evan —replicó Thorin desde la puerta de su camarote, donde llevábamos a cabo las sesiones diariamente.

—Tú eres el que me está ayudando a mí —le comenté al ingresar— no tienes que darme las gracias, todo lo contrario.

—Agradezco que te dejes ayudar. Eso nos ayuda a todos. Y venir, forma parte de dejarte ayudar, motivo por el cual te agradezco.

No sabía muy bien qué responder a eso.

—Eres un hombre algo extraño —le respondí con una expresión entre confundido y divertido—. Pero supongo que te agradezco y... ¿agradezco que me agradezcas?

Una risa fugaz se escapó de ambos y fue uno de esos pequeños momentos en que sentía algo diferente al dolor.

—¿Cómo te sientes hoy? —me preguntó con aquella expresión y voz de serenidad, que tanto caracterizaba a Thorin.

—Igual que ayer —respondí.

—¿Sigues queriendo quitarte la vida? —me preguntó. Así, sin anestesia. Como si me estuviera preguntando qué había desayunado. Había algo extrañamente reconfortante en lo directo que era. En que no me hablara como si me fuera a romper en cualquier momento.

Lo tenía que pensar. ¿Hoy había querido quitarme la vida? Había pensado en el dolor y había revivido un número indefinido de veces aquella escena en mi mente. Pero, si lo pensaba detenidamente, no había pensado específicamente alguna forma de morir. No, hoy no había querido quitarme la vida.

—No. Honestamente hoy no he pensado en eso puntualmente. Por lo menos no por ahora.

—Desde que decidiste comenzar con las sesiones, hace casi una semana, cada vez que te he preguntado cómo estás, me has respondido lo mismo: igual que ayer. —Me observaba detenidamente mientras hablaba—. Pero, el primer día sí habías querido quitarte la vida. Hoy no. Quizás, aunque conscientemente no lo percibas, en realidad no estás igual que ayer, ni mucho menos igual que hace una semana. Quizás, cada día, ha habido algún pequeño cambio en ti. Por minúsculo que parezca. ¿No crees?

Me quedé en silencio nuevamente, tratando de procesar sus palabras, y no podía llegar a una conclusión que no fuera que Thorin tenía razón.

A ver, vivíamos en un mundo donde lo imposible muchas veces era posible. Y si no fuera por las sesiones con Thorin, probablemente seguiría igual que antes, o incluso y probablemente, a estas alturas ya estaría muerto. Pero las sesiones con Thorin, eran más que solo hablar. Él, con su poder, hacía curaciones diarias a mi alma. Y Thorin era uno de los Auris más poderosos de toda Nerea. Evidentemente, algún efecto positivo estaba teniendo en mí.

—Tienes razón —terminé respondiendo—. Entonces, estoy mejor que ayer.

—Me alegra escucharlo Evan. ¿Hoy tienes ganas de hablar?

—¿Puede ser después de las curaciones?

Con curaciones me refería al momento en que Thorin utilizaba su voz y poder para sanar las heridas de mi alma. Él me había comentado que era un proceso largo, pero que valdría la pena.

Todos los días pasábamos más de una hora juntos, durante la cual, él pasaba aproximadamente treinta o cuarenta minutos ininterrumpidos aplicando su poder sobre mí. Eso era demasiado tiempo, y cualquier Auris no habría podido hacerlo. Pero Thorin no era cualquier Auris. La sensación que se sentía ese momento, era como si pasaran una pomada sanadora por una piel destruida y desgarrada. Que en el momento se sentía bien, y pasadas las horas, volvía el dolor, pero... cada vez ese dolor era algo menor. Cada vez esa piel, estaba un poco más sana. Suponía que eso era lo que le estaba sucediendo a mi alma.

El tiempo restante hablábamos. A veces sobre mí. Otras veces le contaba cosas que había vivido en las catatumbas. También lloraba, contándole anécdotas de mi familia, de cómo había crecido. Y sólo pocas veces, él me contaba cosas de su vida y de su familia. Familia que también perdió.



Los primeros seis días del viaje habían transcurrido con una sorpresiva paz. Comenzaba a creer que los peligros del mar de Sorya no eran más que un invento para mantener alejadas a las personas, para evitar que lo cruzaran. Lo hubiese creído del todo, si no fuera por los gritos de desesperación que aparecieron repentinamente provenientes de la cubierta del barco.

Mi primera reacción fue quedarme completamente petrificado. Los gritos me traían escalofrantes recuerdos y me llevaron directo a aquella celda oscura y fría de Valterra. Las personas comenzaron a correr a mi alrededor en cualquier dirección y yo simplemente no me podía mover.

Los niños lloraban, y pedían a gritos a sus padres. Algunos de los guerreros de Oasis les pedían a los civiles que se refugiaran en sus camarotes, mientras yo sólo me quedaba congelado, observando a la nada misma.

Comencé a escuchar a los lejos como pedían por Aqueos de Aire y Etéreos. Etéreos. Yo era un Etéreo. Pero... ¿cómo podría ayudar en algo si no podía ni siquiera reaccionar?

Antes de entender muy bien nada, obligué a mi cuerpo a seguir los pasos hacia los gritos, aunque todas las células de mi ser me pedían, me rogaban que me fuera al extremo opuesto y me ocultara de todos hasta que pasara lo que sea estuviera sucediendo allá arriba.

Subí uno a uno los escalones que daban a la cubierta y comencé a observar atentamente la imagen que se formaba frente a mis ojos: una niebla oscura y verdosa estaba rodeando el barco

y comenzaba a filtrarse hacia el interior. Los Aqueos de Aire estaban haciendo todo lo posible para crear ráfagas de viento que expulsaran la niebla lejos del barco, pero el viento era algo muy inestable y la niebla se estaba filtrando entre los Aqueos.

No entendía del todo porque debíamos expulsar esa niebla, hasta que observé como una ráfaga de ella le tocó el brazo a una de las Aqueas y la piel comenzó a arderle como si se tratase de una quemadura química. Le consumió la piel, desgarrándola de forma abrupta, y la sangre comenzó a brotar de su brazo a cántaros. La mujer chilló de dolor. Un sonido tan desgarrador, que caló en lo más profundo de mi ser. Intentó no quebrarse a pesar de todo, pero el dolor era demasiado intenso. Tenía la piel al rojo vivo y creí ver algo blanquecino, que podía incluso llegar a ser el hueso. No aguantó más y con la poca fuerza que tenía, comenzó a correr lejos de la niebla, hacia el centro del barco, antes de que ésta terminara de engullirla por completo. El hecho de que se haya apartado de la barrera de Aqueos de Aire, causó que se filtrara mayor cantidad de niebla (o lo que fuera que era ese vapor oscuro y verdoso) por el espacio que ella había estado tratando de cubrir. El rey corrió a toda prisa y ocupó el lugar de la mujer, que yacía en el suelo con partes de su piel destruidas y sollozando, en estado de shock.

John Baltich era de los pocos Aqueos que tenía la capacidad de controlar todos los elementos. Nada mal para un rey.

—¡Necesitamos a un Auris ahora! —exclamó con autoridad, sin quitar la vista de la niebla. Alguien que no reconocí corrió hacia la mujer.

A mis espaldas, nuevos gritos de dolor. Ahora de otras personas. La niebla se seguía filtrando. Si llegaba a las escotillas y accesos a los pisos inferiores, sería una catástrofe de gran magnitud.

Observé horrorizado como la sustancia desconocida llegó hasta el rey, que se mantuvo inmóvil. Como si sus manos no estuvieran ardiendo. La piel se agrietaba y la sangre comenzaba a correr por su piel, pero en lugar de retroceder, hizo que su poder fuese más fuerte y envió ráfagas de viento poderosísimas, con la intención de alejar aquella niebla. Hizo efecto, pero el viento no era infalible, ya que, al ser tan descontrolado, o disperso, la niebla podía colarse a través de él. El resto de los Aqueos de Aire, estaban haciendo lo posible para mantener la situación bajo control, pero con cada minuto... con cada segundo que pasaba, caían más heridos y las defensas comenzaban a debilitarse.

Cassandra apareció a mi lado, observó a su padre con desesperación antes de gritar: — ¡Padre! ¡Aléjate de ahí ahora mismo!

—¡John, sal de allí ahora! —exclamó Jacobo y desde la distancia conjuró un hechizo que envolvió al rey en una especie de cúpula protectora—. Esa protección no durará demasiado, y la niebla está ingresando. ¡Muévete!

—¡Si me muevo será peor Jacobo! Necesitamos contener la niebla hasta que la atravesemos por completo —la voz del rey era estable, controlada. Como si no tuviera las manos al rojo vivo en ese preciso momento. No dejó que se colara el dolor que seguramente lo embargaba.

Jacobo trataba de ir a los sectores más vulnerables para usar su poder de Aqueo de Aire donde más se lo necesitara, pero tenía los ojos clavados en el rey, y en la princesa a mi lado.

—¡Cassandra! ¡Baja ahora mismo! —exclamó luego de conjurar un hechizo protectorio también a ella. No entendía a ciencia cierta el motivo, ya que por lo menos por los momentos, se encontraba alejada de los bancos de niebla.

—No pienso irme mientras ustedes luchan solos contra esto —respondió firme—. ¿Qué puedo hacer?

Él la miró. La miró de una manera que parecía que estuviera teniendo una conversación completa con ella, o consigo mismo, sin emitir palabra. Ella le mantuvo la mirada.

Finalmente, él pareció rendirse y le ordenó: —Conjura los hechizos de protección a los Auris y Aqueos que estén más expuestos.

Ella no respondió, solo lo obedeció sin emitir palabra.

—John, necesitamos hacer algo ahora. Algo más permanente. No sabemos cuánto tiempo tardaremos en atravesar este banco de niebla, y estamos ya al borde de que caigan las defensas.

Más gritos de dolor a mis espaldas.

—¡Se está filtrando! —la voz de una mujer gritaba desesperada.

—¡Quienes no sean Aqueos de Aire, a conjurar las protecciones ya! ¡Ahora! —ordenó Jacobo, y eso comenzaron a hacer. Algunos ya habían arrancado a hacerlo junto con Cassandra.

Habían por lo menos ciento cincuenta o doscientos Aqueos tratando de proteger al barco.

—*Ego scutum in tutela posuit* —comenzaron a repetir diversas voces. Ese hechizo creaba un escudo que repelía la niebla, y los demás guerreros estaban protegiendo a los Aqueos de Aire.

—¡No va a durar demasiado! ¡Necesitamos a un Etéreo! —exclamó el rey.

—¡Ya estoy! —exclamó una mujer que subió corriendo las escaleras hacia la cubierta —. Siento la demora, no sabía lo que estaba sucediendo.

Al parecer era Etérea, ya que comenzó a conjurar un escudo enorme con su energía. De ella salía un campo magnético de tonos lilas y dorados, que fue creciendo y creciendo, haciendo que la niebla se alejara de los Aqueos y protegiéndolos de ella.

Los Aqueos que quedaban dentro del escudo, suspiraban de alivio.

A los pocos minutos, el escudo llegó a cubrir prácticamente toda la mitad frontal del barco, pero la mitad trasera seguía desprotegida, y conjurar un escudo más grande era bastante improbable. Además, luego había que mantenerlo en su lugar.

Los Aqueos de Aire que no estaban heridos, junto con el rey, que tenía la piel de las manos y de los brazos al rojo vivo, se concentraron en la popa, tratando de alejar la niebla de la parte que aún estaba sin protección.

No supe en qué momento fui consciente de que me encontraba hiperventilando, quizás cuándo alguien se acercó a mí por la espalda, a gran velocidad y me dijo: —Evan, conjura el escudo. Tú puedes.

La voz de Elica me hizo retornar un poco a la realidad. Todo esto estaba sucediendo frente a mis ojos, y yo, que tenía el poder de ayudar, estaba plantado como un cactus viendo a la gente sufrir frente a mí.

Me tomó por los hombros y sus ojos azules como el cielo más hermoso me hicieron entender que no me podía quedar de brazos cruzados. Su voz y su tacto fue como un conducto que me estaba conectando con el aquí y el ahora.

«No estoy en Valterra. No estoy en Valterra. Puedo ayudar».

Mi poder había estado dormido por demasiado tiempo. Si bien, yo antes del ataque, no era de lucir mi poder por ahí en frente de la gente, la realidad era que lo había entrenado toda mi vida y tenía un control excelente sobre él.

Sentí como la energía etérea comenzó a nacer a través de cada célula de mi piel, y luego fue brotando hacia afuera. El escudo que se estaba creando a mi alrededor era de tonos celestes y verdes, y se fue ampliando y ampliando, cada vez más, dejando a los guerreros

adentro, y expulsando lejos la niebla.

Continué extendiéndolo, hasta que chocó por un lado con el escudo de la Etérea que estaba en la proa y por el otro logró cubrir el resto del barco que hasta ese momento había estado desprotegido.

—¡Necesitamos salir del banco de niebla lo antes posible! —gritó el rey desde el centro del barco, aún herido—. Aqueos de Aire, los que estén sin heridas, necesitamos que hagan que este barco vaya a la mayor velocidad posible, ¡ahora! Lyanna, llama a los Aqueos de relevo del otro turno, los necesitamos si queremos salir de ésta.

Inmediatamente, los Aqueos comenzaron a seguir sus órdenes y con Jacobo a la cabeza comenzaron a crear corrientes de aire sumamente veloces que hicieron que el barco tomara una velocidad completamente antinatural.

—Su majestad, necesita atención médica de inmediato —exclamó Amelie con el rostro transformado por la preocupación. Los brazos del rey estaban completamente destruidos por el efecto de la niebla.

—Cuando salgamos del peligro —le respondió el rey y continuó impartiendo órdenes: —Aqueos de Agua, necesitamos que controlen las corrientes de agua para ayudar a que salgamos más rápido de aquí. Los escudos no aguantarán para siempre.

En eso tenía razón. El poder que estábamos consumiendo en crear y mantener estos escudos era muy grande y en algunos minutos comenzarían a fallar. No había más Etéreos en el barco para relevarnos.

Mientras nosotros manteníamos los escudos, y los Aqueos se encargaban de hacer que el barco fuera a una altísima velocidad, los médicos y Auris comenzaron a buscar y a curar a los heridos.

—¡No por favor! —el grito desgarrador de una mujer a mis espaldas me hizo girar. Sollozaba sobre un hombre que tenía el rostro completamente quemado y respiraba con gran dificultad.

Una mujer del cuerpo médico se inclinó frente al hombre y comenzó a hacer un sonido agudo en dirección a él, colocando las manos cerca de su rostro. Como si las estuviese utilizando de conducto para su voz. Una tenue luz dorada comenzó a brillar en el rostro del hombre. Paralelamente, otra mujer le inyectaba un líquido y le colocaba una vía de sangre.

Cada minuto que pasaba, costaba más mantener el escudo, y aún no llegábamos a ver el final del banco de niebla.

—No voy a aguantar mucho más —repliqué con dificultad luego de varios minutos.

—Tampoco yo —comentó la otra Etérea.

—¡Más rápido! —exclamó el rey.

Baltazar conjuró un hechizo protectorio sobre sí mismo, antes de volar al cielo y transformarse en Woch a la distancia. El enorme dragón se elevó alto en el cielo, y sus imponentes alas cubrían la poca luz que había en el horizonte por el atardecer. Al mismo tiempo los escudos que tratábamos de mantener indemnes, se comenzaban a encoger peligrosamente.

—¡Conjuren nuevos hechizos sobre sus compañeros Etéreos y bajen a los heridos! No sabemos cuánto tiempo más van a sostenerse los escudos —exclamó Amelie.

Baltazar volvió al barco a los pocos minutos, en su forma humana, y se dirigió al rey.

—A la velocidad que vamos, en unos seis minutos vamos a dejar atrás el banco de niebla—. Volteó a vernos a nosotros y nos rogó: —¡Resistan!

Había pasado demasiado tiempo ya, no sabía si podía mantener un escudo tan grande durante 6 minutos más.

—No sé si pueda —reconocí, completamente agotado.

—Yo tampoco —agregó la mujer.

John se colocó en la popa del barco y conjuró una brisa tan veloz, que hizo que nos desestabilizáramos. Si no hubiese sido porque alguien me estaba sosteniendo, hubiese caído de bruces al suelo.

El viento fue tan poderoso, y el barco se impulsó tan rápido que luego de unos pocos minutos más, finalmente logramos dejar atrás la niebla, justo a tiempo. Justo antes de que los escudos se desvanecieran por completo.

A una velocidad normal, probablemente hubiésemos durado horas en cruzarla.

Habíamos superado el primer desafío, ahora tocaría esperar al recuento de víctimas.

—¿Te encuentras bien? —Elica se acercó a mí con preocupación, cuándo caí al suelo agotado por toda la energía que había necesitado utilizar para mantener un escudo de tal magnitud durante tanto tiempo.

—Sobreviviré.

Quizás esa vez, lo decía en serio. Por primera vez en mucho tiempo, me había sentido útil. Había sentido que mi existencia en este mundo tenía un propósito, más allá del dolor.

CAPÍTULO 29

CASSANDRA

VIAJE A BANDORVET - DÍA 7

El ambiente en el barco esa tarde, era bastante particular. Una mezcla homogénea de duelo, miedo y esperanza se alzaba en las células mismas del Oasis. Así habían llamado al barco. No muy original, pero si muy perfecto. A fin de cuentas, éramos todo lo que quedaba del Oasis original.

El día anterior habíamos perdido a un hombre. Un Aqueo de Aire, un guerrero, y una buena persona. Al parecer, había inhalado un poco de la niebla, y ésta le destruyó el cerebro antes de que algún Auris pudiera hacer algo para salvarlo.

Era el primer obstáculo real que nos encontrábamos en el camino a Bandorvet, y todo lo que habíamos oído hablar de “los peligros del mar de Sorya”, se volvió mucho más tangible y real. Todos estábamos en alerta constante. Cualquiera de nosotros podría ser el siguiente.

El resto de los heridos se estaban recuperando satisfactoriamente. Incluido el rey, mi *padre*. ¿Lo había llamado “padre” frente a todo el mundo? Si, no había sido producto de mi imaginación. Pero fue completamente involuntario, inconsciente. No tenía problema en llamarlo así, para nada, es más... todo lo contrario. Sólo que no quería que fuera como forzado. No sabía cómo se sentiría él, o si prefería que lo llamase “su majestad”. Bueno, eso último era bastante improbable. Pero, un día era el rector Vladimir Sokolov, y al siguiente, era el rey John Baltich y mi padre. Era mucho para procesar, y ni siquiera entendía bien todas las emociones que había sentido desde que descubrí todo. Quizás ni había tenido tanto tiempo para pensar en ello. El rescate de Evan había consumido gran parte de mis pensamientos en un inicio, y luego la huida a Bandorvet. Aunque quizás, sólo quizás... estaba tratando de evitar pensar en que mi padre estaba vivo porque no sabía cómo manejar esa información y tampoco cómo manejarme con él. Pensar en eso implicaba sacar a flote una gran cantidad de sentimientos que había enterrado muy profundamente en mis años en el Orfanato Lagenberg. A estas alturas, aquella vida parecía tan lejana, incluso parecía extraña a mí. La Cassandra de Nerea no tenía nada que ver con la Cassandra del mundo mortal. Pensar en ello, también significaba pensar en el hecho de que mi madre estaba muerta. Y eso dolía más de lo que me gustaba admitir.



Entré sin tocar la puerta al despacho de John y me arrepentí inmediatamente. Amelie y él mantenían una acalorada discusión, y cuándo ella se percató de mi presencia, me miró fijamente, con lágrimas en sus ojos. Amelie siempre tenía un aura como de fortaleza, de que ella podría contra el mundo, pero en ese momento pude ver su vulnerabilidad.

Ella y John eran muy cercanos, ya que hacía mucho tiempo que trabajaban codo a codo por Oasis, y ella era como su mano derecha, junto a Jacobo. ¿De qué podrían estar discutiendo para que estuviera llorando de ese modo? Sus ojos claros de color avellana me atravesaron.

—Lo siento, debí tocar antes de entrar—. Comencé a cerrar la puerta para irme, pero la voz firme de ella me detuvo.

—Cassie, no te preocupes. Nosotros hemos terminado —replicó, y se fue. Dejándome sola con él.

—Disculpa, debí tocar la puerta, no sé porque entré así, no volverá a suceder.

—No te preocupes, —me señaló la butaca de su despacho— pasa, siéntate por favor.

—¿Está todo bien con Amelie? —le pregunté. Nuevamente me pregunté... ¿de qué podrían estar discutiendo?

—Nada de lo que tengas que preocuparte —respondió evasivo. —Sólo una discusión. Ya lo hablaré con ella.

—Bueno, entiendo —le respondí al tiempo que se me sentaba en la butaca de cuero que había señalado antes. La oficina era espaciosa para estar en un barco, y tenía adornos antiguos y muebles de madera oscura. —¿Estás mejor? —le pregunté y mi mirada se fijó en sus manos que hasta hacía unas horas estaban bastante destruidas a causa de la niebla tóxica.

—Muchísimo mejor, gracias por preocuparte —algo se encendió en sus ojos al escuchar mi pregunta. Una luz que no había estado allí antes.

—Me alegro mucho, de verdad. Estuve muy preocupada—. Me sentí intimidada, o nerviosa por su mirada y no le di lugar a ahondar más en ese tema, ya que inmediatamente le pregunté: —Te molesto porque quería preguntarte si tienes alguna forma de comunicarte con tus contactos en Margadorat. Necesito saber si hay alguna novedad de Kathy.

Realmente necesitaba saber de Kathy, el no saber y la angustia me estaban carcomiendo por dentro. Quizás en el día a día trataba de evadir el pensamiento, pero tan pronto éste volvía, arrasaba con la poca paz que tenía. Pero tal vez, una parte de mí también buscaba una excusa para hablar más con John. Aunque probablemente ni siquiera necesitaba una. Unos días antes, él me había pedido que lo buscara para que habláramos, pero por un motivo u otro, no lo había hecho.

Se puso de pie, y desde mi lugar se veía aún más alto e imponente. ¿De dónde habría sacado yo mi estatura? Claramente no de mi padre.

La ropa de combate que él utilizaba no era diferente que la del resto. Todo era de ese material símil cuero resbaladizo: pantalones, camiseta pegada al cuerpo y chaleco. Había de diferentes colores, el de John era negro, como el de Jacobo y el de Amelie. No había nada distintivo que dijera que ese hombre era el rey John Baltich. Pero, había algo en su aura, en su actitud y su porte, que hacía que no necesitaras de ver una corona para saber quién era.

Caminó erguido hacia la butaca que estaba frente a mí y se sentó en ella antes de responderme.

—Lo siento Cassie, pero no tengo forma de comunicarme—. Cruzó una pierna sobre su rodilla y continuó hablando. —Es decir, claro que en el barco hay teléfonos, pero no tengo con *quien* comunicarme. Todas las comunicaciones están interceptadas y ahora más. Lo siento.

Suspiró y me miró con compasión antes de continuar hablando.

—Entiendo que debe ser muy difícil para ti no saber nada de tu amiga. Más aún con todo lo que vivió Evan. Pero confío en que ella logró esconderse con su familia. De lo contrario nos hubiésemos enterado de algo antes. Ahora lo único que queda es volver con todas las fuerzas posibles para derrotar a los tiranos y esperar que corra la menor sangre posible de gente inocente.

—Entiendo—. Sus palabras eran duras, pero eran la verdad. Esto era una guerra y muchas personas perderían la vida, incluso quizás nosotros. No era justo, pero era la realidad que tendríamos que vivir. Sólo podíamos aspirar a tratar de salvar la mayor cantidad de vidas inocentes, recuperar el trono y evitar que algo así volviese a suceder en Margadorat.

En relación a mi preocupación por Kathy, sabía que lo más probable era obtener esa

respuesta. No por eso podía evitar sentir ese dolor punzante en el pecho, al pensar en lo que podría estar viviendo mi mejor amiga. Sin siquiera saber qué nos había pasado a nosotros. Me comencé a levantar, pero John me interrumpió: —No te vayas, quiero aprovechar este momento para hablar contigo.

Su voz sonaba un poco ajena a él. Parecía ¿nervioso?

—Si claro, ¿de qué quieres hablar? —le pregunté mientras me acomodaba nuevamente en el asiento.

Su mirada se veía cansada, pero con templanza. Muchas cosas podían decirse de una persona por su mirada.

—Me gustaría contarte algunas cosas de tu madre —una presión incómoda se alojó en mi pecho. Desde que supe de su muerte (por segunda vez), traté de pensar en ella lo menos posible. No la conocería jamás, no tenía sentido sentir nostalgia de una persona que nunca conocí y que no conocería. ¿No?

—Claro. Me gustaría saber más de ella también—. No estaba segura si estaba mintiendo o siendo honesta. Luego de la última conversación que habíamos tenido, donde me había contado cómo se habían conocido, yo había hecho un gran esfuerzo para no pensar en ella.

—Tu madre estaría muy orgullosa de la joven mujer en la que te has convertido Cassandra. Eres todo lo que ella siempre soñó que serías.

Un sentimiento agri dulce se comenzó a formar en mi interior, y mi primera reacción fue reprimirlo, tratando de esbozar una sonrisa forzada. No me gustaba demostrar mis sentimientos. Menos aquellos sentimientos realmente profundos, que calaban por mis huesos.

—Cuando estaba embarazada de ti, hablábamos largas noches sobre la hija que queríamos criar. Queríamos que fuera una persona con ideales firmes y que luchara por sus sueños. Sea cuales fueran aquellos sueños o metas—. Continuó diciendo. Me observaba fijamente, como si yo fuese lo más importante del mundo en ese momento. —No pudimos criarte *hija*, pero de alguna forma te convertiste en todo lo que soñamos—. No sabía que sentir de todo lo que estaba diciendo John... el rey... mi *padre*. Intenté por todos los medios reprimir las lágrimas que amenazaban con hacer acto de presencia. —Cuando te vi luchar por Evan con aquel ímpetu, me di cuenta que eras la heredera que merece el reino. Y no solo por el hecho de que está escrito en tu sangre, sino porque eres una persona que lucha por lo que es justo, y eso no es fácil de conseguir ni acá, ni en la tierra, ni en ningún otro reino de Nerea. Es una cualidad única y tú la llevas contigo.

¿Qué se suponía que podía responder a eso? No tenía ni idea de qué decir en ese momento.

—No sé qué decir... simplemente hice lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar—. Respondí con la voz entrecortada, y tratando de evitar sostenerle la mirada.

—En eso te equivocas. No todos hubiesen actuado así.

—Gracias por tus palabras—. Mi pierna derecha se mecía nerviosamente contra la madera del suelo. Esta era, probablemente, la conversación más real que había tenido con mi padre hasta ahora.

—Sé que no podemos actuar como si nos conociéramos de toda la vida de un momento a otro por el hecho de que mi sangre corre por tus venas, pero, —se inclinó hacia adelante para hacer énfasis en sus palabras, mientras yo movía las manos también con ansiedad— deseo con todo mi corazón construir una relación contigo, y tengo la intención de recuperar el tiempo perdido.

—A mí también me gustaría conocerte —repliqué con una sonrisa, y lo decía en serio.

Sólo que a veces era difícil saber por dónde empezar algo tan importante... quizás sólo había que hacer eso: empezar—. Solo que es raro, no sé bien cómo actuar contigo. Primero eras Vladimir, y de alguna manera me acostumbré a eso. Y luego te convertiste en John Baltich, el rey de Margadorat y mi padre. Y yo me convertí en una princesa perdida, de un reino en un mundo que no sabía que existía y que además es una de las criaturas más extrañas y poderosas... —dije todo eso demasiado rápido, no sabía ni como había podido distinguir las palabras, pero me miraba con comprensión y asentía ante mis palabras. —Lo que quiero decir, —continué— es que son demasiadas cosas juntas y me cuesta un poco... procesar todo. Pero si, mi sueño siempre ha sido tener una familia, y ahora que recuperaré parte de la mía, no me gustaría perderla.

—Te entiendo Cassie, y por eso no he querido presionarte ni nada. No te quiero presionar con nada, pero me gustaría que compartiéramos algo de tiempo juntos. Si tú tienes ganas. Me gustaría saber más de ti. Saber cómo ha sido tu vida, como te sientes con todo lo que estás viviendo. Quiero conocerte.

—Es extraño —respondí—. Siempre crecí anhelando una familia, hasta el momento en que perdí las esperanzas de ser adoptada. No entendía por qué nadie me quería.

—Lo siento—. Me interrumpió—. Eso es nuestra culpa, nosotros aclaramos que nadie podía adoptarte ya que por un lado teníamos las esperanzas de volver contigo, pero... las cosas no se dieron como pensábamos.

—Lo sé y lo entiendo —contesté con sinceridad absoluta. —No es un reproche, para nada... solo te quiero contar como crecí.

—Si, perdón. Continúa, no quería interrumpirte.

—No pasa nada. El hecho es que, al llegar a Nerea y enterarme de mi verdad, fue como si finalmente estuviera en casa. Nunca sentí que encajaba en ningún lugar. Con ninguna persona, pero aquí sí. Aunque estemos en medio de una guerra con criaturas mágicas, y por más alocado que suene eso.

—Te entiendo realmente.

—Y contigo... es extraño porque cuando supe quien eras en realidad, una parte de mí sintió alivio e incluso felicidad. Pero la otra parte sintió que me habías abandonado por segunda vez, al decidir no buscarme mientras estabas vivo.

El hizo el ademán de interrumpirme, pero continué hablando antes de que pudiera decir nada.

—No me malinterpretes, mi yo consciente sabe perfectamente los motivos y el por qué lo hiciste, y si yo hubiese estado en tu lugar, probablemente habría hecho lo mismo, pero a veces los sentimientos no van de la mano con la razón. —Hice una pausa y le sonreí. —Pero, a mí también me gustaría conocerte y... gracias por tus palabras y por hablarme un poco más de mi madre. Aún me cuesta aceptar que realmente no la conoceré, pero creo que si me gustaría saber más de ella. Quizás otro día, o en algún momento me podrías contar anécdotas de ella.

—Por supuesto —me respondió con la sonrisa más grande que había visto en su rostro desde que lo conocí (tanto como de Vladimir como de John)—. Es más, puedo hacer algo aún mejor —agregó.

—¿Qué? —respondí con curiosidad. Él se puso de pie, dio la vuelta por el despacho y se acercó a un cofre de hierro. Lo abrió y tomó unas cartas cerradas que se encontraban en el interior del cofre.

—Estas son las cartas que me escribió tu madre a lo largo de nuestra relación. Las pude rescatar un día que volví al Castillo como Vladimir, y las he llevado conmigo desde entonces. Me encantaría que las tuvieses Cassie—. Me las entregó y yo las recibí con las manos

temblorosas sin saber muy bien qué decir, ni qué sentiría al leer a mi madre.

—Gracias, —me limité a decir y me puse de pie para abrazarlo— significa mucho para mi tener algo de ella.

Me di la vuelta, giré mi cabeza para verlo nuevamente y le sonreí antes de salir de su despacho.



—El horizonte estaba solo iluminado por las tenues luces de las estrellas y la luna menguante. El azul del mar parecía negro y la brisa marina nocturna me hizo poner la piel de gallina.

—¿Pudiste averiguar algo de tu amiga Cassie? —la voz ronca de Baltazar a mi lado me hizo concentrarme nuevamente en lo que estábamos haciendo: guardia nocturna en la popa del barco.

Volteé a verlo con expresión de vencida.

—No puede comunicarse con Margadorat —respondí desganada—. Aunque ya lo imaginaba, creí que quizás había logrado averiguar algo.

—Por el tiempo que he conocido a tu padre, te puedo asegurar que, si supiera algo sobre ella, o sobre cualquier cosa relevante, vendría corriendo a contarte—. Cruzó sus musculosos brazos sobre sí mismo, evidentemente el gran y poderoso Baltazar, el asesino de Legiones, no era inmune al frío. Ambos estábamos vestidos con nuestras respectivas ropas de batalla, y arriba cada uno tenía una manta de lana gruesa que desentonaba por completo con la ocasión. —Lo siento, no sé si estás a gusto con referirme a él como “tu padre” —agregó.

Una risa se escapó de mis labios: —Puedes llamarlo mi padre, o John, o su majestad real. Cualquiera describe lo que es—. Volteé a verlo y le sonreí con amabilidad. —Y no, no me molesta que lo llames así, para nada. Es más, ya me estoy haciendo bastante a la idea.

Pasaron unos segundos en silencio y volví a hablar.

—Y lo sé. Él me lo diría, pero es que me muero por saber de ella. No sé nada y ella no tiene tampoco la menor idea de nada. Temo lo peor. No puedes imaginarte lo que es no saber del destino de alguien al que quieres.

—Lo entiendo más de lo que te imaginas Cassie —me interrumpió Baltazar—. Todos los días me pregunto qué será de la vida de Hannah, mi hermana menor.

—Lo siento Balti, no quise...

—No te preocupes, sé que no lo dijiste con esa intención, ni con ninguna mala intención, —me interrumpió— solo quería que sepas que te entiendo.

—¿Quieres hablar de ella? —le pregunté.

—Hace años que no lo hago —confesó—. Hannah era la niña más risueña que conocí en mi vida. A sus siete años de edad no sabía lo que era la maldad. Y en un abrir y cerrar de ojos, todo su mundo se vino abajo. Mataron a su familia y la secuestraron.

—No puedo siquiera imaginarme algo así —respondí con un nudo en la garganta, por el simple hecho de ponerme en su lugar y pensar en la tragedia que vivió y que hasta el día de hoy lo persigue—. ¿La has buscado alguna vez?

—Cada vez que he podido, trato siempre de buscar en los rostros de jóvenes mujeres los ojos de mi hermana, y nunca los he encontrado. Lo más probable es que esté trabajando para ellos, y eso me revuelve el estómago aún más. El hecho de pensar que, al enfrentarme a ellos,

pueda tener enfrente a mi hermana y no reconocerla, o herirla, o matarla. —Hizo una pausa y suspiró—. ¿Sabes lo horrible que es acabar con toda una Legión de guardias y pensar que quizás entre los muertos estaba ella? ¿Pensar que quizás mi hermana muera por mi culpa?

—Sé que lo que te voy a decir no hará nada más fácil. Sé que no hay nada que se pueda decir para hacer esto más fácil, pero... si alguna vez sucede eso que más temes, la culpa no sería tuya Balti. Jamás sería tuya. Hay solo dos culpables y ambos sabemos quiénes son.

El asintió y tensó la mandíbula. Evidentemente era un tema que para él estaba tan fresco como si hubiera sucedido ayer. Y realmente lo entendía. Muchas veces era mejor incluso saber que alguien amado murió, a vivir con el interrogante perpetuo de qué habrá sido de esa persona. Y la muerte sonaba hasta más benévola que la posibilidad de crecer bajo las garras de Adrien y Helene.

—Una parte de mi lo sabe, —respondió— y la otra parte de mi se culpa. Por no salvarla a tiempo. Quizás nunca logre salvarla.

—A veces hay heridas que quedan abiertas por tanto tiempo, que no pueden cerrarse por más que uno lo intente. Y no te culpo por mantener esa herida abierta. Probablemente es la única forma que tienes de mantenerla presente en tu vida.

—¿Alguien te dijo alguna vez que eres bastante... —se me quedó mirando con una expresión de concentración, como tratando de dar con una palabra en específico— ...acertada, ¿quizás? en tus consejos, o comentarios?

Una risa involuntaria se escapó de mí.

—Honestamente, no. Eso es algo muy particularmente específico para decir.

Él también se rio.

—Lamento interrumpir—. La voz de Jacobo se coló por el manto de la noche, y llegó a mis receptores sensoriales como si fuera una caricia.

Me volteé para verlo, y venía vestido también con su ropa de combate de color negro, una espada cruzada por su espalda y su porte magnético que hacía que mi atención se concentrara sólo en él. Sus ojos verdes brillaban con la luz tenue de la luna.

—Tu compañía siempre es bienvenida, amigo. —Baltazar le sonrió y le dio un apretón de mano como saludo. Ambos se quedaron mirando por unos segundos demasiado largos y Baltazar continuó diciendo: —Ehmm... ¿Me podrías cubrir un rato? Necesitaba ir al baño y ...a hacer unas cosas.

—Si claro —respondió Jacobo con una sonrisa de complicidad, recibiendo la manta de Baltazar como relevo.

—No son demasiado discretos, me parece. —Le comenté a Jacobo cuando Baltazar desapareció por detrás de la pared de madera que nos mantenía ocultos en la popa del barco.

—¿Discretos? —murmuró Jacobo con su voz gruesa y firme, mientras se acercaba a mí y me colocaba una mano en la cintura que me hizo estremecer por completo. —¿Sobre qué tema específicamente? —esto último lo dijo en susurro sobre mi oído, mientras se inclinaba imponente sobre mí.

Sin responderle, y con una sonrisa coqueta en mis labios, subí mis manos y acaricié sus brazos de camino a su cuello, coloqué mis manos detrás de su nuca y lo acerqué a mí para besarlo con todo el deseo que me carcomía por dentro. Su boca recibió la mía con alivio y sus labios carnosos y suaves se apoderaron de mi en un instante. Ambos jadeamos en el preciso momento en que nuestras pieles entraron en contacto y Jacobo me tomó más firme y me alzó, colocando mis piernas abrazadas a su torso, para luego presionarme contra la pared de madera que formaba parte del centro de comando de la cubierta del barco.

Jugábamos un juego peligroso de lujuria y deseo y... *algo más*. Un juego totalmente adictivo.

Separó sus labios de los míos y me recorrió el cuello lentamente con la lengua, haciendo que cada milímetro de mi ser sintiera que se iba a derretir y a electrocutar, todo en el mismo momento.

—Si antes no podía sacarte de mi mente Cas, puedo asegurarte que ahora has encontrado un hogar permanente allí. —Su dulce aliento se escurrió sobre mi piel, y ésta se erizó involuntariamente. No sabía cómo responder aquello. Me estaba confesando que no podía dejar de pensar en mí. Sus palabras eran tanto o hasta más emocionantes que sus besos. Lo único que quería era que esto no acabara nunca, y poder tenerlo junto a mí, y conocerlo cada día más.

Me presioné más fuerte contra él, logrando que su dureza se clavara justo en mi centro y él gruñó contra la piel de mis pechos.

Me colocó delicadamente de pie y con una sonrisa pícara en el rostro me dijo: —Si no quieres que tu padre me asesine antes de cruzar el mar de Sorya, mejor no me hagas eso en un lugar tan... —miró hacia los lados, que, si bien no había nadie y estábamos en un lugar oculto al resto de las personas, alguien podría llegar en cualquier momento— susceptible de ser vistos.

Había en sus ojos esmeralda un brillo que no solía tener.

—Tu empezaste, ¿o me equivoco? —le respondí con voz juguetona—. ¿Y ahora te alejas como si te fueras a quemar?

—Contigo me quemé hace rato, *amor*.

Se acercó nuevamente, me dio un beso fugaz y apasionado y se separó, posando su vista sobre el inmenso océano que apuntaba a Margadorat, (aunque hacía muchos días que no había ni rastro de tierra firme).

—¿Le vamos a decir algo a mi padre? —pregunté con honesta curiosidad. No sabía ni siquiera qué éramos, o cómo mi padre se tomaría aquella información. No sabíamos si ocasionaría un conflicto completamente innecesario cuando estábamos rodeados de conflictos por todos los flancos.

—Me encantaría gritar a los cuatro vientos lo que me haces sentir Cas, pero no sé si es el momento adecuado.

Jacobo tenía razón, y yo lo sabía.

—Él está con demasiadas cosas en la cabeza y hace poco que sabe que es tu padre y probablemente aún esté pensando cómo entrar en tu vida, así que ir y decirle que tú y yo...

—¿Qué tú y yo?, ¿qué? —lo interrumpí.

—Que tú y yo estamos empezando... —me miró fijamente a los ojos, como si tratara él de entender qué se suponía que estábamos empezando él y yo— ¿una relación? Ya sé que es muy pronto y no lo hemos hablado, —tensó la mandíbula, como si le costara decir las palabras, —pero yo nunca me sentí así antes *amor*. No me creí capaz de sentirme así, nunca...

Lo interrumpí: —Tú sabes que sí quiero esto, y que hace tiempo que siento cosas por ti —. Lo tomé de la mano y crucé mis dedos entre los suyos. —Así que sí, podríamos decir que estamos empezando una relación, aunque en este momento lo mejor es que nadie se entere. Especialmente no mi padre.

Sonrió y me besó suavemente los labios.

—Me parece muy bien. Cuando lleguemos a Bandorvet analizamos el estado de situación y vemos si lo hablamos con él, ¿te parece?

—Me parece —repliqué—. Aunque entiendo que hay una cierta persona que o sospecha o sabe algo, ¿no? —comenté haciendo clara referencia a Baltazar.

—Puede, —confirmó— pero seguramente esa persona sería incapaz de decir algo al respecto.

A partir de allí, todo sucedió demasiado rápido. Jacobo se estaba inclinando sobre mi para darme un beso, cuando de pronto lo que parecía ser un tentáculo grisáceo y gigantesco emergió desde lo profundo del negro océano y golpeó la cubierta del barco, enviándonos disparados hacia las gélidas aguas del mar de Sorya.

El impacto con el agua fue repentino, y me golpe la espalda contra algo duro y enorme. Algo enorme había en aquellas aguas, pero todo estaba demasiado oscuro para ver.

El dolor se extendió por mi cuerpo mientras trataba de nadar hacia la superficie, ya que el cuerpo de aquella criatura, o sus tentáculos o algo... me estaba empujando cada vez más hacia el fondo, cada vez más oscuro, cada vez más frío y sin aire. La tela de mi traje de batalla se pegó a mi cuerpo como una segunda piel, y hacía que moverse en el agua fuera cada vez más difícil.

Un tentáculo me estaba rodeando con los brazos presionados contra mi cuerpo. No podía moverme, sólo podía mover mis manos y los antebrazos. Hice lo único que podía hacer en ese momento y comencé a bajar mi mano hacia mi pierna derecha, tanteando en la tela resbaladiza y ahora completamente mojada de mi traje, con la intención de ubicar mi daga.

«Ahí está».

Necesitaba liberarme o me iba a ahogar. Ni siquiera sabía que estaba sucediendo en la superficie, no había señales de Jacobo por ningún lado.

Tomé la daga desde la empuñadura, rogando para que no se me resbalara de las manos y como pude se la clavé a la criatura en el tentáculo que me rodeaba.

Inmediatamente, soltó el agarré y pude comenzar a nadar hacia la superficie. El aire ingresó a mis pulmones que ardieron en respuesta a la falta de oxígeno por tanto tiempo.

Prontamente fui consciente del tipo de criatura que había debajo de mí, cuando alcé la mirada y logré observar los tentáculos que emergían del océano e intentaban atacar al Oasis por todos los flancos. Los guerreros muy valientemente luchaban con sus espadas y sus poderes para defender el barco.

Me hundí en el agua, ya que necesitaba ubicar a Jacobo y no lo encontraba por ningún lado, tan pronto abrí los ojos bajo el agua gélida, lo que observé luego, me generó escalofríos por todo el cuerpo: varios pares de ojos amarillos brillaban en la oscuridad. La criatura tenía varias cabezas, además de sus enormes tentáculos.

Me comenzó a entrar una desesperación alarmante y lo único que se me ocurrió para salir de allí y encontrar a Jacobo fue nadar lejos y transformarme en Sissie. Comencé a dar brazadas en el agua para alejarme lo más posible. Si me transformaba en Sissie cerca del barco podría causar estragos, o lastimar a alguien. No quería que sucediera ninguna de las dos cosas. Llegué lo suficientemente lejos, y me transformé.

Nunca antes me había sentido tan cómoda en mis escamas. Volé a toda velocidad hacia la criatura y observé que tenía parte del cuerpo sobre el agua. Podía ver dos de sus cabezas grises y babosas, con aquellos ojos escalofríos.

Abrí las grandes fauces de mi mandíbula de dragón y la cerré sobre una de las cabezas de aquella especie de hidra marítima. Con un fuerte tirón la arranqué de su cuerpo y la escupí sobre el agua a lo lejos. A los pocos segundos, noté como de la piel rasgada comenzaba a crecer una nueva cabeza en su reemplazo.

Acto seguido, me elevé en los aires sobre ella, para tratar de ubicar a Jacobo, pero no lo veía, seguro estaba en algún lugar debajo de la hidra y no podía quemarla, porque lo pondría en riesgo.

Volteé a ver hacia el barco, desde donde diversos guerreros trataban de defenderlo, y pude ver el momento en que Lyanna saltó hacia el mar, nadó lejos del barco, y se transformó en Comehombres. Probablemente se alejó para no dañar el barco con su tamaño, igual que había hecho yo unos minutos antes. Prontamente se perdió por debajo de la superficie. Si alguien tenía chances de luchar en el mar, esa era Lyanna.

Un chillido brutal y devastador emergió de la hidra y supe inmediatamente que Lyanna la estaba atacando desde debajo del mar.

Amelie se transformó en sirena en el medio del aire y se lanzó a las aguas con una espada en la mano derecha y una daga en la izquierda, hacia el océano para luchar contra la hidra marina que parecía tener infinitos tentáculos.

Nunca antes la había visto en su forma de sirena, y si hubiese tenido el tiempo para quedarme observando lo hermosa que era, lo hubiese hecho. Las escamas en tonos violetas, lilas, azules y dorados cubrían su cola y brillaron justo antes de adentrarse por completo en el agua.

Estábamos atacando por diferentes flancos: Lyanna, Amelie (que estaba en algún lugar profundo), y yo, que no dejaba de arrancar tentáculos y cabezas sin cesar.

Sin darme cuenta, un tentáculo me agarró desprevenida y se arremolinó alrededor de mi gran cuello de dragón, cortándome peligrosa y progresivamente la respiración.

BALTAZAR

No podía creer la imagen que se desarrollaba frente a mis ojos. Tan solo me había ido unos minutos y al volver el barco estaba bajo ataque de una hidra marítima y mis amigos estaban en algún lugar del mar peleando por lo que quedaba de Oasis y por sus propias vidas.

Vi como la hidra tenía a Cassandra que estaba en su forma de Rysler agarrada por el cuello.

Salté hacia el mar con la intención de convertirme en Woch, pero no había demasiado espacio y podría destruir al barco. Necesitaba inmediatamente cortar el tentáculo que estaba ahorcando el cuello de Cassie. De pronto vi a Jacobo, subiendo por el lomo del Rysler con su espada en mano. Comenzó a cortar el gran tentáculo al tiempo que trataba de esquivar los otros que intentaban atraparlo.

John saltó en su escoba y se unió a la batalla y yo supe que lo mejor que podría hacer era incinerar a esa bestia cuando se me diera la oportunidad. El fuego azul de un Woch era tan poderoso que era capaz de quemar incluso por debajo del agua. Pero necesitaba atacar de forma precisa y cuando todos se hubieran alejado.

—¡¡VUELA!! —escuché como Jacobo le ordenaba frenético a Cassandra cuando logró liberarla de la bestia.

Ella hizo caso como pudo, y débilmente aleteó en el poco espacio que tenía y logro volar sobre la criatura con Jacobo a sus espaldas.

—¡¡ALEJNSE DE LA HIDRA AHORA MISMO!! —tomé mi escoba y volé lejos del barco. John que sobrevolaba en su escoba y luchaba frenéticamente, me escuchó y repitió mis instrucciones.

—¡AHORA BALTAZAR! —gritó John, y no esperé a que terminara la frase. En menos de un segundo el Woch se había apoderado de mí. Tomé aire antes de sumergirme en el océano y una vez allí, noté que había muy poca iluminación, entre la oscuridad de la noche y los movimientos del agua.

La hidra no estaba sola, Lyanna la estaba atacando y arrancándole las cabezas que estaban bajo la superficie, pero que volvían a crecer una y otra vez. Por su parte, noté a una

sirena clavándole a la hidra una espada en el centro de su cuerpo. Esos ataques hacían que los tentáculos comenzaran a abandonar el barco, pero seguía siendo una amenaza, necesitábamos matarla.

Salí a la superficie a tomar aire, y volví a hundirme en el agua para ir hacia donde estaban Lyanna y Amelie y pedirles que se alejaran. No tuve que acercarme demasiado para que se dieran cuenta, un enorme Woch a la distancia era bastante evidente. Gruñí y comencé a preparar mi garganta y mis fauces.

Evidentemente entendieron la señal, porque se alejaron a toda velocidad. Me concentré y enfoqué una pequeña y delgada llama de fuego azul hacia la hidra. Necesitaba ser meticuloso, porque de lo contrario podría darle al barco.

La línea de fuego azul, se deslizó por el agua como si fuera una seda y tan pronto tocó a la bestia, unos gruñidos emergieron de ella. El fuego fue suficiente para iluminar la escena y pude ver específicamente donde tenía que atacar para no causar daños al barco. Eso hice. Lancé llamas de fuego azul a las cabezas de la hidra de forma tan veloz que no tuvo tiempo para recomponerse. Sus tentáculos comenzaron a alejarse del barco y a moverse desesperados, pero ya era demasiado tarde. Mientras más se alejaba del barco, más podía atacarla, hasta que la hidra ya no era más que una pila de cenizas chamuscadas y pedazos quemados flotando en el mar.

CAPÍTULO 30

CASSANDRA

VIAJE A BANDORVET - DÍA 9

Casi no había podido pegar un ojo luego del ataque de la hidra. Casi no me había separado de Jacobo desde el ataque de la hidra. Ni siquiera había tenido tiempo de ver las cartas de mi madre. O quizás solo era una excusa que me decía a mí misma porque me daba terror leerlas.

El tiempo que pasé sin ver a Jacobo en el mar, creyendo que se estaba ahogando o peor, podrían haber sido los segundos o minutos más aterradores de mi existencia. Incluso más que cuando tuve que ir por Evan y Valentino al pueblo abandonado que me había indicado Lucy unas semanas atrás. El temor a perderlo había superado cualquier otro sentimiento.

Ahora que estábamos oficial y secretamente juntos, teníamos que ser discretos, por lo que, cuando no nos encontrábamos haciendo guardia o en alguna otra actividad, estábamos encerrados a escondidas en su camarote o en el mío.

Imaginaba que las demás personas, (incluido y especialmente mi padre), tenían suficientes preocupaciones como para atar cabos de los momentos en que ambos nos desaparecíamos por horas.

Los besos de Jacobo me comenzaron a recorrer por ¿cuántas veces ya?... había perdido la cuenta de las veces en que sus labios habían danzado por mi cuerpo en el último par de días.

No había mejor forma que despertar que esa, sin ningún lugar a dudas.

Bajó con sus labios carnosos y suaves hacia mis pechos y se detuvo allí unos segundos, mientras con su mano fuerte y tosca tomaba mis caderas con firmeza y yo me arqueaba en respuesta a las intensas sensaciones que él me causaba.

—Por favor —gemí débilmente.

—Por favor, ¿qué? —comentó al tiempo que tomaba mis brazos con sus manos y las colocaba sobre mi cabeza. Se inclinó sobre mí y me vio a los ojos con intensidad.

El verde intenso de su mirada, me hipnotizaba, y su rostro perfectamente masculino hacía que me estremeciera de sólo mirarlo. Desde la primera vez que lo había visto en el pueblo New Ville, había pensado que Jacobo era de esas personas que sólo existían detrás de una pantalla. Que era demasiado perfecto para ser de carne y hueso. Una vez que lo conocí, entendí que la perfección de Jacobo era directamente proporcional a lo roto que había estado por dentro y a lo ruda que había sido su vida. Y precisamente ese hecho: que hubiera podido crecer con ese corazón y alma noble, a pesar de todo lo que tuvo que vivir... era lo que lo hacía más perfecto aún. Aunque él no pudiera verlo. Por lo menos no todavía.

—Por favor, te necesito... ya.

Una sonrisa perversa se dibujó en sus labios y comenzó a bajar por mi vientre —aún no — murmuró con la voz más ronca que de costumbre. Continuó bajando hasta llegar a mi centro, que se encontraba palpitando de deseo.

Con su lengua comenzó a hacer estragos y yo simplemente me retorcí de placer, sin ningún tipo de control sobre mis sentidos.

Me tapó la boca con una de sus manos para tratar de que nuestra relación secreta no se divulgara por todo el barco debido a mis gemidos descontrolados.

—Eres el sabor más delicioso que probé en mi vida, amor.

—Por favor Jac... ¡dios! —no podía ni terminar una oración.

Con sus manos separó mis piernas por completo, y me observó con lasciva, deleitándose por lo que veía y yo por algún motivo, a pesar de estar tan completamente expuesta ante él, no me sentía cohibida ni mucho menos. Por el contrario, me encantaba que me viera de esa forma. Que me hiciera sentir de esa forma: deseada, anhelada.

Posé mi mirada en sus brazos musculosos y firmes, y noté como las venas se marcaban bajo su piel. Casi me corrí ante esa imagen. Bajé un poco más la mirada y su imponente miembro se erguía muy cerca de mí. Lo colocó sobre mi centro y comenzó a moverlo sin dejar de mirarme. Esa mirada que sólo él podía darme y que llegaba hasta el rincón más profundo de mi alma.

Cuando finalmente se hundió en mí, creí que moriría ante la sensación más espectacular del mundo.

Nos movimos acompasados en un baile de pasión, al tiempo que nos besábamos y tocábamos sin parar.

Cambiamos de posición, y me coloqué a horcajas sobre él, marcando el paso de nuestros movimientos y el roce de nuestros cuerpos.

Finalmente, nos fundimos en el más exquisito éxtasis.



Aún teníamos algo de tiempo antes de tener que volver a la realidad, y por suerte no habíamos tenido nuevos ataques.

—¿Cómo sigue Evan? —seguíamos escondidos en mi camarote, abrazados sin despegarnos el uno del otro.

—Comenzó las sesiones de terapia con Thorin —respondí— y por lo que sé, Elica lo ha estado ayudando bastante.

—No me sorprende —respondió él pensativo.

—A mi si, honestamente —volteó a verme como si le sorprendiera mi comentario.

—¿Por qué? —me preguntó con honesta curiosidad mientras me acariciaba la espalda delicadamente.

—Pues ella por algún motivo que desconozco me odia, —aclaré— y Evan es mi mejor amigo, así que hubiese imaginado que lo odiaría a él también. No que lo ayudaría. Especialmente luego de que se negase rotunda y contundentemente a cualquier intento de rescatarlo.

—Ella no te odia... y además... participó de su rescate.

Alcé una ceja con escepticismo.

—Ella me odia Jacobo, cada vez que me ve se amarga, me mira mal, me habla mal. O sea, no hay demasiadas interpretaciones ante su actitud, me parece. Y si participó de su rescate fue básicamente por complacer a mi padre.

—Digo que no me sorprende que ayude a Evan, porque es lo que siempre ha hecho —respondió—. Y tenía sus motivos para negarse al rescate. A fin de cuentas, todo terminó muy mal.

Probablemente se dio cuenta de la cara que puse ante ese comentario porque se apresuró a decirme: —No por ti, ni por rescatarlo como tal. Fue más mi culpa que de nadie. Debí prever lo que harían mis padres. Que lo usarían como señuelo.

—Pues lamento la muerte de todos los inocentes que perdieron la vida ese día y créeme

que me pesa... que lo cargo en mi consciencia todos los días. No he podido quitarme de la mente a Betty, y lo atenta que fue con nosotros sólo unos minutos antes. No he podido quitarme de la mente a todos los que vi perder la vida, pero no lamento hacer lo posible por rescatar a Evan.

—Y no debes hacerlo amor —amaba que me llamara así. Podría escucharlo día y noche sin parar—. A veces las cosas no salen como lo planeamos, y menos en una guerra. Oasis ha corrido peligro constante desde sus inicios, y todos los que vivían allí lo sabían. Lo que has hecho ha sido valiente y gracias a eso, por lo menos comenzamos a mover nuestras fichas. No ha sido tu culpa la muerte de esas personas. Los únicos culpables de todo... y del dolor de todos son los malnacidos que me dieron la vida.

—Tampoco es tu culpa Jacobo —le respondí. Odiaba que siempre se culpara por todo lo que pasaba y especialmente con lo relacionado a sus padres. —Y cambiando de tema, —no tenía sentido seguir hablando de algo que había quedado en el pasado— ¿Qué quisiste decir con que eso es lo que siempre ha hecho Elica?

Su mirada que se había opacado hacía unos instantes, retomó algo de su brillo característico. Claramente el tema anterior nos pesaba a ambos, a pesar de que probablemente tratásemos los dos de no pensar en ello.

—Después de todo lo que ella tuvo que vivir —levantó la mirada como pensativo— siempre ha tratado de ayudar a los sobrevivientes de Oasis a recuperarse. Por lo menos mentalmente. A ella le costó mucho, pero finalmente cuando sintió que podía, siempre trató de ayudar a todos los que estaban en una situación parecida. A ella le costó años de terapia llegar a donde está hoy. Sanar al cien por ciento sus heridas del alma, por lo que sabe de primera mano la importancia del tratamiento de los Auris y terapeutas.

—Lo que vivió fue horrible —comenté con tristeza—. Ella y todos. Realmente no imagino lo difícil que debe ser sobrevivir algo así. Vivir después de algo así. —Comencé a pensar en lo que había dicho Jacobo. Que Elica había sanado sus heridas del alma al cien por ciento. ¿Era eso posible? No podía entenderlo. Ni siquiera teniendo en cuenta el factor magia superpoderosa... —¿Se puede? ¿Sanar esas heridas al cien por ciento? ¿cómo funciona? ¿ya no piensa en su familia? ¿los olvidó?

—Sí, claro que se puede. Y las curaciones de los Auris en las heridas del alma, no significan que te borran la memoria. En absoluto —se sentó en la cama y yo también lo hice. Las sábanas blancas se arremolinaron alrededor de su cintura—. Lo que hacen las curaciones de los Auris es eliminar el dolor, la culpa y todos los sentimientos negativos asociados a una tragedia. Esos sentimientos que están arraigados en lo más profundo del alma. Es decir, Elica hoy puede pensar en su familia, y recordar los buenos momentos, recordar el amor, pero también puede recordar el evento con tristeza, pero una tristeza sana. No sé cómo explicarlo, es algo demasiado subjetivo.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Es como que dejas en el pasado lo que ya pasó, y si bien lo puedes recordar con tristeza incluso, no lo revives como si estuviese pasando en ese mismo momento y dejas de lado una gran cantidad de sentimientos que... uno no puede evitar sentir pero que en la realidad no corresponden, como por ejemplo la culpa.

—Exactamente amor, es algo así.

Me sonrojé involuntariamente. No pude evitar sonreírle. Este nuevo vínculo que estaba naciendo no sólo se sentía correcto, sino también se sentía natural.

—¿Tú también has hecho esas curaciones? —le pregunté.

Negó con la cabeza antes de responderme: —No. Yo no quiero sanar mi alma. Yo necesito todos los sentimientos que tengo en el alma para acabar con ellos. Para vengar a Emma

y vengar a todas las personas que murieron a causa de ellos. No puedo hacerlo. Por lo menos no hasta que los haya derrotado. Luego, lo analizaré.

Me acerqué a él y lo besé con ternura.

—Eres increíblemente valiente, dulce y bueno Jacobo. Te admiro demasiado. Y Emma estaría orgullosísima de ti.

Una luz se iluminó en su expresión, pero a la vez tensó la mandíbula ante mi comentario.

—Soy un cobarde —las palabras salieron de él como por inercia.

—Eres literalmente lo opuesto. No puedo creer que digas eso de ti mismo.

—Podría haberlos matado en literalmente un millón de oportunidades y no lo he hecho.

—¿Y por qué? —lo observé, lo desafié— ¿por qué no lo has hecho?

Se quedó pensando, mirando a un punto fijo en la pared del camarote, hasta que respondió.

—Por miedo —confesó. Y decir eso, no era algo fácil para un hombre como Jacobo—. Miedo a fallar. Miedo a morir. Miedo a perder la ventaja que tenía Oasis por tenerme desde adentro. —Bajó la mirada y me observó con intensidad. Ahora él me desafiaba a mí. Me desafiaba a reconocer que era un cobarde, pero es que él no estaba viendo la imagen completa.

—El miedo no te hace cobarde Jacobo —por un momento su expresión se relajó. Como si el hecho que alguien apostara por él así fuese con una pequeña frase, fuera algo muy valioso—. Lo que hace a un cobarde es lo que haces con ese miedo. Después de lo que le hicieron tus padres a Emma, podrías muy fácilmente obedecerlos a ciegas, unirte a ellos y ser igual que ellos. Pero no lo hiciste. Luchaste desde las sombras a sabiendas que, si te descubrían, tu destino inmediato sería mucho peor que la muerte. Y si, puede ser que no los hayas matado, y que quizás hayas tenido oportunidades, pero eso solo te hace una persona que no es suicida. Si hubieses fallado, tal como tú mismo reconoces, Oasis hubiese perdido a la pieza más importante. Y no olvidemos que, si eres así de poderoso, tiene que ver con que fuiste criado por ellos, que por mucho que odiamos reconocer, son mucho más poderosos que tú y que la mayoría de nosotros.

Me observó con detenimiento e intensidad y fundió sus labios con los míos. Luego rodeó mi cuerpo con sus brazos y su calor me acobijó. Y así nos mantuvimos por un tiempo indefinido hasta que se separó de mí solo un poco.

—Volviendo al tema anterior —comentó con actitud renovada—. Elica no te odia, solo que... puede ser que sea demasiado sobreprotectora conmigo.

—¿Por qué sería sobreprotectora contigo? ¿alguna vez pasó algo entre ustedes? —pregunté levantando una ceja. Antes de que pudiera responder, añadí rápidamente—: No es que me moleste, solo tengo curiosidad.

—No, nunca —respondió y yo sentí un gran alivio. Aunque nunca lo diría en voz alta, probablemente el pensar en Elica y Jacobo juntos me daría un poco más que un retorcijón de celos en mi interior. Y no sólo por el hecho de que ella parecía una modelo noruega, sino porque además parecían tener una relación bastante íntima y cercana—. Pero una vez, hace mucho tiempo... ella si sintió, o por lo menos creyó sentir algo más por mí. —Mi globo se espichó un poco en ese momento.

—¿Y tú no? ¿nunca sentiste nada más por ella?

Él negó con la cabeza: —Para mi ella siempre ha sido como una hermana menor y no la vería de otra forma. Como fui yo quien la salvé, y a lo largo de los años me ocupé de su bienestar y de ella, la verdad es que nos hicimos muy cercanos y muy buenos amigos. Yo a Elica la amo muchísimo, solo que no como algo más que una amiga o un familiar.

—Quizás por eso no le caigo bien —respondí ignorando la punzada que sentí al escuchar las palabras “la amo muchísimo” saliendo de su boca y refiriéndose a otra persona. Era absurdo igual, me estaba diciendo que era otro tipo de amor, pero a mí ni me había dicho que me quería y... uff ni sabía lo que sentía. ¿Amor? ¿enamoramiento? ¿había una diferencia?

—Yo creo que puede ser por el hecho de que es muy protectora conmigo y puede sentir o presentir que hay algo entre nosotros y tiene miedo de que me lastimes.

—¿Yo? ¿lastimarte a ti? Ja —respondí reprimiendo una carcajada—. Si acaso debería protegerme a mí, porque lo más seguro es que tú me rompas el corazón.

Pretendí que fuera un chiste, pero claramente Jacobo no se lo tomó de esa manera, y su mirada se tornó más seria. Me acarició un mechón de cabello que caía sobre mi rostro y con una voz profunda me dijo: —Lo último que haría en esta vida sería lastimarte Cas. Ni a ti, ni a tu corazón.

Me besó dulcemente los labios y sentí regocijo en el pecho.

La puerta del camarote sonó: —Hija, ¿estás ahí?

La voz de mi padre se escurrió en el interior y ambos nos miramos con los ojos abiertos de par en par. Gesticulé las palabras “escóndete” y me apresuré a colocarme la ropa al tiempo que le respondía: —Si, dame un momento que me estoy cambiando.

Jacobo se colocó en una esquina del camarote y se ocultó con un hechizo de invisibilidad. El mismo que había utilizado para mantenerse invisible durante el rescate de Evan. Abrí la puerta y me encontré frente a la imponente y estoica figura del rey.

—Hola, ¿cómo te sientes? —me preguntó— ¿puedo pasar?

—Si claro, pasa —ingresó y se sentó en la segunda cama del camarote. ¿Dónde rayos estaba Jacobo? —Mucho mejor —respondí—. Un poco más tranquila después del ataque.

—Estuve muy preocupado por ti —reconoció—. Me aterra pensar que pueda llegar a pasarte algo Cassie. —Sus ojos se oscurecieron y me miraba como si fuera un tesoro y estuviera a punto de perderlo—. No puedo perderte a ti también, hija. No puedo.

Algo en mi interior me jaló hacia él. Me coloqué a su lado y lo abracé. Él me devolvió el abrazo y allí me sentí segura. Sentí que la relación entre ambos estaba dando un pasito más.

—No lo harás. Estoy y estaré bien. Lo prometo.

—Quizás lo mejor es que te quedes en Banderet —replicó y lo miré con confusión.

—¿A qué te refieres? —yo seguía con el ceño fruncido y ya me había sentado nuevamente en mi cama.

—Cuando lleguemos. Creo que lo mejor es que te quedes allí hasta que pase todo. Hasta que logremos liberar a Margadorat —respondió.

—Obvio no.

—No tienes la suficiente experiencia...

Lo interrumpí.

—Soy un Rysler de Fuego y vengo entrenando sin parar hace meses.

—No es sólo que yo no pueda perderte Cassie, es que el reino tampoco puede darse el lujo de perder a su heredera.

—No lo harán. Ni tú, ni el reino. Pero no hay manera que me quede de brazos cruzados mientras todas las personas que amo arriesgan sus vidas. No lo haré y no me importa lo que digas. Ni como mi padre ni como mi rey.

—No voy a obligarte a hacer algo que no quieres —respondió velozmente, entendiendo que no me estaba gustando lo que estaba insinuando—. Era solo una sugerencia. Piénsalo.

—No tengo nada que pensar —había sonado un poco más dura de lo que me hubiese

gustado—. Te prometo que me cuidaré y no tomaré riesgos innecesarios. Estaré bien. No me perderás.

—Lo entiendo Cassie. Lo siento. Sólo que me angustié mucho. No pude hacer nada para ayudarte y...

—No te preocupes, te entiendo, de veras. No pienses en eso mejor. Esperemos a llegar a Bandorvet y vamos un día a la vez.

Rio como si estuviera diciendo un chiste.

—¿De qué te ríes?

—Soy yo el que debería estar calmándote a ti, no al revés. Parece que puedo ser muy duro y firme como rey, pero que mi papel de padre me supera.

Sonreí hacia él y lo observé con ternura.

—Creo que uno nunca está preparado para ver a sus hijos en peligro. Por lo que entiendo tu preocupación.

Me acerqué nuevamente a él y lo abracé mientras le decía: —Gracias por estar pendiente de mí.

—Se hace tarde, debo irme —respondió una vez que me alejé—. Nos vemos a la noche en la guardia.

—Claro, nos vemos.



Baltazar y Thorin se encontraban comiendo y charlando en una de las mesas del comedor del barco que aún contaba con algunos espacios vacíos. Por lo que luego de tomar mi bandeja repleta de toneladas de comida (como de costumbre), me dirigí hacia ellos y me senté a comer en su mesa, no sin antes tropezar con una silla y hacer malabares para no tirar todo al piso.

—¿Cómo está el asesino de Legiones y de hidras marítimas? —le pregunté sonriente a Balti al tiempo que daba el primer bocado a mi plato. Me moría de hambre, sentía que no había comido en un milenio.

Él y Thorin se rieron.

—Muy bien, ¿y como está su alteza real - Rysler de Fuego – rescatadora oficial del reino de Margadorat? —me respondió Baltazar siguiéndome el juego y solté una carcajada ante su ocurrencia.

—Muy bien por suerte.

Ambos reímos y Thorin intervino: —¿A nadie le interesa saber cómo está el Auris más poderoso de toda Nerea?

Nos miramos los tres y nos comenzamos a reír como niños pequeños. Se sentía bien reírse. Olvidarse por un momento de las cosas malas.

Luego de un rato de conversar sobre cualquier cosa, le pregunté a Thorin: —¿Y Evan? ¿cómo lo ves?

Cambió la expresión de “relajado” que había tenido hasta el momento y puso cara de “profesional” al responderme que no podía hablar de esos temas conmigo, ya que era algo personal de Evan.

—Lo entiendo, sólo que me preocupo por él —aclaré.

—Me imagino, pero habla con él y quizás logres que se abra contigo —me aconsejó.

—Eso haré.

—Camblando rotundamente de tema —intervino Baltazar— ¿cómo están manejando la ansiedad de este viaje que parece infinito?

—Pues honestamente no veo la hora de llegar —contestó Thorin—. Creo que lo peor es no saber qué nos espera, es como una ansiedad perpetua.

Asentí.

—Totalmente, siento que este viaje es infinito, y aún nos falta una semana. Necesito llegar de una buena vez y tener un plan de acción definido para volver—. Ya casi terminaba mi comida y ellos ya habían terminado hacía un rato. Lo rápido que solía comer, era directamente proporcional a la cantidad de comida que ingería—. Además, siento como si los hubiésemos abandonado, ¿me entienden? A todo el reino.

Ambos asintieron.

—Yo siento lo mismo —comentó Thorin—. Para tratar de lidiar con mi ansiedad, he estado leyendo mucho sobre la cultura de Bandorvet.

—¿Y qué has aprendido? —consulté. No sabía por qué no se me había ocurrido a mí, honestamente no tenía prácticamente idea de nada en lo relacionado con Bandorvet. Por otra parte, tampoco había tenido mucho tiempo que digamos, ni siquiera había comenzado a leer las cartas de mi madre. ¿De dónde sacaba ese hombre el tiempo?

—Pues parece que, a diferencia de los Margadoratenses, son bastante religiosos y arraigados a tradiciones bastante antiguas. Creo que son una cultura como mucho más cerrada.

En ese momento, John pasó corriendo a nuestro lado en dirección a las escaleras que llevaban a la cubierta. Amelie iba con él, también corriendo a sus espaldas. Ni lo pensamos y los tres nos pusimos de pie de un salto y comenzamos a seguirlos a toda prisa.

Mientras corría atrás de mi padre me percaté de algo extraño: el barco no estaba avanzando, pero comenzó a tambalearse abruptamente, tanto así que las cosas salieron disparadas de las mesas y las personas trataban de sostenerse de las mesas del comedor y de las columnas o paredes del barco. Los niños lloraban y se intentaban aferrar con fuerza a sus padres o tutores.

Algunas veces, pensamos que estamos preparados para una situación. Pensamos que el hecho de haber sido advertidos, nos da algún tipo de ventaja... hasta que nos damos cuenta de lo equivocados que estábamos. Nada nunca te prepara para la guerra... o para la muerte de un ser querido.

CAPÍTULO 31

CASSANDRA

Subir en esas condiciones fue de todo menos sencillo. Como pudimos, corrimos y nos arrastramos hacia las escaleras que daban a la cubierta del barco y de donde ahora provenían gritos desgarradores.

«¿Qué rayos está pasando ahora?».

Me caí de bruces cuando intentaba subir las escaleras y me golpeé con fuerza el brazo derecho. Luego tendría tiempo de preocuparme por eso. Volví a colocarme de pie, ignorando el dolor palpitante y como pude me sostuve de los barrotes de las escaleras y me impulsé hasta llegar a la cubierta.

Si existiera un Dios, probablemente nos había puesto a la niebla tóxica y a la hidra marítima como pruebas a superar, para prepararnos para ese momento. En comparación, ambas amenazas resultaban hasta... inocentes. Al fin y al cabo, una de ellas había sido de un ente inanimado y la otra una criatura del mar.

Pero esta vez, sobre el Oasis había un ataque sincronizado de... ¿qué rayos tenía frente a mis ojos? Eran como una especie de sirenas y tritones, u alguna otra criatura marítima de la cual no tenía idea de su existencia. No se parecían en nada a Amelie. Toda la piel de sus cuerpos estaba cubierta por una especie de escamas grisáceas, y sus dedos terminaban en garras puntiagudas. Vestían sólo harapos viejos y desgastados, y su piel estaba adornada por surcos y hendiduras con formas geométricas. Finalmente, sus orejas en forma de branquias resaltaban en sus rostros tenebrosos.

Comenzaban a abordar el Oasis desde todos los flancos, haciendo que el barco se tambalease de un lado al otro.

Saqué mi espada y apenas tuve tiempo de reaccionar cuando una de esas criaturas se abalanzó sobre mí. Sucedió nuevamente lo que había pasado hacía semanas atrás en la cueva, cuando estaba entrenando con Jacobo y sentí como un viento emergió de mí y lo expulsó a la distancia. La criatura salió despedida en la dirección opuesta, pero con una destreza impresionante se puso de pie y retomó su ataque. Levanté mi espada, esta vez con más preparación y la apunté hacia él, pero era demasiado veloz. Necesitaba tiempo para prepararme y la reacción involuntaria que tuve fue detener el tiempo a mi alrededor.

Nunca antes había tenido una idea más pésima que esa. El alcance de mi poder, tenía un límite espacial. Como ya lo sabía. Pero no había previsto las consecuencias, todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Todos en un radio de treinta metros quedaron completamente congelados, (tanto los guerreros de Oasis como los intrusos), pero fuera de ese radio, había atacantes que podían moverse a voluntad y comenzaron a atacar a los guerreros congelados en el tiempo, que estaban justo en la frontera de mi poder. Algunos tenían partes del cuerpo fuera de la burbuja de tiempo que había creado. Observé como una de esas criaturas le arrancó el brazo a un hombre que claramente no podía defenderse. El sonido del hueso romperse se coló en mí. Nunca olvidaría ese sonido. La imagen que acompañaba el sonido era aún peor. El brazo del hombre colgaba desgarrado de forma irregular, y la sangre emergía de él como cataratas furiosas.

Mi culpa.

Eso había sido mi culpa.

Había sido mi maldita culpa.

Tan pronto me di cuenta del error, volví todo a la normalidad, pero ya era demasiado tarde. Una de las criaturas atravesó con sus garras el pecho de Amelie.

—¡NO! —grité desesperada al tiempo que la criatura que estaba frente a mí y que ya había vuelto en sí, corría a toda prisa en mi dirección.

No podía ir a ayudarla. Ni podía ayudar al hombre que había perdido el brazo por mi culpa y ni siquiera me atrevía a pensar en cuantos heridos más había provocado por mi irresponsabilidad y a causa de mi inexperiencia.

Estaba demasiado lejos y yo tenía varias decenas de obstáculos de por medio. Ni siquiera pude mantener la vista en ella porque necesitaba defenderme. Pero estaba demasiado desconcentrada.

Saqué con la mano libre mi varita y dije lo primero que se me ocurrió: el hechizo para petrificar *“le roc e serv en la criture”*. Apenas con unos centímetros de distancia, el que se abalanzaba hacia mí, quedó hecho piedra. Lo atravesé con la espada y lo hice trizas. A mis espaldas, otra de las criaturas me atacó y sentí su garra en el hombro derecho, la espada se cayó de mis manos, y me encontraba indefensa. Una tercera criatura tomó mi espada e intentó atacarme, pero salió disparada en una dirección opuesta y dejó caer la espada al suelo.

Recordé las palabras de Amelie, unos meses antes en Oasis: *Ésta es una espada mágica, y al entrar en contacto con tu sangre, está obligada a protegerte. Eso quiere decir que nadie podrá jamás herirte con ella. Aunque la pierdas en una batalla, nadie podría atacarte con ella. Porque la espada repelería el ataque, dañando al atacante y protegiéndote.*

La criatura que me había atacado por la espalda, comenzó a arrastrar su garra por mi espalda y hacia abajo, desgarrando dolorosamente mi piel en el proceso, y arañando el hueso en el camino. Un grito sordo emergió de mí, y el dolor se hizo tan intenso que me nubló por completo la mente. La mente que ya de por sí tenía nublada por lo que había sucedido. Ya está... moriría y ... rompería la promesa que le había hecho a mi padre: *Te prometo que me cuidaré y no tomaré riesgos innecesarios. Estaré bien. No me perderás.*

JACOBO

Reconocería la voz de Cassandra bajo cualquier circunstancia, y cuándo escuché ese grito la sangre se congeló bajo la piel.

Mi espada danzó, cortando piel y cercenando las cabezas de quienes se interponían entre ella y yo, y cuándo finalmente posé mis ojos sobre su cuerpo herido, pensé que me iba a morir allí mismo. Una de esas Nereides Malditas la tenía literalmente bajo sus garras y le estaba destrozando la espalda.

—¡THORIN! ¡TE NECESITO! —grité desesperado, mientras levitaba a toda velocidad hacia ella, haciendo uso de mi poder de Aqueo de Viento, e impulsándome por sobre el resto de las personas con una ráfaga de viento veloz que estaba dejando tendidos en el suelo a todos aquellos que se cruzaban en mi camino, tanto bestias como guerreros de Oasis. No sabía dónde estaba Thorin, no sabía si me había escuchado si quiera, pero necesitaba dos cosas: 1) llegar a ella lo antes posible y 2) un médico que la curara.

En el aire y aún a la distancia, tomé mi varita y conjuré un hechizo de protección sobre Cassandra, que repelió el ataque del Nereide y lo expulsó en mi dirección.

Me erguí sobre él y le clavé una daga en el pecho. Lo que en realidad quería hacer, era torturarlo lentamente maldita sea, pero no tenía tiempo para eso. Arrastré la daga desde su pecho y hasta su abdomen, cortando piel y órganos y dejando a la bestia sin vida e inmóvil en el acto.

Me apresuré a alcanzar a Cassandra, que estaba en el piso a tan solo unos metros, perdiendo peligrosamente demasiada sangre.

—Vas a estar bien amor, lo prometo —le dije mientras le sostenía la mano temblorosa. Todo su cuerpo temblaba en estado de shock. El hechizo de protección no duraría demasiado tiempo más, necesitaba a un Auris y lo necesitaba ahora.

Vi a Mortis, uno de los Auris del equipo de Thorin a unos metros de nosotros, curando a una Aquea de una herida en el brazo.

—¡MORTIS! —lo llamé a los gritos y volteó a verme—. ¡Te necesito ahora! ¡la princesa está mal herida!

Mortis le dijo algo a la mujer, que no parecía tener una herida mortal y se acercó de prisa a nosotros.

Cassandra estaba como en shock a causa del dolor, tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos amarillos parecían negros.

—¿Dónde? —preguntó Mortis y delicadamente giré a Cassandra y le señalé la herida en la espalda.

Mortis lo vio y comenzó a curarla, al tiempo que me puse de pie para protegerlos.

El Oasis estaba completamente bajo ataque. Los guerreros luchaban fervientemente contra las bestias, con una mezcla de espadas y magia, pero ellas eran demasiado veloces. Sobrenaturalmente veloces, y sus garras destruían cualquier tejido con demasiada facilidad. Habría cientos de ellas, y al ver sobre el mar, observé como un barco negro y de gran tamaño emergía desde las profundidades, albergando algunos miles de Nereides más, que comenzaban a bajar y a acercarse hacia el Oasis a toda velocidad.

Probablemente los Dantras no habían visto el barco porque ya debería haber un maldito dragón quemándolos por completo.

En búsqueda de alguno de los Dantras, observé a Phillip y Elba, que estaban teletransportando a los heridos a los camarotes, por lo que se veían relucientes brillos dorados apareciendo y desapareciendo en diferentes puntos del barco. Varios guerreros protegían las escotillas de las escaleras para impedir que ninguna bestia pudiera bajar.

Una presión se instaló en mi pecho al ver la cantidad de caídos de Oasis.

Los Nereides se movían a tal velocidad que era imposible luchar contra todos, y seguían subiendo cada vez más.

Por suerte observé como un Woch se dirigió hacia el barco de los Nereides Malditos.

«Bien ahí amigo».

—¡Phillipo! —le grité mientras luchaba con dos Nereides que intentaban llegar hasta Cassandra y Mortis, que la seguía curando. Era como si mientras más débil veían a una persona, más quisiera atacarla—. ¡Cassie te necesita!

Phillipo la miró y apareció cerca de ella, me volteé un momento para decirle que se la llevara lejos y no se moviera de su lado hasta asegurarse de que estuviera a salvo, pero esa distracción fue literalmente mortal.

La garra grisácea de una de las bestias se hundió en el pecho de Phillip, que abrió los ojos de par en par, al tiempo que desaparecía en una nube de brillos dorados junto a Cassie y Mortis.

«NO. PHILLIPO NO POR FAVOR».

Rezándole al universo y con lágrimas en los ojos, continué luchando. Tenía que luchar.

BALTAZAR

El barco de los Nereides por algún motivo era inmune a mi fuego. Probablemente esas

criaturas eran mucho más que pieles viscosas desagradables, garras filosas y velocidad extrema. Probablemente estaban conjurando un hechizo protectorio sobre el barco.

Por suerte, una vez que abandonaban el barco, no eran inmunes, por lo que me concentré en quemar a todos los malditos que corrían sobre el mar hacia el Oasis. Si. Eran tan veloces que podían correr sobre el agua del mar.

¿De dónde mierda salían tantas de esas bestias? Parecían hormigas huyendo de su hormiguero, porque no importaba cuantos Nereides quemara, no paraban de salir más y más del barco.

A la distancia, un nuevo barco emergió desde el turbulento mar, y más Nereides comenzaron a bajarse en dirección al Oasis.

Quizás aquel barco no estaba protegido.

Volé hacia él e intenté quemarlo. Fracasando nuevamente en el acto.

Lyanna en su forma de Comehombre y Maia, en su forma de dragón verde se unieron a mí en el ataque a los barcos.

Si bien los barcos seguían intactos, estábamos logrando acabar con los Nereides que se bajaban, pero eran tan veloces que igualmente un porcentaje de ellos lograba alcanzar el Oasis, y ya ahí no podíamos intervenir porque no podíamos quemar nuestro propio barco.

A la distancia, observé como un tercer barco emergió también del mar. Luego un cuarto barco. Nos estaban rodeando maldita sea.

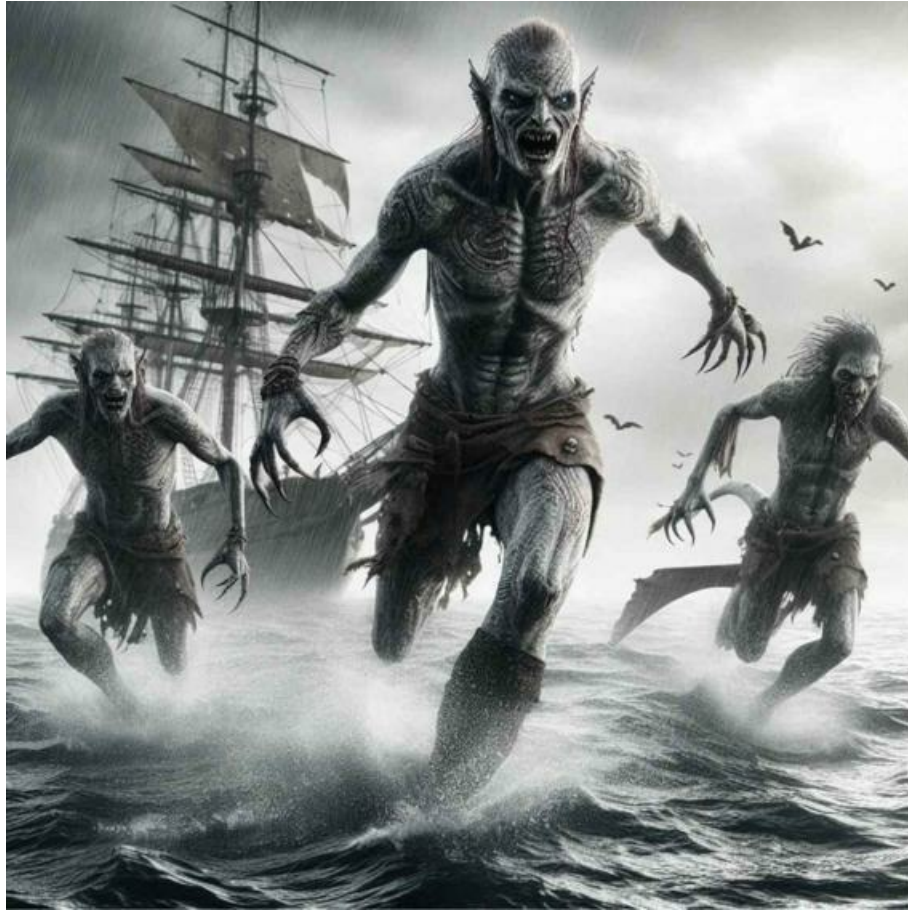
Me convertí a mi forma humana en el aire, y en mi escoba me dirigí hacia el barco para buscar más Dantras. Los necesitaríamos a todos.

Conseguí a cinco más y ya en el aire, y nuevamente en mi forma de Woch, observé como estábamos completamente rodeados.

Nosotros éramos aproximadamente mil quinientos guerreros en Oasis, incluyendo a los heridos. Entre todos esos barcos habría como ¿cinco mil Nereides? O más. Y quién sabía cuántos barcos más había en el fondo del mar, esperando por atacarnos.

No teníamos ningún tipo de oportunidad contra ellos, especialmente si no podíamos quemar los putos barcos.

Quizás había un hechizo que contrarrestara el hechizo de protección que tenían, pero esa definitivamente no era mi área de especialidad. Mi especialidad era la fuerza y el fuego. No la magia.



CAPÍTULO 32

EVAN

No tenía la más mínima idea de cómo usar una espada fuera de un aula segura de entrenamiento. Y si bien tenía días practicando, nadie podía en su sano juicio pensar que estaba preparado para luchar como un guerrero de Oasis.

Por suerte, lo que sí sabía utilizar muy bien era mi poder de Etéreo. Y eso hice. Ese era mi rol en esta batalla.

Apuntando mis manos a las bestias, generaba campos magnéticos que los expulsaban con brusquedad del barco, directo a las llamas de los dragones, que habían ocupado tanta porción del cielo sobre nosotros que incluso el sol se había ocultado tras ellos. Por algún motivo que desconocía, los barcos de las bestias no se prendían fuego y eran inmunes a los ataques de los dragones. Pero las que corrían sobre el agua no lo eran.

Las llamaradas de fuego rojo, se mezclaban con las llamas de color azul intenso del fuego del Woch. Baltazar se llamaba, y era amigo cercano de Cassie.

Elica no estaba en su forma de dragón. Se encontraba luchando junto a los demás, y se movía como una guerrera letal, con movimientos tan sutiles y certeros, como mortales. Su cabello platino ondeaba en el viento y seguía el camino de sus movimientos. Una de las criaturas se le acercó desde la espalda a toda prisa, al tiempo que ella atacaba a otras dos que tenía de frente. No esperé a ver si podía reaccionar. Dirigí mi poder hacia la bestia, que no logró poner ni un solo dedo sobre ella. ¿Se habría dado cuenta que fui yo quien la salvó de ese ataque? Probablemente no, estaba demasiado concentrada luchando.

El rey utilizaba su fuego de Aqueo para quemar a los Nereides Mortales. Era de los pocos Aqueos que tenía el poder de los cuatro elementos. El resto de los Aqueos de Fuego de Oasis luchaban junto a él, pero eran demasiados Nereides y no paraban de llegar. Y, además, tenían una velocidad más allá de lo imaginable.

Miré fuera de los límites del barco y palidecí. Estábamos completamente rodeados por los barcos negros que contenían miles de bestias más.

La sangre de guerreros de Oasis y los gritos de dolor, trataban de arrastrar mi mente nuevamente a las catatumbas de Valterra, pero lo bloqueé con las técnicas que me había enseñado Thorin en varias de nuestras sesiones. Luego tendría tiempo para angustiarme y llorar. Pero en ese momento debía luchar y proteger a las únicas personas en el mundo que me quedaban. No había rastro de Cassie por ningún lado y no sabía si eso era una buena o una mala señal. Tampoco podía darme el lujo de pensar en eso.

Valentino estaba curando a los heridos, junto con el resto del equipo médico, pero ya no veía a los Endinos que antes estaban ayudando a teletransportarlos. Ahora los heridos se acumulaban en la cubierta del barco, y cada vez eran más.

BALTAZAR

Sentí como una lanza se chocó contra mi cuerpo. Chocó, no atravesó. Las escamas del Woch eran prácticamente impenetrables, pero las de los demás dragones no lo eran. Giré mi cabeza y observé como desde uno de los barcos de los Nereides Malditos nos comenzaron a atacar con lazars mata dragones. No podíamos arriesgarnos, debíamos volver al Oasis cuanto antes y luchar

desde allí.

Varios de los dragones comenzaron a sortear las lanzas y de mi garganta emergió un gruñido grave que indicaba la retirada. Me puse frente a ellos para intentar protegerlos al tiempo que volvíamos al barco, pero un alarido de dolor desde mis espaldas me indicó que un dragón había sido herido.

Me transformé en el acto a mi forma humana, e invoqué mi escoba. Aproveché que podía hablar para darle indicaciones al resto.

—¡TODOS AL BARCO, TRANSFORMÉNSE!

Giré en mi escoba para ubicar al dragón herido a mis espaldas. Maia, el dragón verde, caía vertiginosamente hacia las aguas del mar, con una lanza clavada en su pecho.

Los demás siguieron mis instrucciones, salvo Lyanna, que ya en su forma humana me siguió en su escoba hacia la dirección del dragón verde.

El sonido del choque con el agua nos alertó que teníamos poco tiempo.

Nos acercamos a Maia, que seguía en su forma de dragón y se encontraba flotando en el mar, o por lo menos tratando de mantenerse a flote. La sangre emergía desde su pecho a borbotones. Las escamas de los dragones comunes era la más fácil de penetrar con ese tipo de armas, y la lanza estaba clavada demasiado profundo. No teníamos forma de removerla, menos allí en el medio del mar y con Nereides que ahora se aproximaban hacia nosotros desde los barcos.

Los enormes ojos verdes del dragón comenzaron a cerrarse y su pecho dejó de moverse.

No teníamos más nada que hacer allí.

—Vamos Lyanna, se ha ido.

Con un nudo en la garganta, retomé vuelo hacia el Oasis, junto con Lyanna que tenía lágrimas reprimidas en sus ojos ambarinos.

JACOBO

No tenía ni la más mínima idea de qué había sido de Phillip ni cómo estaba Cassandra, pero no había forma humana posible de retirarme de la lucha para averiguarlo.

Había perdido la cuenta de cuantos Nereides había asesinado, pero seguían llegando como si los barcos fueran una fuente ilimitada de esas malditas bestias.

Nuestros heridos aumentaban rápidamente y nuestras fuerzas disminuían a la misma velocidad. No tenía idea de cómo demonios saldríamos de esta situación.

La magia de los Aqueos estaba prácticamente drenada, por lo que la lucha estaba siendo básicamente sólo con espadas, con algunas excepciones, como por ejemplo John, que seguía incinerando bestias a más no poder.

No aguantaríamos mucho más.

Los brazos me ardían del agotamiento, pero no podía parar a tomar impulso. Atravesé el pecho de uno con mi espada, y lancé mi daga que llevaba en la mano izquierda en dirección a otro que intentaba atacar por la espalda a Thorin.

Thorin, además de las curaciones que realizaba, también había logrado derribar a algunos Nereides con su poder de ataque de Auris, pero requería demasiada concentración dirigir las ondas sonoras correctamente y sólo hacia los enemigos, más aún mientras hacía curaciones. Por lo que se estaba enfocando principalmente en salvar a los heridos junto a su equipo de médicos.

Las garras de un Nereide se clavaron en mi abdomen, y giré rápidamente para

clavarle mi espada. El dolor era insoportable maldita sea. Maté a la bestia y me lo quité de encima. Apenas tenía tiempo para ver mi herida porque otro se lanzaba a atacarme. Con la mano libre, me toqué el abdomen y sentí como se escurría entre mis dedos sangre caliente. Era mucha sangre.

—Jacobo, necesito curarte, acuéstate —replicó Valentino que se acercó a mí al ver la sangre.

—No hay tiempo para eso —comenté mientras lanzaba otra daga a uno que venía a atacarlo desde su espalda—. Haz lo que puedas desde allí, yo te cubro.

Yo seguí luchando, mientras Valentino trataba de sanar mi herida en movimiento, cosa que no era fácil y menos para alguien sin experiencia en una guerra. Tenía que dirigir las ondas a la herida, pero yo estaba en constante movimiento.

De pronto, sucedió algo que ni en mis más remotos sueños hubiese imaginado. Los Nereides comenzaron a retirarse. Voluntariamente. De la nada.

Corrí, aun sangrando, hacia la borda para ver qué rayos pasaba. Lo que vi me generó más dudas que certezas.

Atrás del círculo de barcos que nos rodeaban, se acercaban por lo menos tres decenas de Comehombres, con guerreros sobre sus lomos. No estaban con los Nereides... por el contrario, los estaban atacando y como si estuviesen obligados a seguir sus órdenes, las bestias comenzaron a retirarse a sus barcos y éstos se hundieron nuevamente en el mar. Huyendo.

En pocos minutos, la totalidad de los barcos había desaparecido bajo la superficie del océano, y en el horizonte quedaban los Comehombres y los guerreros. Algunos estaban en sus formas humanas y otros en sus formas de tritones y sirenas.

Uno de los dragones, el más grande de todos y que llevaba en su lomo a un imponente tritón de cabello de color negro, voló en nuestra dirección.

—Nadie se mueva —ordenó el rey al ver que algunos levantaban sus armas en dirección a los recién llegados—. Bajen sus armas ahora mismo.

Todos siguieron sus órdenes sin chistar.

El torso desnudo del hombre estaba bronceado por el sol y tonificado, y su cola era de color púrpura oscuro con tonalidades negras y plateadas. La tenía apoyada de costado en el lomo del dragón.

—Tú deberías estar muerto —se limitó a decir desde el cielo, con una voz profunda aquel hombre.

¿Lo había reconocido? ¿Quién diablos era?

—Y tú, nos has salvado la vida —respondió el rey—. ¿Por qué?

—Órdenes del rey Ronan Aldahir —reconoció el hombre.

CAPÍTULO 33

CASSANDRA

Su sonrisa al conocerme. Mi primer contacto con Nerea. El primer lugar que sentí como un hogar. Mis primeras lecciones de magia. Su cuidado y protección por tantos años desde las sombras. Un ser increíble, noble, bueno, justo. El amor de Elba. Todo eso pasaba por mi mente mientras sostenía en estado de shock el frío cadáver de Phillippo sobre mi regazo.

Lo último que había hecho en vida fue salvarme. Aparecimos tras polvo dorado en el camarote de él, justo al tiempo que caía sobre su espalda y la vida se escapaba de sus ojos para siempre.

Mortis había intentado salvarlo, pero era demasiado tarde. La criatura había perforado el corazón de Phillippo y no había nada para hacer.

—Haz algo por favor —le rogué a Mortis, aun sabiendo que tal cosa no era posible. Un Auris no podía devolverle la vida a alguien.

—Lo siento su alteza, se ha ido.

—Haz algo —repetí en estado de shock.

No podía imaginarme la expresión de Elba o de mi padre cuando les diera la noticia. No podía cargar con otra muerte sobre mis hombros, ciertamente no con la muerte de Phillippo.

Una nube de polvos dorados apareció en una esquina del camarote. Elba.

Abrió los ojos de par en par al verlo. El cuerpo pequeño de Phillippo estaba cubierto de sangre, al igual que mis manos que inútilmente intentaban tapar la herida mortal que lo atravesaba.

—Mi vida —un susurro ahogado emergió de la garganta de Elba, al tiempo que se apresuraba a colocarse de rodillas sobre él.

—Lo siento —repliqué como un robot. Viendo la escena y sin creer que lo que estaba sucediendo era real—. Lo siento —repetí.

Las lágrimas se escurrieron sobre el rostro pálido de Elba, y por primera vez vi en ella una expresión de total y completa desesperanza.

—No ha sido tu culpa mi niña —me comentó entre sollozos.

No sé en qué momento había comenzado a llorar, pero mi rostro se encontraba completamente humedecido. Mortis terminó de sanar mi herida y se retiró a cubierta para continuar ayudando a los demás heridos, pero yo no me podía mover.

Había sido mi culpa. La muerte de Phillippo y la muerte de tantos guerreros de Oasis. Había sido mi culpa desde el momento en que egoístamente decidí salvar a Evan sin pensar en las consecuencias. Elica tenía razón en odiarme.

Pensé en Amelie y en cómo había sido herida o asesinada también por mi culpa. El hombre que perdió el brazo. Todo por creer que por ser un Rysler podría contra todo y contra todos. Lamentablemente el poder del Rysler me permitía detener el tiempo, y no volverlo atrás. Porque si pudiera lo haría. No sabía si había sido increíblemente ingenua o si simplemente era tremendamente inmadura. ¿Qué me hacía pensar que una recién llegada a Nerea podría realmente hacer algo para cambiar la cruda realidad que azotaba al reino de Margadorat hacía dos décadas? ¿Quién me había creído yo para dar aquel discurso sobre que Oasis no había hecho

suficiente? Por lo menos estaban vivos. Habían sobrevivido. Tuve que llegar yo para mandar todo a la mierda.

Todo había sido mi culpa.

Elba, con la mano temblorosa y llorando desconsoladamente, cerró por última vez los ojos de Phillip, que hasta ese momento estaban abiertos, fijos y sin vida.

¿Cómo era posible que hacía unos minutos ese hombre estaba aquí y ahora su cuerpo era un simple cascarón sin vida? No entendía como era posible eso. ¿A dónde se había ido toda la vida que albergaba en su interior? ¿sus experiencias? ¿sus recuerdos? ¿sus ideas y su amor? ¿a dónde mierda se había ido todo? Era completamente injusto. Yo era la que debía estar muerta. No él. Si no me hubiese intentado ayudar, él estaría vivo... él estaría salvando vidas cuándo lo único que había hecho yo era ponerlas en riesgo y acabar con ellas.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la puerta del camarote de abrió de par en par y Jacobo la atravesó. Sus ojos verdes estaban bañados de terror y cuándo me vio su mirada se suavizó hasta que la fijó en el cadáver de Phillip que seguía sobre mi regazo, con Elba abrazándolo con fuerza.

—Cas —su garganta se cerró y su mandíbula se tensó al tiempo que se acercaba hacia mí—. ¿Estás bien?

Yo sólo negué con la cabeza.

—Fue mi culpa —repetí nuevamente.

—No Cassandra, no fue tu culpa —trató de convencerme.

—Elba, lo siento muchísimo —colocó una mano sobre la espalda temblorosa de Elba, que no se había separado de su pareja ni un minuto en... quien sabe cuánto tiempo.

Ella levantó el rostro para mirar a Jacobo. Trató de decir algo, pero no había palabras entre tanto dolor. Simplemente lo observó y continuó llorando.

—Permíteme Elba, lo llevaré hasta la cama —comentó él, al tiempo que Elba se ponía de pie, pero sin soltar la mano inerte de Phillip.

Jacobo lo cargó. No le costó demasiado, Phillip era un Endino y medía lo mismo que un niño de ocho años. Luego lo colocó en la cama y le dijo a Elba: —Te dejaremos sola para que puedas despedirte Elba. Lo siento muchísimo de verdad.

—Ella sólo asintió.

—Vamos Cas, ven conmigo.

Yo no me podía mover. Yo sólo podía mirar a mi alrededor. Sólo sentí los brazos de Jacobo en mi cintura y cómo me sacó de aquel camarote. Escuchaba voces a la distancia, pero no podía entender qué decían. No podía entender lo que estaba sucediendo. ¿Era un sueño verdad? Era un sueño, tenía que serlo. Me iba a despertar en mi cama tranquila, y con esta información podríamos detener a tiempo a las criaturas. Era una premonición eso era. Podía salvar a Phillip. Evitaría que Amelie muriera. Evitaría que todos ellos murieran sólo necesitaba una segunda oportunidad.

Seguí creyendo que todo había sido un sueño, mientras las voces me hablaban a la distancia y me llevaban de un lado para el otro como si fuese un ente.

Seguí creyendo que todo había sido un sueño, hasta que entendí que, en la vida, la mayoría de las veces no había segundas oportunidades... y ésta no era la excepción.

CAPÍTULO 34

JACOBO

Cassandra estaba en completo estado de shock cuándo la encontré, y habría necesitado que Thorin hiciera su magia para calmarla, pero, Thorin estaba tan drenado como todos los demás Auris en el barco. Habíamos tenido que recurrir a la medicina tradicional y le inyectamos un calmante para que pudiera descansar.

Por más que quería quedarme con ella, el Oasis me necesitaba y yo necesitaba saber qué diablos había pasado, cuál era el estado de situación y el listado de muertes. Quien demonios era el tritón que conocía a John y de dónde y por qué motivo nos habían salvado la vida. Pero especialmente necesitaba saber si la vida de todos seguía en peligro. Quizás ese hombre no era tan inocente como parecía. A fin de cuentas, no sabía absolutamente nada de él.

El dolor de mi abdomen había desaparecido, junto con la herida que había sanado Valentino en algún momento.

Ingresé en el despacho de John, ya que habían ido a reunirse allí con el tritón. Este había asumido su forma humana para poder ingresar y caminar por el barco, a pedido del rey. Al parecer se llamaba Allan, o eso había entendido antes de desaparecer en la búsqueda desesperada de Cassandra. No había sabido que había sido de ella hasta que la vi con mis propios ojos, con el cadáver de Phillippo en su regazo. Se me estrujaba el corazón de sólo pensar en cómo se debía sentir y me daban náuseas de sólo imaginarme la reacción que tendría John. Phillippo era su mejor amigo. Era una de las pocas personas que le quedaba de su vida pasada.

John me había contado que se habían conocido una tarde hacía muchísimos años, cuándo John había necesitado de ayuda, y Phillippo lo había ayudado sin pedir nada a cambio. Nunca me contó en qué lo había ayudado, pero si me dijo que desde ese momento se habían vuelto inseparables. Que Phillippo era de las pocas personas en las que confiaba ciegamente y que lo consideraba como un hermano.



En el despacho, estaba Allan en compañía de Thorin y Baltazar, pero no había señales de John.

—¿Dónde está? —les pregunté. No tenía que aclarar que me refería al rey. Todos allí lo entendían.

—En el camarote de Amelie —respondió Thorin.

—¿Por qué? —no entendía que podía hacer allí. Lo necesitábamos en su despacho y lo necesitábamos ahora.

—Está herida —replicó Baltazar.

—Estaba herida —aclaró Thorin—. Un Nereide le atravesó el pecho con sus garras y casi muere—. Abrí los ojos, sorprendido. No había visto que la hubiesen herido, aunque si lo pensaba mejor, no la había visto en absoluto—. Fue apenas estaba iniciando la batalla.

Por suerte estaba muy cerca de ella y la pude salvar, pero sigue débil.

—Mierda.

Allan se colocó de pie y extendió su mano hacia mí.

—Allan Pereignis, Comandante del ejército de los reinos submarinos de Bandorvet —se presentó. Tenía la piel bronceada y una expresión de sabiduría en el rostro. Como si hubiera vivido muchas vidas—. ¿Con quién tengo el gusto?

—Jacobó D'Amico —respondí y tan pronto lo hice, la reconocí. Esa expresión de desconfianza y odio que sentían las personas al conocer quién era, aunque no me conocieran en absoluto—. Y soy el Comandante de los ejércitos del rey John Baltich.

Quizás al escuchar mi cargo dejaba de verme así. No importaba cuántos años pasaran, nunca iba a acostumbrarme a esa mirada y expresión de desprecio hacia mí.

—Eres el hijo de Adrien y Helene —no era una pregunta.

No llegué a contestar porque Baltazar lo hizo por mí.

—Uno no elige a sus padres, pero sí elige a sus aliados. Jacobo es aliado al rey Baltich y fiel a su reinado y a Margadorat.

«Gracias».

—No tienes nada de qué preocuparte —agregó Thorin.

Aún me sostenía la mano con fuerza mientras me escrudiñaba bajo su penetrante mirada. Le mantuve la vista con la misma firmeza hasta que me soltó y simplemente dijo: —Eso espero.

—Buscaré a John y volveré enseguida —comenté y me fui hacia el camarote de Amelie.

Abrí la puerta y el rey tenía sus labios sobre los de ella. Ambos voltearon enseguida a verme y tenían los ojos humedecidos. John se puso de pie de inmediato.

—Jacobó —sus ojos marrones me atravesaron con una chispa de... ¿arrepentimiento? Como si acabara de encontrarlo siendo infiel—. ¿Qué haces aquí?

—Lamento interrumpir —comenté—. Pero te necesitamos. Debemos hablar con Allan y necesito saber qué mierda ha sucedido.

—Lo siento, fue mi culpa demorarlo —la voz firme de Amelie fue la que respondió y trató de ponerse de pie, pero hizo una mueca de dolor.

—Quédate quieta Amelie. No estás del todo recuperada —le ordenó John, mientras la ayudaba a acostarse nuevamente.

—Ya estaba por ir Jacobo, espérame afuera un momento.

Obedecí y cerré la puerta a mis espaldas para esperarlo. No tenía ni idea que John y Amelie estuviesen en algún tipo de relación. Siempre habían sido muy cercanos, pero no había notado nada más hasta ese momento. Y si estaban juntos, ¿por qué no lo habían dicho? ¿habría comenzado antes de que John reconociera su verdadera identidad? ¿cuándo él aún era Vladimir?

Si me ponía a pensar, desde hacía algunas semanas que los notaba algo tensos, y solían tener algunas discusiones, pero había pensado que simplemente eran diferencias de criterios.

La puerta se abrió y John comenzó a caminar en dirección a su despacho.

—Elica se está encargado de preparar un informe de los muertos y los heridos, y el equipo médico está tratando de sanar a todo el que puede, pero su magia se ha drenado por ahora.

—Tengo que decirte algo John —hice una pausa, tratando de encontrar el valor para

decirle aquello—. No te gustará.

Se quedó inmóvil y muy lentamente se volvió hacia mí con el rostro pálido y una expresión de terror en él.

—¿Cassandra? —preguntó con la voz temblorosa, cómo si tuviera pánico a la respuesta.

Yo negué con la cabeza, le coloqué una mano en el hombro como gesto de apoyo y rápidamente le respondí: —Phillipo no lo ha logrado. Lo siento mucho.

Sus ojos se abrieron como platos y se humedecieron al instante.

—¿Dónde?

—Está en su camarote, con Elba.

—Espérame en mi despacho —respondió y salió a toda prisa en dirección al camarote de Phillip y Elba.



La paciencia de Allan estaba por agotarse justo cuándo el rey ingresó a su despacho, con los ojos hinchados y la expresión de la derrota.

—Lamento hacerte esperar Allan —reconoció con firmeza—. Pero hemos tenido demasiadas bajas, entre ellas... personas muy cercanas a mí.

—¿Cassie está bien? —preguntaron Baltazar y Thorin al mismo tiempo.

John asintió y les respondió: —Ella sí, pero... Phillip no ha sobrevivido.

—Mierda John, lo siento mucho —replicó Baltazar.

—Lamento tu pérdida —agregó Thorin.

—Entiendo su majestad —comentó Allan—. Y lo siento. Pero debemos hablar.

—Si, así es —respondió el rey—. Empezando por, ¿Cómo nos han encontrado y por qué?

El tritón se encontraba prácticamente desnudo, sólo cubierto de cintura para abajo con una tela que dejaba muy poco a la imaginación. Probablemente no solía usar sus piernas.

—Hace unos días nos informaron de un barco sospechoso que había zarpado de las costas de Margadorat en dirección a Bandorvet.

—¿Quién? —preguntó John.

—Mis fuentes no es algo que vaya a revelarles —afirmó Allan con severidad y continuó su relato, sentado en una de las butacas del despacho de John—. Lo importante es que, antes de hacer cualquier movida, le informamos la situación al rey Ronan, esperando sus órdenes y nos indicó que hiciéramos primero un reconocimiento. Que no atacáramos sin saber quiénes iban en el barco y sus intenciones. Por ese motivo, los hemos seguido y espiado desde la distancia, hasta que un día, uno de los espías creyó reconocerte. Fue de inmediato a informarlo, y dejó el barco sólo. No estábamos seguros de que fueras tú, pero se lo comentamos al rey Ronan y nos ordenó que buscáramos nuevamente el barco, lo abordáramos y confirmáramos tu identidad. En caso de que fueras tú, teníamos órdenes de escoltarlos a las costas de Bandorvet. Cuando volvimos, estaban bajo ataque... lo demás es historia.

El rey se quedó unos segundos en silencio, antes de responder.

—Gracias Allan, nos han salvado la vida.

—Agradézcale a su majestad Ronan Aldahir. Estará encantado de escuchar que realmente está vivo y va hacia su reino.

—Eso haré, sin dudas.

—¿Su esposa viaja con usted? —preguntó Allan, y pude ver en el rostro de John como esa pregunta tuvo un efecto similar a un puñal clavado en su pecho. John no hablaba de Anastasia. Por lo menos no frente a mí. Tensó la mandíbula y se le tensaron los músculos de su cuerpo.

—Mi esposa no sobrevivió —respondió con dolor—. Pero viajó con mi hija. La princesa Cassandra Baltich.

El Comandante pareció sorprendido ante la noticia.

—No sabía que tuviera una hija.

—Pues la tengo.

—Ya le he contado como es que pudimos acudir a su rescate —replicó Allan—. Ahora por favor, cuénteme cómo es posible que esté vivo, y dónde estuvo todo este tiempo.

El rey les contó la historia de cómo sobrevivió al intento de asesinato de Adrien y Helene. Les contó de Oasis, de la caída de Oasis y del viaje a Bandorvet con la intención de pedir asilo al rey Ronan Aldahir.

—Informaremos al rey de su inminente llegada —comentó Allan—. Mis soldados los escoltarán hasta la costa. No deberían tener más problemas a partir de ahora.

«Al fin, una buena. Si es que después de tanta pérdida y dolor, algo podía considerarse bueno».

CAPÍTULO 35

JACOBO

Trescientos quince heridos y ciento dos muertos. Esa era la estremecedora cifra que había dejado el ataque de los Nereides. Un hombre había perdido el brazo, y estaba luchando por su vida. Los Auris habían logrado cerrar la herida, pero había perdido demasiada sangre, por lo que no sabíamos si se iba a recuperar.

Por suerte, los niños y los civiles no habían sufrido heridas, ya que el trabajo que habían hecho los guerreros de Oasis, impidiendo el acceso al interior del barco había sido ejemplar.

Pero ese cálculo, por más terrible que fuese, no incluía los corazones rotos de quienes seguíamos vivos y teníamos que luchar día a día, intentando soportar la pérdida de familiares y amigos. Algunos pensarían que después de tanto sufrimiento uno se acostumbraba a eso, pero... no. Uno nunca está preparado para perder a un ser querido.

Había llorado escondido en mi camarote, por Phillip, por Maia, y por cada una de las víctimas. Pero no podía demostrar debilidad, menos aún frente a *ella*.

Me lavé el rostro y miré mi reflejo en el espejo. La expresión de desolación, hartazgo y cansancio fue reemplazada por la de un guerrero resiliente, antes de salir en su búsqueda.

Ingresé a su camarote con cuidado, esperando no despertarla y me la encontré sentada, con la cara hinchada y abrazando a su padre.

«Creo que debo comenzar a tocar las puertas antes de entrar a habitaciones de otras personas».

—Lo siento —repliqué al instante—. Sólo quería saber cómo te encontrabas Cassandra. No quería interrumpir.

—Muy amable de tu parte venir a verla Jacobo —respondió el rey. Sus ojos marrones se hallaban humedecidos, y el pecho le latía con fuerza. Ella sólo me vio en silencio, con una mirada de dolor que no le había visto antes. Ni siquiera con el secuestro de Evan—. Pero ahora no es el mejor momento.

—Si claro, luego nos vemos —respondí y cerré la puerta a mis espaldas.

Una presión se me instaló en el centro del pecho por verla así y no poder hacer nada. No poder abrazarla ni consolarla.



—Hiciste un gran trabajo —le comenté a Elica, que se hallaba en el último subsuelo en las salas de entrenamiento, con Baltazar, Thorin y Amelie.

Giró a verme y corrió hacia mí para abrazarme. No nos habíamos visto en todo el caos de las últimas horas. Se colgó de mi cuello y la levanté en el aire antes de sostenerla fuerte contra mi pecho.

Estaba muy orgulloso de ella, y era una de las personas más importantes en mi vida.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dije al tiempo que se despegaba de mí.

—Estaba preocupada —respondió—. No te había visto. Escuché que fuiste a ver a Cassandra.

¿Quién le habría dicho aquello?

—Si —respondí—. Phillip murió en sus brazos, está destruída. Estaba con John, no he podido hablar con ella.

—¿Cómo está Elba? —preguntó Amelie, con suma preocupación.

—Honestamente no hablé en detalle con ella, pero no quiero ni imaginar cómo está. Phillip era su vida, y ella era la de él. Es una pérdida muy dolorosa para todos.

—Lo es —intervino Elica. Su expresión de chica ruda había menguado un poco, y parecía incluso triste—. Mañana a la noche celebraremos un acto en conmemoración de los guerreros caídos, quemando sus cuerpos sobre el mar.

—Me parece muy bien —respondí—. ¿Qué hacían aquí? —les pregunté.

Estában sentados en el suelo, algunos papeles regados alrededor de las colchonetas y una botella de whiskey en el centro.

—Ahogando las penas en alcohol —comentó Thorin—. ¿Te unes?

—¿Y no debemos hacer guardia? —inquirí con el ceño fruncido.

Todos negaron con la cabeza, pero fue Baltazar quien respondió: —Allan le indicó al rey que se encargarían de la seguridad del barco de aquí en adelante. Con la protección de ellos no tenemos de qué preocuparnos.

—¿Y John lo aceptó así de simple?

—Si. Dijo que por lo menos necesitábamos un día de descanso. A partir de mañana nos vamos a turnar en turnos de a pocas personas, sólo por las dudas.

Me parecía razonable. Y me venía bien ahogar las penas en alcohol.

—Entonces sí, ahogaré las penas en alcohol con ustedes.

—Espérenme, ya vengo —comentó Elica y salió de la sala.

—¿Han podido hablar con él? —pregunté en general, pero mirando a Amelie, y en su mirada noté una petición “guarda el secreto”. No pretendía hacer lo contrario.

—Si —respondió Thorin—. Se negó a que usase mi magia con él.

—Lo entiendo —reconocí. Y si que lo entendía. Yo tampoco había querido usar la magia de Auris para sanar mi alma. Por lo mismo el rey y yo estábamos en la misma página con eso—. ¿Y ya recuperaste un poco tu magia?

Asintió.

—La uso tanto y tan seguido que cada vez me cuesta más drenarme y me recupero más rápido.

—Eres increíble —le respondió Amelie.

La magia era como un músculo más del cuerpo. Mientras más la entrenabas y la utilizabas, más poder y fuerza tenías y más costaba que se agotara.

No pasaron muchos minutos hasta que ingresaron Elica, Evan, Valentino, Federico y... Cas. Tenía la cara un poco mejor. Quizás la conversación con su padre le había venido bien.

—Me pareció que ellos quizás también querrían ahogar sus penas en alcohol —aclaró ella.

¿Elica había buscado voluntariamente a Cassandra para traerla a la misma habitación a la que me encontraba yo? Quizás había muerto y había revivido en un mundo paralelo en el que Elica era amable con Cassandra.

—Más que bienvenidos —respondió Baltazar. Se colocó de pie y fue hasta Cassandra para abrazarla. Se mantuvieron así por demasiados segundos.

No iba a negar que verlos juntos me hacía sentir una punzada de celos, pero eran completamente infundados. Ellos eran buenos amigos, y tenían una conexión al ser Dantras que... bueno que yo nunca tendría con ella. Pero le había contado a Baltazar sobre lo que había

pasado entre nosotros y él se alegró y me apoyó. Seguramente sus intenciones con ella eran únicamente amistosas, pero igual era mejor que la soltara de una puta vez o... eso hizo. Listo, no tenía que comenzar una discusión absurda con mi amigo y mi novia.

—¿Cómo estás? —le preguntó Amelie a Cassie.

De los aquí presentes, ella era la única que había perdido a alguien cercano. Bueno y a Maia, era de su grupo de Dantras, aunque no eran demasiado cercanos que yo supiera.

Todos terminamos sentados en un círculo en medio de la sala de entrenamiento, pasándonos la botella y tomando en silencio. Cas se sentó a mi lado y sentí eso como una pequeña batalla ganada. Su contacto, así fuera indirecto, le inyectaba vida a mi corazón, alma y espíritu.

—Prefiero no hablar de eso —respondió Cas—. Pero estaré bien.

Unos segundos más de silencio pasaron hasta que Thorin intervino.

—Tengo una idea. Juguemos un juego.

Todos lo miramos como si le hubiera salido un tercer ojo.

—No estamos para juegos —respondí con un tono más fuerte de lo que me hubiese gustado utilizar con él.

—Para éste sí —replicó con seguridad.

—¿Incluye beber? —preguntó Evan, que estaba sentado junto a Valentino y Elica.

—Sí —respondió Thorin.

—Entonces es un juego que quiero jugar —intervino Valentino—. ¿En qué consiste?

—Pues, iremos en ronda y cada uno tendrá que decir un sentimiento o alguna frase que lo represente ahora mismo y el motivo.

—Ese es un juego de mierda —replicó Baltazar resoplando.

—¿Y en qué momento se toma el alcohol? —inquirió Federico, el novio de Valentino.

—Una vez que termines de hablar —respondió—. Empiezo yo—. Agregó, no dando espacio a réplicas. —Esperanza. Y...

Amelie lo interrumpió: —No vale que digas algo lindo sólo para hacernos sentir un poco menos mal.

—No lo hago por eso, digo lo que siento —confirmó Thorin, con tanta serenidad como de costumbre—. Y no tiene nada que ver con ustedes. Siempre he sentido esperanzas de volver a mi hija. Por absurdo e improbable que sea, me visualizo abrazándola y recuperando el tiempo perdido. Pero, por algún motivo, desde que emprendimos este viaje esa esperanza ha crecido un poco. Ese es el sentimiento que más siento hoy en mi corazón.

La historia de Thorin era terrible, como la de tantos otros. La guardia real de mis padres había asesinado a su esposa y secuestrado a su hija y desde entonces no había sabido nada de ella.

—Voy yo —comentó Amelie, que estaba sentada a su lado, con algunos almohadones en la espalda—. Miedo. Tengo miedo de tantas cosas que ni las puedo poner en palabras. Tengo miedo a morir, y más ahora que estuve tan cerca —miró a Thorin con ojos de agradecimiento—. Tengo miedo de perder a más personas y de perder a Oasis. Tengo miedo de la guerra y miedo de lo que será de Margadorat si la perdemos. El miedo recorre cada partícula de mi cuerpo en este momento.

Tomó la botella del centro del círculo, y bebió un trago largo, seguido de una expresión de asco.

—El mío es la ira —respondió Baltazar, siguiendo la rueda en el sentido de las agujas del reloj—. Rabia pura y cruda. Ganas irrefrenables de asesinar lentamente a todos los hijos de puta

malditos desgraciados que le han hecho esto a nuestro reino. Cada vez que, en mi forma de Woch, exhalo fuego... siento una descarga de adrenalina y quisiera quemar a todos los desgraciados que se atravesasen en mi camino.

Fue su turno de tomar un trago y agradecí que estuviera de nuestro lado. Pobre el que se enfrentase a él.

—Frustración —murmuró Elica, en una voz demasiado baja—. Siento que —alzó la voz y clavó sus ojos azul cielo en Cas—, damos un paso hacia delante y luego retrocedemos veinte. Siento que todo lo que construimos en Oasis no ha servido para nada y se vino abajo—. Luego posó sus ojos en mí—. Y me frustra no poder hacer más y no poder hacer algo ya. Quisiera que todo acabara ya.

Tomó la botella, y dio un trago. No me pasó desapercibido el leve roce de su mano sobre la rodilla de Evan, que se encontraba sentado junto a ella.

Era el turno de Evan y por un momento pensé que no diría nada, pero me equivoqué.

—Impotencia de no poder volver el tiempo atrás. —Su expresión no era tan oscura como lo había sido apenas lo habíamos rescatado, pero sin dudas no era el Evan alegre y simpático que siempre llevaba una sonrisa en el rostro—. Hay tantas cosas que haría de otra forma si pudiera.

—Ni me digas —resopló Cas, y Evan la miró y sorprendentemente le regaló una sonrisa. Esas escaseaban por el Oasis.

—Creo que a fin de cuentas, todos acá haríamos muchas cosas diferente, si pudiéramos volver el tiempo atrás.

«Empezando por mí».

Evan tomó la botella y tomó un sorbo largo. Al terminar, miró a Thorin, como si buscara su aprobación, y Thorin levantó sutilmente la comisura de sus labios.

—Yo creo que... —comenzó a decir Valentino— creo que el sentimiento más grande que tengo es el desconocimiento de mí mismo. No sé realmente qué siento, ni qué debería sentir. Vivo el día a día por instinto de supervivencia. Lo único que sé es que amo a mi familia y a ti — le dijo a Federico, tomando su mano, y él le devolvió una mirada de amor—, y a mis amigos. Pero, ¿quién soy? ¿cuál es mi propósito? ¿qué me gusta? Todo eso es una hoja en blanco y probablemente tenga que ver con que crecí en una puta mentira. Una vida de privilegios, ajeno a las realidades más duras y al darme cuenta que todo era un espejismo, de alguna forma yo mismo me convertí también en eso... ¿una mentira?

Con una lágrima en los ojos, tomó la botella y tomó un trago.

Quizás el juego que había propuesto Thorin no era tan malo a final de cuentas. Todos en esa habitación eramos personas rotas, que necesitábamos hablar y dejar salir eso que teníamos por dentro. Esa carga. Quizás compartirla, aligeraría el peso.

—Empatía —comentó Federico a su lado. La piel oscura contrarrestaba con el tono marfil de Valentino, y sus manos entrelazadas se unían con fuerza—. Siento que cargo un poco con el sentimiento de cada uno de ustedes, y que puedo entenderlos y sentirlo. Me siento identificado con quienes lloran un duelo, con quienes tienen ira, con quien siente esperanza. Creo que es una mezcla de todo.

—¿Y tú familia? —preguntó Amelie— ¿no viniste con ellos? ¿cierto?

Él negó con la cabeza.

—Mi madre me crió sola y murió hace unos años. La confundieron con una rebelde y la asesinaron frente a mis narices. No tengo a nadie más. La familia de Tino es mi familia.

Fue su turno de tomar la botella de whiskey y beber un trago.

La dulce voz de Cas fue la siguiente y yo quería llevarmela de ahí y encerrarnos juntos en

una habitación, lejos de todos los problemas. Sólo los dos. Detener el tiempo y permanecer con ella.

—Culpa —su voz se cortó y pude notar el gran esfuerzo que estaba haciendo para no llorar. Tuve que obligarme conscientemente para no tomar su mano y acariciarla. No podía hacerlo, y menos delante de Amelie—. Tanto de lo que ha pasado, no habría pasado si yo hubiese tomado decisiones diferentes. Es más hasta me planté si no fue un error venir a Nerea. Si no me hubiese encontrado con Phillipó aquél día, él hoy estaría vivo y...

—Nadie acá te culpa de lo que ha sucedido Cassie, no lo hagas tú que eso lo único que hará será lastimarte —comentó Amelie—. No cargues una culpa que no te corresponde. Ni la muerte de Phillipó, ni la de nadie más es tu culpa.

—¡Tú casi mueres por mi culpa! —gritó—. ¡Un hombre perdió su brazo por mi culpa! Y no he tenido la valentía de ir a verlo. Phillipó murió por mi culpa y... todos deberían odiarme.

Los Auris no podían hacer crecer extremidades de la nada. Podían curar y cerrar heridas, pero no reconstruir miembros. Habían un par de personas que habían perdido un brazo en el ataque, un Aqueo de Fuego y un Sempler. No sabía a cuál se refería ella, pero probablemente había sido cuando detuvo el tiempo por breves segundos. Yo había quedado fuera del alcance de su poder, por lo que había podido ver lo que estaba haciendo.

—No podrías haber imaginado que eso iba a pasar Cas —le comenté—. No es tu culpa, y créeme cuando te digo que si te culpas por todo lo que te va a salir mal, no tienes cabida en esta guerra. Todos vamos a cometer errores o vamos a tomar algunas decisiones, que quizás terminen mal. Pero precisamente de eso se trata —sus ojos amarillos relucían húmedos mientras me observaba como un cachorrito herido. Pero no iba a endulzarle la situación, eso no sería de ninguna ayuda para ella, todo lo contrario—. Se trata de tratar de tomar las mejores decisiones que podamos, en los momentos más difíciles, y vivir con las consecuencias. Se trata de aprender de los errores que cometamos. Se trata de ayudar a quien podamos y de seguir adelante. Si pretendías que todo te saliera bien... estabas siendo ilusa e ingénu.

—No seas patán —replicó Elica.

¿Elica defendiendo a Cas? Igual no tenía que defenderla de mí. Yo sólo pretendía ser honesto y ayudarla.

Cas levantó una mano en dirección a ella y le respondió: —No es un patán—. Luego me miró nuevamente. Sus mejillas pecosas estaban un tono más rosado que de costumbre y su cabello cobrizo le caía sobre sus hombros—. Gracias por decirme lo que necesitaba oír, aunque fuera crudo y rudo. Tienes razón. Con culpa no voy a llegar a ningún lado. Esa es una actitud de la Cassandra de antes y no se que me ha hecho llegar a ese lugar de mierda, pero... gracias.

Asentí y le hice un gesto afectuoso. Me controlé nuevamente para no tomar su rostro y besarlo. Cas tomó un trago, indicando el final de su turno.

—Supongo que es mi turno —repliqué—. El mío sería incertidumbre. El no saber lo que viene y no poder controlarlo. No poder prepararme para eso. No saber cómo finalmente van a morir los hijos de puta de mis padres, o si voy a estar allí para verlo. Necesito tantas respuestas que no tengo.

No di espacio a réplica. Tomé la botella y tomé mi trago. Ya había hablado demasiado, y no me generaba comodidad abrirme así con tanta gente. Quizás si hubiese estado solo con Cas, hubiese ampliado el detalle de mis sentimientos.

La voz de Elba resonó desde mis espaldas.

—Dolor y... ansiedad —dijo—. Como si hubiese estado jugando todo el tiempo con nosotros. ¿Cuánto tiempo tendría allí? ¿habría escuchado lo que dijo Cas?

Comenzó a caminar lentamente hacia nosotros y se sentó a mi lado.

—Phillipo era mi hogar, y el dolor que siento al perderlo no se compara con ningún otro dolor que haya experimentado antes. Y siento además —se acarició el rostro, de forma pensativa. Ya no lloraba, pero su expresión coincidía con el dolor que dijo sentir— la ansiedad que sentimos todos cuando perdemos nuestro hogar. Me siento sin rumbo, sin timón y sin destino, y eso además de dolor, me genera mucha ansiedad.

TERCERA PARTE

LA ALIANZA

CAPÍTULO 36

CASSANDRA

Me había negado rotundamente a iniciar las sesiones de terapia con Auris. Thorin me había dicho que, si no quería que fuera con él, podía derivarme a otro de su equipo.

Pero no. No estaba bien. ¿Quién era yo para necesitar sanar mi alma? Mi sufrimiento no se comparaba ni a leguas con el del 95% de las personas que me rodeaban.



Nada podría haberme preparado para la ceremonia de conmemoración a los caídos. Ciento dos vidas se habían perdido en el último ataque, entre ellas la de Phillip. Si, aún no lo podía creer. No sabía qué era peor: mi propio dolor, el de Elba o ver a mi padre tratando de parecer fuerte para nosotros, pero yo sabía que por dentro estaba completamente roto.

Algunas personas se habían ofrecido como voluntarios para preparar los cuerpos, los habían envueltos en sábanas blancas. En el centro de la cubierta, yacían los ciento dos cadáveres de guerreros de Oasis. Ciento dos. Maia, Phillip y cien personas más. Con amigos, familias, parejas e incluso hijos.

Maia. Ella también había muerto. No habíamos sido muy cercanas, pero entrenábamos juntas con el resto de los Dantras de Oasis, y siempre había sido amable con todos.

Lo único que me daba un poco de alivio, (si es que podía llamarse así), era saber que Amelie y Stephano (el hombre que había perdido su brazo por mi culpa), no se hallaban entre aquellos cuerpos sin vida.

El único sonido que se escuchaba era el del vaivén de las olas del mar, y el golpeteo de ellas contra el casco del barco.

Los cuerpos se encontraban en el centro de la cubierta, y mi padre se colocó tras ellos para dar su discurso.

—Ninguno de nosotros quisiera estar aquí ésta noche —la luz de la luna iluminaba tenuemente su rostro— pero lamentablemente hemos perdido a ciento dos amigos, aliados, familiares y sobre todas las cosas, valientes guerreros que dieron su vida por Margadorat. —Recorrió con la mirada los cuerpos inertes frente a él. El de Phillip era evidente, porque a pesar de que todos estaban cubiertos con sábanas blancas, él era más pequeño que los demás—. Dieron su vida, por la esperanza de algún día ver el cambio en nuestro reino. Dieron su vida por la libertad, y a pesar de que ellos mismos no lleguen a verla, todos nosotros nos aseguraremos de que no hayan dado sus vidas en vano.

Alzó su varita hacia el cielo y tras murmurar unas palabras, el cielo se tiñó con imágenes de las ciento dos víctimas. Eran como videos - hologramas traslúcidos y a color, de sus mejores momentos en vida: riendo, practicando, hablando con sus familiares y amigos.

Ni uno de los allí presentes pudimos retener las lágrimas. Lágrimas de tristeza, de nostalgia y de dolor.

Me quedé embelesada observando a Phillip reír junto a Elba en aquella imagen, y a la Elba de carne y hueso, que estaba junto a mí, le tomé la mano en señal de apoyo. Ella sollozaba y

temblaba a mí lado, observando por última vez a su amado.

Baltazar se hallaba en lo alto del cielo, en su forma de Woch, y Jacobo comenzó a utilizar su poder para hacer que los cuerpos flotaran uno a uno sobre el mar, lejos del barco, para que Baltazar pudiera prenderlos fuego.

Hubiese sido una hermosa ceremonia, si no fuera por lo dolorosa que era.

Entre llantos, observamos a los cuerpos desaparecer en cenizas eternas, mientras las imágenes seguían iluminando la noche.



Los días que siguieron a la muerte de Phillip o juré que más nunca me victimizaría. Juré que yo era más fuerte que mis circunstancias y que no me iba a hundir por sentimentalismos.

Lo que me había dicho Jacobo era tan acertado que daba miedo. Era exactamente lo que necesitaba escuchar en ese momento. Una guerra no se ganaba llorando un rincón ni lamentándose de lo que había sucedido. ¿Qué pensaba? ¿Qué no moriría nadie más? Con esa ingenuidad no iba a lograr absolutamente nada. Lucharía y haría lo que fuera necesario para salvar al reino. No solo como una ciudadana, que había visto el dolor de amigos, seres queridos e incluso de desconocidos, desde cerca... sino como Cassandra Baltich princesa heredera del reino de Margadorat. Cuando todo acabara, vería si seguía necesitando la dichosa terapia. Quizás en ese momento ya estaría muerta.



Efectivamente el resto del viaje a Bandorvet había transcurrido sin sobresaltos ni mayores problemas. Allan, el Comandante General de los reinos submarinos de Bandorvet, nos había escoltado y protegido tanto en la superficie, como en las profundidades del mar.

Había practicado incansablemente junto con Amelie, que se encontraba recuperada en su totalidad, y junto con Balti y el resto de los Dantras.

Incluso, partes del camino a Bandorvet los hice volando como Sissie. Era mi forma de alejarme de todo y de todos, y de sentirme libre y plena, (dentro de lo posible, claro). Pero si era verdad que estar en el barco durante tantos días ya me había generado una especie de... ¿claustrofobia? Cuando volaba, ya no lo sentía. Me sentía poderosa y recuperaba parte de mi confianza perdida.

A Jacobo lo seguí viendo a escondidas, y nuestra relación había continuado creciendo, junto con mis sentimientos hacia él. Me apoyaba y me ayudaba a ser mejor y superarme, en todos los sentidos. Ya que no debíamos preocuparnos por sobrevivir, por lo menos en lo inmediato, Jacobo continuó dando clases de hechicería a los guerreros del barco, especialmente en lo relativo a la defensa y ataque en batallas.

Por otra parte, mi padre estaba desconsolado. Nunca lo había visto así, y eso causó que se me rompiera un poco más el corazón. Él trataba de no demostrarlo, pero había llegado a conocerlo lo suficiente como para detectar sus estados de ánimo.

Elba simplemente sobrevivía. Comía, ayudaba con lo que se le pedía y dormía. Luego repetía todo nuevamente.

Había hablado con ella en algunas oportunidades, y me había repetido hasta el cansancio que la muerte de Phillip no había sido mi culpa. Yo simplemente no quería pensar en eso.

Evan estaba mejorando, de a poco volvía a ver resabios del amigo que había conocido en el Instituto de Hechicería de Valterra. Y Valentino, bueno... estaba tratando de encontrarse a sí mismo.



Desde que llegué a Nerea había visto muchas cosas impresionantes, podríamos decir que demasiadas, pero aun así no pude evitar sorprenderme ante lo que mis ojos veían en ese momento.

La costa de Bandorvet era, a todas luces, el espectáculo más increíble que había visto hasta el momento.

El océano era cristalino y un azul intenso mezclado con tonos verde aguamarina, pintaba sus aguas.

Me asomé por estribor para ver mejor la escena y a la distancia noté una costa preciosa con cientos de edificaciones de color mostaza y terracota, adornadas por árboles y arbustos de todos los tamaños y colores.

El sol resplandecía con intensidad sobre nosotros y el calor finalmente me abrigó, luego de haber pasado tantos días de frío por estar en mar abierto.

La escena era completamente surrealista. Ver tanta belleza después de tanto caos, dolor y tragedia, teñía la situación con un tinte agri dulce.

Lo más impactante de todo, era el ejército real de Bandorvet, que se dirigía veloz y elegantemente hacia nuestro barco. Sus uniformes de color dorado brillaban por el resplandor del sol, y por lo menos dos docenas de los casi cien soldados que volaban hacia nosotros, lo hacían sobre un Panleón Egipcio en lugar de sobre sus escobas.

Había visto imágenes antes de esa raza de dragones, pero definitivamente una cosa era ver una imagen u holograma y otra muy distinta era ver la versión de carne-huesos-pelos y escamas.

Los Panleones eran completamente despampanantes. Tenían un cuerpo de dragón, pero la cabeza era una mezcla entre un león y un dragón, y además tenían la melena característica de los leones, pero unos grandes cuernos coronaban sobre sus frentes.

Mi padre se encontraba en la cubierta del barco, junto con Jacobo, Thorin y algunos más de su círculo cercano, y había ordenado al resto de la tripulación que aguardaran en los camarotes. No había sido fácil contener a tal multitud que estaba desesperada por tocar tierra firme, y por un poco de esperanza, pero las órdenes del rey se cumplían, y eso habían hecho.

Unos minutos antes, Allan y el resto de su grupo, se habían despedido de mi padre y habían desaparecido hacia las profundidades del mar. Su trabajo, ya había sido cumplido.

Uno de los soldados que venía hacia nuestra dirección, el que iba al frente de la comitiva, se acercó al barco sobre un Panleón, y desde el lomo de su dragón, tomó una escoba y descendió hacia la cubierta del Oasis.

El hombre era alto, y su piel bronceada contrastaba con el dorado de su traje. El cabello castaño largo ondulaba por la brisa y la expresión de autoridad de su rostro era notoria.

Nunca lograba identificar la edad de las personas. En Nerea, la vida promedio era de

quinientos años. Por lo que ese hombre a pesar de parecer de treinta o cuarenta años, podría tener doscientos cincuenta y yo no tenía forma de adivinarlo. Recién a los trescientos ochenta o cuatrocientos años comenzaban a ser notorios los signos de la edad.

—Su majestad, es un honor conocerlo —se inclinó en una sutil reverencia y extendió la mano hacia el rey— mi nombre es Maximus Xyrgaard y soy la mano del rey Ronan Aldahir, nos conocimos hace muchos años—. Terminó de decir el soldado.

—Me recuerdo de ti Maximus, es un gusto volver a verte —John tomó su mano en un afectuoso saludo— y gracias por recibirnos bajo estas circunstancias.

—El rey Ronan Aldahir ha expresado su más profunda alegría ante la noticia de que usted está vivo y desea darle la bienvenida al reino de Bandorvet —agregó.

Sentí como se me quitaba un peso de encima.

—Te presento a mi hija, la princesa de Margadorat, Cassandra Baltich —hizo una seña y Maximus nuevamente hizo una reverencia, pero esta vez dirigida a mí. Me tomó la mano que le extendí en saludo y le dio un beso.

Maximus era un hombre imponente y que exudaba poder por los poros. Era tan alto como Jacobo y era incluso más ancho y musculoso que Baltazar. Tenía una cicatriz profunda que le cruzaba el rostro, desde la mejilla hasta la frente.

—Un gusto su alteza —agregó Maximus—. Permítanme que los escoltemos hasta la costa, los reyes los esperan.

Maximus se quedó a bordo del barco junto a nosotros, mientras avanzábamos hacia el puerto de Tiflys, escoltados por los soldados reales y los Panleones.

Mientras más nos acercábamos más podía detallar el pintoresco pueblo. Varios soldados más nos esperaban en la costa, y algunos civiles observaban curiosos hacia el barco.

—Su majestad —comenzó a decir Maximus, pero mi padre lo interrumpió: —Por favor, llámame John, —le pidió— no son necesarias tantas formalidades —agregó.

Maximus esbozó algo parecido a una sonrisa y continuó hablando: —John, los reyes ordenaron que te lleve junto a tu comitiva real, y tus aliados más cercanos hacia ellos para verse y conversar. El resto de tu tripulación será trasladada hacia unas tiendas de campaña que hemos dispuesto especialmente para recibirlos. Allí contarán con comida, un techo y todas las comodidades necesarias hasta que sean relocalizados.

—Con gusto Maximus —respondió John, y mirando a Jacobo le pidió que fuera a informar al resto de la tripulación que debían seguir las ordenes de Maximus que los llevarían a un lugar seguro.

Jacobo asintió y pasó de largo a mi lado para seguir las órdenes del rey.

La “comitiva real” como la había llamado Maximus, éramos: Amelie, Elica, Baltazar, Thorin, Jacobo, Elba y yo. El resto se debía dirigir a las tiendas de campaña que había indicado la *mano* del rey Ronan.

El barco ya había llegado a puerto, y antes de partir junto a mi padre y el resto del grupo, les pedí un momento para despedirme de Valentino y de Evan.

Bajé a buscarlos, y me dirigí al camarote de Evan, pero no se encontraban allí, por lo que los busqué en el comedor y en el camarote de Valentino. Estaban en este último lugar, junto con Federico.

—No quería irme sin antes despedirme —les dije una vez que Federico me abrió la puerta y me permitió pasar—. Nos vamos a ver pronto, pero quería avisarles que me voy con mi padre y el resto a ver a los reyes de acá.

—Gracias por avisarnos Cassie —respondió Valentino— pero, ¿estás segura que

estaremos bien con esta gente? —agregó.

Yo asentí con la cabeza y respondí: —Segurísima. Mi padre conoce bien a los reyes y conoce también a su Comandante General quien organizó todo. Van a estar bien. Vamos a estar bien.

Evan me sonrió tímidamente desde donde se encontraba sobre una de las camas.

«Dios, como extraño la sonrisa de mi amigo».

Luego dijo: — No te olvides de nosotros.

—Como si fuera posible —le respondí con una sonrisa—. Bueno, debo irme, pero nos vemos pronto, ¿sí? —los tres asintieron y luego de darles un abrazo me fui nuevamente.



Bajamos del barco en nuestras respectivas escobas, escoltados solo por Maximus y dos soldados más. El resto se quedó atrás, organizando a los demás en grupos para llevarlos a las tiendas de campaña, (que nos habían indicado que estaban a pocos minutos de vuelo de la costa).

Estaba obnubilada por el paisaje y en menos de media hora de vuelo, divisé lo que parecía ser un pequeño castillo encaramado en la ladera de una montaña.

Descendimos en las puertas exteriores del mismo, esperando indicaciones de Maximus.

Crucé brevemente la mirada con Jacobo y noté como la comisura de sus labios se curvaban casi imperceptiblemente hacia arriba.

Baltazar se colocó junto a él y le dijo algo que no llegué a escuchar.

Elba se acercó a mí y me dio un apretón en la mano, para transmitirme seguridad. Era tan increíble que me trataba de dar ánimos a mí, cuando la que los necesitaba era ella.

—Todo va a estar bien mi niña, —levantó la mirada en mi dirección, y yo le sonreí en agradecimiento por su apoyo—. Los reyes de seguro que nos ayudarán y volveremos más fuertes que nunca.

No dijo nada de Phillip, y me sorprendió que dijera esos comentarios tan esperanzadores. Como si pisar tierra firme la hubiese ayudado de alguna forma.

—Esta es una de las casas de verano de los reyes, estamos en la provincia de Tiflys. Síganme por favor —replicó uno de los soldados.

Seguimos a Maximus y a los otros dos hombres hacia el interior del castillo, a través de un hermoso camino de piedras. Por todos lados se observaban soldados que resguardaban el lugar.

Al ingresar, noté como los techos altos estaban adornados por candelabros de luces, y las paredes se encontraban vestidas con cuadros enormes y algo excéntricos.

Nos recibieron los criados que elegantemente vestían un uniforme negro con bordes y detalles en color dorado.

Caminamos por algunos pasillos hasta que finalmente Maximus abrió una puerta que daba a una sala en la cual se encontraban los reyes de Bandorvet: Ronan y Xelena Aldahir.

Primero vi al rey, sentado elegantemente en su trono dorado. Vestía de forma particular, con una especie de camisola ancha de seda de color rojo, que en el centro del pecho tenía decoraciones, incrustaciones y joyas de color dorado (probablemente de oro), el pantalón era de la misma tela, con un cinturón también dorado, y adicionalmente llevaba una capa del mismo material, que le cubría el cabello y caía con elegancia sobre su cuerpo. Sobre aquella capa roja, descansaba su corona dorada, elegante e imponente. Su rostro denotaba poder y

honestamente daba un poco de miedo. La piel parecía tostada por el sol, y tenía una tupida barba negra, que enmarcaba su rostro estilizado, pero a la vez tosco.

A su lado, se encontraba Xelena Aldahir, y era completamente despampanante. Llevaba un vestido largo, que le cubría todo el cuerpo, en tonos dorados y beige, con texturas abstractas. Sus cejas gruesas y delineadas perfectamente, realzaban sus ojos grises y su mirada profunda. Tenía el cabello negro y liso recogido sobre su cabeza, y cubierto por una túnica de los mismos tonos que el vestido, y también llevaba una corona dorada que denotaba su posición de poder.

El salón del trono estaba rodeado de custodios, que se pusieron alertas tan pronto ingresamos por la puerta.

Yo iba justo al lado de mi padre y pude ver el momento exacto en el que una sonrisa asomó en su rostro y se acercó con efusividad a su ¿viejo amigo?

Así mismo, y a pesar de que la expresión del rey Ronan parecía impenetrable, también sonrió al ver a mi padre, se colocó de pie y caminó hacia él. Cuando estuvieron cerca, ambos se abrazaron con emoción.

«Nota mental para mí: preguntarle a mi padre qué tan cercano es con el rey Ronan y cuándo se conocieron».

—No te puedo explicar la felicidad que sentí al enterarme de que estabas vivo y camino hacia acá, querido amigo —la voz de Ronan era ronca, grave e intensa. Claramente le hacía honor a su aspecto.

Mi padre le sonrió y le dio un amistoso apretón en el hombro.

—No ha sido nada fácil Ronan, y lo último que quería era tener que involucrarte en los problemas de Margadorat, pero no hemos tenido alternativa —la voz de mi padre estaba teñida de esperanza y nostalgia—. No dudaba que nos recibirías con los brazos abiertos, a pesar del tiempo, te considero y siempre te consideraré un gran amigo.

—Lo mismo digo John, tenemos mucho de qué hablar —agregó Ronan, pero ya su entonación había cambiado, aunque en ese momento no pude percibir a qué se debía ese cambio—. Yo también te considero un gran amigo y aunque nuestros reinos estén siempre por sobre nuestros deseos o afectos personales, estoy seguro de que hablando vamos a poder ayudarnos mutuamente.

—Seguro que sí, —respondió John— permíteme que te presente a mi hija, Cassandra —agregó y me señaló. Caminé más cerca de ellos y con una reverencia, saludé al rey de Bandorvet.

Él se acercó a mi lado y me dio un beso en la mano.

—Sin dudas eres hija de Anastasia. Tienes sus ojos. —Al escuchar el nombre de mi difunta madre, algo se removió incómodo en mi interior—. Es toda una belleza tu hija, —comentó dirigiéndose a mi padre— y me alegro de que haya sobrevivido.

John simplemente sonrió y le presentó al resto de los que habíamos ido con él.

Luego se acercó Xelena, y repetimos la ronda de presentaciones.

—Permíteme que los acompañemos a las habitaciones que hemos dispuesto para su estadía —replicó la reina con amabilidad.

—Hemos organizado una cena John, para que podamos hablar bien y para que conozcan al resto de mi familia —Ronan caminaba erguido frente a nosotros y junto a su esposa—. La idea es que puedan darse un baño, cambiarse de ropa y los esperamos en el comedor en un par de horas. Hemos dispuesto también a dos sirvientes para que estén a disposición de cada uno de ustedes. Una vez que se hayan instalado, les harán llegar algo de ropa acorde con la ocasión.

—Son muy amables —respondió John— no había necesidad de que invirtieran tanto en recibirnos.

—Recibimos a un rey y a su delegación, con los honores que amerita. Así como seguro lo harías tú por nosotros.

John asintió y seguimos el camino hacia las habitaciones. Todo el interior del castillo era escandalosamente lujoso y con decoraciones excéntricas. Adornos, cuadros y alfombras adornaban cada rincón.

Todas las habitaciones que nos habían reservado, se encontraban en un mismo pasillo, y nos indicaron a cuál debíamos ingresar.

A cada uno de nosotros se le asignó una habitación individual.

Ingresé a la mía y era realmente despampanante. Nunca antes había estado en el interior de un castillo, pero era muy parecido a lo que habría imaginado de ver tantas películas de realeza en el pasado. Una cama enorme se encontraba en el centro, decorada con telas lujosas y un sinfín de almohadones decorativos, a la izquierda había un sofá de terciopelo violeta que reposaba justo debajo de un enorme ventanal con una vista preciosa al bosque. Comencé a recorrer todo, tocando cada adorno y probando la cama, los muebles y todo lo que veían mis ojos. Demasiado lujo, ¿Quién diría que pasaría de dormir en el orfanato Lagenberg a dormir en un castillo lujoso con una habitación de este tamaño solo para mí?

Golpearon a la puerta de madera y me acerqué para abrir. El pomo de la puerta parecía de oro, y se encontraba frío al tacto.

—Un gusto su alteza, le hemos traído la vestimenta para la cena —comentó una de las jóvenes sirvientas al verme.

—No es necesario, tengo algo de ropa en la mochila —respondí. Definitivamente no necesitaba que me vistieran.

—Si me permite pasar, le podemos mostrar lo que hemos traído, —comentó la otra chica— la cena es elegante y se nos ha instruido especialmente en ayudarla a prepararse para la noche.

—¿Prepararme? —pregunté con el ceño fruncido— Es solo una cena, ¿para qué me tengo que preparar?... me ducho, me visto y ceno. ¿No?

—Verá su alteza, es que los reyes son muy exigentes con las formalidades y las costumbres. Las cenas son elegantes y no se permite que los comensales asistan vestidos de cualquier manera—. Continuó diciendo la chica. —Pero no se preocupe por nada que para eso hemos venido, para ayudarla a estar a tono con las circunstancias.

No podía rechazar algo así, e imaginaba que los jeans que traía en la mochila no serían muy apropiados para la ocasión, ni las ropas de combate. Por lo que las invité a pasar y a los pocos segundos ya estaban acomodando unos cofres en el medio de la habitación.

—¿Les puedo preguntar sus nombres? —comenté al tiempo que terminaban de acomodar las cosas.

—Si claro su alteza, mi nombre es Sophie y ella es mi hermana Leticia. —La que respondió fue la que había hablado primero cuando les abrí la puerta. Era muy hermosa. Tenía la piel morena, el cabello negro recogido en un moño alto y estaba vestida con el uniforme de servicio del castillo.

Su hermana tenía características similares y estaba vestida igual, pero había algo en Sophie que la hacía destacar.

—A mi pueden llamarme Cassie, un gusto en conocerlas, y gracias por ayudarme.

Sophie y Leticia me prepararon un baño y estuve sumergida en la tina unos veinte

minutos más o menos. El agua tibia se sentía como una caricia sobre mi piel. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba relajarme hasta que estuve allí, con los ojos cerrados y sin pensar en nada más. Sólo siendo consciente de mí, de mi cuerpo y de las sensaciones sobre mi piel.

Trataría de ignorar la punzada de culpabilidad que también me generaba la situación.

Luego del baño, me ayudaron a maquillarme, me colocaron joyas y finalmente me mostraron el vestido que iba a usar.

Al verlo por poco se me cayó el mentón al suelo. Ese vestido era demasiado... *revelador*.

Definitivamente no era lo que esperaba.

La tela era de color dorado, pero con transparencias irregulares por el abdomen, los brazos, la espalda y las piernas. Parecía ser tallado al cuerpo y era muy hermoso.

—¿En verdad es eso lo que los reyes esperan que use?

Ambas asintieron. La mirada de Sophie parecía un poco apagada.

Cuando estuve lista, me vi al espejo y la Cassie que veía allí, definitivamente parecía una princesa. Luego de que me ayudaron a colocar el vestido, me colocaron una tiara dorada sobre la cabeza. Llevaba el cabello suelto y ondulado, que caía grácilmente sobre mis hombros y me llegaba a la cadera. Por su parte, el maquillaje que me habían hecho hacía resaltar completamente mis ojos amarillos.



Ya estábamos en el comedor aguardando a los reyes y a sus hijos. A todos los allí presentes nos habían entregado ropas adecuadas para la ocasión. Es decir, completamente lujosas y despampanantes. Mi padre vestía como un rey, con un traje elegante en tonos azules y beige, y por primera vez lo veía utilizar una corona.

Nos encontrábamos sentados en una larga mesa, vestida de forma magistral con vajilla de cristal. A mi izquierda se encontraba sentado mi padre, y a mi derecha Jacobo, que al verlo con ese traje de color blanco creí que me desmayaría.

El resto también había llegado ya, y sólo había cinco puestos libres: dos para los reyes, que estaban a la cabeza de la mesa, y tres para sus hijos.



CAPÍTULO 37

CASSANDRA

El primero en entrar por las puertas del elegante comedor del castillo fue el rey Ronan, quien venía escoltado por al menos dos soldados. Lo siguió su mujer. Ambos iban vestidos muy elegantes, y tenían un porte y una seguridad envidiables.

Nos pusimos de pie para recibirlos y el rey nos saludó primero con un gesto de su cabeza, para luego agregar: —Buenas noches a todos —nos recorrió con su mirada— veo que los atuendos que les hemos puesto a su disposición fueron de su agrado, nos complace.

—Muchas gracias Ronan, por toda la amabilidad que han demostrado con nosotros —agregó John.

—Es un placer John. Permítanme que les presente a mis hijos —le hizo una señal a uno de los guardias y las puertas nuevamente se abrieron, y dejaron pasar a una pequeña niña de no más de ocho años, escoltada por soldados. Tenía el cabello negro oscuro, y una mirada dulce e inocente.

—Les presento a la princesa Jennah, la más pequeña de la familia —comentó Ronan mientras la niña se acercaba a sus padres y nos sonreía tímidamente.

—Un gusto conocerlos —agregó ella. Palabras muy formales para una niña pequeña.

—Un gusto conocerte —comenté al tiempo que el resto de los que estábamos allí presentes también la saludaban.

Jennah se sentó en el asiento junto a su madre, que quedaba justo frente a John.

Las puertas volvieron a abrirse y esta vez ingresó una mujer joven, quizás algunos años mayor que yo. Era muy hermosa, pero noté en su rostro una mirada muy triste, o por lo menos eso parecía. Tenía el cabello negro liso y largo hasta las caderas. Trató de sonreírnos mientras su padre la presentaba: —Ella es la princesa Olivia.

Olivia se sentó junto a Jennah, justo frente a mí.

Le sonreí y le hice un gesto con la mano de saludo, el que ella devolvió con una sonrisa amable.

Por tercera vez se abrieron las puertas y por ellas ingresó un hombre bastante imponente. Quizás era tan alto como Jacobo o Baltazar. Llevaba un traje negro, y una pequeña corona dorada sobre su cabeza. Su rostro era de rasgos simétricos y pronunciados, y se parecía bastante a su madre, pero en versión masculina. Tenía un porte que irradiaba poder, como su padre, y aires de arrogancia.

Él no sonrió, sino simplemente se limitó a asentir con la cabeza hacia nosotros.

—Buenas noches —replicó con una voz gruesa y fría. Luego se sentó junto a Olivia, frente a Jacobo— mi nombre es Malek Aldahir, bienvenidos a Bandorvet.

Después de que el rey Ronan hiciera todas las presentaciones, los mayordomos comenzaron a servir las entradas y a llenar nuestras copas con una bebida desconocida.

Tomé la mía y la posé sobre mis labios para probar la bebida de color diamante y burbujeante que habían servido. Era completamente deliciosa, hasta me atrevería decir que más que el vino de rose. Sabía cómo a coco, pero con alcohol y algo más que no lograba diferenciar.

—Por favor pueden comenzar a comer —comentó Xelena—, esperamos que disfruten de la comida.

Eso hicimos, y el comedor estaba sumido en un silencio incómodo, como si nadie

supiera bien qué decir, o cómo empezar a hablar de lo realmente importante.

—Gracias por todas las atenciones —fue Jacobo a mi lado quien rompió el hielo.

—No hay de qué Jacobo —respondió Ronan—. He de confesar que me sorprendió muchísimo que el mismísimo Jacobo D'Amico, sea uno de los aliados más cercanos de John. ¿El hijo de sus peores enemigos? —tomó un sorbo de su trago y miró a Jacobo con una mirada que fácilmente haría temblar a cualquiera. —Eso es algo difícil de imaginar.

—Jacobo no tuvo la culpa de nacer en esa familia —intervino mi padre— pero sí tuvo la suerte de crear sus propias convicciones y opiniones, y ser el hombre ejemplar que es hoy en día. No sólo es mi mano derecha, sino que confiaría mi vida en él sin dudarlo ni un segundo.

Claramente los reyes tenían alguna desconfianza en Jacobo, por el tono y las palabras que utilizaban. Y por un lado los entendía, a fin de cuentas, ellos no lo conocían, y ciertamente era extraño que el hijo de Adrien y Helene fuera en realidad un aliado de Oasis.

—Me alegro que así sea —sentenció Ronan. —Entiendo que tenemos muchas cosas de que hablar John, ya que esta no ha sido ni por lejos una visita social, así que, si gustas, podemos comenzar esa conversación ¿qué dices?

—Me parece perfecto —respondió mi padre, dejando los cubiertos sobre la mesa, y juntando sus manos.

—¿Qué tal si empezamos por el principio? —sugirió Ronan—. ¿Cómo es que estás vivo y dónde has estado todo este tiempo?

Probablemente, ya Allan le había hecho llegar la información que había obtenido en el barco, pero en ese momento, mi padre les comenzó a contar a los reyes, con lujo de detalles, todo lo que había sucedido, desde que se suponía que había muerto y hasta llegar a las costas de Bandorvet.

La parte más importante y con la que mi padre probablemente planeaba negociar, era el tema de que Adrien y Helene estaban utilizando el Zarbala y haciendo los rituales del libro para llegar al núcleo del poder. No estábamos seguros de si habían seguido con los asesinatos luego de que nos fuimos, ya que no teníamos acceso a esa información. Aún faltaban varios rituales más del Zarbala, pero lo cierto era que ya habían logrado llenar muchos cristales arcanos con poder, y solo era cuestión de tiempo de que lo completaran. Sospechábamos que su intención era invadir Bandorvet para expandir su reinado del terror.

Para el momento en que mi padre terminó de contar toda la historia, las copas hacía rato que se habían vaciado y no había nadie para reponer las bebidas.

—Lamento todo lo que has tenido que pasar John. Y sobre todo lamento la muerte de Anastasia—. Comentó Xelena.

—Lo que están haciendo es realmente preocupante, pero pretendo ser contigo cien por ciento honesto, —replicó Ronan con expresión seria (bueno, era evidentemente la única expresión que tenía ese hombre en el rostro)— y debo decirte que no me preocupa ni un poco la seguridad de Bandorvet ni lo que puedan intentar hacer Adrien y Helene con ese libro que mencionas.

Mi padre intentó interrumpirlo, pero Ronan alzó la mano para detenerlo y continuó hablando.

—Bien sabemos que por la península de Sorya no se animarían a cruzar ni en un millón de años, y por el resto del mar de Sorya no lograrían hacerlo.

—Nosotros lo hicimos —intervino Jacobo.

—Ustedes lo hicieron porque nosotros lo permitimos —sentenció el rey.

Y eso era verdad. Sin Allan y su gente, probablemente no hubiésemos podido cruzar.

Aun así, perdimos a muchas personas en el camino.

Jacobo no respondió nada y el rey Ronan continuó hablando: —Pero no por eso significa que no esté dispuesto a darles asilo, y lo que seguramente necesitan aún más —hizo una pausa y finalmente confirmó: —un ejército a su disposición.

Sentí un alivio instantáneo al escuchar aquellas palabras. ¡Nos iban a ayudar! Casi no caía en cuenta de las palabras que había escuchado, pero el rey continuó diciendo: — simplemente tengo dos condiciones sencillas.

—¿Cuáles? —preguntó mi padre, quien por algún motivo no parecía sonar tan aliviado como yo me sentía.

—Si bien no me preocupa un ataque por parte de Margadorat, la realidad es que si tengo una preocupación y es la inminente alianza entre los reinos de Argazar y Nordenard.

Si apenas sabía información de Bandorvet, mucho menos tenía idea de los reinos de Argazar y Nordenard. Sólo los había visto en el mapa de Nerea y sabía que quedaban al oeste de Bandorvet.

—¿Alianza de qué tipo? —preguntó John con seriedad.

Los rostros de Elica y Amelie, se encontraban casi sin expresión. No lograba descifrar qué estaban pensando. Baltazar tenía la mirada fija en el rey, y estaba como en un estado de alerta continuo, y Thorin por su parte, tenía la misma expresión de serenidad y paz que lo caracterizaba.

—Tienes mucho tiempo alejado de la vida pública y política del resto de los reinos, pero debes saber que las cosas han estado bastante acaloradas las últimas décadas.

—¿Acaloradas en qué sentido? —intervino Baltazar.

—Pues los reinados de Argazar y Nordenard no han parado de generar conflictos con nosotros—. El rey Ronan tenía una postura estoica y firme mientras hablaba. —Han intentado convencernos de que debemos extraer los recursos naturales de los mares de Cifia y Berica, y si bien nos hemos negado rotundamente, sólo tenemos la soberanía sobre nuestra porción de las costas, pero ellos están arrasando con todo lo que pueden.

—¿Por qué harían eso? —preguntó John.

—Dicen que porque descubrieron un mineral que permite generar energía a muy bajo costo, —apretó la boca en una línea tensa y Xelena le tomó la mano con un gesto cariñoso. — Pero estamos seguros de que hay algo más. Los tritones, las sirenas, los Comehombres y las demás criaturas que habitan sus mares, han huido a nuestra frontera solicitando asilo, pero son demasiados y el mar no es infinito, están generando un problema de sobrepoblación y escasez de recursos.

—¿Y por qué no se han defendido? —pregunté—. ¿Cómo es posible que ataquen así el lugar donde viven tantas criaturas? No debería estar permitido.

—No lo está —la voz gruesa de Malek fue quien me respondió—. Históricamente los gobernantes de los reinos de Nerea acordaron jamás interferir en las profundidades del océano y si bien tenemos soberanía sobre partes del mar, la realidad es que generalmente son gobernados por los reinos submarinos. En el mar de Sorya, por ejemplo, parte de los reinos submarinos son aliados a Bandorvet y reconocen a mi padre como el rey, pero hay muchos otros que no reconocen otra autoridad que la propia de ellos—. Tenía las manos sobre la mesa y apretó los puños a tal punto que sus nudillos se pusieron blancos. Como si realmente le molestara mucho algo. —Pero en el último tiempo los reyes de ambos reinos acordaron sin ningún tipo de votación al respecto, ni consentimiento por parte de los reinos submarinos, dejar sin efecto esos acuerdos y están haciendo los que le da la puta gana.

—Malek, las palabras —comentó su madre. —Por favor.

Él la miró con la mirada oscura y continuó: —La princesa de Argazar, Leandra, se casó con Lucius, el príncipe de Nordenard, con la intención de crear una alianza y sólo es cuestión de tiempo que intenten invadir nuestras costas y atacarnos. —El príncipe Malek le dirigió una gélida mirada a Jacobo—. Parece que el espíritu de tiranía de Margadorat se extendió por toda Nerea. Sólo nosotros nos mantenemos fieles a nuestras tradiciones y parecemos ser los únicos en respetar a su pueblo.

Jacobo a mi lado se puso rígido, pero no respondió nada. Que injusto era que dijera eso de esa manera, como si Jacobo fuera el culpable de las acciones de sus padres.

—Y la cuestión no se acaba allí —dijo el rey Ronan—. Ha habido varios intentos de asesinato a mi hija, a Olivia.

Volteé a ver a la princesa, que con la mirada apagada observaba atentamente la conversación sin emitir palabra.

—Creemos que hay un infiltrado en Bandorvet y planean desestabilizarnos para invadirnos. Esa es nuestra preocupación principal —sentenció con firmeza Ronan—. Déjennos a solas ahora —le ordenó el rey a los sirvientes y soldados que se encontraban en el comedor.

Una vez que todos salieron, sacó su varita mágica: — *Sonorum estratengi le pertat*. Con esas palabras, conjuró un hechizo que aislaba el ruido para que nadie fuera del salón comedor pudiera escuchar lo que estaba por decir.

—Sospecho, además, —nos recorrió a todos con la mirada penetrante— y espero por el bien de todos que esta información no salga de esta habitación. Sospecho que alguien de Bandorvet está aliado con Argazar y Nordenard, y eso hace que no pueda confiar ciegamente en nadie. Los intentos de asesinato a Olivia han ocurrido en circunstancias y de maneras demasiado... convenientes para quien haya intentado matarla.

¿Quizás por eso tenía esa expresión de tristeza la princesa Olivia?

—Lamento muchísimo escuchar eso —comentó mi padre—. Imagino el mal momento que deben estar pasando y el terror que les debe invadir de pensar en que la vida de su hija está en peligro. —Volteó a ver a Olivia y le dijo directamente a ella: —Siento que hayas pasado por eso princesa Olivia. Y si podemos ayudar en algo, no duden que lo haremos.

—Lo que quiero decir es que no puedo confiar en nadie de este reino para mantener la seguridad de mi hija —replicó Ronan—. Por lo que una de las condiciones, es que necesito a alguien de tu plena confianza para que sea su guardaespaldas día y noche. Las 24 horas del día. Y ese alguien debe salir de esta mesa. Sólo así me aseguraré de que tu confianza hacia esa persona es absoluta.

La dulce voz de Olivia sonó por primera vez en toda la noche: —Ya te he dicho que no necesito que nadie me haga de niñera padre, puedo cuidarme bien sola.

La mirada gélida del rey hacia su hija dio a entender que no estaba de acuerdo con aquella apreciación.

—Sabes bien que no debes interrumpirme cuando hablo. Y no hay discusión alguna al respecto.

Justo antes que mi padre respondiera, Baltazar se ofreció: —Yo lo haré, su majestad. Si me lo permite. Yo cuidaré de Olivia.

Mi padre volteó a ver a Baltazar con una mirada de agradecimiento. Al ofrecerse, le había ahorrado el mal momento de tener que pedirle a alguien que dejara todo de lado para ser la “niñera” de Olivia, como ella misma lo había llamado.

La princesa volteó a ver a Baltazar y se endureció su expresión antes de hablar: —

Gracias por ofrecerte, sé que no debe ser divertido ser la niñera de nadie. —Lo siguiente que le dijo a Baltazar, lo hizo mientras miraba de soslayo a su padre—. Y pronto te darás cuenta que puedo cuidarme bien sola.

—Nadie lo duda hija —Xelena fue quien habló esta vez, como si tratara de calmar las aguas entre Olivia y el rey—. Pero nunca está de más que alguien te cuide las espaldas. Uno no puede estar alerta 24/7. Eso no quiere decir que seas una damisela indefensa.

La mirada de Olivia se suavizó un poco ante las palabras de su madre.

—Ahora necesitaría a alguien que cuide de Jennah —agregó el rey—. Si bien no han intentado nada contra ella, no puedo ser negligente cuando se trata de la vida de mis hijas.

—Yo lo haré —fue Thorin quien se ofreció esta vez.

—Gracias a ambos —comentó mi padre, y luego se dirigió a Ronan: —Tanto Baltazar como Thorin son personas de mi plena confianza, y no solo eso, también son dos de las personas más poderosas de Oasis. Incluso me atrevo a decir que de toda Margadorat. Tus hijas estarán en buenas manos.

—Estoy agradecido John.

—¿Así que esas serían las dos condiciones? —inquirió John.

—No, esa sería la primera condición.

—¿Y cuál sería la segunda? —la voz de Jacobo resonó a mi lado.

—La segunda condición es que tu hija debe casarse con el príncipe Malek.

CAPÍTULO 38

CASSANDRA

En ese momento volteé a ver a Malek que tenía el rostro inexpresivo, luego miré a Jacobo a mi lado que estaba completamente pálido y finalmente caí en cuenta de lo que acababa de decir el rey Ronan, y creí que me iba a desmayar.

¿Yo casarme con Malek? ¿Estaba loco? Si ni lo conocía. Si yo ya tenía una relación con Jacobo... aunque nadie lo supiera aún. Además, a Malek lo conocía hace 2 nanosegundos. ¿Qué rayos le pasaba a ese hombre?

—Es una broma, ¿no? —respondí alternando la mirada entre el rey y Malek—. Si ni nos conocemos. Tiene que ser una broma.

—Cualquier cosa menos esa Ronan, por favor—. Respondió mi padre. —Es mi hija y no puedo hacerle eso, por favor.

—Me ofende sinceramente que digas eso, como si casarse con mi hijo fuera una sentencia a muerte, y no un honor —respondió tajante el rey Ronan, con la mirada oscura y seria.

—No es eso, y tú lo sabes—. Volteó a ver a Malek quien seguía serio sin emitir palabra. —Estoy seguro que eres un gran hombre y que serás algún día un gran rey y esposo. Pero Cassie no te conoce, no puedo obligarla a casarse con alguien a quien no ama.

—Por generaciones en Bandorvet los príncipes y reyes se han casado por conveniencia, no sería la primera vez y desde luego que no será la última.

—Pero ella no creció en Nerea Ronan, ella creció en la tierra. No conoce de nuestras costumbres. Si apenas se enteró hace muy poco tiempo que era capaz de hacer magia, y de la existencia de Nerea. Estoy seguro que podemos llegar a otro acuerdo.

—Que se adapte —respondió el rey con frialdad. —Necesito una alianza que nos permita enfrentar el mal que se cierne sobre nuestro reino. Que nos permita fortalecernos, y esta alianza también te permitirá recuperar tu trono y tu reino. Les pondremos a disposición un ejército, para que vayan a Margadorat a liberarlo. Luego de eso, fortaleceremos nuestras fronteras y si es necesario derrocaremos a los gobernantes de Argazar y Nordenard. Con esta alianza seremos invencibles.

—Podemos hacer la misma alianza sin necesidad de que se casen. Haremos la alianza entre nosotros, firmaremos un acuerdo. —La voz de mi padre sonaba a ruego. Nunca lo había escuchado así, pero en esta mesa, él no era la cabeza y tampoco tenía la última palabra. Era una súplica. Agradecía enormemente que luchara por mí de esa manera y no me tirara debajo del tren.

—Sabes bien que una alianza así no será suficiente John, me sorprende tu ingenuidad. Necesitamos que sea a perpetuidad, que nuestros reinos se unan para siempre. Cuando escuché que venías de camino, con nada más y nada menos que tu hija, la heredera al trono, supe inmediatamente que Amina, la diosa de la fortuna, había escuchado mis plegarias. Acepta nuestra propuesta y los ayudaremos a recuperar Margadorat. Y ustedes nos ayudarán a mantener la paz de Bandorvet.

—Pero... —mi padre intentó hablar, pero fue interrumpido por Ronan.

—No hay peros. Tómallo o déjalo. —Sentenció con firmeza. —Eso sí, si no lo aceptas, lamentablemente voy a tener que pedirles que vuelvan por donde han venido. No puedo arriesgarme a tener más problemas de los que hacerme cargo. Y eso John, te lo digo como rey de

Bandorvet, no como amigo. Y mi reino está por encima de todo y de todos, espero que lo entiendas.

—No decidiré por mi hija —mi padre me miró con arrepentimiento y dolor. Con tantas emociones en su expresión que no podía llegar a desgranarlas.

Agradecía, realmente agradecía que no tomara la decisión por mí, pero la realidad es que no tenía libertad para elegir. Si decía que no, nos mandaría de vuelta a una muerte segura. Y peor que eso, si decía que no, estaría condenando a Margadorat y a todos los Margadoratenses a vivir bajo la tiranía de por vida. Nosotros éramos la única esperanza de libertad y ahora todo recaía sobre mis hombros. Todo dependía de mi decisión.

Jacobo a mi lado seguía pálido y completamente tieso. Intenté mirarlo antes de responder, pero no me veía. Era como si estuviera obligándose a no verme a los ojos. El resto de las personas me miraban fijamente, esperando mi respuesta.

Tenía que resignar mi vida y mi felicidad, por la vida y la libertad de todo un reino. La respuesta era simple, aunque eso no lo hacía en absoluto más fácil.

De alguna forma, ésta era mi oportunidad para reivindicarme. Si con esto lograría salvar al reino y a las personas que amaba...

—Lo haré —respondí—. Me casaré con el príncipe Malek.

CAPÍTULO 39

JACOBO

Maldita sea. Siempre lo había sabido y no supe escuchar a mi intuición. Sabía que no debí abrir mi corazón a nadie. Mi mundo se había paralizado desde que escuché al rey decir que Cassandra se tendría que casar con Malek. *Mi Cassandra*. Ella era absolutamente mía. Y yo era irrevocablemente de ella. ¡Maldita sea!

Después de tantos meses, finalmente habíamos podido estar juntos. Finalmente habíamos decidido estar juntos, para que, en pocos minutos, todo se derrumbara bajo nuestros pies. Sólo se necesitaban unos pocos segundos y un par de oraciones para que el mundo se viniera abajo.

Se me revolvía el estómago de solo pensar en otro hombre besando sus labios y tocando su piel. Se me revolvía el estómago por sobre todas las cosas por el hecho de pensar que ella tuviera que resignar su vida y su libertad, porque ella no tenía una alternativa real. Obviamente no iba a decir que no y a condenarnos a todos. Cassandra jamás haría eso. Por eso desde el primer momento palidecí, entendiendo que no había otro desenlace posible a esa situación. Lo único que sabía, era que de alguna forma tenía que impedir que eso sucediera, sin condenarnos a todos a una muerte segura.

A pesar de que cada partícula de mi cuerpo quería desaparecer y salir de allí corriendo, tomé valor y por debajo de la mesa busqué su mano y la apreté con fuerza, para darle el apoyo que sabía que necesitaba en ese momento.

Una lágrima corría por su rostro y eso me partió en mil pedazos.

—Me alegro mucho escucharte decir eso Cassandra —respondió Ronan. Yo aún le sostenía la mano y la sentía temblar a mi lado. Ella me sostenía con fuerza, como aferrándose a lo que creía que era un último contacto conmigo—. Y aunque no esté de acuerdo con tu padre por hacerte a ti, una mujer, —dijo esa última palabra con desprecio— tomar esa decisión tan importante, me alegra saber que has tomado la decisión correcta. Serás una esposa correcta para mi hijo.

Esposa. Su hijo. Cassandra se casaría con ese hombre, que parecía una fría coraza sin alma, sentado frente a nosotros sin emitir palabra y con la expresión oscura.

—Comenzaremos con los preparativos de inmediato —agregó la reina.

—Mañana viajaremos a Kastille Veezar, —comentó el rey Ronan—. Queda en la capital, para quienes no lo sepan. —Miró a John y continuó diciendo: —Llevaremos a toda tu gente y comenzaremos a planificar como recuperar tu reino. Inmediatamente haré que los soldados asignados a la misión viajen desde Fortenegro para reunirse con nosotros.

—Lo agradezco Ronan, —John tragó saliva, como si lo último que quisiera fuera agradecerle y prefiriera partírle la cara— ¿con cuántos hombres contamos? —preguntó finalmente, evadiendo el tema que seguramente lo carcomía por dentro.

—Contarán con un grupo de cincuenta mil soldados y una reserva de igual número. Luego de la boda, atacaremos.

—Jacobo es el Comandante General de Oasis, se encargará de coordinar todo.

—Perfecto —sentenció el rey Ronan.

CAPÍTULO 40

BALTAZAR

Mi trabajo oficial como guardaespaldas de la princesa Olivia, comenzaba inmediatamente. Había detestado que se refiriera a ello como “niñera”, y había detestado aún más que era exactamente así como me sentía.

Tenía que enfocarme en entrenar con mis Dantras, con mi gente... no en cuidar a una niña mimada.

Luego de la tensa conversación, y de que se confirmara el matrimonio entre Cassie y Malek, finalmente el rey Ronan había permitido nuevamente el ingreso de los sirvientes y guardias, que procedieron a servir la cena.

Cassie a duras penas probó bocado, y no la culpada. Lamentaba mucho que tuviera que resignar su vida y casarse obligada, pero había tomado la decisión correcta. La decisión que cualquiera de nosotros hubiese tomado en su lugar. Era un precio bajo que pagar, para poder salvar a nuestro reino. Aunque claro que era más fácil decirlo que hacerlo. Yo no estaba es sus zapatos, pero seguramente estaría pasando un mal momento.

El ambiente era denso, y había momentos de silencio tan profundos que incluso se escucharía el sonido de un alfiler cayendo al suelo.

La princesa Olivia, había posado sus ojos grises sobre mí en más de una oportunidad, y no estaba del todo seguro si lo que veía en ellos era tristeza, miedo o resignación. Tampoco estaba seguro de si yo, su padre, los atentados a su vida o un motivo totalmente diferente eran los que causaban dicha mirada.

Al terminar la cena, los reyes indicaron que podíamos retirarnos a nuestros aposentos, y no se si fue mi imaginación, o si fue real, pero sentí como si todos en aquella mesa hubiésemos exhalado el aire contenido en nuestros pulmones. Incluyéndome.

No me arrepentía de haberme ofrecido para proteger a la princesa. Le había quitado a nuestro rey la carga de tener que pedirlo, pero quizás lo había hecho demasiado rápido. Sin analizar lo que implicaría eso. El hecho que me hubiera ofrecido para cuidarla, no estaba en absoluto relacionado con que Olivia era la mujer más hermosa que había visto en mi vida.

—Baltazar, Thorin —la voz de Ronan Aldahir resonó a nuestras espaldas al tiempo que estábamos poniéndonos de pie—. A partir de ahora, y según lo acordado, —continuó diciendo cuando nos giramos a verlo— no deberán separarse ni un segundo de mis hijas.

—Entendido —repliqué—. Entiendo que más tarde hablaré con John para ultimar detalles, y alguien nos indicará los horarios y dónde se encuentra las habitaciones de las princesas.

—Y tenemos que... —comenzó a decir Thorin, pero el rey lo interrumpió.

—No hay detalles que ultimar. A partir de ahora no se deben despegar ni un segundo de ellas. Sus nuevos aposentos serán en las habitaciones de ellas. —No sé si mi asombro se notó en la expresión que tenía, pero luego aclaró: —Olivia y Jennah duermen en un anexo a una habitación principal, sin ventanas ni otras puertas. Cada uno de ustedes estará en la habitación principal de cada una de las princesas. Así, nadie puede acceder a ellas, salvo pasando por la habitación principal. Es decir, salvo pasando por ustedes. Sus cosas serán llevadas hasta allí por los sirvientes y si algún momento tienen algo que hacer que se salga de la rutina de mis hijas, buscarán la manera de hacerlo junto a ellas. A partir de este momento la vida de ellas depende en su totalidad de ustedes dos, y también el apoyo de Banderet a Margadorat.

Desconocía si su intención era sonar como un completo patán o le salía de forma natural.

—Entendido —repetí y esta vez no agregué algo más. Claramente su intención era intimidarme... lamentaba informarle que no obtendría resultados con eso. Pero yo sí que sabía asumir un papel, y sabía hacerlo muy bien. No era la primera vez y tampoco sería la última. Este trabajo no iba a impedir que ayudase a mi gente de una manera más activa. Encontraría la forma de hacer ambas cosas.

Olivia se encontraba a espaldas de su padre, esperando a que terminara de darnos las instrucciones. A su lado, estaba la pequeña Jennah, quien nos observaba con diversión, como si nos hubieran sacado de un circo.

—Cualquier cosa que necesiten, quedo a disposición —comentó Ronan antes de irse, seguido de su séquito de soldados.

Hacia unos minutos que el resto de las personas se habían ido. Cassie había salido disparada por la puerta como un rayo, y Jacobo se había ido de allí como un fantasma. Por su parte John, tenía una expresión de culpabilidad difícil de ocultar.

—Quiero ir a jugar con los perros —comentó la niña con esa vocecita dulce.

—Claro que sí alteza —respondió Thorin— sus palabras son órdenes. ¿Me muestras dónde están los perros? Apenas conozco el lugar.

La pequeña dio unos saltitos alegres hacia mi amigo, y le tomó la mano para guiarlo hacia la puerta de salida. Sentí una punzada en el pecho al imaginar lo que sentiría Thorin al tener que cuidar a Jennah, luego de él haber perdido a su propia hija.

Olivia me miró. Nos habíamos quedado solos en ese enorme salón comedor. No dijo nada y simplemente se dio la vuelta y salió de allí hacia el pasillo majestuosamente decorado, que llevaba hacia las habitaciones de la familia real.

La seguí y me coloqué a su lado, sin decir palabra. Ella caminaba apresuradamente y en silencio junto a mí.

Su cabello negro y liso como la seda, ondulaba en el aire a sus espaldas y llegaba prácticamente hasta su cintura. Sus ojos tristes estaban ocultos detrás de unas pestañas gruesas y largas. El vestido que llevaba era de color blanco y tenía algunas transparencias en los brazos y la espalda. Se ceñía a su figura de forma... No iba a pensar en la forma en que ese vestido se ceñía a su cuerpo.

Necesitaba cortar el hielo. Si el rey Ronan pretendía que estuviéramos juntos las veinticuatro horas del día, deberíamos ser capaces de conversar, ¿no? Sentía una cierta tensión en el ambiente, aunque quizás sólo era producto de mi imaginación.

—Creo que no nos hemos presentado formalmente, —le toqué el brazo para que frenara el paso acelerado. Luego bajé la mirada para verla mejor— soy Baltazar.

Su piel era blanca, pero estaba besada por el sol, con un bronceado envidiable. Me obligué a alejar esos pensamientos de mi mente. Nuevamente.

—Olivia —respondió a secas— y estoy algo apurada.

—Un gusto, princesa Olivia —Sabía leer entre líneas. Algo le pasaba a esa chica, tenía la mirada como perdida, como si algo la atormentara constantemente. Así que sería mejor dejar la conversación para otro momento, pero me sorprendió diciendo: —Lamento que te hayas visto arrastrado a esto —aceleró el paso, como si estuviese llegando tarde a un evento importantísimo. No me costaba seguir el ritmo, a fin de cuentas, era bastante más alto que ella, y mis zapatos no parecían una máquina de tortura—. Tal como le dije a mi padre, puedo cuidarme sola, aunque él se niegue a reconocerlo.

—No lo dudo *princesa*, pero todos necesitamos a alguien que nos proteja de vez en

cuando, a alguien que nos cuide las espaldas. Y para mí, será un placer hacerlo —no estaba seguro de que tan falsa era esa afirmación.

Me sonrió sutilmente, y eso hizo que se viera aún más...

«Basta Baltazar, sácate eso de la mente. Se veía como un humano normal, una mujer como cualquier otra. Cabeza, par de piernas y par de brazos».

Finalmente llegamos al destino: *nuestra* habitación. No estaba seguro de cómo iba a funcionar eso. Ella colocó la mano en el pomo de la puerta de forma temblorosa y volteó a verme, colocó su dedo índice sobre sus labios gruesos y me hizo una señal para que hiciera silencio, para luego agregar: —por favor no vayas a hacer nada de ruido, te lo suplico.

Tanto se había apresurado por llegar hasta allí, y ahora que estábamos frente a la imponente puerta de madera, parecía que algo la frenaba a ingresar.

Fruncí el ceño porque no entendía porque tanto misterio, ¿por qué deberíamos hacer tanto silencio? Pero elegí no decir nada, y simplemente hacer lo que me pedía, por lo que asentí con la cabeza sin emitir un sonido.

Olivia finalmente abrió la puerta, e ingresamos.

Era muy similar a la que me había tocado anteriormente: una cama enorme, decorada con sábanas de lujo y muchos almohadones; un sofá de terciopelo violeta; un tocador, un clóset, y dos puertas: una asumía que llevaba al baño, y la otra a la habitación de Olivia.

Olivia se acercó a una de las puertas de madera, que quedaba justo en el otro extremo de mi habitación y me dijo en un susurro: —Buenas noches Baltazar, y por favor no hagas ruido.

Asentí y le susurré un “buenas noches *princesa*”, justo antes de verla desaparecer.

Comencé a recorrer el lugar en silencio, aguardando a que me trajeran el resto de mis pertenencias para poder darme una ducha y acostarme a dormir. Había sido un día largo y estaba agotado.

A los pocos segundos, comencé a escuchar un ruido extraño desde la otra habitación. Como un lamento. Me puse de pie de inmediato y me acerqué rápidamente hacia su puerta. Podía escuchar a través de la madera como repetía una y otra vez con una voz llorosa, “*por favor, reacciona, te lo suplico*”. Ingresé sin tocar y la escena que vi ante mis ojos estaba lejos de ser lo que yo hubiese imaginado.

Una bola de pelos blanca estaba frente a Olivia, acostada en el suelo como si estuviera desmayada. Era un pequeño perro. Olivia estaba arrodillada frente al perro, lloraba y le daba masajes en el pecho, haciéndole compresiones, pidiéndole que se despertara mientras las lágrimas recorrían su rostro.

Me acerqué de inmediato y me arrodillé junto a ella. —Ve a buscar a Thorin— le ordené al tiempo que le quité las manos del cuerpo del perro y comencé a hacer yo las compresiones. Procuré medir mi fuerza para no lastimarlo.

Si el rey se enteraba que había perdido a la princesa de vista en la primera hora de mi nuevo trabajo, quizás estaría despedido. Pero había algo que me decía que esto valía el riesgo. También había algo en ella que me decía que no mentía al decir que podía cuidarse sola. Probablemente, mi brillante intuición.

Este perro parecía ser demasiado importante para ella. Parecía que esa pequeña bola de pelos lo era *todo* para ella, y Thorin era el único que nos podría ayudar.

Yo tenía experiencia también, atendiendo tanto a personas como animales heridos y enfermos, y sabía bien como mantener un corazón latiendo hasta que llegara la ayuda necesaria.

Olivia se quedó congelada a mi lado sollozando: —No puedo dejarla sola.

Perra, era una perra.

—Ve, Thorin es Auris y podrá ayudarla. Yo no dejaré que le pase nada.

Asintió aun llorando y salió corriendo por la puerta.

Yo continué con las compresiones, y el pecho de la perrita subía y bajaba lentamente. Respiraba, pero aún no despertaba, y su pulso era débil.

Pasaron algunos minutos hasta que Olivia ingresó por la puerta a toda velocidad, junto con Thorin y Jennah.

Ella le estaba explicando a Thorin entre llantos que Mila, (asumí que así se llamaba su perrita), tenía una enfermedad cardíaca.

Thorin a toda prisa se asomó a mi lado y comenzó a hacer los sonidos de curación de Auris y al poco tiempo Mila comenzó a abrir los ojos.

Olivia corrió a su lado, y la tomó entre sus manos y se la llevó al pecho.

—Estás bien hijita, vas a estar bien —le decía dulcemente mientras aún lloraba.

—Gracias Thorin —le dijo con una sonrisa triste—. Gracias a ambos, continuó diciendo y esta vez fijó sus ojos grises en mí.

La dulce voz de Jennah llegó desde atrás. Volteé a verla y la niña se encontraba con la mirada triste y lágrimas en los ojos.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —le preguntó a Thorin.

—Eso espero Jennah —Thorin la tomó de la mano y se la llevó, dejándonos a solas.

—¿Estás bien? —le pregunté a Olivia—. ¿Qué tiene Mila?

Caminó hacia su cama con Mila en los brazos y se sentó mientras le acariciaba la cabeza. Ahora que podía verla mejor, Mila tenía el pelo blanco como las nubes, los ojos verdes y la nariz de un rosa intenso. Era una perrita preciosa.

—Está enferma del corazón desde hace unos meses, y cada día está peor.

—Lo siento mucho.

—La ayuda de los Auris es sólo temporal —agregó la princesa. Y lo sabía. Por algún motivo que aún nadie podía descubrir, los animales no mágicos vivían muy pocos años, y cuando se enfermaban, los Auris podían curarlos, pero solo de forma temporal. Por algún motivo las enfermedades y heridas volvían a aparecer, y sólo se podían tratar con medicina convencional.

—Es tan injusto —continuó diciendo, con lágrimas en sus ojos. —¿Por qué? ¿De qué nos sirve vivir en un mundo mágico si no podemos ayudar a los seres más buenos, nobles y desinteresados de todo el maldito mundo? Asesinos, violadores, tiranos y un sinfín de lacras más pueden vivir cientos de años, y ellos... ¿quince? ¿veinte? —su voz sonaba completamente desesperanzada—. Es tan injusto —repitió finalmente.

—Lo sé, es muy injusto. Lo siento mucho *Olivia*. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre—. Si necesitas algo estoy a una puerta de distancia, ¿de acuerdo?

Comencé a ponerme de pie para irme, pero ella me tomó del brazo y mirándome con sus ojos húmedos me preguntó: —¿Puedes quedarte un rato? No quisiera estar sola.

El suave tacto de su piel contra la mía, se sintió como una caricia, aunque no lo fuera. No podía decirle que no, por supuesto. No podía dejarla así. Pero quedarme se sentía mucho como entrar en un juego terriblemente peligroso.

—Claro, me quedaré.

Me quedé con ellas, hablando un poco de nada y de todo a la vez, hasta que finalmente Olivia se quedó dormida, abrazando a Mila.

CAPÍTULO 41

CASSANDRA

No había logrado salir del shock del día anterior. ¿En qué momento había pasado a estar comprometida para casarme con un príncipe desconocido de un reino lejano? A veces me costaba entender que mi vida era real, que lo que estaba viviendo no era una pesadilla y que no me despertaría de eso.

Quizás para alguien, esa situación era algo positivo. Pues para mí no lo era. Es más, era todo lo contrario. Especialmente porque mi corazón le pertenecía a otra persona.

No había tenido tiempo de hablar con Jacobo, ya que mi padre se había encerrado con él a conversar, luego de que se disculpase conmigo por lo sucedido.

Se había notado quizás incluso más afligido que yo.

Absurdo. No era culpa de él. No era culpa de nadie, salvo de la familia Aldahir y las pésimas ideas de alianza que se les ocurrían. ¿Dónde habían quedado los acuerdos políticos? ¿No podíamos firmar un contrato y ya?

Es decir, el único contacto que había tenido con Jacobo, había sido el roce de su mano sobre la mía, bajo la mesa... en la cena que me cambiaría la vida... por segunda, o ¿tercera vez? Ya había perdido la cuenta de las veces que me había cambiado la vida en un abrir y cerrar de ojos. Honestamente, ese gesto fue justo lo que había necesitado en ese momento para no romperme por completo allí frente a todos.

Ya habíamos comenzado el viaje a Kastille Veezar, según las indicaciones de Ronan, y yo aún no caía en cuenta de la situación que estaba viviendo. La comitiva de mi padre, viajaría en diversas carrozas impulsadas por nada más y nada menos que Panleones Egipcios. Era algo absurdo, yo también era un dragón y podría volar hasta allí yo misma. Aunque bueno, nunca había estado tanto tiempo en mi forma de Rysler, y nunca había volado tantas horas seguidas tampoco.

El viaje en las carrozas era de diez horas más o menos. El resto de Oasis viajaría en buses, por lo que tardarían un par de días en llegar. Debíamos cruzar dos provincias hasta llegar a Veezar, la capital, donde se encontraba el palacio real: Kastille Veezar.

Me hicieron ir en una carroza a solas con el príncipe Malek. Así que sí, estábamos los dos sentados el uno frente al otro, completamente rígidos y en silencio.

Su expresión era seria e impenetrable, y sus ojos avellana se encontraban fijos en la ventana de la carroza. Como si estuviese intentando no posarlos en mí.

No iba a negar que el príncipe era bastante guapo, pero yo solo tenía ojos para una persona, y me rompía el corazón pensar en cómo se sentiría Jacobo en ese momento. ¿Era idiota por preocuparme por sus sentimientos cuando la que tendría que casarse con otra persona y vivir una vida infeliz era yo? Quizás. Pero él había sufrido tanto, y la verdad era que lo último que quería en esta vida era romper su corazón. ¿Era ilusa por creer que esto lo afectaría tanto como a mí, y que le rompería el corazón? Nuevamente... quizás. La realidad era que no habíamos llegado a hablar de sentimientos, pero sí habíamos dicho que éramos una pareja. Aunque fuera secreta. Además, la química y la conexión que había entre ambos no era producto de mi imaginación. No... era tan real como el aire que respiraba.

Un silencio incómodo se cernía en la carroza que cada vez parecía más pequeña. El príncipe tenía las manos sobre sus muslos y de a ratos las movía con nerviosismo.

—Lo siento —fue lo primero que dijo para romper el silencio, luego de un par de horas de trayecto—. Si fuera por mí, no me casaría con nadie y menos en contra de su voluntad. —Volteó la cara para verme a los ojos, por primera vez—. Pero entiendo los motivos de mi padre y aunque no me gusten, los comparto.

Me quedé unos segundos en silencio, sin saber a ciencia cierta qué podía responderle a eso. ¿Compartía sus motivos? Honestamente yo no.

—No entiendo por qué se necesita un matrimonio para asegurar una alianza —respondí finalmente, mientras movía mis propias manos de forma nerviosa—. Siento que hay dos millones de alternativas. Las personas se casaban por este tipo de cosas en la edad media —frunció el ceño y recordé que esto era otro mundo y que probablemente no tenía idea de a qué me refería, así que agregué: —O sea, en la antigüedad, allá en la Tierra. Pero supongo que por mucha magia que haya en Nerea, pueden seguir siendo anticuados en muchas cosas. Igualmente, gracias por decirlo —y lo decía en serio—. Imagino que tampoco estás emocionado por casarte con alguien a quien no amas.

—Siempre supe que me casaría por obligación Cassandra, —hizo una pausa y creí ver en sus ojos una chispa de empatía. Comprensión—. Pero por lo que estuve escuchando, entiendo que llegaste a Nerea hace tan solo unos meses, y sé que no es lo mismo para ti —pensé que había terminado de hablar, pero agregó: —y no, una alianza por matrimonio no es lo mismo que otro tipo de alianzas. Es el tipo de alianza más fuerte que hay, ya que implica hijos en común, y una familia en común con objetivos alineados. Implica un frente unido ante amenazas y ante el propio pueblo.

¿Hijos? No había pensado en eso, y mejor no hacerlo porque comenzaría a vomitar sobre él y no sería muy agradable viajar las horas que nos quedaban con aquel olor impregnado en el ambiente.

—No lo comparto, pero agradezco tu empatía, de verdad. —Hice una pausa y me revolví algo incómoda en mi puesto. Estábamos sentados uno frente al otro. —Claramente no es fácil para mí, pero honestamente no había forma de decir que no. Si casarme contigo es lo que se necesita para liberar a mi reino, entonces eso haré.

—Me alegro que te hayas amigado con la idea —respondió él, con el tono serio que me estaba dando cuenta que lo caracterizaba.

Giré el rostro hacia la ventana de la carroza, sólo para vislumbrar lo hermoso del paisaje. Las otras carrozas de la comitiva volaban impulsadas por sus Panleones Egipcios, y eran un completo espectáculo. Sus alas largas de color caramelo, y su cuerpo enorme de dragón, con aquella melena de león. Eran simplemente increíbles. El cielo se hallaba despejado y el sol resplandecía con fuerza.

—¿Cómo se mantienen las carrozas niveladas? —pensé en voz alta.

—Magia, claro —respondió—. Usamos un hechizo que hace que los movimientos sean sutiles y que las carrozas se mantengan a nivel. Sólo un cambio de dirección demasiado brusco o un ataque, haría que se muevan o se caigan.

No me daba miedo que se cayeran, me convertiría en Sissie y saldría volando, pero ¿y él?

—¿No te da miedo la posibilidad de que caigan al suelo?

—No.

Suponía que en realidad podría tomar su escoba y volar, pero ¿y si se perdía su escoba? No insistí.

—Si vamos a hacer esto —comenté—, quizás podríamos intentar... ¿conocernos un poco?

Si bien era muy serio, y tenía una mirada sombría, parecía honesto en lo que me había dicho. Quizás no era un mal hombre. No tenía escapatoria a esta situación. Me tendría que casar con Malek, y por mi propio bien, debería por lo menos intentar conocerlo. ¿No? Era un poco difícil reaccionar cuándo me sucedían tantas cosas a la vez que ni siquiera podía asimilarlas. No sabía que sentir, ni que pensar. Mucho menos sabía cómo actuar. Qué estaba bien y qué estaba mal.

—Me parece bien Cassandra.

—Puedes decirme Cassie —respondí amigablemente—. ¿A ti cómo te suelen decir?

—Malek —respondió—. Malek o príncipe Malek. —Probablemente se dio cuenta de mi expresión de confusión y añadió: —Pero tu llámame Malek, sólo Malek —agregó.

—¿En este reino no usan apodosos?

—Si, —comenzó a sacar algo de su mochila mientras continuaba respondiéndome— pero nosotros no. Y con nosotros me refiero a mi familia —aclaró. Sacó unos sándwiches y me entregó uno a mí. —¿Tienes hambre?

—Si, gracias —le respondí y acepté el sándwich que me dio. Era de queso.

Comimos en silencio, y el resto del camino hablamos de a ratos. Le conté sobre cómo fue mi experiencia llegando a Nerea, y conociendo mi historia, y lo que había vivido en los últimos meses. Le conté sobre Kathy, Lucy y lo que le había pasado a Evan.

Parecía honestamente interesado en escucharme, y se sentía bien hablarlo con alguien... externo, por decirlo de alguna manera.

Si bien le pregunté varias cosas a él, fue bastante cerrado en sus respuestas. Por lo que no saqué demasiada información de su vida.



El Kastille Veezar era impactante. Torres altas de color terracota y mostaza adornaban el castillo, que estaba decorado con estatuas, adornos y revoques.

Bajé de la carroza una vez que aterrizamos. Necesitaba urgentemente estirar las piernas y tomar aire fresco.

Los dragones volaron lejos, para dar paso a que pudieran aterrizar el resto de las carrozas.

Se abrió la puerta de la que había llegado justo después de nosotros y salió mi padre, seguido de Amelie, Jacobo y Elica.

Tan pronto nuestras miradas se cruzaron, pude ver como Jacobo tensaba el rostro e intentaba desviar su mirada hacia otro lado.

Malek se puso a mi lado, y me colocó la mano en la espalda para indicarme a dónde debíamos caminar. Me puse rígida a su lado, pero avancé hacia donde me indicó.



CAPÍTULO 42

JACOBO – LA NOCHE ANTERIOR

Me contuve. Me tenía que contener. No podía tocarla, no podía buscarla frente a todas aquellas personas. No podía arriesgarme a entrar en su habitación y que los guardias nos delataran. Ni siquiera sabía qué diablos iba a decirle. No sabía cómo mierda íbamos a salir de esa situación. Tenía que haber una manera, y si no había, pues iba a mover el puñetero mundo entero para solucionarlo, pero no había forma de que Cassandra se casara con él.

—Te necesito —la voz de John sonó a mis espaldas, en el momento en que me estaba obligando a arrastrar mi cuerpo hacia mi habitación.

Volteé a verlo y sabía que su expresión de derrota se debía a lo mismo: el matrimonio de Cassandra y Malek. Él no tenía el corazón roto como pareja, pero sí como padre. Y eso que él ni sabía lo que pasaba entre nosotros. Sin dudas tendríamos que haberle dicho antes, porque ya no podíamos hacerlo, eso solo empeoraría la situación.

—Claro John —le respondí y lo seguí hasta su habitación, la cual estaba custodiada por dos soldados reales de Bandorvet.

Ingresamos y tan pronto lo hicimos blandió su varita y conjuró un hechizo protectorio para que nadie pudiera escucharnos.

—¿En qué te puedo ayudar? —repliqué justo después. Tratando de parecer casual, y ocultar mis verdaderas emociones.

—Tenemos que hacer algo para evitarlo —no tenía que aclarar a qué se refería. Lo sabía. Los años juntos habían hecho que estuviéramos siempre en la misma sintonía—. Y tú me vas a ayudar.



EN LA ACTUALIDAD

Verla junto a él, generaba demasiadas sensaciones desagradables en mi interior.

No habíamos podido hablar desde que habían anunciado esa noticia, y yo sentía que me iba a volver completamente loco si no lo hacía. Necesitaba hablar con ella a solas. Desesperadamente.

Nos habían hecho un recorrido por el Kastille Veezar, que era bastante impresionante, y en todo momento tuve que ignorar el impulso de tomar a Cassandra y llevarla lejos de allí.

Lo único positivo de toda esa situación, era que había una esperanza real de rescatar al reino, pero el precio que querían que ella pagara era demasiado alto. Daría mi vida... mi alma por ser yo quien tuviera que pagarlo. Por evitarle a ella pasar por eso. Pero lamentablemente no podía hacerlo.

Finalmente nos llevaron hasta nuestras habitaciones, y por cosas del destino... de la vida... llámenlo como quieran, el cuarto de Cas tocó justo frente al mío. El de Elica y Amelie también estaban en el mismo pasillo, y el del resto estaba en un piso más arriba. Baltazar y Thorin eran los únicos que estaban en el ala real, y se alojaban junto a las princesas Aldahir. Al convertirse en sus guardaespaldas oficiales, no debían alejarse de ellas ni un minuto.

Me recosté sobre la lujosa cama de mi habitación, incluso más lujosa que aquella en la que había crecido, como un intruso en el Castillo de Valterra. Necesitaba un tiempo a solas, para... procesar todo. Más aún, después de la conversación que había tenido con John la noche anterior.

Justo en ese momento tocaron a la puerta de mi habitación, y salí disparado a abrirla, con la esperanza de que fuera ella.

Las esperanzas se hicieron trizas cuándo vi a Elica al abrir puerta. No esperó a que la invitase a pasar, y lo hizo directamente.

—¿Finalmente te vas a olvidar de ella? Ahora que se va a casar con otra persona, digo.

—No estoy de humor Elica.

—Te dije que te iba a romper el corazón.

—No entiendo qué es lo que tienes contra ella —realmente no entendía porque desde siempre Elica había sentido un rechazo hacia ella.

—¿No entiendes Jacobo? —preguntó alzando un poco la voz— desde que ella llegó a tu vida, y desde que me contaste de ella por primera vez, incluso antes de conocerla, sabía que esa mujer iba a ser capaz de lastimarte.

—Es mi problema.

—Pasaste tantos años protegiéndote de sufrir, alejándonos a todos, y ¿le abres el corazón justamente a la persona que era obvio que te iba a lastimar? ¿a la persona que era obvio que no ibas a poder tener?

—Hay cosas sobre las que no podemos elegir Elica —mi voz parecían los hielos que expulsaba ella en su forma de Mantis— y las cosas que te conté lo hice en confidencia. Porque te considero como una hermana y porque eres una de las pocas personas con las que me siento cómodo hablando, pero no lo hice para que me lo saques en cara en este momento.

—Lo siento —ella suavizó un poco el tono de su voz— no es mi intención hacerte sentir mal, pero necesito ayudarte. Necesito ayudarte a olvidarte de ella.

—Elica... lo nuestro nunca va a pasar. Yo no te veo de esa manera, y ya te lo he dicho.

Sonó más cruel de lo que hubiese querido, pero necesitaba que lo entendiera.

—Jacobo, eso lo entendí hace mucho —respondió furiosa— no tienes que ser un imbécil al respecto. Yo ya no te veo de esa forma hace tiempo. Lo que te digo lo hago porque te quiero, y no quiero que te lastimen. No porque pretenda tener algo contigo. Estás actuando como un idiota. He venido a decirte que los futuros esposos te esperan en el salón del trono, junto a John. Me han mandado a llamarte.

Dicho eso, se fue dando un portazo.



Había comenzado a jugar un nuevo deporte extremo que consistía en estar en el mismo espacio físico que Cassandra y evitar mirarla a los ojos.

Simplemente, dolía demasiado.

—Jacobo, gracias por venir —comentó John desde la mesa en que se encontraba sentado, junto a Cassie, Malek y los reyes de Bandorvet.

El salón del trono tenía una mesa grande y redonda en a uno de los costados, donde estaban reunidos en ese momento. En el centro y al fondo, estaban los imponentes tronos de los reyes, que eran de color negro y dorado.

—Por supuesto, ¿en qué los puedo ayudar? —consulté sin sentarme.

—Por favor siéntate con nosotros, estamos coordinando la llegada de las tropas —respondió Ronan, quien tenía las manos apoyadas frente a sí, sobre la mesa de color marfil—. No hay tiempo que perder.

Asentí y me senté en contra de mi voluntad, en la única silla vacía, justo al lado de Malek.

—Las primeras tropas estarán llegando en tres días, y se van a instalar en un campamento al sur del Kastille Veezar —comentó Malek. Por lo visto también opinaba al respecto. Tenía que sacar a Cassandra de mi mente y concentrarme en lo que realmente importaba, así que eso hice.

—Necesitaría un listado de las habilidades y razas de los soldados, si es posible. Y me gustaría reunirme con los jefes o comandantes una vez que lleguen —comenté.

—Perfecto Jacobo, —respondió Ronan— ya lo habíamos pensado y tenemos un equipo preparando los informes en este preciso momento. Vas a contar con la información antes de que lleguen, y tan pronto lo hagan, vamos a coordinar una reunión con los comandantes y subcomandantes de las tropas.

—Perfecto.

—Cuando lleguen los guerreros de Oasis, vamos a necesitar coordinarnos para que entrenen de la mano con los soldados de Bandorvet—. Agregó John. —Antes de que llegaras, Ronan nos estaba comentando que los civiles que no van a luchar, van a ser reubicados en tiendas de campaña en un pueblo rural cerca de acá, y que se les asignarán tareas y oficios mientras estemos en Bandorvet.

—Me parece perfecto —comenté.

Si no fuese por el matrimonio que estaba en plan, todo realmente estaría saliendo muy bien.

La puerta de la sala se abrió de pronto, e ingresó la reina Xelena.

—Cassandra, querida, por favor acompáñame.

Cas la miró y comenzó a ponerse de pie, mientras Xelena continuó hablando: —Necesitamos comenzar con los preparativos de la boda, y ponerte a tono con las tradiciones de nuestro reino.

Desaparecieron juntas, y no estaba seguro si no verla me hacía sentir mejor o peor.

—¿Cuál es la preparación que tienen los guerreros de Oasis John? —preguntó Ronan.

—Tienen más de una década entrenando día a día para la batalla. Contamos con algunos Dantras, Aqueos de todos los tipos, Auris muy poderosos, dos Etéreos...

—Esos escasean —respondió Malek—. Qué suerte que cuenten con dos de ellos en un grupo tan pequeño.

—Si no hubiese sido por ellos, probablemente no hubiésemos logrado cruzar hasta Bandorvet —agregué.

—Tenemos mucha suerte, pero justo uno de ellos no ha tenido casi preparación. Se unió a nosotros hace pocas semanas, luego de rescatarlo de las catatumbas de Valterra —aclaró el rey Baltich.

—Ah, ese es el amigo de Cassandra, ¿no? —inquirió Malek—. Hablaron de él en la cena, me acuerdo.

—Así es. Se está recuperando aún del trauma.

—También contamos con algunos hombres lobo, pero están más preparados para luchar en sus formas humanas —agregué.

Y así era. Los hombres lobo en sus formas de lobo eran muy peligrosos, pero no hacían

tanta diferencia en una guerra con espadas, dragones y hechiceros de todo tipo. Solían ser más eficientes luchando con armas tradicionales.

—Amelie por ejemplo es sirena —comentó John—. Pero suele luchar también en su forma humana, claro. Y es muy buena. Es más, es una de las entrenadoras de Oasis.

—Un poco de todo por lo que veo —murmuró Ronan, más para sí mismo que para el resto.

Los sirvientes nos comenzaron a servir copas con una bebida burbujeante y colocaron aperitivos en la mesa.

—Si lo que dijiste del núcleo del poder es cierto, vamos a necesitar un plan infalible para vencerlos John. No será sencillo —comentó nuevamente el rey Ronan.

—Lo sé. Me preocupa mucho estar sin novedades de Margadorat. ¿Tú no tienes espías allá?

—Mentiría si digo que no tengo. Veré que puedo averiguar. Mientras tanto, y más allá de preparar a los soldados, necesitamos preparar una estrategia de ataque.

CAPÍTULO 43

CASSANDRA

Seguí a la reina hacia otro de los salones del castillo. Los sirvientes bajaban la mirada al vernos pasar, y no sabía si era por respeto o por miedo. Aún no había logrado descifrar a la mujer que caminaba elegantemente a mi lado. Su vestido color ocre, era un tanto revelador, y la hacía lucir incluso más hermosa que la última vez que la había visto.

Por algún motivo, a la gente en Bandorvet le gustaba vestir con ese tipo de ropas. O bueno, por lo menos a las personas de la realeza. Aún no conocía a los civiles de a pie como para emitir una opinión.

Era un tanto extraño que desde que había llegado a Nerea, no había logrado realmente conocer los reinos a los que había ido.

En Margadorat sólo había conocido algo del pueblo de Phillip... ignoré la punzada en el pecho al pensar en él y bloqueé de mi mente su rostro amable.

También había conocido Oasis y el Instituto y los pueblos aledaños, pero aquellas ciudades con edificios altísimos y modernos sólo los había visto a la distancia. No me había mezclado aún con las personas. Conocía más de su cultura y su gente, por las historias que me contaban, pero era poco lo que yo había experimentado por mí misma.

Y en Bandorvet, me había movido de un castillo a otro.

Tan pronto ingresamos, Xelena le pidió a uno de los sirvientes que buscara a la princesa Olivia.

—Ahora que pasarás a formar parte de nuestra familia, y de la realeza, es muy importante que estés al tanto de las tradiciones de nuestro reino, y de lo que se espera de ti como futura reina.

Su voz sonaba muy formal, y me entró ansiedad ante sus palabras.

—Aprenderé lo que sea necesario —me limité a responder.

—Esa era la respuesta que esperaba escuchar.

Hizo una seña con la cabeza a Sophie, que estaba allí para atendernos, y ésta inmediatamente tomó una tetera y se acercó para servirnos un té caliente, que olía delicioso. Me sorprendió que aquella sirvienta hubiese viajado también a Kastille Veezar. Hubiese creído que cada castillo tendría sus propios sirvientes, ¿no? Su hermana también había venido con ella, pero no reconocí a ninguno de los demás.

—¿Les puedo ofrecer algún aperitivo? —preguntó Sophie con la voz baja y sin hacer contacto visual con la reina. Como si le temiera.

—Yo estoy bien, gracias —respondí con una sonrisa.

Xelena se limitó a negar con la cabeza.

—Hablemos primero de la boda Cassandra.

—Si claro.

—La boda se celebrará dentro de quince días en el salón de fiestas de Kastille Veezar.

—¿¡Quince días!? —mi voz sonó un poco más alarmada de lo que me hubiese gustado, pero es que eso era demasiado pronto.

—¿Algún problema? —respondió ella y yo negué con la cabeza. —Mientras antes se celebre la boda, antes podrán liberar a tu reino, deberías alegrarte.

—Si, lo siento es sólo que no imaginé que fuera tan pronto, eso es todo.

Continuó hablando con seriedad.

—Tu vestido ya ha sido elegido, y hoy mismo pasarán por tus aposentos a tomarte las medidas. —Ah listo, ni siquiera podía opinar sobre mi propio vestido. Está bien que no era la boda de mis sueños, pero me gustaría tener voz y voto en algo. Por lo visto en Bandorvet, las mujeres no solían tener eso tan simple. Quería decir algo, pero me limité a asentir y escuchar atentamente.

—Por supuesto que estarán invitadas las familias más importantes de todo el reino, y se celebrará a lo grande. Será la fiesta del año. —Tomó un sorbo de su té y yo simplemente la escuchaba en silencio—. Por tradición, no podrás ver al novio por tres días antes del matrimonio.

Bueno, esa tradición no me iba a costar en absoluto. Asentí.

—¿Qué más debo saber?

—Podrás invitar a tus amigos y personas cercanas de Oasis, por supuesto que de la comitiva cercana del rey estarán todos invitados—. Hasta ese momento no me había detenido a pensar en la boda como tal. En que Jacobo tendría que presenciar todo y en que yo me tendría que casar con otro hombre, mientras que el hombre que amab... mientras que él me veía. —Por tradición, los hombres y las mujeres no tendrán ningún tipo de contacto hasta después de finalizada la ceremonia. Estarán en salones separados, ingresarán por puertas separadas y en el templo se sentarán en lados opuestos.

—De curiosidad, ¿te puedo consultar el motivo de eso?

—Es una tradición en las bodas reales únicamente, y viene desde la época de los primeros reyes, como una manera de acompañar el proceso en que la mujer y el hombre están separados, y a través de la ceremonia terminan siendo marido y mujer. Por eso luego de la ceremonia, todos se mezclan en la fiesta. Pero antes no.

—Curioso —me limité a responder. Esa tradición tampoco me molestaba. Si seguíamos así, estaríamos bien.

—La ceremonia la realizarán los tres Altos Sacerdotes del templo, y durante ella, recitarán unas palabras y les entregarán los anillos bendecidos por Ora, la diosa de la fertilidad y el renacimiento. Luego, ustedes serán bendecidos por los Altos Sacerdotes y por mi esposo y por mí.

—No tan diferente a una boda en la tierra —respondí.

—Luego será la fiesta en el salón de baile, y habrá comida, bebida y música.

—Soy vegetariana —ya sabía que no me estaban preguntando nada, pero esperaba por lo menos poder comer algo el día de mi boda. —¿Podrías pedir por favor que haya comida vegetariana?

La reina subió la mirada hacia Sophie: —Encárgate de avisarle a la cocina que la princesa Cassandra es vegetariana. Que tengan opciones variadas para ella.

Sophie asintió y comenzó a dirigirse hacia la puerta, pero la reina la detuvo: —No aún. Cuando terminemos. —Sophie asintió y volvió a su lugar. Creí ver sus ojos húmedos.

—Finalmente, y luego de la fiesta viene la parte más importante de todas. Deberán consumir el matrimonio.

Palidecí. Eso sí que lo había pensado, pero mi intención era hablar con Malek y pedirle tiempo. Jamás imaginé que lo aclararía de esa forma. Bueno, igual podía hacerlo, solo que saber que eso era algo que se esperaba especialmente, me ponía un poco más incómoda.

—El acto de consumación lo llamamos el *Sadertis consumatio* y es supervisado por el Alto Sacerdote Máximo, que es uno de los tres que celebrará la ceremonia.

Por un momento pensé que me iba a desmayar. ¿A qué se refería con “supervisado”?

Abrí los ojos tanto que creí que las órbitas se me iban a salir de lugar.

—Perdón, ¿a qué te refieres con “*supervisado*”? —pregunté tratando de mantener la calma, con el tono de voz más bajo y controlado que fui capaz de utilizar.

—Pues eso mismo Cassandra, creo que esa palabra significa lo mismo acá, en Margadorat, en toda Nerea y también en la tierra. El Alto Sacerdote Máximo deberá presenciar el acto de consumación y constatar que fue realizado. Eso luego se anota en los libros de la familia real como constancia.

No podía ni siquiera pensar luego de escuchar aquello. No era posible. No era posible que me pidieran algo así. Una cosa era casarme, pero otra muy distinta era eso. Traté de mantener la calma, de no desmayarme y negociar esta situación.

—¿Qué pasa si me niego a eso?

—Pues no se considera que hay unión matrimonial hasta que se realiza el *Sadertis consumatio*, y si no hay unión matrimonial no hay alianza. Imagino que puedes ver por dónde viene la cosa.

No podía creer que esa mujer estuviera: 1) hablando de ese tema con tal naturalidad, como si fuera ir a comprar patatas al mercado y 2) amenazándome. Eso era una amenaza de aquí a la Tierra, ida y vuelta.

—Te juro por mi vida que haré la consumación, pero no me pidas que alguien lo vea. Es lo más bizarro que escuché en mi vida, y mira que he escuchado y visto cosas bizarras antes.

—No es por una cuestión de que te crea o no te crea. En dado caso confiaría en la palabra de mi hijo, y no en la tuya —me miró con un deje de desprecio—. Pero es una tradición, y ya habrás escuchado que somos firmes y fieles a nuestras tradiciones Cassandra. No hay forma de huir de esto. Si no aceptas, no te casas y se cancela la alianza.

Luego de un silencio incómodo y el escrutinio de la reina, me preguntó: —¿Entonces? ¿estamos perdiendo el tiempo acá o cumplirás con tu deber?

Nuevamente me hallaba sin escapatoria y sin poder real de decisión.

—Lo haré.

CAPÍTULO 44

BALTAZAR

Olivia no había salido de su habitación, y se había negado a ir a ver a la reina y a Cassie.

No quise interrumpirla ni preguntarle por qué no había ido. Imaginaba que era por no querer dejar sola a Mila. Había estado con ella desde que habíamos llegado y no habíamos salido de las habitaciones. Nos traían la comida a ambos. Yo me encargaba de verificar que su comida y bebida no estuviera envenenada.

De su seguridad ahora dependía la vida de todos los Margadoratenses.

Como no podía dejarla sola, yo tampoco me había movido de allí y he de confesar que me estaba volviendo un poco loco. En parte por el aburrimiento y en parte porque así mi plan de seguir entrenando y ayudando a los guerreros de Oasis se iba a complicar. Yo en algún momento necesitaría salir y sacar al Woch a dar un paseo. ¿Le gustaría a la princesa un paseo sobre el lomo del Woch?

Un pensamiento fugaz de sus muslos sobre mis escamas de dragón cruzó mi cerebro y lo eliminé a toda velocidad.

Me puse unos pantalones cortos, me quité la camiseta que llevaba puesta y comencé a hacer flexiones al lado del sofá de terciopelo de la habitación.

Había pasado como 20 minutos ejercitando cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe y me sobresalté. Me coloqué de pie inmediatamente, preparado para atacar a quien fuera que hubiese entrado de esa manera, pero no me esperaba encontrarme a la reina.

No llegué a decir nada, ella pasó de largo echa una furia e ingresó a la habitación anexa de Olivia, dando un portazo a sus espaldas.

Las habitaciones reales en el Kastille Veezar eran prácticamente una réplica de las que había en el otro castillo, sólo que con una decoración incluso más lujosa.

Fue inevitable escuchar la pelea que se desarrolló en el interior de aquella habitación. Madre e hija estaban a los gritos.

—¿Cuándo convoco a mi hija a un lugar, espero que mi hija aparezca en dicho lugar!

—Madre, ya sabes que no la puedo dejar sola.

—Claro que puedes.

—Cada vez que me voy y regreso, ¡se emociona por verme y se desmaya! ¡entiéndelo! se puede morir en cualquier momento, y no pienso dejarla sola. ¡Suficiente con la cena infernal a la que tuve que ir obligada la otra noche!

Claro, a eso se debía su expresión de tristeza y angustia.

—No me interesa Olivia. Mila ya tiene quince años y sabes bien que no podrá vivir mucho más tiempo. Deberías aceptarlo de una buena vez. Si algo así vuelve a suceder, yo misma me encargaré de que esa perra no sea un estorbo para tus deberes y obligaciones reales. Que no vuelva a ocurrir.

La puerta se abrió nuevamente y la reina salió disparada de mi habitación sin siquiera mirarme.

La fachada de Xelena para nada daba a entender que era una mujer cruel. Pero con su hija, era lo que había demostrado.

¿Qué se suponía que tenía que hacer en ese momento? No podía simplemente ignorar

que todo aquello había pasado en mis narices. No era en absoluto que quisiera ver nuevamente los labios carnosos de Olivia, para nada, pero me acerqué a la puerta de su habitación, y la golpee suavemente. Si no quería hablar, lo entendería y la dejaría sola.

—Pasa —su voz entrecortada se escuchó desde adentro, y cuando abrí, vi a Olivia en sus pijamas, acostada en la cama junto a Mila que parecía dormir.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza y con los ojos llorosos me respondió: —No. No estoy bien y no estaré bien mientras siga en este lugar nefasto.

Me acerqué a ella lentamente, dándole lugar a que me frene o me pida que me marche.

—¿Quieres hablarlo? —le pregunté y ella le dio unos suaves golpecitos al colchón, invitándome a sentarme a su lado, y eso hice.

Sus ojos grises se veían aún más claros a causa de sus lágrimas y me entraron unas ganas infinitas de abrazarla, consolarla y decirle que todo estaría bien. Un sentimiento tan ajeno a mí que me costó reconocer. Yo arrancaba cabezas y quemaba enemigos... no abrazaba y consolaba.

—Estoy completamente harta de esta familia, de ser una princesa y de todo básicamente. Sólo quiero ser una persona normal, y poder acompañar a mi perra durante este proceso, tranquila, sin presiones. ¿Acaso es mucho pedir? —las palabras salían de ella como un torbellino. Como si estuviera sacando todo lo que tenía reprimido durante largo tiempo y que no había podido expresar con anterioridad en voz alta—. No se puede tener tan poco corazón... ¿¡acaso es más importante una cena que la vida de mi pequeña!? ¡Si ellos no tienen alma y no pueden entender el amor hacia un ser que no sea mágico y super poderoso no es mi maldita culpa!

—No, no es mucho pedir —le respondí. Honestamente no esperaba que dijera todo eso, menos de esa manera—. Lamento que tengas que pasar por esto y sé que no hay nada que pueda decirte que te vaya a ayudar. Pero quiero que sepas que, aunque recién nos conocemos, y mi compañía no ha sido tu elección y quizás no sea de tu agrado tampoco —resoplé—, igualmente puedes contar conmigo para lo que necesites.

Una tímida sonrisa se asomó en sus suaves labios.

—Y no me refiero a solo proteger tu vida y tu seguridad —continué diciendo—. Si necesitas con quien hablar, o simplemente alguien que te haga compañía, también puedes contar conmigo —¿y si sentía que le estaba imponiendo algo? Desde luego que no quería sobrepasar ningún límite, quizás ya estaba harta de tenerme cerca 24/7 y lo último que quería era hablar conmigo. Nunca la interacción con una mujer me había puesto nervioso, hasta Olivia—. Claro, si quieres. Si no quieres, obviamente no. Sólo dec...

—Tu compañía si es de mi agrado —respondió y su mirada me atravesó por completo. Esa no era la respuesta que esperaba, y definitivamente ignoraría la electricidad que atravesó algunas partes de mi cuerpo—. Y desde luego que te tomaré la palabra. Es más, estaba haciendo uso de tu maravillosa compañía hace unos segundos incluso antes de que la ofrecieras, así que... gracias Baltazar. Eres un buen hombre.

Sus ojos aún estaban húmedos, pero una sombra de sonrisa había aparecido en su rostro. Mila se removió dormida a su lado, y se acercó más a su madre humana, después de emitir un leve ronquido.

No pude reprimir el impulso de tocarla y coloqué mi mano en su hombro desnudo para reconfortarla. El contacto de su piel era exquisito. Definitivamente, eso no era lo que

tenía pensado el rey Ronan cuando me asignó como su guardaespaldas.

—Y tú eres una buena mujer, —le hice un suave apretón amistoso en el hombro, y me obligué a retirar la mano de allí rápidamente. Ya estaba cruzando una línea al tocarla, aunque fuera para consolarla. —Se puede ver a kilómetros de distancia.

Nos miramos en silencio por un tiempo demasiado largo. Un intento de sonrisa se asomó nuevamente en sus labios y algo se revolvió dentro de mí. Algo tenía Olivia que me llamaba, como un canto de sirena. Si bien no debería pensar en ella de esa forma, me costaba evitarlo. Su belleza era mucho más que sólo física.

CAPÍTULO 45

CASSANDRA

Necesitaba hablar con alguien. En ese momento realmente necesitaba a una amiga. Necesitaba a Kathy. Habían pasado tantas cosas desde la última vez que la había visto, que sentía que no me reconocería. Apenas me reconocía yo misma. ¿Me perdonaría las mentiras? ¿me perdonaría por matar a su novio?

Thomas era un imbécil, y esperaba que no llorara por un maldito homicida desquiciado.

¿Ya se habría enterado de la muerte de Thomas? ¿se habría enterado de lo que había hecho él y de que la causante de su muerte había sido yo?

Seguramente se reiría de la ropa ridícula que llevaba en ese momento y que me obligaban a utilizar desde que había llegado a Kastille Veezar. El vestido que tenía puesto era ridículamente elegante y atrevido. Y lo que era más ridículo aún, era que lo estuviera utilizando un día cualquiera a media tarde. Me sentía ridícula e impotente, por no poder hacer nada.

Me habían prohibido asistir a los entrenamientos, por lo menos hasta la boda. Se suponía que tenía que prepararme para la ceremonia. Absurdo. Todo en ese lugar era completa y absolutamente absurdo.

¿Quién había inventado las tan amadas tradiciones de Bandorvet? Seguramente un depravado.

No tenía nada que hacer, salvo esconderme en mi habitación a esperar a que alguien requiriera de mi presencia. Me escondía de todos: De Jacobo, Malek, Xelena y de mi padre. Odiaba la cara que ponía John cada vez que me veía. Como si fuera el culpable de todos los males y como si me fueran a asesinar en la guillotina.

A Malek no podía ni mirarlo a los ojos luego de enterarme de lo que tendríamos hacer en unas semanas.

Tener sexo con él ya sería demasiado, pero hacerlo frente a un desconocido era otro nivel de desquicio. No estaba preparada para eso, ni en un millón de años me podría preparar para algo así. ¿Sabría mi padre de las tradiciones de Bandorvet en ese aspecto? ¿por eso me miraba así? ¿lo sabría Jacobo?

Me iba a volver loca si seguía allí encerrada. Necesitaba desahogarme y contárselo a alguien.

Claramente Jacobo no era la persona indicada para hablar de eso. Mi padre, menos.

Tino y Evan... creo que me moriría de vergüenza de hablar eso con ellos.

Elba. Con ella si me veía hablándolo, pero... no la había visto casi nada los últimos días y estaba tan triste aún por Phillip. ¿Era sensato contarle un problema mío cuando ella estaba de luto por el amor de su vida?

Bueno, iría a verla y tantearía el terreno. Verla me haría bien, y quizás a ella también.

Me dirigí hasta su puerta, pero nadie respondió. Le consulté a uno de los guardias que custodiaba el pasillo y me comentó que había salido hacía un rato, por lo que pasé la próxima hora buscándola en los diferentes sectores del enorme Kastille Veezar.

Finalmente la encontré en los jardines, sentada en un banco y observando fijamente hacia un punto invisible en el medio de las flores, que adornaban cada espacio del lugar.

El sol resplandecía a lo alto del cielo, y sentir su calor en mi piel me reconfortó, como si fuera una caricia.

—¿Puedo sentarme junto a ti? —le pregunté, y volteó a verme como si se hubiese asustado. Evidentemente no sabía que alguien estaba allí.

—Claro mi niña —respondió intentando sonar bien, pero su tono de voz estaba vacío y sonaba tan ajena a ella.

—No sé muy bien cómo actuar junto a ti —confesé—. Me siento tan culpable por lo que ha sucedido que...

—No ha sido tu culpa Cassie —realmente necesitaba escuchar eso de ella, aunque no era la primera vez que lo decía. Volteó a verme y me sostuvo la mirada—. Te lo digo muy en serio. Phillipó sufriría al pensar que te culpas. En una guerra hay víctimas, si alguien tiene la culpa además del Nereide que lo asesinó... serían Helene y Adrien.

—Gracias por esas palabras, creo que temía que tú también me culparas y tenía un poco de miedo de hablar contigo por eso.

—Nunca tengas miedo de hablar conmigo. Estaré siempre para ti, aunque en este momento no sea la compañía más agradable de Nerea.

Resoplé con una chispa de alivio.

—¿Tienes ganas de hablar? ¿desahogarte? —inquirí.

—Estos jardines me recuerdan a la primera vez que vi a Phillipó —su respuesta me sorprendió, pero me quedé sentada junto a ella, mirando hacia el frente hacia las flores, y escuchándola con atención.

—Mis padres tenían una florería en el pueblo, y me pidieron que fuera a una de los campos de flores que nos proveían mercadería. Nos habían encargado unos centros de mesa decorados con Middlemista roja, una flor muy difícil de encontrar. Era para la boda de una familia importante que vivía en Valterra, y no podíamos perder el trabajo—. Un nudo afloró en su garganta, pero de alguna forma logró continuar con la historia—. Curiosamente los proveedores eran los padres de Phillipó. Me atendió uno de los empleados y me dijo que buscara a Phillipó, que sus padres estaban fuera de la ciudad, y él podría ayudarme.

Rio al recordar la escena, con los ojos húmedos antes de continuar.

—La primera vez que lo vi estaba rodeado de las flores que yo buscaba, y en ese momento sentí que era una señal del destino, porque me puse tan nerviosa que no me salían las palabras. Tardé demasiados segundos en reaccionar y él se tuvo que acercar a mí a preguntarme si estaba bien. Cuando finalmente pude hablar, le dije lo que necesitaba y para qué. Me ayudó con el pedido y luego me llevó hasta la florería de mis padres. Teníamos sólo veinte años. Desde ese momento y hasta ahora, 143 años después, no nos habíamos separado un momento. Sólo pienso que tengo que vivir un par de cientos de años más de vida sin él y no sé cómo voy a lograrlo.

—Lo harás —dije finalmente—. Lo harás porque eso es lo que él quería que hicieras, y lo harás porque eres una mujer maravillosa que tiene aún muchas cosas por vivir. Quizás ahora el horizonte se vea tan oscuro que no puedas ni imaginarlo Elba, pero créeme que conseguirás nuevamente tu rumbo, tu timón y tu destino—. Finalicé utilizando las palabras que ella misma había usado unos días antes en el barco.

—Gracias mi niña —la sonrisa en su rostro pareció un poco más real—. Ahora, ¿querías decirme algo?

Había tanteado el terreno y definitivamente no era el momento ni el lugar para hablar con ella de la dichosa ceremonia de consumación.



Como evidentemente en Bandorvet no había nada mejor que hacer, y con una boda en un par de semanas no era suficiente, los reyes organizaron una fiesta de compromiso con más de dos mil invitados, a la cuál asistirían las familias más prominentes del reino, y a la cuál “tuvieron la *amabilidad*” de permitirme invitar a algunos amigos si quería.

Yo particularmente estaba muerta de nervios. Por un lado, no había tenido nada de tiempo de conversar con Jacobo y no sabía en qué lugar estábamos. Aunque bueno, en realidad si sabía: no estábamos en ningún lugar. Eso tan... tan especial que había comenzado a surgir entre nosotros se había acabado antes de siguiera poder empezar realmente. Trataba de bloquear mis sentimientos hacia él. Esos sentimientos que no me animaba a poner en palabras. Que tenía pánico de reconocer, y más aún luego de los eventos recientes.

¿Cómo haría para estar con otro hombre si en el único que podía pensar era en Jacobo? ¿cómo haría para casarme con otro hombre? Lo peor de todo es que no había salido a esta situación. Realmente era matrimonio (y ceremonia de consumación) o la muerte.

Faltaban pocas horas y yo me encontraba en la habitación que me habían asignado, prácticamente hiperventilando. Era demasiada información... demasiado TODO para procesar en tan poco tiempo.

Le había pedido a Amelie que fuera hasta el campamento donde estaba el resto de Oasis para avisarles del evento y del futuro matrimonio a Evan y Valentino. Yo no tenía el valor para ir hasta allá y hablar con ellos. Por lo menos cuándo los viera a la noche, ellos ya sabrían lo que estaba pasando, y... necesitaba urgentemente hablar con alguien. Desahogarme.

Como si me hubiese estado leyendo la mente, John fue a verme a mi habitación.

—¿Podemos hablar? —comentó cuando abrí la puerta.

—Claro, pasa —le respondí, haciendo lugar para que ingresara.

Él ya estaba listo para la fiesta, y llevaba un traje a medida de color dorado con beige, una corona reposaba sobre su cabeza, y traía un cofre de madera oscura entre sus manos.

—No hemos tenido mucho tiempo para hablar estos días —replicó al tiempo que se acercaba a una mesa y dejaba allí el cofre.

—Quizás hemos estado evitándonos un poco, ¿no crees? —confesé.

—¿Me has estado evitando? —parecía sorprendido, y me di cuenta de lo mal que había sonado. Quizás pensaba el motivo era otro.

Le respondí apresuradamente: —No es por lo que piensas. Es que... siento que cada vez que hablamos o me vez, te sientes mal.

—Nunca voy a sentirme mal por ver a mi hija Cassie. Menos luego de pasar casi dos décadas sin poder hacerlo—. Se acercó a mí con aquella expresión de amor paternal en el rostro. —Sólo que siento mucho que tengas que hacer esto, y si no quieres hacerlo de verdad que...

—Te voy a decir algunas verdades que debes escuchar —lo interrumpí—. La primera es que no tengo alternativa. Me debo casar con Malek o todos vamos a morir. La segunda es que no es ni culpa ni decisión tuya. Es mía, y no existe ninguna realidad alternativa donde

elija una opción diferente. Y... la tercera es que... voy a necesitar mucho a mi padre para poder transitar este momento.

Abrió los ojos como platos. Quizás las primeras dos verdades se las hubiese esperado, es más... eran verdades que él también conocía, pero la tercera lo dejó helado.

Recortó el espacio que había entre los dos y me abrazó. Un abrazo de contención y amor paternal, como nunca antes nos habíamos dado. No de esa forma por lo menos.

—Estaré a cada paso del camino Cassie, y siempre pero siempre podrás contar conmigo.

Unas lágrimas trataban de salir de mis ojos y yo estaba haciendo todo lo posible por reprimirlas. Sin soltar el abrazo le dije una verdad más al oído.

—Sé que lo que estoy haciendo es lo correcto, pero me da susto, pánico... terror. No estoy ni de cerca preparada para casarme, y mucho menos con el príncipe Malek.

Se separó de mí y tomándome por los hombros con firmeza me dijo:

—Nadie nunca estaría preparado para afrontar esta situación. Pero si hay alguien que puede hacerlo, eres tú—. Una lágrima recorrió lentamente su mejilla y sin dudas me sorprendí por ver esa vulnerabilidad en él.



Horas más tarde, y luego de que Sophie me ayudase a vestirme con un despanpanante vestido color cobre, Olivia apareció en mi habitación junto a Baltazar para escoltarme hasta el baile.

Nuevamente la princesa llevaba esa mirada triste y sombría, que trataba de ocultar detrás del maquillaje y las joyas.

Baltazar a su lado se veía imponente, vestido de forma muy elegante también.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Olivia al tiempo que caminábamos hacia el salón de baile.

—Si, —sonrió tímidamente— eres muy amable en preguntar.

Baltazar caminaba firme a su lado, siempre alerta ante cualquier amenaza.

Finalmente, luego de pasar el resto del recorrido en silencio, llegamos a una puerta alta y gruesa de madera robusta.

—Debes esperar a ser anunciada —replicó Olivia con el tono apagado—. No tardarán, en unos minutos ya te llamarán.

—De acuerdo, gracias por avisarme. ¿Alguna otra cosa que deba tener en cuenta?

—Si, prepárate para tener que hablar con una gran cantidad de personas que no conoces, sobre temas superficiales que no te importarán ni un poco, y tener que sonreír falsamente toda la noche.

Me reí ampliamente ante el comentario de Olivia. Fue completamente inesperado.

—Creo que me caerás muy bien, Olivia.

Ella me sonrió de vuelta y agregó: —Tú también, —hizo una pausa y se puso seria antes de agregar: — mientras no le rompas el corazón a mi hermanito.

¿Hermanito? Malek no tenía nada de “ito”. Ciertamente no me esperaba que dijera eso. Era un comentario bastante protector hacia su hermano.

Resoplé en un intento de risa.

—No planeo hacerlo, y te aseguro que siendo que ambos entraremos a un matrimonio por

conveniencia, dudo que haya ningún corazón para romper. Pero si lamento que tanto tu hermano como yo nos tengamos que ver arrastrados a esto, aunque sea por el beneficio de nuestros reinos. No era lo que esperaba para mi vida. E imagino que él tampoco para la suya.

No sabía de donde había salido esa frase. Parecía de una Cassandra más madura y mucho menos asustada. Por dentro temblaba, pero quizás por fuera lograba demostrar más confianza.

—Lo sé y yo también lo siento. Pero si algo te puedo decir, es que no hay un mejor hombre en toda Nerea para entrar a un matrimonio, ya sea por conveniencia o no —agregó la princesa. Pensé que lo decía porque no conocía a Jacobo. Él sin dudas era el mejor hombre de toda Nerea y especialmente el mejor hombre para mí. Una punzada de dolor se clavó en mi estómago y permaneció allí—. Aunque él haga un intento descomunal en parecer un hombre frío y despiadado, debajo de todo eso hay un gran hombre. Pero si dices que dije esto, lo negaré con mi vida —respondió con una risa y luego giró a ver a Baltazar: —Y a ti te devoraré si sale una palabra de tu boca.

Su mirada seguía triste, pero luego de nuestra pequeña charla, algo se había iluminado en ella.

Baltazar levantó la comisura de sus labios sutilmente, en un comienzo de sonrisa y solo la miró fijamente, para luego decir: — tu secreto está a salvo conmigo, *princesa*.

Las puertas se abrieron de pronto, y me volvieron los nervios que por pocos minutos habían desaparecido.

Una voz intensa de uno de los soldados que se encontraba a los costados de las puertas replicó fuerte: —¡Y con ustedes: ¡La princesa de Margadorat, Cassandra Baltich Blancherd, futura princesa de Bandorvet, y prometida del príncipe Malek Aldahir!

En el salón, todos me miraban fijamente, y nunca me sentí tanto como un pez en una pecera. Tuve que rezar a dioses en los que no creía para no tropezarme bajando las escaleras y caer frente a todo el mundo. Hubiese sido muy típico de mí y muy inoportuno a la vez. Para sorpresa de todos, logré hacerlo sin dañar mi integridad física.

Muy cerca se encontraba Malek, que se veía realmente como un príncipe, vestido elegantemente con un traje de color negro, y su corona sobre su cabellera castaña.

Su mirada era profunda y no pude quitarle los ojos de encima mientras caminaba imponente hacia mí. No paso mucho tiempo hasta que estuvo a mi lado y me tomó de la mano. Su piel áspera y caliente entró en contacto con la mía y me tensé. Esperaba que Jacobo no fuera de los que estuviera presenciando la escena. Giré el rostro en ambas direcciones para ver si se encontraba allí, pero solo vi rostros de desconocidos, y a lo lejos el de mi padre junto a los padres de Malek.

—¿Estás distraída? —la voz de Malek me hizo volver a concentrarme en él. Me llevaba de la mano hacia el centro de la pista y llegamos en el momento justo en que una música comenzó a sonar.

—Nerviosa —contesté a un volumen de voz que sólo él podía escuchar.

Malek se colocó frente a mí y me puso una mano en la cintura, lo que me hizo poner aún más nerviosa.

—¿Qué haces?

—Vamos a bailar —giró la mirada hacia los espectadores y aclaró: —es lo que todos esperan ver. El baile de los futuros esposos.

Se me revolió el estómago al darme cuenta que esos futuros esposos éramos nosotros y que todas las expectativas estaban puestas en mí. Yo era la novedad, la rareza, la extranjera.

—No tengo ni idea de cómo bailar esto —confesé sonrojada mientras me guiaban con

pasos certeros. La melodía era elegante, sofisticada y profunda.

—Pareces saber seguir bien los pasos —respondió serio.

Mientras girábamos en el medio del salón de baile, yo seguí intentando encontrar a Jacobo. No sabía qué era peor: verlo allí mientras yo tenía que hacer toda esta payasada o que no estuviese. De alguna forma verlo era como sentir su apoyo, pero a la vez eso significaba que él tenía que verme con otro hombre. Yo había estado en una situación similar cuándo lo había visto con Camille, y sabía que no era para nada agradable. Y eso que en ese momento no había pasado nada tan fuerte entre nosotros. Pero después de lo que vivimos en el viaje, todo había cambiado.

Una punzada se me clavó en el estómago cuando finalmente mis ojos se posaron en él. Estaba en una de las barras pidiendo un trago, con la mandíbula apretada y la expresión oscura. Miraba hacia cualquier lado que no fuera el centro de la pista de baile. Quería salir corriendo y abrazarlo, pero no podía.

—Relájate Cassandra —comentó Malek rompiendo el silencio que había entre nosotros, y sentí como con su pulgar me acariciaba la espalda sutilmente. ¿Qué rayos significaba eso? —no imagino por todo lo que estás pasando, pero entiendo que estés nerviosa. Te prometo que todo saldrá bien, aunque no puedas verlo ahora.

El resto de las personas se unieron al baile y pronto dejamos de ser el centro de atención.

Sus palabras efectivamente hicieron que me relajara, por lo menos un poco.

Luego de bailar un par de canciones en silencio, salimos de la pista y al hacerlo fuimos rodeados por un sinnúmero de desconocidos. O por lo menos lo eran para mí.

«Un gusto alteza. Estamos a la orden de lo que necesite. Están más que invitados a la fiesta que tendremos en la mansión la próxima semana. Es usted muy hermosa. Sonrisas. Risas falsas. Apretones de mano.»

Lo poco que me había relajado en la pista de baile, había desaparecido en un santiamén. Todo mi cuerpo estaba tenso y al voltear a ver a Malek pude detallar la expresión gélida que tenía en la mirada, dirigida a cada una de esas personas. No sonreía ni si quiera respondía por cortesía. Me tomó de la mano y me llevó lejos de allí.

La mirada de sorpresa y decepción de los invitados que nos estaban atosigando no pasó desapercibida, pero a Malek pareció no importarle.

—Hijo —la voz de Ronan a nuestras espaldas hizo que nos detuviéramos de inmediato. Ni siquiera sabía a dónde me estaba llevando el príncipe.

Malek hizo una sutil reverencia con la cabeza en modo de saludo.

Al lado del rey se encontraba su esposa, y una pareja refinada. Teniendo en cuenta que en Nerea las personas vivían tantos años, a veces costaba identificar qué edad podrían tener. Pero teniendo en cuenta que Ronan y Xelena tenían más de ciento cincuenta años, quizás eran contemporáneos.

—Ella es Cassandra, la prometida de Malek —le comentó el rey a la pareja y luego se dirigió a mí—. Y ellos son Leonis y Ludmila Herder. Mis amigos personales y Duques de Sandyl.

—Un gusto conocerlos —tendí la mano en modo de presentación. Mano que fue tomada por Leonis y besada de una forma bastante personal y repulsiva a mi modo de ver. Reprimí una arcada, el asco y las ganas de quitar de allí mi mano, cachetearlo y decirle a su esposa que salga de allí corriendo. En lugar de eso, simplemente sonreí cordialmente y retiré mi mano de la forma más educada posible.

El hombre era rubio y de ojos negros. Tenía rasgos toscos y era de estatura baja. Bueno, no en comparación conmigo por supuesto, sino en comparación al resto de los hombres que

solían ser bastante más altos. Era de contextura gruesa, a diferencia de su esposa que era esbelta y alta.

Los minutos que siguieron, hablaron de temas completamente triviales y que me importaban poco y nada, tal como me había advertido Olivia. Me mantuve en silencio y simplemente sonreí cuándo el resto lo hacía. Excepto Malek, que tenía una expresión bastante similar a la que tendría si tuviera un palo inserto en el orificio anal. Simplemente se quedaba allí por su padre. Era evidente.

Luego, Leonis y Ludmila se despidieron y pasaron a presentarnos a unas cuantas más familias importantes de Bandorvet. ¿Los nombres? La realidad recordar eso era pedir demasiado de mí. Yo sólo quería salir corriendo de allí.

Cuando vi a mis amigos caminando hacia mí, casi me desmayo de la emoción. Evan tenía algo diferente. ¿Quizás un poco menos de oscuridad en su mirada?

Sonreí ampliamente al verlos, y probablemente me estaba saliendo del protocolo real al decirle a los reyes y a los duques de turno: —Si me disculpan.

No aclaré nada más al retirarme y vi miradas de reproche en los reyes. Creí ver en Malek el inicio de una sonrisa, pero probablemente había sido solo mi imaginación.

Caminé demasiado rápido hacia Valentino y Evan que también habían sonreído al verme y tan pronto estuve frente a ellos nos estrechamos los tres en un cálido y emotivo abrazo.

—Nos alegra verte Cassie, estábamos realmente preocupados —comentó Valentino mientras aún nos abrazábamos.

Sentí como una mano se posó en mi espalda baja y me separé del abrazo y volteé a ver de quien se trataba. Era Malek. Su mirada tenía una chispa de diversión cuando dijo: —No quiero que te tomes esto como un ataque de celos, pero mis padres están a punto de desmayarse al ver a su futura nuera abrazada a dos hombres en el medio de nuestra fiesta de compromiso.

Palidecí. Todas las miradas estaban puestas en nosotros. Había estado tan feliz de verlos que realmente ni me había puesto a pensar en protocolos ni apariencias.

—Lo siento —comenté sinceramente—. Ellos son Evan y Valentino, mis mejores amigos. —Volteé a ver a mis amigos que parecían sorprendidos—. Él es el príncipe Malek.

No creí necesario aclarar que era mi futuro esposo pues se suponía que ya lo sabían y probablemente si había dudas al respecto, habían quedado zanjadas cuando Malek se refirió a la fiesta como “nuestra fiesta de compromiso”.

—Un placer —Evan fue el primero en romper el silencio y hacer una reverencia.

—No es necesario que hagan eso —respondió Malek inexpresivo. —Me alegra saber que tienes amigos aquí —agregó el príncipe, mirándome sólo a mí—. Los dejo solos para que se pongan al día, te veo luego.

Se retiró tan súbitamente como había aparecido.

—¿ESE es tu futuro esposo? —preguntó Valentino con la boca abierta como si Malek fuera un Dios—. Yo amo a Federico, pero a ver, ese hombre parece un...

No lo dejé terminar la frase. Si, era verdad que Malek era guapo, pero no era Jacobo. Y no era como si Jacobo no fuera el hombre más hermoso que hubiese visto en mi mísera vida.

—No importa lo que parece —lo interrumpí— te apuesto a que nadie le gusta que lo obliguen a casarse, por más amigable que sea a la vista el futuro cónyuge.

—Lo siento, tienes razón —comentó apenado Tino.

—No te preocupes —dije al tiempo que volteé a ver a Malek nuevamente. La verdad si era muy guapo—. Entiendo por qué lo dices.

—¿Tú cómo estás? —intervino Evan— con todo esto—. Agregó mientras mirada a su

alrededor.

—Mal —confesé—. Pero no tengo alternativa, así que mejor me vale poner la mejor cara posible y seguir.

—Lamento que tengas que sacrificarte por el resto —Evan tomó unas copas de uno de los camareros que pasó por nuestro lado con bandejas. Me entregó una y bebió un sorbo de la suya.

—Gracias por pensar en mí —comentó Valentino con sarcasmo mientras tomaba otras dos de otra bandeja.

—Pues sólo tengo dos manos.

Federico apareció de pronto y le dio un beso a Tino en los labios. Tomó la segunda copa de la mano de mi amigo y bebió un sorbo.

—Me alegro de verte Cassie.

—Lo mismo digo Fedé.

—¿Cómo los están tratando a ustedes? ¿dónde están instalados? No me han dado demasiada información —pregunté.

—Estamos en tiendas de campaña en un pueblito cercano al castillo —respondió Valentino—. La verdad que decir “tiendas de campaña” quizás suene a poca cosa, pero son increíbles. Son enormes y más aún cuando ingresas. Tienen todo lo que podemos necesitar, hay cocina y además han dispuesto una cocina general donde nos sirven alimentos a todas horas. Yo creo que ya he engordado un par de kilos más.

—Me alegro escuchar eso, me daba miedo que no estuvieran tratándolos bien.

—No te preocupes, estamos bien y también hemos estado entrenando. La comodidad no nos ha hecho olvidar el verdadero motivo por el cual estamos aquí —agregó Evan con un tinte de tristeza en su voz.

Le sonreí y le tomé de la mano.

—Me alegra escucharlo Evan, y me alegro mucho de verte. Te he extrañado.

—Y yo a ti Cassie.

Elica hizo acto de presencia y llegó a nuestro lado, me saludó con la misma apatía de siempre, pero sonrió sutilmente cuando saludó a Evan.

Pude sentir como él se tensaba al verla.

Quería que mi amigo fuera feliz y que no pensara en mí como en algo más que su amiga, pero... ¿Elica? ¿de verdad? Aparentemente Evan no era un experto ocultando sus sentimientos porque era evidente que algo pasaba entre ellos.

La música seguía sonando y la verdad era un ritmo muy hermoso, con un toque sensual. Las parejas bailaban en la pista de baile y Federico tomó de la mano a Valentino, se excusó y se dirigieron a bailar, quedando sólo Evan, Elica y yo en un silencio incómodo.

—Deberían bailar —comenté.

Evan abrió los ojos de par en par y se sonrojó. Elica, lo miró y sin pensarlo demasiado lo tomó de la mano y lo llevó consigo a la pista.

La tensión entre ellos podía palpase en el aire, más aún cuando estaban tan cerca como en ese momento.

Sentí un leve roce en mi brazo y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me giré velozmente y fue allí cuando lo vi: Jacobo había pasado a mi lado y me había tocado. Había sentido que había sido él, incluso antes de verlo. Mil sensaciones se apoderaron de mí y lo único que quería en ese momento era tomarlo de la mano e irme corriendo junto a él a una montaña solitaria. Pero eso no era posible.

Se frenó. Se dio la vuelta y me recorrió el cuerpo con la mirada, hasta llegar a mis ojos.

Bebí un sorbo del trago mientras me temblaban las piernas. Todavía me costaba explicar lo que podía lograr ese hombre en mi cuerpo, incluso a metros de distancia. Era como si estuviésemos hechos de dos compuestos químicos que al entrar en contacto explotaban.

Sus pupilas se dilataron y no podíamos quitarnos los ojos de encima el uno al otro. El mundo alrededor había desaparecido. Estaba vestido de forma espléndida con un traje azul marino, con bordados en dorado. En Bandorvet y en Oasis él no se hacía llamar “el príncipe”. Es más, para él era un insulto que lo hicieran. Él era el Comandante General de la Guardia del Rey John Baltich. Un soldado. Un guerrero. Eso sin dudas era lo que se percibía al mirarlo. Podía tener un vestido de flores puesto e igual iba a parecer un fuerte guerrero.

Las piernas me temblaban y había perdido la noción del tiempo que habíamos pasado comiéndonos con los ojos cuando de pronto las escenas pasaron frente a mis ojos como una película en cámara rápida: un grito sordo a mi derecha me hizo girar el rostro abruptamente. No tardé en ver claramente de donde provenía. Olivia estaba junto a Baltazar, a un lado de la pista, mientras un hombre vestido de camarero sacaba una daga y se abalanzaba sobre ella. En menos de lo que pareció durar un parpadeo, Olivia había desaparecido y en su reemplazo había una enorme figura que nunca en mi vida había visto. Era tan grande que la gente a su alrededor había salido expulsada por el choque con ese cuerpo. Salvo Baltazar, ya que él se encontraba frente a ese... ¿qué rayos era? Baltazar ya había atravesado el corazón del atacante con su espada en el mismo momento en que el nuevo cuerpo de Olivia le arrancaba un brazo al atacante y lo escupía a la distancia. El hombre gritó por el dolor y las personas comenzaron a correr despavoridas.

Ella era un ¿león alado? ¿con piel de dragón? ¿del tamaño de un elefante? ... ¿en qué rayos se había convertido Olivia? Nunca había visto tal criatura antes.

No había logrado terminar de procesar lo que veían mis ojos cuando ella volvió a su cuerpo humano, pasó pocos segundos desnuda antes de recomponer su ropa con un hechizo. Se pasó el antebrazo por la boca que tenía aún rastros de sangre por haberle arrancado el brazo a aquel hombre y con orgullo volteó a ver a Baltazar que aún tenía la espada enterrada en el cuerpo moribundo del atacante y le dijo: —Te dije que podía defenderme sola.



CAPÍTULO 46

BALTAZAR

Saqué mi espada del cuerpo agonizante de aquel hombre y volteé a ver a la mujer que me tenía completamente sorprendido.

¿Qué mierda había sido eso?

Nunca había escuchado de una criatura como la que había visto hacía unos segundos. ¿Qué rayos era Olivia? Lo cierto es que nunca se lo había preguntado.

La miré con la boca abierta mientras ella sonreía satisfecha por el espectáculo que había provocado. Muchas de las personas ya habían salido corriendo y sólo quedaban los de Oasis, los reyes, el príncipe Malek y los guardias. Los demás “civiles”, estaban saliendo a toda prisa del recinto.

Ronan se apresuró a correr hacia su hija y la tomó por los hombros con expresión de profunda angustia. La recorrió con la mirada como percatándose de que se encontrara bien y antes de siquiera darme cuenta, su expresión volvió a hacer tan fría e impenetrable como siempre.

—¿Se puede saber para qué hago el esfuerzo de conseguirte un guardaespaldas si de buenas a primeras vas a hacer este espectáculo frente a las familias más importantes del reino?

—¿Se suponía que debía dejar que me asesinaran? —preguntó ella, desafiando a su padre y con la frente en alto.

Algo en su expresión y su ímpetu, envió una descarga eléctrica directo a la zona baja de mi abdomen.

«Maldita sea, no puedes pensar en ella de esa forma. Contrólate Baltazar.»

—Sabes bien que Baltazar lo tenía bajo control —el rey volteó a verme, sobre el (ahora cadáver) del atacante—. Si él no le hubiese clavado la espada, de nada hubiese servido tu show arrancándole un brazo porque te hubiese podido apuñalar con el otro.

—No hubiera penetrado mi piel con esa dagucha —replicó ella a la defensiva.

—¡BASTA OLIVIA! —hizo un silencio tratando de recomponerse. —Debes obedecer. Nadie en todo el maldito reino va a querer casarse con una princesa que va por allí convirtiéndose en Dracleón y arrancando brazos.

“Dracleón”. Si, definitivamente nunca había escuchado hablar de esa raza. Probablemente no había en Margadorat.

—Si ya Malek se va a casar con Cassandra, ¿por qué te importa si yo me caso o no?

—Lo que me importe o no, ciertamente no es asunto tuyo. Eres la princesa y debes cumplir las órdenes que doy. Te vas a casar te guste o no. Y te vas a casar cuando y con quien yo diga. Eso lo sabes desde que tienes uso de razón y tus arranques de rebeldía no van a cambiar nada. Como vuelvas a transformarte frente a alguien, verás verdaderamente mi ira Olivia. No me tientes. Ya sabes que suficiente miedo nos tienen, y lo que debe inspirar una princesa no es miedo, sino sumisión. Tu esposo seguramente que no va a querer a alguien capaz de matarlo en un abrir y cerrar de ojos.

«Dile eso a mí polla».

Noté el momento exacto en que la valentía de Olivia comenzó a verse resquebrajada por las palabras crueles y autoritarias de su padre, y sus ojos comenzaron a humedecerse.

—¿Puedo retirarme? —fue lo único que se limitó a decir.

Ronan asintió.

Todos escuchaban y veían la escena sin ningún tipo de discreción.

Antes de salir de prisa tras Olivia, me acerqué a Jacobo y le pedí en voz baja: —Averigua todo lo que puedas sobre ese hombre e infórmame cuanto antes.

Jacobo asintió, y salí corriendo tras ella.



—¿Estás bien? —le pregunté. Cuando ya nos encontrábamos solos en el pasillo. Podía ver cómo Olivia trataba de reprimir las lágrimas que asomaban por sus ojos dulces.

Negó con la cabeza y para mi sorpresa se frenó de golpe, se giró y me rodeó el cuello con sus brazos para luego hundirse en mi pecho y largarse a llorar.

Me quedé congelado por un momento antes de reaccionar, y rodear su cintura para devolverle el abrazo. Y así nos mantuvimos por un tiempo que a la vez me pareció demasiado largo y demasiado corto.

Finalmente se separó un poco y con los ojos aún húmedos me dijo: —Gracias.

No tenía claro por qué me daba las gracias, pero volví a abrazarla, a pesar de que sabía que no era lo correcto.

El calor que desprendía de su cuerpo me tenía un tanto embelesado y el contacto con su suave piel estaba causando estragos en mis adentros. No entendía, además, por qué me afectaba verla llorar. Unas crecientes ganas de partirla la cara al rey se fueron apoderando de mí. Él era el culpable de que ella estuviera así. No su atacante. Ella había estado feliz y orgullosa de acabar con él, pero su padre la había hecho sentir como una basura, como un estorbo.

Olivia era como una cebolla, tenía demasiadas capas y yo quería conocer cada una de ellas.

Se separó y la ausencia de su cuerpo contra el mío, se sintió dolorosamente vacío. Retomamos el camino.

«No puedo estar teniendo estos pensamientos hacia ella.»

—Lamento que tengas que vivir de esta manera —le comenté, rompiendo el silencio, mientras caminábamos hacia nuestra habitación.

Volteó a verme y sus ojos grises enrojecidos por el llanto, se clavaron en los míos: —Muy pocas personas le dirían a una princesa eso. Muy pocas personas verían todo lo miserable que uno puede llegar a ser debajo de toda la opulencia y el supuesto poder.

—Quizás son muy pocas las personas a las que les importa una mierda la opulencia... o el poder.

Sonrió con tristeza al escuchar mi respuesta.

—Quizás.

A los pocos minutos llegamos a la puerta, y nuevamente la mirada de Olivia se oscureció.

—¿Estás bien? —le pregunté a pesar de conocer lo que estaba sucediendo en su cabeza.

Ella negó con la cabeza.

—Es Mila. Cada vez está peor y siempre que me voy y vuelvo, se desmaya al verme

—una lágrima nueva asomó por sus dulces ojos grises—. Por eso no me gusta salir, es como si yo fuera su remedio y su enfermedad. No sé cuánto más pueda resistir su corazón.

—Pero hace poco Thorin la curó, ¿debería estar mejor por un tiempo? ¿o no?

Ella negó nuevamente con la cabeza.

—No, eso no le dura nada. Cada vez las curaciones le duran menos tiempo.

Le tomé de la mano, y ella volteó a verme sorprendida ante mi gesto.

—Voy contigo, yo te acompaño —presioné suavemente su mano.

Ella sonrió y se animó a abrir la puerta de la habitación, que primero daba acceso a mis aposentos. Los cruzamos aún tomados de la mano. Llegamos a la puerta de su habitación y la abrió sin pensarlo, y allí estaba Mila.

Subió la cabeza hacia la puerta y al ver a Olivia comenzó a mover la colita con dificultad, pero con mucha emoción. Era la bola de pelos más tierna que había visto en mi vida, y sus ojos parecían decir tanto. Como si a través de su mirada pudiera hablar y transmitir sus sentimientos y deseos.

Olivia me soltó y se acercó rápidamente hacia ella.

—Mila tranquila anda, ya llegué, pero no te emociones por favor.

Mila hizo caso omiso y a cada segundo se iba emocionando más, hasta que se cayó de lado con los ojos cerrados. Un segundo estaba bien, y al otro su corazón latía erráticamente y su respiración disminuía, desmayada.

—¡No por favor! ¡otra vez no! —gritó Olivia con un deje de resignación, y me apresuré a su lado.

Coloqué a Mila con las pequeñas patitas para arriba y comencé a hacerle masajes en el pecho al tiempo que Olivia salió a pedir ayuda.

No demoró en volver para observar a Mila abriendo los ojos, y noté como sus miradas se cruzaron. Los ojos de Mila estaban húmedos y los de Olivia parecían un río. Ella sollozaba mientras le acariciaba su cabecita pequeña. Se miraron en silencio, de una forma que no podía ser otra cosa más que una despedida. Mila volvió a cerrar los ojos y esta vez no los abrió más. Su pecho dejó de moverse y su corazón errático, finalmente se dio por vencido, dando el último latido.

La princesa la acercó aún más hacia ella y la acunó en su pecho, llorando sin parar, y susurrándole palabras de amor. Me acerqué a ambas y las abracé, al tiempo que la princesa recostaba su cabeza contra mi pecho y apretaba a Mila fuerte contra ella.

Alguien ingresó a la habitación, pero le hice un gesto para que nos dejaran solos. No entendía en qué momento me había convertido en esta persona para Olivia si apenas nos habíamos conocido hacía pocos días. No entendía tampoco, qué me impulsaba a estar con ella en estos momentos y en querer hacer cualquier cosa para evitar su sufrimiento. Quizás, había personas cuyas conexiones iban más allá del tiempo.

No sabía cuánto tiempo había pasado en esa posición. Tampoco me importaba. Sólo quería poder hacer algo para arrancarle ese sentimiento y esa tristeza, pero no había nada que pudiera hacer.

Mila y Olivia me hicieron conocer un tipo de amor que no conocía. Había escuchado del amor de padres a hijos y viceversa, (ese último lo había vivido), aunque por un tiempo demasiado corto. Había conocido el amor de hermanos. Había escuchado demasiadas veces del amor romántico, cosa que nunca había experimentado realmente, pero ¿este amor? ¿el amor completamente desinteresado entre dos especies que comparten solo su compañía, caricias, juegos y miradas? Un amor que se comunica sin hablar. Un amor que es solo un

sentir profundo y un amor que sabes que vas a perder... incluso antes de comenzar a experimentarlo, pero que de igual forma te arriesgas a tener, porque sabes que lo que sufrirás después, por horrible que sea, valdrá de igual forma la pena. Un amor que es efímero desde el inicio, pero que perdura arraigado en el alma como si lo hubieses vivido por siglos. Ese amor, no lo había conocido hasta ahora.

Estaba absolutamente seguro que en cien años Olivia seguiría pensando en ella y amando a Mila con toda su alma.

CAPÍTULO 47

JACOBO

Antes de dirigirme al primer entrenamiento en conjunto con los soldados de Bandorvet, fui a encontrarme con el rey Ronan y con Maximus, su mano derecha.

John también se encontraba con ellos.

—Te estábamos esperando para comenzar —comentó John al verme.

—Lamento la demora.

Lo que en realidad lamentaba era tener que sentarme allí a hablar con Ronan cuando lo único que quería, era romperle la cara. No sólo obligaba a Cassandra a casarse con su hijo, sino que además trataba a su propia hija como una mierda. Tendría que hablar seriamente con John sobre su elección de amigos.

—Estuve toda la noche investigando el ataque a la princesa y lamentablemente no hay demasiadas pistas para seguir —respondió Maximus, que se encontraba sentado en la mesa, a la derecha del rey Ronan. Su voz era gruesa y su expresión y porte eran de una persona experimentada. La cicatriz que atravesaba su rostro era demasiado notoria y era un tanto difícil no quedarse observándola.

Ronan lo fulminó con la mirada.

—No creo que seamos un reino de incompetentes Maximus, desde luego que yo no lo soy. ¿Cómo es posible que no se sepa nada?

—No dije que no sabemos nada, sino que no hay demasiadas pistas —respondió en un tono respetuoso.

—¿Qué sabes? —preguntó Ronan a secas y con expresión de pocos amigos.

—El atacante era de raza Sempler. Tenía 57 años y recientemente había salido de prisión por robos en la frontera entre Veezar y Brueer. No tenía amigos ni conocidos, y por lo visto había estado viviendo en las calles de Sandyl, pidiendo limosna y haciendo algunos trabajos ocasionales. No había vuelto a robar, o por lo menos no lo habían agarrado haciendo nada ilegal.

—Nombre —exigió Ronan.

—Lean Axelof.

—¿No tenía familiares y amigos en ningún lugar de todo Bandorvet? —inquirió John —. ¿Era huérfano?

—Al parecer —respondió Maximus.

—No voy a permitir que nuevamente suceda esto Maximus. Necesito respuestas y no es lo que obtenido de los últimos atentados hacia mi hija. Siempre termina en lo mismo. Necesito saber quién está detrás de esto y necesito saberlo pronto. Urgente. Fíjate que puedes hacer, o esta vez será tu puesto el que penda de un hilo.

—Pero su majestad yo...

—No me interesan tus excusas. Lo único que me interesan son los resultados.

El rey se puso de pie y sin despedirse, se retiró de la reunión. Maximus en silencio fue el siguiente en irse y sólo nos quedamos John y yo.

—Debo ir a los entrenamientos —le comenté.

—Yo... —comenzó a decir John, pero titubeó.

—¿Qué pasa John?

—Me he enterado de algo, y no sé qué hacer al respecto.

—Puedes hablar conmigo, siempre. Lo sabes —respondí.

Sacó su varita y con un hechizo insonorizó la sala en la que estábamos, ahora solos.

—Es sobre Cassandra.

Traté de disimular el temor que sentí.

—Me he enterado de algunas costumbres de este reino, relacionadas con las ceremonias matrimoniales de los reyes.

—¿Qué tipo de costumbres? —pregunté lo más calmadamente posible. No me gustaba el camino que estaba tomando esta conversación.

—No sé muy bien cómo abordar este tema —dijo nuevamente dubitativo—, pero resulta que al parecer... existe una ceremonia adicional a la tradicional que se debe realizar para que el matrimonio sea considerado válido.

—John, ambos sabemos qué haremos todo lo posible para que no llegue a esa instancia, ¿por qué te preocupa?

—Porque se acerca la fecha, no estamos teniendo alternativas viables y en caso de que no podamos detenerlo, Cassandra tendría que pasar por esa ceremonia.

—¿En qué consiste?

—Es una ceremonia de consumación —respondió.

Sentí una lanza de dolor atravesar mi pecho. Desde luego que imaginaba que ella tendría en algún momento que acostarse con su esposo, pero pensarlo en esos términos me hacía revolver el estómago. Y más aún, que esperaran eso de ella.

—Podríamos hablar con Malek —intenté nuevamente sonar calmado. Y con Ronan, y pedirles que le den un tiempo a ella, hasta que se conozcan más. Y con eso, también ganamos algo de tiempo nosotros, en caso de que lo necesitemos.

—No es posible. Esa noche será la ceremonia, pero lo que más me preocupa no es que Cassandra tenga que hacer... bueno el acto en cuestión... con Malek. Eso me lo había llegado a imaginar. Lo que más me preocupa es cómo es la ceremonia.

—¿Cómo es?

—La ceremonia matrimonial es realizada por tres Altos Sacerdotes, y la de consumación es supervisada por uno de ellos.

Estaba seguro que la expresión que puse en ese momento no había podido ocultarla ni que mi vida dependiera de ello. Si no lograba impedir esa boda, sin condenar a la muerte a todo Margadorat, entonces Cassandra no solo se tendría que casar con Malek, sino que tendría que acostarse con él enfrente de otro hombre.

Me entraron náuseas, y finalmente comprendí por qué John estaba tan alterado.



Luego de la conversación con John, no podía pensar en otra cosa. De alguna manera me recordé que Baltazar me había pedido que lo informara sobre las novedades del ataque a la princesa, por lo que fui hasta su habitación para informarle, antes de dirigirme a los campos de entrenamiento con la ira e impotencia aún contenidas en el cuerpo.

—Debes ser Jacobo, te estábamos esperando —comentó una mujer cuando ingresé a la carpa principal.

—Correcto, y usted debe ser la General Rua Zul.

Rua, era la General de los Dantras de los Ejércitos de Bandorvet, y debía reunirme con ella para comenzar a organizar el entrenamiento en conjunto de los Dantras de Oasis y los de Bandorvet. Era una mujer alta, de tez oscura y tenía la cabeza completamente rapada, con tatuajes por todo su cuerpo.

—Un gusto Jacobo.

Su carpa estaba equipada como una oficina de comando, con mapas, brújulas y armas. Tenía un escritorio organizado y un par de sillas.

—Antes de salir, me gustaría compartirme una información que recibimos hoy desde Margadorat.

—¿Cómo pudieron recibir información desde allá? — le pregunté. Entendía que no teníamos forma de comunicarnos.

—Tenemos algunos infiltrados y es todo lo que puedo decir —respondió con firmeza.

—Si hay infiltrados en nuestro reino estoy seguro que el rey John querrá saber de ello.

—Su rey ha hablado con nuestro rey, y está al tanto. Una vez que hayamos derrocado a tus padres, los infiltrados serán retirados. —Su voz era firme y su porte elegante—. Ahora, ¿quieres saber la información que tengo o no?

Me parecía extraño eso que me decía y desde luego que lo hablaría con John, pero por los momentos quería saber la información que tenía.

La General Zul abrió un cajón de su escritorio, sacó unos periódicos y me hizo entrega de ellos.

EL TRAIDOR JOHN BALTICH ABANDONÓ A SU PUEBLO Y ESTUVO VIVO Y ESCONDIDO DURANTE DOS DÉCADAS

Recientemente los reyes Adrien y Helene D'Amico, fueron víctimas de un ataque en el Castillo de Valterra, justo cuando estaban por condenar a muerte al traidor y delincuente de Evan Gorgots. Los rebeldes lograron liberar al Sr. Gorgots, pero la Guardia Real actuó de forma inmediata y los persiguió hasta una localización en Arktovia, donde se encontraban ocultos varios delincuentes y criminales. Allí se desató una batalla en defensa de la corona y del reino, y uno de los Guardias Reales reconoció a John Baltich entre los delincuentes. Lamentablemente logró escapar junto con algunos de los rebeldes, por lo que se otorgará una recompensa cuantiosa para quienes ayuden a dar con el paradero de los traidores al reino.

Así que ya sabían que John estaba vivo. Era la única información verdadera en todo el puto artículo. Hacía años que esos desgraciados habían coaptado todos los medios de comunicación, y tenían el control total de lo que se publicaba, siendo en un 99,99%, mentira.

LOS REYES CONTINUÁN BRINDANDO SEGURIDAD AL REINO DE MARGADORAT

Esta semana, los valientes reyes Adrien y Helene D'Amico, junto con un equipo de voluntarios, se han acercado a diferentes comunidades vulnerables a entregarles alimentos, ropa y a preguntarles por sus necesidades más apremiantes. La intención de la corona, es brindar asistencia gratuita a todo aquél que lo necesite, para continuar creciendo en armonía como un reino unido ante las adversidades.

Traducción: recientemente, los desalmados de los tiranos, se han acercado a comunidades vulnerables a saquearlas, a asesinar a quienes se opongan y a robar a los niños para convertirlos en títeres de su reinado del terror.

VALTERRA, CADA VEZ MÁS SEGURO

La capital, que recientemente fue víctima de un ataque cruel de los rebeldes, ha reforzado su seguridad y ha eliminado amenazas, capturando y enjuiciando a los aliados de los traidores al reino. Las justas condenas han sido la horca.

Además, se han unido a la Guardia Real, un centenar de nuevos Dantras, que habían sido captados por los rebeldes pero que, habiendo recapacitado, y luego de algunos meses presos, han entendido que deben luchar por el bienestar del reino y por la paz. Ahora, visten armadura real y se unen a la honorable Guardia Real de Margadorat.

—Debe haber muchos muertos —respondí sin ganas. No sabía si la intención del mundo ese día era conseguir llevarme al punto máximo de ira, pero estaba bastante cerca. No pude evitar arrugar el papel entre mis dedos, y apretar fuerte los puños—. Necesitamos apresurarnos en atacar. Ahora más que nunca.

—Los informantes dicen que la situación está cada día más complicada. Han estado arrestando a una enorme cantidad de personas, y sus familiares no saben nada de ellos. Han estado desapareciendo personas, y han encontrado muertos en las calles. Las personas prácticamente no están saliendo de sus casas, y en la ciudad de Valterra la actividad económica se ha paralizado. Incluso amenazan y arrestan a cualquier persona que emita una simple opinión en contra de los tiranos.

—Que impotencia es no poder hacer nada, ¡maldita sea!

—Tranquilo Comandante, pronto esto acabará. Ahora, por favor sígueme.

Salimos de la carpa hacia un terreno amplísimo y baldío. Yo estaba intentando mantener a raya mi rabia, mi frustración e impotencia. Necesitaría hacerlo si pretendía concentrarme para derrocarlos.

En el centro del terreno baldío, se conglomeraban algunas personas, que por la distancia aún no llegué a reconocer. Sabía que ni Baltazar ni Cassandra estarían aquí. Baltazar debía ser la sombra de Olivia, y eso implicaba no poder entrenar con el resto. Por suerte, no me preocupaba. Él sabría perfectamente qué hacer y cómo defender a los suyos, llegado el momento. Aunque si se notaba un poco alterado por el encierro y no sentirse útil. Olivia desde luego que había demostrado que no necesitaba un guardaespaldas.

El sólo hecho de pensar en Cassandra, aunque fuera por pocos segundos, causaba estragos en mí. No podía tolerarlo. Había desperdiciado demasiado tiempo, y cuando finalmente había podido estar con ella, todo se había ido al mismísimo demonio antes de si quiera comenzar.

Comencé a acercarme más al grupo y me tensé por completo al verla entre los soldados de Bandorvet y guerreros de Oasis. ¿Ella ya sabría sobre la ceremonia de consumación? ¿Qué pensaría al respecto? Todas las células de mi piel se pusieron en alerta ante su presencia.

Sus ojos amarillos resplandecían con la luz del sol y no pude quitar la mirada de ellos. Quizás me escuchó, o quizás me sintió, pero volteó justo cuando me estaba acercando y nos miramos en silencio.

—Él es Jacobo —comenzó a decir Rua hacia el grupo de soldados—. Y es el Comandante General de Oasis y del rey Baltich. —Todos la observaban en silencio. Habría

alrededor de doscientas personas.

—Ellos no son todos los Dantras —dijo Rua, dirigiéndose a mi—. Pero el otro grupo entrena directamente con los dragones y eso está a cargo de otro General. Si quieres mañana, puedes ir a visitarlos. No están cerca porque los dragones no son amistosos con los extranjeros.

—Perfecto Rua, gracias.

—La idea es que podamos unir nuestras capacidades —le comenté a ella y también al resto—. Entrenar de forma tal de poder sacar al máximo el provecho de cada uno, y que podamos cuidarnos las espaldas. De más no está decir que todos los Margadoratenses les agradecen inmensamente su ayuda para defender nuestra tierra, y terminar de una vez por todas con la tiranía de Adrien y Helene.

—¿No son tus padres? —preguntó uno de los soldados, en voz alta.

Me tensé. Odiaba la sensación que me generaba ser consciente de que esos dos engendros me habían procreado. Sobre todas las cosas, odiaba con cada fibra de mi ser, la forma en que me miraban las demás personas al conocer mi árbol genealógico. Como si uno pudiera elegir en qué familia nacer.

—Ellos son mis progenitores —respondí seriamente—. Más no son los padres de nadie. Son las peores personas que existen en toda Nerea, no lo dudes.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? —agregó una persona más del grupo.

La voz que me perseguía a todas horas fue quien respondió: —Porque lo hace mi padre, —intervino Cassandra— y lo hago yo. Porque es el mejor guerrero de Margadorat y de Oasis y porque no tiene nada que ver con sus padres. ¿Alguna pregunta más?

Por supuesto que no necesitaba que nadie me defendiera, pero que bien que se sentía tener a alguien de tu lado. Tenerla a ella de mi lado. Un calor me invadió el cuerpo y las ganas de abrazarla, besarla y hacerla mía allí mismo me estaban comiendo por dentro.

Había hablado como si fuera la reina, no como una chica de veinte años. Con un temple que pocas personas lograban tener en toda su vida.

—No estamos aquí para chismes ni para cuestionamientos —agregó Rua—. Comencemos.

—Si General —respondieron todos al unísono.

—Nosotros tenemos una forma particular de entrenar Jacobo —comentó Rua y me hizo entrega de una especie de sogá dorada—. Los Dantras en Bandorvet estamos acostumbrados a que luchamos con otros soldados sobre nuestros lomos, y la sogá que te acabo de entregar es para mantenerlos atados y que no salgan volando por los aires.

—¿Cómo se usa? —inquirí con curiosidad. No había escuchado antes, de que en la actualidad se utilizara esa técnica, en Margadorat los dragones y Dantras no eran muy aliados de la Guardia Real, y nunca habían siquiera sugerido una idea así. A veces alguien subía sobre el lomo de un dragón, pero no generalmente para luchar, y ciertamente era un problema que no se cayeran al suelo.

—Al estar en el lomo del dragón, solo debes decir las palabras “*Inseparatio*”, utilizando tu varita, y la sogá hará lo suyo.

Giró la cabeza y llamó a dos de los soldados: —Por favor, hagan una demostración.

Los soldados se dirigieron lejos del grupo y prontamente uno de ellos se convirtió en dragón. Era un Woch, como Baltazar. El que había quedado en su forma humana, voló en su escoba hasta el lomo del enorme Woch, tomó una sogá dorada y repitió las palabras que me había dicho Rua.

La sogá, creció y envolvió el cuerpo del Woch, atando al hombre sobre el lomo del dragón, que a los pocos segundos emprendió vuelo y comenzó a dar vueltas en el aire. El hombre estaba bien sujeto con la sogá y por eso podía mantenerse allí a pesar de los giros del Woch.

Ambos volvieron al suelo y Rua a mi lado agregó: —Para deshacer el hechizo solo debes decir “*Separatio*”. Todos ya están emparejados Jacobo, sólo quedó la princesa Cassandra, que insistió en entrenar con nosotros a última hora, ¿te parece si practican ustedes juntos? —preguntó Rua— luego haremos prácticas en conjunto, pero es importante que jinete y dragón puedan hacer prácticas de vuelo primero.

Asentí mientras veía como Cassandra caminaba hacia mí.

Cuando estuvimos solos le pregunté: —¿No deberías estar organizando tu boda?

—Ya me deberías conocer. Además, no tengo ni voz, ni voto en eso. Ni mucho menos interés.

Me odié a mí mismo por preguntarle eso. Como si ella se estuviera casando por gusto, y no por estar obligada a hacerlo.

—Lo siento Cas. No debí decir eso.

—No te preocupes —contestó con una sonrisa triste—. Igual tienes razón, no debería estar acá. Pero me escapé —confesó.

Si. Eso era algo que totalmente haría ella. No me sorprendía en absoluto.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Estaba muy cerca de ella y me fue inevitable rozar su brazo con mi mano. Sentí el momento exacto en que todos los vellos de su cuerpo se erizaron ante mi contacto. Joder, comencé a reproducir en mi cabeza todos los momentos que pasé con ella en el barco. Ojalá nos hubiésemos podido quedar a vivir allí por siempre, y olvidarnos de todo el maldito caos del mundo.

—Conviértete —le pedí, tratando de calmar la energía del ambiente.

Ella se alejó unos pasos y lo hizo.

Mirarla nunca dejaba de sorprenderme, y en este caso pude ver como el resto de los soldados de Bandorvet volteaban a verla desde donde estaban, con las bocas abiertas de par en par.

No habían visto un Rysler en su vida.

Era completamente imponente. Sus escamas negras como el ónice, impenetrables, y esos toques dorados en las puntas. Parecía una obra de arte *mortal*. Estaba un poco más grande que la última vez que la vi.

Los dragones de los Dantras iban creciendo con el tiempo y Cassandra aún era una dragona bebé. En comparación con muchos de los dragones era pequeña, pero en realidad para ser una “bebé” era bastante más grande que el promedio.

Por ejemplo, el Woch de Baltazar era cuatro veces más grande que Sissie, pero Baltazar ya había logrado la madurez de su dragón, y mientras más se convirtiera, más rápido sería ese proceso.

Muchos alcanzaban esa madurez alrededor de los 25 años, pero realmente dependía en cada caso.

Tomé mi escoba, que la tenía guardada en uno de los compartimientos de mi traje, la hice crecer con mi varita y volé hasta el lomo de Sissie.

La imagen desde allí arriba parecía irreal. Tantísimos dragones con sus jinetes en el lomo. Yo aún no me había terminado de acomodar, cuando el resto ya había alzado vuelo y

comenzado a hacer piruetas en los cielos.

Tomé la sogá y conjuré el hechizo, y sentí como ésta se fue estirando y amarrando mi cuerpo al de ella. Podía imaginar otras situaciones en las que la sogá podía ser muy útil, y en las que Cas estuviera en su forma humana.

Una vez que la sogá estuvo sujeta, le dije: —Vuela, Sissie.

Eso hizo. Alzó vuelo a gran velocidad y fue una de las sensaciones más increíbles que hubiese vivido. No era como volar sobre mi escoba. En mi escoba yo tenía el control. Aquí ella tenía total control sobre la situación.

Saqué mi espada y la blandí, practicando como si fuera a luchar contra el enemigo.

Paralelamente, llamaradas de fuego brotaban de Sissie, como si se hubiese estado conteniendo por demasiado tiempo. El fuego ardía tan fuerte que incluso desde el lomo de Sissie, sentía el poderoso calor.

Sobrevolamos el resto de los campos de entrenamiento, y observamos al poderoso y numeroso ejército entrenando a toda potencia. Soldados de todas las razas se mezclaban entre sí, y el sonido de las espadas al chocar invadía el ambiente. Ni en un millón de años hubiésemos podido imaginar que Oasis se convertiría en esto, por el simple hecho que no hubiese sucedido. Necesitábamos ayuda, siempre la habíamos necesitado. Realmente si no fuera por John, no tendríamos ni la más mínima esperanza. Por algo, él era el rey y merecía seguir siéndolo.

Los soldados de Bandorvet eran poderosos y parecían implacables. Ráfagas de viento, hielo y fuego, se observaban desde el cielo: Aqueos practicando sus poderes. Otro grupo volaba en sus escobas, practicando lucha de espadas en pleno vuelo. Era la imagen de la esperanza.

No era tan fácil hacerlo (luchar con espadas sobre el lomo de un dragón), cuando no sabías exactamente el movimiento o el recorrido que harías a continuación, por lo que la práctica se tornaba realmente útil. Luego de una hora haciendo prácticas aéreas y de lucha, descendimos nuevamente al suelo por órdenes de Rua.

Dragones de todos los tipos, tamaños y colores pasaron volando a nuestro lado y si bien había vivido un centenar de situaciones, honestamente nunca había vivido algo tan impresionante como esto. Tantos dragones juntos, volando con jinetes a cuestas. Era una sensación extracorpórea. Y yo, volando sobre *ella*.

—Han hecho un excelente trabajo —replicó Rua a todos—. Nos vemos mañana en el mismo horario. Pueden irse.

—Oasis —comenté en voz alta para que me escucharan nuestros guerreros—. Quédense un momento por favor.

Los soldados de Bandorvet comenzaron a partir. Rua se despidió con un saludo amistoso y solo quedamos nosotros.

—Quería decirles que estoy muy orgulloso del trabajo que han hecho hoy. A veces no es fácil salir de la zona de confort y eso han logrado.

—Gracias Comandante —replicó Lyanna.

—Es y será un placer luchar codo a codo junto a cada uno de ustedes—. Todos asintieron en agradecimiento a mis palabras. —Ahora vamos a comer.

Volamos en dirección a las tiendas de campaña, donde habían dispuesto una gran carpa como comedor.

Los reyes de Bandorvet desde luego que no habían escatimado a la hora de ofrecernos comodidades, porque la carpa por dentro parecía un salón del castillo. Grandes mesas de madera dispuestas estratégicamente alrededor de todo el lugar que se encontraba repleto de gente a esa hora de la tarde. Había un buffet donde cada persona se podía servir su comida, y unas puertas

que daban hacia los baños.

Nos servimos la comida del buffet, y luego nos sentamos en las mesas. No pude evitar sentarme al lado de Cassandra.

—¿Sabemos algo más de cómo será el ataque a Margadorat? —inquirió Lyanna, dirigiéndose a mí.

—Aún John está terminando de ultimar detalles, pero seguramente vamos a entrar por el estrecho de Sorya.

—El tema será, —intervino Amelie, que se había unido a nosotros— si podemos pasar desapercibidos o no. Calesterra está a días de vuelo de la capital y si no los tomamos desprevenidos, corremos el riesgo de que se agrupen y complicar aún más la lucha.

—¿Y no podemos ir con esferas azules? ¿directo a la capital? —preguntó Cas.

—Sería bueno, pero las esferas solo sirven dentro de Margadorat. Primero tenemos que llegar hasta allá de la manera tradicional —respondí mientras la veía fijamente a los ojos y rozaba su pierna con la mía. Pude ver en su expresión el momento exacto en el que sintió el contacto—. Y para que funcionen las esferas incluso dentro de Margadorat, por lo menos una de las personas debe saber a dónde va. Y la mayoría del ejército de Bandorvet nunca ha ido a Valterra. Por lo que solo muy pocos podríamos llegar así.

—Mmm —el sonido que salió de su boca me recordó a uno muy similar que hacía y que sólo yo había tenido el placer de escuchar—. Entiendo.

—¿Cómo les ha parecido el entrenamiento? —le pregunté a nadie en particular.

—Ha estado increíble volar sobre el lomo de un dragón —comentó Lilibeth, que había volado junto a Lyanna.

—Menos mal que existen esas sogas porque sino, no estarías diciendo lo mismo —agregó Lyanna—. Estarías probablemente aplastada en el suelo en este momento.

—Qué linda imagen a tener cada vez que vuele sobre ti ahora.

Ambas rieron.

—Ya vengo —replicó Cas y se puso de pie y comenzó a caminar en dirección a los baños.

Yo sabía que no debía. Yo sabía que era una pésima idea. Pero no pude evitarlo. Fui disimuladamente tras ella.

Ingresé al baño de mujeres, ella se encontraba frente al espejo. Abrió los ojos ampliamente al verme. Me llevé el dedo anular a los labios como señal de que no hiciera ruido. Repasé que no hubiese nadie más en el interior y cerré la puerta a mis espaldas con un hechizo simple.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella en un susurro y con las mejillas enrojecidas.

—¿Qué te parece? —respondí mientras me acercaba a ella—. Me estoy volviendo loco Cassandra. Me volviste completamente adicto a ti.

Ella no me respondió. Simplemente se acercó y rodeó mi cuerpo con sus brazos, hundiéndose en mi pecho. Era tan pequeña (por lo menos en su versión humana). Se veía tan indefensa en ese momento. Aunque yo sabía claramente que de indefensa no tenía un pelo.

La rodeé con un brazo y con mi mano derecha tomé su barbilla y levanté su cabeza para que me mirara.

—Primero quiero que sepas que no te culpo de nada —no quería que se sintiera culpable por algo que claramente estaba fuera de su alcance—. Yo hubiese hecho lo mismo en tu lugar.

Una lágrima salió de sus ojos.

—Quiero que te des la oportunidad de ser feliz —le pedí—. Con Malek. —Me costó cada

fibra de autocontrol decir esa frase. Si. Quería que fuera feliz, pero no Malek maldita sea. Quería que fuese feliz conmigo. Pero, ¿y si no era una posibilidad? Lo último que quería para ella, era que viviera una vida infeliz por el recuerdo de lo que fuimos o el pensamiento de lo que podríamos haber sido—. Si pudiera evitar esto Cassandra, lo haría. Créeme que me he pasado día y noche pensando una alternativa. Pero todas terminan con la muerte. —No era mentira. Por los momentos no había encontrado una alternativa viable. Convencer al rey Ronan de otro tipo de alianza no era una opción—. Y la vida de demasiadas personas depende de esto. Me gustaría ser un maldito egoísta y llevarte a algún rincón sórdido de Nerea y vivir contigo para siempre y que no me importara nada más. Pero no puedo. No puedo y no sólo por el hecho de liberar Margadorat, sino porque toda mi vida me prometí a mí mismo que vengaría a Emma. Cada sangre de inocente que he derramado ha sido para poder cumplir esa promesa. Cada día que he vivido después de lo que le sucedió a mi hermana fue con el objetivo de que algún día la vengaría, y ese día está cerca de llegar. —Ella me escuchaba atentamente, con lágrimas asomando por sus preciosos ojos.

—Lo sé Jacobo, y nunca te pediría a ti ni a nadie que haga algo por detener esta boda. Sé que es lo que debo hacer y en el fondo sé que es un pequeño precio a pagar a cambio de la libertad de todo un reino—. Hizo una pausa y cerró brevemente los ojos antes de continuar. —Pero no voy a negar que me carcome por dentro la idea de no poder estar contigo. Sólo puedo pensar en ti Jacobo, día y noche. No me pidas que sea feliz con Malek, cuando sabes muy bien que eso es imposible.

—No lo es. Sólo debes sacarme de tu mente. Es por tu propio bien.

—Hay cosas que no se pueden olvidar, por mucho que te lo propongas.

—Haz el esfuerzo. —Mi expresión ahora era seria y mi tono de voz más firme.

—No quiero.

—Debes.

Se acercó bruscamente hacia mí y unió sus labios a los míos. Era la droga más dulce jamás creada. Gruñí al sentir su suave piel contra la mía y me puse duro contra ella. La cargué en un impulso y ella rodeó sus piernas alrededor de mi cintura. Si, definitivamente podría vivir el resto de mi vida en esa posición.

Comencé a besarle el cuello, la mandíbula y a saborear cada centímetro de su piel con hambre voraz. La coloqué sobre el lavado y un gemido emergió involuntariamente de su garganta.

Ese gemido aterrizó directamente en mi pene que estaba a punto de explotar dentro del pantalón.

Me separé brevemente de ella y le dije: —Esto es una despedida.

Me odiaba a mí mismo por decirle eso. Me odiaba por tocarla, sabiendo lo que sabía y me odiaba por no aprovechar ese momento para hablar, pero mi cuerpo necesitaba una despedida, ya que mi mente jamás la tendría.

No me respondió. Solo me acercó más hacia ella y con sus suaves manos comenzó a recorrer mi torso y lentamente empezó a descender hacia mi miembro.

Alguien tocó la puerta del baño y nos miramos con los ojos abiertos de par en par.

—¿Quién? —preguntó Cas hacia la puerta.

—Elica, está cerrado con llave.

—Voy un minuto —respondió ella.

Me separé inmediatamente y conjuré un hechizo de invisibilidad. Justo cuando Elica abrió la puerta con un hechizo.

—Dije que ya iba —respondió molesta Cassandra, tratando de disimular los labios hinchados y el cabello revuelto.

Elica frunció el ceño y la miró con recelo.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó inquisitiva.

—No te incumbe, y dije que ya iba a abrir. No se entra a los baños cuándo están ocupados.

—Este es un baño público Cassandra. Con tres espacios privados para hacer las necesidades personales. No se tiene que cerrar con llave. Pensé que te pasaba algo.

Claramente Cassandra se había quedado sin argumentos.

—Olvidalo —respondió y se fue.

Elica pasó de largo a uno de los retretes y aproveché la puerta abierta para salir de allí, aún invisible.

Lo que hubiese querido decirle a Cassandra en realidad, era que no había forma posible en que yo me olvidara de ella. Que nadie me había hecho sentir así nunca en mi vida. ¿Amado? Si. No lo habíamos dicho, pero eso era lo que sentíamos. Joder ni mi madre me había querido. Pero ella me había revolucionado el cuerpo y la mente y no la dejaría así de fácil.

Mi misión principal era recuperar a Margadorat, pero haría todo lo que estuviera en mi poder para evitar que Cassandra se casara con Malek. Si fallaba en eso, una vez que recuperásemos Margadorat, yo la recuperaría a ella.

«Cueste lo que cueste».

CAPÍTULO 48

BALTAZAR

Olivia tenía la cara hinchada de tanto llorar. Había pasado lo que quedaba de noche abrazada al cuerpo sin vida de Mila, y me había pedido que me quedara con ella. No quería estar sola, pero mucho menos quería estar con su madre o alguien más.

Eso hice. Me recosté junto a ellas en la cama, y le acaricié el brazo hasta que se quedó dormida llorando, y abrazada a ella. Luego, me había quedado dormido junto a ellas.

A la mañana siguiente, Olivia ya no lloraba, pero su rostro mostraba que no había parado de hacerlo. Envolvió a Mila en una manta de color beige.

—Gracias por quedarte conmigo Baltazar —su voz era apenas un hilo.

—No hay de qué. Siento mucho la muerte de Mila —agregué. Ella no me sostuvo la mirada, se volteó inmediatamente como si por el hecho de verme a los ojos, las cataratas de lágrimas fueran a volver a aparecer.

—Necesito ir a mmm... —la voz le temblaba— a enterrarla. ¿Me acompañas? —se sonrojó— o sea ya sé que me tienes que vigilar y que vas a ir a donde yo vaya, pero lo que quiero decir, o bueno preguntar en realidad es que...

—Me encantaría acompañarte en este momento —la interrumpí— ¿deseas decirle a alguien más?

—A Jennah —respondió sin dudas—. Sólo Jennah, y bueno Thorin claro que estará con ella. No quiero a mi madre ni a nadie más allí.

Asentí.

—¿Te apetece tomar una ducha y cambiarte de ropa mientras yo me encargo de organizarlo?

Sonrió con tristeza y me respondió: —Me encantaría y ... gracias nuevamente.

—No tienes nada de que agradecerme.

—No le digas a nadie aún —giró el rostro para ver el cuerpo de Mila que estaba envuelto en la cobija—. No quiero que nadie la toque, ni que se la lleven. Yo sé a dónde la voy a llevar.

—No tienes de qué preocuparte. Te dejo tranquila, vuelvo en una hora, ¿te parece?

—Perfecto.



El lugar que había elegido Olivia para enterrar a Mila era realmente hermoso. Se encontraba en el centro de un bosque, a unos kilómetros del Castillo Veezar y había un lago cerca. El bosque tenía frondosos arbustos y algunas flores coloridas que nunca antes había visto.

La pequeña Jennah había venido junto con Thorin, y la pobre no había dejado de llorar desde que se enteró de lo sucedido.

Yo había cavado un hueco profundo. Muy profundo me había pedido Olivia, y eso había hecho.

El cuerpo de Mila seguía envuelto en la cobija y Olivia la había colocado delicadamente al lado de lo que sería su tumba. Esa situación la hizo derramar nuevas lágrimas. Jennah la

abrazó y lloraron juntas durante un tiempo.

—Lo siento mucho hermana —dijo la pequeña—. Pero Mila siempre estará con nosotras en nuestros corazones, ¿a que sí?

Olivia sonrió con ternura hacia su hermana y asintió.

—Claro que si Jennah, siempre estará con nosotras. Es hora de despedirnos.

Thorin y yo nos encontrábamos de pie tras ellas cuando la princesa tomó su varita e hizo que el cuerpo de Mila levitara delicadamente hasta el fondo de la tumba. Luego, ella misma con un hechizo, consiguió que la tierra lo cubriera y finalmente colocó una lápida sobre la tierra, que decía: “15 años del amor más profundo. Siempre te recordaré. Sólo te pido que si tienes otra vida, vuelvas a encontrarme. Mila, te amo por siempre.”

Se puso de pie y se colocó a mi lado. Antes de poder reaccionar, Olivia me había tomado de la mano y la sostenía firme. La respiración se me cortó. Definitivamente esto no era lo que tenía en mente el rey Ronan al nombrarme como su guardaespaldas, y no debía olvidar lo que estaba en juego. Pero en ese momento no tenía la valentía y mucho menos las ganas de retirar mi mano de la suya, por lo que hice lo único que podría haber hecho: la sostuve con más fuerza.



Los días que siguieron, Olivia no salió de su habitación. Su madre había venido a verla y milagrosamente había respetado el duelo de su hija. Quien sabía cuánto le duraría aquella actitud. Jennah también había venido y era la única persona que podía sacarle siquiera una tímida sonrisa en ese momento. Pero en general había querido estar sola. Yo lo respeté y tampoco quise molestarla, pero al cuarto día me estaba volviendo completamente loco allí encerrado sin hacer nada, y ella también estaba mal. Por lo que se me ocurrió una idea.



—¿Disfrazarnos? —me preguntó Olivia observándome con desconcierto.

—Sí —respondí—. Tú quieres saber quien está detrás de los ataques. Yo quiero saber quien está detrás de los ataques y evidentemente, las personas que deberían averiguarlo están haciendo un pésimo trabajo.

Unos días antes, Jacobo había pasado a las corridas a decirme lo poco que habían averiguado del atacante de Olivia.

—¿Y qué es lo que se supone que vamos a lograr disfrazándonos? —frunció el ceño con confusión.

—La persona que trató de matarte lo hizo por dinero, ¿correcto?

Esperé a que me respondiera. Ella estaba sentada sobre su cama con un vestido negro ceñido al cuerpo, y las piernas cruzadas de forma informal, mientras yo me hallaba de pie frente a ella tratándola de convencerla de mi plan. Sus ojos se habían secado cuándo comenzó a escuchar lo que tenía para decirle.

—Correcto —afirmó.

—Eso significa que hay alguien dispuesto a pagar, probablemente una buena cantidad de banirs, para acabar con tu vida, ¿correcto?

—Correcto —afirmó nuevamente.

—Conforme me has comentado y por lo poco que sé, la mayoría de los atacantes han sido personas de muy pocos recursos económicos, y sin prácticamente nada de contactos o conexiones.

—Exactamente —replicó ella, siguiendo mi razonamiento.

—Entonces, para descubrir quien está detrás de todo, necesitamos que nos contraten para matarte.

Se me quedó viendo con una expresión que no logré identificar, y por unos segundos demasiado largos simplemente cruzamos miradas en silencio.

—Es descabelladamente brillante —replicó finalmente, poniéndose de pie y caminando de un lado al otro de la habitación. Me había pasado muy cerca, y mi cuerpo se tensó inmediatamente por su cercanía—. Es tan descabellado, ¡que realmente podría funcionar!

Sonreí ampliamente antes de responderle.

—Oh, Olivia. Créeme. Funcionará.



Una hora más tarde, estábamos en un bar de mala muerte de Veezar, vestidos con ropas muy diferentes y con algunos rasgos cambiados. Habíamos hecho un hechizo que se utilizaba para cambiar sutilmente algunos rasgos físicos como por ejemplo color de ojos, color y corte de cabello, y marcas faciales.

Olivia parecía otra persona totalmente diferente, con el cabello corto y rubio platinado, llevaba un pantalón desgastado y una camisa en iguales condiciones. Yo me había colocado el cabello largo y desprolijo, de color negro y una espesa barba larga que impedía detallar bien mi rostro.

Pedimos unas cervezas de malta, y nos sentamos en una mesa a hablar en voz alta.

—Necesitamos conseguir algo para pagar la deuda que tenemos, *mi amor* —replicó Olivia, y yo traté de ignorar la sensación que me produjo esa palabra, saliendo de sus provocadores labios y dirigida hacia mi.

Habíamos acordado que nos haríamos pasar por una pareja de Semplers que nos habíamos quedado sin trabajo hacía poco tiempo y teníamos una deuda grande que pagar.

—No está fácil cariño, no estoy pudiendo encontrar nada —alcé el vaso con cerveza y tomé un largo sorbo para luego limpiarme el rostro con el antebrazo—. Tengo días buscando y estoy desesperado. Haría cualquier cosa. Haría cualquier cosa por ti.

Su mirada fue aún más profunda, y fue su turno de beber un sorbo de su cerveza, sólo que ella lo hizo con mucha más elegancia de la que tratábamos de demostrar.

Nuestras voces resonaban sobre el murmullo del resto de voces del bar.

En su mayoría eran hombres, bebiendo alcohol, con algunas mujeres sobre sus regazos, a las que tocaban y besaban a cambio de unos pocos banirs.

Nadie nos veía o parecía escuchar, por lo que me levanté de la mesa, tomé a Olivia de la mano y me acerqué para susurrarle al oído: —En la barra vamos a tener mejores posibilidades de hablar con otras personas, vamos.

Puse mi mano en su cintura, aparentando ser su pareja y creí sentir como su cuerpo se tensó bajo mi tacto.

Inmediatamente volví a susurrarle: —Si algo te llega a incomodar... de esta actuación,

dímelo.

Giró su cabeza para verme y nuestros rostros quedaron frente a frente. Su mirada me decía que no estaba incómoda conmigo, y luego me lo confirmaron sus palabras: —Lo último que siento cuando estoy contigo es incomodidad.

Lanzó esa bomba y siguió caminando hacia la barra como si nada. ¿Qué diablos había querido decir con eso?

Llegó a la barra que estaba repleta de clientes borrachos, y encontrando un pequeño espacio libre se apoyó en ella. Yo me coloqué muy cerca, y allí retomamos la charla.

—Necesitamos algo urgente —replicó ella nuevamente, con la espalda apoyada sobre la barra, y ahora de frente a mí—. No podemos seguir así, si no pagamos pronto, nos van a matar —. Esa última frase, emuló como si la estuviera susurrando, pero en realidad lo dijo lo suficientemente alto para que nos escucharan.

—Yo estoy desesperado también, pero no he encontrado nada —le respondí.

—He escuchado unos rumores —agregó ella.

—¿Cuáles?

—Que hay alguien, dispuesto a pagar muchos banirs por hacer algo... pero no lo puedo decir acá, me da miedo que me escuchen.

Nuevamente, simuló como si estuviese tratando de ser discreta, pero no lo estaba siendo en absoluto.

Los hombres que teníamos al lado, estaban escuchando nuestra conversación sin lugar a dudas, y fui más consciente de ello, cuando dejaron de hablar.

Eran tres. Uno de ellos, tenía a una chica menuda pegado a su cuerpo y la manoseaba descaradamente. Los otros dos, estaban solos y se voltearon hacia nosotros.

Uno de los hombres, de tez blanca y cabello de color rojizo, observó a Olivia con lasciva y sentí un deseo profundo de arrancarle los ojos con un tenedor.

—Si necesitan dinero, —dijo sin quitarle los ojos de encima a la princesa encubierta— se me ocurre una buena forma en que esta preciosura puede conseguirlo.

—Como la vuelvas a ver así, va a ser la última imagen que veas en tu vida —respondí con firmeza e ira. Nadie le iba a poner un dedo encima, y no tenía nada que ver con que era su guardaespaldas.

—Bueno, bueno —respondió el hombre, levantando las manos en son de paz—, no quería ofender, pero de lo que escuché pensé que estaban desesperados por algo de banirs.

Tomé a Olivia de la cintura, la acerqué a mí como si fuera un lobo marcando su territorio, y le respondí al hombre: —Lo estamos, pero buscamos *otro* tipo de trabajos.

—¿Y qué estarían dispuestos a hacer? —preguntó otro de los hombres, de cabello y piel oscuros.

—Cualquier cosa. Menos lo que habían insinuado —respondí, y aproveché para acercarla bien a mí.

—Veo que eres protector con tu mujer —respondió nuevamente el de cabello rojizo.

—Bien lo has dicho —repliqué— *mi mujer*.

—Si están dispuestos a cualquier cosa —agregó con voz gruesa el tercer hombre, que estaba junto a la mujer— hemos escuchado algunos rumores, de que están buscando a voluntarios para un trabajo peligroso.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó Olivia, tratándolo de actuar lo más tranquila posible.

—No debería decirlo acá, y a fin de cuentas son sólo rumores, pero si quieres saber más, deberías ir al bar “Ricoc”, que queda a unas cuerdas de acá.

—¿Qué hay allí? —inquirió la princesa.

—De allí han salido los rumores.

—¿La paga es buena? —pregunté—. ¿De cuántos banirs estamos hablando?

—Se dice que hay millones en juego.

Ambos abrimos los ojos. Millones era mucho dinero. Demasiado. El banir era una moneda fuerte y algunos millones de banirs harían a alguien rico de por vida.

—Gracias por la información. ¿Cómo podemos llegar hasta allí?

—Sales de aquí, y caminas cuatro cuadradas a la derecha. El bar queda en una esquina, lo van a ver.

Tomé a Olivia de la mano y salimos juntos del bar en dirección a Ricoc.

Estaba oscureciendo y estábamos en pleno corazón de los barrios más bajos de Veezar, a unos cien kilómetros del Kasteel Veezar y a las afueras de la ciudad. Aún había imponentes edificios, pero en ésta parte de la ciudad ya no eran tan modernos. Algunos estaban descuidados y otros pocos en ruinas.

Comenzamos a caminar y en ningún momento ella retiró su mano de la mía, y ese contacto removía en mi interior algo que prefería no poner en palabras.

—Me gusta sentirme que soy otra persona —confesó en voz baja. Algunas personas pasaban a nuestro lado por la acera de la calle, pero ni volteaban a vernos—. Me hace sentir libre. Siento que puedo hacer lo que quiera, por primera vez.

—¿Qué tienes ganas de hacer? —le pregunté— ya que hoy eres libre de hacer lo que quieras.

Por un momento se frenó y sólo se quedó viéndome con una expresión profunda e indescifrable.

—¿Además de descubrir quien trata de asesinarme? —dijo finalmente en voz baja.

—Exacto, además de eso —respondí.

Demoró algunos segundos más antes de responder. Observaba mi rostro como si estuviera analizándome, y se acercó a mi oído para susurrar: —No estás listo para esa respuesta, Baltazar.

CAPÍTULO 49

BALTAZAR

—Yo nací listo Olivia —la retuve, antes de que se escapara de mí—. ¿Qué quisiste decir con eso? —la miré con intensidad. Se veía hermosa incluso con esos harapos puestos— ¿qué tienes ganas de hacer?

Me devolvió la mirada, pero no se atrevía a responder. A pesar de que ambos sabíamos claramente por dónde estaba yendo esta conversación. Evidentemente las cosas que me venían pasando, no me estaban pasando sólo a mí.

—Si descubrimos quien quiere matarme, promteo que te lo diré —respondió sin quitarme los ojos de encima—. Ahora vamos, que repentinamente aumentaron mis ganas de atrapar a un asesino en potencia.



Ricoc era otro bar de mala muerte. Sin nada especial, y con muchas personas de moralidad cuestionable haciendo actividades cuestionables y bebiendo cantidades industriales de alcohol.

Nos sentamos en una de las mesas, y repetimos la misma actuación que en el bar anterior, pero no obtuvimos los resultados esperados.

Nadie se acercó a nosotros ni nos dijo nada.

Ya nos habíamos bebido dos cervezas, y si bien yo estaba perfecto, la princesa Olivia parecía un poco más alegre y deshinibida que de costumbre. Acercó su silla a mí, para que nadie escuchara y en voz baja me dijo: —Gracias por esto Baltazar. Por todo —comentó mientras tomaba un sorbo más—. Realmente no sé porque te has comportado siempre tan bien conmigo. Desde luego en nada te pareces a las bestias que han puesto a cuidar de mi en el pasado.

Se me infló el pecho y contuve el aire. No sabía si era por su cercanía o por sus palabras, pero tenía que ser cuidadoso con ella.

—¿Muchos han cuidado de tí? —inquirí, desviando el tema de conversación.

—Uff —exhaló—. Ya he perdido la cuenta.

—¿Y qué ha pasado con ellos?

—Mmm... mi padre no terminó de confiar en ninguno, supongo. Siempre algún atacante terminaba encontrándome cuándo justamente estaba sola, o por algún motivo los guardaespaldas no podían ayudarme. A tal punto que resultaba sospechoso.

—¿Y cómo es que no te ha pasado nada malo?

—¿El otro día te quedaron dudas sobre mis capacidades para defenderme sola?

Sonreí al recordar cuando se transformó en un Dracleón.

—Ninguna duda, pero todos necesitamos a veces a alguien que nos cuide las espaldas. Sobre todo cuando alguien trata de clavarnos un puñal por detrás.

—Pues toda mi vida he podido defenderme sola, y ahora no es la excepción —suspiró y clavó sus preciosos ojos en mí—. Lamento decirte que tu trabajo no será de mucha utilidad —comentó con tono amistoso— aunque tu compañía sí que lo ha sido.

Simplemente le sonreí y nos quedamos mirando fíjamente por unos segundos demasiado largos. Su piel era suave y terza y me moría por probar esos labios carnosos.

—¿Tienes idea de quien y por qué te atacan? —le pregunté sin desviar la mirada—. Digo, sé que estamos acá precisamente tratando de averiguarlo, ¿pero no tienes ni una idea lejana de quién podría estar detrás de todo esto?

—Creemos que tiene que ver con la alianza entre Nordenard y Argazar. Pero, ¿Quién? La verdad ni idea. ¿Quizás algún infiltrado de aquellos reinos.

—Lo descubriremos, lo prometo.

—Lo sé —respondió con seguridad.

—Ahora hablemos de algo más agradable —tomó un nuevo sorbo, y se lamió la gota que se le derramaba por el labio. Necesitaba morder ese labio con premura—. Cuéntame de ti.

—No sé si eso sea muy agradable, ¿pero qué quieres saber?

—Pues... de tu familia, tu vida, tus amigos... lo normal —preguntó con curiosidad y un brillo se iluminó en su mirada traviesa.

—¿Qué tanto sabes de Margadorat? —le respondí con otra pregunta.

—Lo que sabe todo el mundo supongo. Que hace veinte años hay una tiranía que los gobierna y han bloqueado la salida de información y el acceso al reino.

—O sea, no llega demasiada información de allá, ¿correcto?

Ella asintió.

—Sé que es un reino muy hermoso. Mi padre me ha contado ya que lo visitó hace muchos años. Cuando John era aún rey.

—Es cierto, es muy hermoso. Creo que tiene las playas más espectaculares del mundo.

—Deja que veas las nuestras —comentó la princesa.

La luz tenue de las lámparas y velas se iluminaba en su rostro y a pesar de que había cambiado tantos rasgos para ocultarse, yo podía reconocer sus gestos, y sus rasgos.

—Pues la tiranía de Adrien y Helene es la más sanguinaria de toda la historia de Margadorat. Por lo que mi historia dista de ser una historia feliz.

Su rostro se volvió un poco más serio. Estaba fijamente concentrada en mis palabras.

Procedí a contarle cómo una Legión de los reyes había asesinado a todo mi pueblo, incluidos mis padres y mis hermanos, y como habían secuestrado a mi única hermana viva, y que no sabía nada de ella. Luego le conté como viví solo en el bosque hasta que me rescató una familia de Endinos y me crió como uno más de ellos, hasta que tuve que huir al enterarme que era un Woch, para no ponerlos en peligro.

También le conté como me había convertido en el asesino de legiones, y finalmente cómo llegué a Oasis y todo lo que había pasado hasta que llegamos a Bandorvet. En conclusión, las respuestas a sus preguntas eran: 1) sin familia; 2) amigos = Oasis; y 3) vida huyendo y luchando.

—No sé que decirte. “Lo siento” no comienza a cubrir lo mucho que lamento que hayas tenido que vivir todo eso —comentó aflijida.

—No digas nada, no es necesario. Soy solo una de las tantas historias que hoy son moneda corriente. Por eso es tan importante para nosotros derrocarlos. Por eso estaríamos dispuestos a cualquier cosa por lograrlo.

—Por eso Cassandra aceptó casarse con mi hermano.

Asentí.

—Cassie haría cualquier cosa por derrocarlos.

—Lamento que ella tenga que entregarse así por su causa y lamento que mi padre haya pedido eso de ella. Pero si eres su amigo, quédate tranquilo y confía en que mi hermano es una

buen persona. A pesar de la máscara de frialdad que viste.

—Me alegro escuchar eso, y realmente espero que así sea.

Una camarera se acercó a preguntarnos si queríamos algo más y pedimos una tortilla de papas para comer, con algo de pan.

—¿Y tú? ¿no planeas casarte? —había escuchado la conversación con su padre el día de la fiesta de compromiso, por lo que sabía la respuesta, pero quería escucharlo de ella.

—Siempre he sabido que mi destino es casarme como Cassandra, por obligación. Pero por ahora he podido rehuirle—. La gente a nuestro alrededor, comía y bebía sin percatarse de nada más, como si el mundo no existiera—. Hace unos años —continuó diciendo— mi padre trató de comprometerme con un de los hijos de un Duque de Fortenegro.

—¿Y qué pasó?

—Un día estábamos paseando, “conociéndonos”, y vinieron a atacarme. Me convertí y él se encontraba muy cerca de mí. Salió disparado en el aire y cayó tan fuerte que se fracturó una mano. Luego de eso no quiso saber más nada. Él es Dracleón también y es un soldado importante en el ejército real, y dijo que no sería bien visto que se casara con una mujer que era capaz de comérselo, literalmente. Qué pedazo de idiota ni que yo fuera caníbal. Además él era igual que yo, no es que era un hombre indefenso ni nada. Más absurdo aún.

—En su defensa, te vi arrancarle un brazo a la última persona que intentó atacarte —dije en tono de chiste.

—En mi defensa —agregó con una amplia sonrisa— no me comí el brazo, solo se lo arranqué y lo escupí.

Ambos reímos ante la situación.

—Pero no termina allí —agregó— no fue la primera vez que mi padre intentó que me casara. Antes de eso, estuve comprometida con el hijo mayor de los reyes de Argazar.

—¿Y qué pasó con él?

Necesitaba ignorar los pensamientos que me embargaban al imaginarme a Olivia comprometida con dos hombres.

—Un día, él intentó abusar de mí —abrí los ojos como platos y apreté los puños sobre la mesa de madera, tanto así que los nudillos se tornaron blancos, y se marcaron las venas de mis brazos. Pero no dije nada, sólo la dejé hablar—. Me había invitado a una cita, para conocernos un poco más antes de casarnos.

—No tienes que contarme si no quieres —la interrumpí, tratando de parecer calmado.

—Quiero hacerlo —respondió—. El hecho es que estábamos acá en Veezar, y me llevó a uno de los restaurantes más famosos del reino. Reservó todo el lugar sólo para nosotros y una vez que terminamos de comer, pasamos hacia unos pufs que había puesto para comer el postre y tomarnos un café—. Los ojos de Olivia se iban oscureciendo más a medida que avanzaba con la historia. Como si estuviera reproduciendo en su mente cada una de las cosas que decía. —Incluso a mí me estaba gustando la cita a ese punto. Charlábamos de todo un poco y pensé que quizás era un buen hombre y podría llegar a sentir algo por él. Era sumamente atractivo y atrapante. Luego de un rato se acercó más a mí. A esa altura ya no quedaba nadie en el restaurante. Estábamos solos. Mis hombres de seguridad estaban cubriendo el perímetro, pero no había nadie con nosotros allí dentro. Puso una mano en mi pierna y comenzó a subirla. Ese fue el momento en que le tomé la mano y la aparté. Le dije que no estaba lista para eso. Aún no. Él me respondió que no pensaba casarse conmigo sin antes probar la “mercancía”. Así me llamó: mercancía. Yo apenas tenía diecisiete años y nunca había estado con nadie. Me tomó las manos con fuerza y me las ató con una cuerda y me abrió las piernas. Esa fue la primera vez que me

convertí en Dracleón. Fue un instinto más que una decisión. Las cuerdas se rompieron y él salió disparado en contra de la pared. Sacó un puñal cuando me vio y sus ojos se oscurecieron con terror. Me dijo que me transformara de vuelta o me mataría y yo no lo dudé: le arranqué la cabeza de un mordisco y la escupí.

Sonrió con orgullo y yo abrí la boca impresionado. Eso definitivamente no me lo veía venir. Olivia definitivamente no era una damicela en apuros, y esa era una de las cosas que más me atraía de ella.

—Por eso me tienen tanto miedo y no ha habido digamos muchos pretendientes desde esos acontecimientos. Y por eso está pasando todo el lío diplomático con los otros reinos. Argazar y Nordenard se aliaron después de eso, y probablemente quieran derrocar a mi padre y hacerse con el poder. Luego sumaron todo el tema de los recursos naturales en los océanos, pero para mí que es sólo una excusa.

—Lamento que hayas pasado por eso. —La observé detenidamente, y nuestras miradas se cruzaron con intensidad, como si estuviésemos hablando—. Cada día me sorprendes más.

—Tengo ese efecto en los hombres —comentó con un deje de sarcasmo— pero generalmente se sorprenden de mala manera.

—Creéme Olivia —le susurré en el oído, al inclinarme sobre ella—. Créeme que lo último que generas en mí, es una mala impresión.

En ese momento, un par de hombres pasaron a nuestro lado, tan absortos en su propia conversación que no se dieron cuenta que los estábamos escuchando.

—El último también falló —dijo uno de los hombres—. ¿Qué te hace pensar que con ésta estrategia de mierda vamos a lograr el objetivo?

Esa frase llamó mi atención y me puso en alerta.

—¿Qué otra cosa propones? —respondió el otro.

Comenzaron a alejarse, pero necesitaba terminar de escuchar aquella conversación, por lo que le hice una señal con la mirada a Olivia y disimuladamente me puse de pie para seguirlos. Cruzaron el bar y se sentaron en una mesa vacía, cerca de la barra, por lo que disimulé que estaba allí tomando un trago de mi cerveza, mientras escuchaba a hurtadillas la conversación.

—Necesitamos gente capaz —respondió el primer hombre que había hablado. Estaban de espaldas, por lo que no podía verlos en detalle—. No los Semplers de mierda que vienen mandando para la tarea.

La conversación no era sólo sospechosa, sino que tenía todos los elementos para que considerásemos que estaban hablando de los intentos de asesinato de Olivia. Pero necesitaríamos más pruebas. Necesitábamos saber quiénes eran esos hombres, y saber a ciencia cierta a qué tarea se estaban refiriendo. Existía la posibilidad que sólo fuera una conversación sospechosa, que sacada de contexto parecía ser lo que yo estaba buscando encontrar.

—La gente capaz, no está dispuesta a hacer esa tarea —susurró el otro hombre al tiempo que el primero se giraba y le ordenaba: —Pues consíguelo a alguien que lo logre, y pronto.

Quedé congelado en el acto.

Lo conocía.

Conocía sin lugar a dudas a ese hombre.

El lugar estaba oscuro, sí, pero la cicatriz que cruzaba su rostro era demasiado notoria y reconocible.

Maximus Xyrgaard, la mano del rey Ronan Aldahir.

CAPÍTULO 50

EVAN

La vida en las tiendas de campaña que habían dispuesto los reyes de Bandorvet para nosotros, no era muy diferente que la vida en Oasis.

Éramos dolorosamente menos personas, eso sí. Se habían perdido muchas vidas en la partida de Oasis y luego en la travesía hasta Bandorvet.

Compartía mi carpa con Tino y Fede, y era difícil no sentirme como un estorbo cuándo ellos seguramente querían su privacidad, (aunque eran incapaces de hacérmelo sentir).

—Ahora vengo —les comenté a ambos antes de salir de nuestra carpa.

Bueno, carpa era una forma de decir, por dentro eran lugares espaciosos, con camas amplias y equipados con un baño.

—¿A dónde vas? —preguntó Tino.

—Sólo quiero caminar un poco.

Cerré la carpa a mis espaldas y el viento cálido me golpeó la frente.

Aún había algunas personas entrenando, a la distancia, mientras otros se preparaban para terminar el día.

Los entrenamientos de los últimos días habían sido completamente agotadores. En la mañana practicaba con Lilibeth, ya que era la única Etérea de Oasis. Habían otros del ejército de Bandorvet, pero llegarían en los días siguientes.

Habíamos logrado un poco más de precisión en la teletransportación, pero seámos honestos, ese era justo el menos relevante de nuestros poderes.

Por otra parte, habíamos logrado mantener por tiempos considerables los escudos, y apliarlos.

También estábamos practicando un poco la concentración de energía etérea para utilizarla como armas, y disparar rayos a partir de ella, pero era lo que más nos costaba. Ese tipo de prácticas estaban prohibidas en Margadorat, por lo que no habíamos crecido aprendiendo aquello y aún no nos salía demasiado bien.

Había una persona en particular con la que me quería encontrar esa noche, pero no la había visto en todo el día. Desde que habían comenzado las prácticas con los Dantras, rara vez nos cruzábamos en el día, por lo que nuestros encuentros se habían visto reducidos a algunas charlas nocturnas.

No debía ilusionarme. Lo sabía. Lo tenía clarísimo. Ya me había pasado con Cassie y era claro que eso no había acabado donde me hubiese gustado, pero... ella me hacía sentir una paz que no creí posible volver a sentir luego de aquellos acontecimientos. Quizás mi corazón, mi cuerpo y mi alma querían o necesitaban sentir algo más allá del dolor, una chispa de luz entre tanta oscuridad y de esperanza entre tanto dolor.

Me adentré entre los árboles del bosque, con la intención de alejarme un poco de todo y de todos, y caminé un largo trecho hasta encontrar un arroyo.

La luz de la luna se asomaba tímida entre los árboles del bosque e iluminaban sutilmente el agua del arroyo. Me senté en la orilla, y respiré profundo el olor a naturaleza.

Muchos pensamientos se cruzaron por mi mente desordenados, pero utilizando técnicas de relajación, logré quedarme en blanco. Incluso la saqué a ella momentáneamente de mi mente. Así pasaron largos minutos hasta que un sonido extraño me hizo retornar a la realidad.

Pasos. Luego susurros.

Me puse de pie con cuidado, evitando hacer ruido alguno, y caminé sigilosamente en dirección al sonido que cada vez parecía menos lejano.

Prontamente pude reconocer las voces y las palabras.

Ambos se encontraban escondidos detrás de un gran árbol.

—¿Tienes idea de lo peligroso que puede llegar a ser eso Jacobo? —susurró Elica con voz de enfado— ¿Qué pasa si sale mal?

—No va a salir mal —sentenció él—. Para eso te necesito a ti.

—Justamente a mí me vas a pedir eso —replicó ella, que tenía los brazos cruzados sobre su pecho.

—Sí, justamente a ti —respondió él—. Primero porque eres la persona indicada. Segundo porque eres de mi plena confianza y tercero porque sé que me apoyarás siempre, incluso cuando no estés de acuerdo.

Ella resopló y le lanzó una mirada asesina.

—En eso tienes razón Jacobo. Siempre te apoyaré. Espero que no te equivoques tampoco con lo infalible del plan, porque si falla, todo se va a ir a la mierda.

CAPÍTULO 51

JACOBO

—¿Entonces vamos a estar listos para partir luego de la boda de Cassandra y Malek? —le preguntó John a Ronan.

Nos encontrábamos en una de las tantas salas y salones del Kastille Veezar, conversando sobre los pasos a seguir en la liberación de Margadorat.

—Así es. Ya los soldados tienen las órdenes y por lo que nos comenta tu Comandante, los ve listos.

John volteó a verme, esperando mi devolución.

—El ejército que ha puesto a disposición el rey Ronan está más que bien entrenado, y se han logrado acoplar a los guerreros de Oasis. Todos los reportes que hemos recibido han sido positivos John. Todo está encaminado.

—Me alegra escucharlo —respondió. Su semblante había mejorado significativamente desde la llegada a Bandorvet. Incluso a pesar del duelo y del dolor. Quizás la esperanza que renacía en todos, estaba haciendo efecto positivo en el rey—. Yo he estado dándole vueltas al plan y creo que la mejor estrategia es ir recuperando provincia por provincia desde el estrecho de Sorya hasta Arktovia. Valterra será la tercera provincia y una vez que caiga la capital lo demás será pan comido. Sólo quedarán algunos soldados que se negarán al arresto, pero sin líderes no hay tiranía.

—¿Dragonía también? Nadie entra allí, viven dragones salvajes. Ni los reyes se han atrevido a hacerlo.

—Adrien y Helene no son Dantras, pero Cassandra sí. Ella deberá ir junto a Baltazar a...

—No cuentes con ellos —intervino Ronan.

—¿Perdón? —le pregunté con el ceño fruncido y un tono un poco elevado para dirigirme al rey de Bandorvet, por lo que me fulminó con la mirada.

—La princesa Cassandra no luchará. Si muere, todo el acuerdo que hicimos no habrá valido para nada. Ella se quedará aquí junto a su esposo, como corresponde.

Me tensé. Quería partirle la cara. Si supiera que Cassandra podría significar la victoria en una batalla.

—Baltazar tampoco se irá hasta que la vida de Olivia no corra más peligro. Esos son los acuerdos que hemos hecho y deben honrarlos.

Traté de respirar profundo para no partirle la cara.

—Tiene razón Jacobo, lo que pide es sensato —replicó John—. Si no contamos con ellos, entonces irán Elica y Lyanna. Harán un reconocimiento de la zona y tratarán de hablar con los Dantras que habitan allí. La idea es que los dragones se nos unan. Una vez que sepan que vamos con refuerzos, no creemos que se nieguen a luchar por su libertad.

—¿Y si se niegan? —nadie sabía cuál era la postura de los habitantes de Dragonía. Era una Provincia completamente aislada del resto.

—Entonces tendremos que atacar Calesterra sin la ayuda de los dragones y Dantras de Dragonía —respondió John. Se puso de pie y caminó por el salón con los brazos cruzados a sus espaldas—. Pero desde luego que con ayuda de ellos sería mucho más simple. Si logramos hacernos con el territorio de Calesterra, y si se nos unen las fuerzas de Dragonía, más las que llevaremos desde acá, ellos no podrán hacer nada para detenernos.

—¿Y has pensado la posibilidad de que hayan logrado acceder al núcleo del poder? Es lo que trataban de hacer con los rituales.

—Han culpado a Evan de eso. Si siguieron con los rituales son aún más idiotas y descarados de lo que pensaba.

—Quizás lo hicieron a escondidas. Sin dejar los rastros que estaban dejando antes — insistí. Si habían logrado acceder al núcleo del poder, podrían amplificar sus propios poderes y los de sus ejércitos. Ambos eran Aqueos. Mi padre de Tierra y mi madre de Fuego. No quería ni siquiera pensar el alcance que tendrían sus poderes amplificados... el poder de sus hechizos.

—¿Y cómo justificar las desapariciones? —inquirió John.

—Mis padres siempre logran apañárselas.

—Si lo lograron, vamos a tener que luchar con uñas y dientes porque todo será mucho más difícil. No dejen de lado el entrenamiento de hechizos de ataque y protectorios.

—No John, ya todos los grupos de entrenamiento tienen las instrucciones claras. Han trabajado incansablemente en hechizos de todo tipo y en sus propios poderes. Cada raza ha trabajado por sí misma y en conjunto. Los Dantras han entrenado con jinetes, y las prácticas han sido exitosas.

—Necesito que analices los riesgos posibles Jacobo —ordenó John— en caso de que hayan logrado acceder al núcleo del poder, porque no estamos contando con esa posibilidad. Por lo menos no en concreto. Necesito un plan en concreto y necesito saber qué tanto podrían amplificar sus poderes para poder estar preparados correctamente.

—Cuenta con eso —respondí.

La reunión se había terminado, por lo que me despedí y comencé a caminar hacia la salida del Kastille Veezar, para dirigirme a los campos de entrenamiento, cuando me topé con la no grata presencia de Malek, Cassandra, Olivia y Baltazar.

—Hola Jacobo, ¿cómo has estado? —me saludó Baltazar.

—Hola —agregó Cas tímidamente. Nuestros ojos se cruzaron por breves segundos antes de que ella bajara la mirada rápidamente.

—Jacobo —dijo Malek como saludo—. Me gustaría que nos acompañes. Vamos a comer a la terraza.

¿Por qué mierda quería que los acompañara? Que poco oportuno.

—No puedo gracias.

—No era una pregunta —respondió Malek con frialdad. Lo que hizo que las ganas que tenía de partirle la cara incrementaran considerablemente. Últimamente, tenía muchas ganas de partir muchas caras. Especialmente de la familia Aldahir—. Quiero conocer a la mano derecha de mi futuro suegro.

Percibí como Cas se tensaba en su lugar.

—Lo que mi hermano quiere decir —intervino Olivia—, es que nos gustaría poder conocerte un poco más, ya que eres alguien muy importante para John y Cassandra. Entiendo que también eres amigo de Baltazar, ¿no es cierto?

Claramente era un intento por suavizar la actitud de mierda de su hermano.

—De acuerdo —no me quedó otra opción que aceptar de mala gana.



La terraza era increíble. Se veían los bosques que rodeaban el castillo, y el sol se ponía al

horizonte.

En el centro, había una mesa rectangular. Malek se sentó en la punta, a su lado izquierdo Cas y yo terminé sentado frente a ella y al lado derecho de Malek.

—¿Cómo vienen los preparativos de la boda? —le preguntó Olivia a Cas, y me entraron fuertes ganas de salir corriendo de allí. Si había algo de lo que no quería hablar, era precisamente de la boda de ellos dos.

Ella pareció tensarse nuevamente y posó rápidamente la mirada sobre mí y luego miró a Malek antes de responder: —Pues supongo que bien.

—Mi madre ha acaparado cada una de las decisiones, ¿no es cierto? —agregó Olivia al tiempo que ponía los ojos en blanco divertida.

—Pues supongo que sí. Además, hay muchas tradiciones y cosas de las que yo no sé nada—. Cuando dijo eso se quedó rígida en su lugar, y yo también. Sabía exactamente a qué tradiciones se estaba refiriendo y de sólo pensarlo me hervía la sangre. Observé a Malek y el hecho de pensar que le pusiera un dedo encima me hacía querer matarlo—. Por lo que entiendo que lo único que esperan de mí ese día, es mi presencia.

—¿Cómo van los preparativos del ataque, Jacobo? —fue Malek quien cambió de tema.

Tensé la mandíbula e intenté disimular todo aquello que me carcomía por dentro antes de responder.

—Bastante bien la verdad —contesté serio, y era verdad—. Los ejércitos de Bandorvet que tu padre ha puesto a disposición de Oasis me han sorprendido.

—En Bandorvet el lema siempre ha sido estar listo para la batalla y luchar en los ejércitos reales es todo un honor.

—Ya veo —contesté sin más.

Unos minutos pasaron en silencio incómodo al tiempo que nos servían la comida que consistía en un estofado con vegetales asados.

Noté como Cas observaba el plato frente a ella con desagrado. Ella era vegetariana y nunca la había visto comer un animal. Ni siquiera cuando se convertía en Rysler, lo que hacía que tuviera un hambre voraz.

—Es vegetariana —las palabras salieron de mi antes de darme cuenta de lo inapropiado que había sido el comentario. Además, ella podía hablar por sí misma.

—Si, pero puedo comerme solo los vegetales, no pasa nada —comentó con cara de asco al ver que los vegetales se mezclaban con el estofado.

—¿A quién engañas Cassie? Comes más que nosotros tres juntos —comentó Baltazar. Ella parecía avergonzada.

—No pasa nada, de verdad.

Malek levantó la mano y llamó a uno de los sirvientes.

—Cámbienlo por comida vegetariana —comentó con tono frío y la miró antes de preguntarle: —¿Algo en particular? ¿Algo que no te guste?

Ella negó y respondió que mientras no tuviera animales estaría bien.

—Y bastante —aclaró Malek.

—Lo siento, debí de comentarlo antes de venir, sólo que no lo había pensado —aclaró Cas.

—No tienes que disculparte Cassandra. Yo te debí preguntar —comentó Malek con seriedad.

A los pocos minutos trajeron un plato enorme para Cas y comenzamos a comer.

Sentí algo rozar mi pierna y levanté la cara, sorprendido. Cas me estaba rozando por

debajo de la mesa y yo solo me tensé y levanté lentamente la mirada para encontrarme con esos ojos amarillos que tanto me volvían loco. Su mirada aterrizó directamente en el centro duro de mi cuerpo y en ese momento quería mandar todo a la mierda y tomarla allí mismo frente a todos. Especialmente frente a Malek para que supiera a quien le pertenecía ella realmente.

Luego me recordé de lo que estaba en juego y alejé la pierna. Pude notar el dolor en sus ojos. A esta altura, ya había estudiado tanto cada pequeña expresión de su rostro, que podía percibir hasta el más mínimo gesto que hacía, y lo que significaba.

Maximus ingresó a la terraza y con un gesto nos saludó a todos antes de dirigirse al príncipe y decirle: —Tu padre te llama.

—Si me disculpan —comentó Malek para luego ponerse de pie e irse junto con Maximus.

Continuamos comiendo nuevamente en silencio y no pude evita notar las miradas entre Olivia y Baltazar. Esperaba que solo fuera mi imaginación, porque dudaba mucho que al rey Ronan le hiciera alguna gracia que su hija se enredara con su guardaespaldas.

—Debo ir al baño —comentó Olivia—. ¿Me acompañas Cassie? ¿Te puedo decir Cassie?

—Si claro —se pusieron de pie y caminaron juntas.

—Estás jugando con fuego —le comenté Baltazar una vez que nos quedamos solos.

—¿Qué dices?

—Las miradas con Olivia —respondí—. Se nota a leguas que pasa algo entre ustedes.

—¿Dices eso por experiencia no? ¿Porque tú estás jugando con fuego con otra princesa?

—No digas estupideces.

—Lo hiciste y te quemaste —insistió.

Le lancé una mirada asesina. Y él subió las manos a los costados en señal de tregua. Era mi amigo, pero no permitiría que hablara así.

—Lo siento, lo siento —comentó—. Y sé que no debe ser fácil para ti ver a Cassie por casarse con otro hombre. No sé bien lo que pasaba entre ustedes, pero por lo que los conozco imagino que no era sólo un juego.

—No estamos hablando de mi Baltazar, no cambies el tema.

—Entre Olivia y yo no ha pasado nada.

—Siendo “ha” la palabra clave allí. Es obvio que se gustan. Estamos en territorio desconocido y la alianza pende de un hilo. Depende de que tú y Thorin hagan bien su trabajo, y de que Cassandra se case con el cabrón de Malek.

—Mi trabajo es cuidarla y lo hago bien —hizo una pausa antes de agregar—. Daría mi vida por protegerla, aunque por lo que he visto, no necesita de nadie para que lo haga. Puede defenderse sola perfectamente.

—No sabía que la princesa era un Dracleón hasta que la vi ese día en la fiesta —comenté.

—Yo ni siquiera sabía que eso existía, ¿tú sí?

Asentí.

—Mis padres me enseñaron la existencia de otras criaturas que no existen en Margadorat. El Dracleón es una de esas criaturas.

—Fue increíble. Fue espectacular —comentó como recordando la conversión de

Olivia.

—Son muy poderosos además —agregué—. He leído mucho de ellos, ya que me parecían fascinantes. Sólo que nunca había conocido a uno de carne y hueso.

—Tienen una mandíbula poderosa, eso seguro —comentó Baltazar y yo recordé la facilidad con la que Olivia había arrancado el brazo de aquel hombre, como si fuera de juguete.

—Por cierto, ¿alguna novedad de eso? ¿de su atacante?

Baltazar me miró, como si quisiera decirme algo y súbitamente cambió su postura y se tensó en el lugar. Yo fruncí el ceño en respuesta. Él miró alrededor, hacia los guardias y sirvientes que estaban allí antes de responder: —No. Nada. Pero luego, quería hablar contigo en privado de algo. Es importante.

Algo me decía que había descubierto información importante.

—Si claro, luego de la cena podemos hablar.

Su mirada en respuesta confirmó lo que sospechaba. Baltazar ya sabía quien estaba detrás de los ataques a la princesa.

CAPÍTULO 52

CASSANDRA

—Dale una oportunidad —comentó Olivia al tiempo que nos lavábamos las manos en el tocador de la terraza del Kastille Veezar—. A mi hermano. No es malo, aunque haga un enorme esfuerzo por parecerlo.

—Me caes bien Olivia, pero...

—Dime Oli, por favor.

—Bueno Oli. Me caes bien, y no dudo que tu hermano sea una buena persona, pero sabes perfectamente que no elegí esto. No es cuestión de darle o no una oportunidad. Me casaré y haré lo que se me pide, pero no es un matrimonio por amor.

—Eso no significa que no pueda llegar a serlo —comentó la princesa con entusiasmo y esperanza, y sus ojos reflejaban un lindo amor fraternal. —Él ha pasado por mucho y le cuesta abrirse, pero estoy segura de que pueden construir algo bonito.

Me generó mucha curiosidad lo que dijo. ¿Por cuales cosas habrá pasado el príncipe Malek? Probablemente no le correspondía a ella decirlas.

Por otra parte, ¿estaba yo dispuesta a abrir mi corazón a otra persona cuando aún estaba sintiendo todas esas cosas por Jacobo? ¿Era posible sentir algo por más de una persona a la vez?

No creía que fuera posible sentir por otra persona lo que sentía por Jacobo, pero el príncipe no parecía tan malo. En general me trataba bien, y su hermana siempre hablaba bien de él, y Olivia parecía una muy buena persona.

Aunque después de Lucy, quizás mi radar de buenas personas estaba un poco estropeado.

—La verdad lo dudo. Además, tu hermano —hice una pausa y la miré a los ojos—. No parece ser el tipo de hombre que se enamora. Menos a la fuerza.

—Eso lo dices porque no lo conoces —me tomó de la mano y me guió a unos bancos de terciopelo que estaban en el recibidor de los baños con una mesita. Se sentó en uno y me hizo un gesto para que me sentase junto a ella.

—¿Se ha enamorado antes? —le pregunté por curiosidad.

Ella dudó antes de responder: —No me corresponde a mí hablar de esas cosas. Podrías preguntarle a él. Lo que si te puedo decir, es que mi hermano no es lo que parece.

—Estoy acostumbrada a hombres que llevan una coraza, si lo dices por eso.

—Eso significa que tu sí. ¿Te has enamorado?

No me había puesto a pensar conscientemente lo que significaban mis sentimientos por Jacobo, sólo supe que en ese momento la única palabra que se venía a mi mente era un SI en gigante.

—No sabría decir si es amor lo que he sentido —mentí.

—Pero si has sentido algo fuerte. Por alguien.

Sólo asentí.

—¿Y por qué terminó? —preguntó inocentemente Olivia.

No podía decirle que terminó hace pocos días y que el motivo era precisamente su hermano y su padre. La princesa parecía muy buena, pero no sabía que podría llegar a hacer si se enteraba que el hombre del que estaba enamorada estaba sentado a algunos metros de

distancia. Y luego de verla en la fiesta de compromiso, mejor no ponerla a prueba.

—Digamos que lo nuestro no podía ser. Era una especie de amor prohibido. Nunca iban a aceptarlo.

—Que intrigue.

—Prefiero hablar de otra cosa.

—Entiendo, ¿de qué te gustaría hablar? Digo, antes de que tengamos que salir a esa súper incómoda cena.

Me reí. Si que lo era. Una súper incómoda cena.

—De ti —le respondí—. Mmm... no quiero sonar grosera ni ignorante, pero... ¿qué eres?

Ella sonrió y se le iluminaron los ojos.

—No es grosera tu pregunta.

—Escuché que eras un Dracleón, y por lo que vi parecías una especie de, mmmm... ¿león – dragón – volador – come brazos?

Una carcajada sincera emergió de Olivia y no pude evitar sonreír junto a ella. Aquella mirada triste que le había visto desde el primer día que la conocí, parecía haber menguado un poco. No sabía a qué se debía y no me parecía prudente preguntar.

—Es una de las mejores descripciones que he oído jamás —reconoció sonriendo—. Los Dracleones efectivamente somos una especie de mezcla entre un dragón y un león. Por lo menos en la parte estética—. Aclaró. —Nuestro tamaño es mucho más grande que el de un león, pero mucho más chico que el de un dragón. Tenemos alas y podemos volar, y nuestra piel es una mezcla entre escamas negras y pelo de león.

—Es increíble, ¿qué más pueden hacer?

—Bueno somos muy rápidos —comentó—. Tanto en la tierra como en el aire, y algunos podemos exhalar fuego como los dragones, aunque yo aún no he logrado hacerlo. Apenas me dejan transformarme.

—¿Y eso por qué?

—Mi padre —respondió y la risa se esfumó de su rostro—. Ya de por sí nos tienen miedo y dice que nadie se querrá casar con una mujer a la que teme.

—Esa es la mayor estupidez que he escuchado nunca.

—Eso mismo digo yo, pero no sé si ya te distes cuenta que no tenemos mucha voz ni voto. Las mujeres digo —comentó Olivia.

—Me he dado cuenta —respondí antes de agregar: —¿Todos son como tú? Tu padre y tus hermanos.

—¿No te lo ha comentado Malek?

—No hemos hablado demasiado realmente.

—Si, todos somos Dracleones. Bueno, excepto quizás Jennah. Ella es muy chica y aún no se ha convertido, pero lo más probable es que también lo sea. Es más, hace muchísimas generaciones que, para tratar de mantener la pureza de la raza, los matrimonios han sido acordados en base a eso, e incluso han obligado a hermanos o a primos a casarse para evitar que nazcan otras razas.

Fruncí el ceño. ¿Hermanos? Pero a quien se le ocurre esa barbaridad.

—Hace tiempo que no se hace un matrimonio entre hermanos —aclaró Olivia—. Pero los Dracleones son poco comunes y no sé por qué, pero evidentemente les importa mucho mantener la raza real.

—Tengo entendido igual que la raza de los padres no garantiza la raza de los hijos...

por ejemplo yo soy un Rysler y hace siglos que no se ve uno.

—Es cierto, pero también es cierto que hay más probabilidades de que alguien nazca de determinada raza dependiendo de su ascendencia. Y si pasas muchísimas generaciones procreando sólo entre Dracleones o Ryslers o lo que fuese, créeme que llega un punto en que el 99% de la descendencia termina siendo de la misma raza. Pero en general hay tanta mezcla de razas que ya no se ve tanto. Excepto en mi familia.

—Tiene sentido.

—Es la primera vez en no se ni cuánto tiempo —comentó Olivia—, que aceptan un matrimonio real con alguien que no sea un Dracleón. Y es sólo porque todo está en grave peligro... sin ofender.

Le sonreí antes de agregar: —No me ofrendes Oli.

Se suponía que el rey Aquilo era un Rysler, o por lo menos se rumoreaba eso. Y yo en teoría era descendiente de él, ¿no? Quizás tenía sentido lo que mencionaba Olivia.

—Y cambiando de tema, ¿tienes idea de quien puede estar detrás de los atentados a tu vida? Y, ¿por qué es sólo contra ti?

Era agradable hablar con Olivia. Me hacía sentir bien tener una especie de *amiga* acá en el castillo. Pensar en ella como una amiga me generó un sabor amargo, al recordarme de Kathy y lo mucho que la extrañaba. Sentía como si una parte de mi la estuviera traicionando, por tener una nueva amiga mientras ella... ni siquiera sabía dónde ni como estaba ella.

Ante mi pregunta Olivia pareció insegura en su respuesta.

—Mmm... a Malek difícilmente se atrevan a atacar. Es uno de los Dracleones más poderosos. Incluso me atrevería a decir que hasta más que mi padre. Y Jennah es apenas una niña. ¿Quizás al asesino le queda algo de moral?

—¿Pero con qué objetivo? No me termina de cerrar qué es lo que quieren.

—¿Desestabilizar a mis padres? ¿al reino? ¿venganza?

Sentía como si quisiera decirme algo más, pero por algún motivo no lo hiciera.

—¿Venganza de qué?

A continuación, procedió a contarme cómo había estado comprometida con el hijo mayor de los reyes de Argazar, y que un día trató de abusar de ella, por lo que ella se transformó y le arrancó la cabeza de un mordisco.

Me estaba por convertir en la fan número 1 de la princesa Olivia.

Olivia era una *ama*.

—¿Y no sospechan de alguien? —inquirí.

Ella negó con la cabeza y miró a los lados. Algo me decía que la princesa no me estaba contando toda la verdad. Pero, ¿por qué?

CAPÍTULO 53

CASSANDRA

El príncipe Malek me había invitado a una cita. Nunca antes en mi vida había ido a una cita y la primera iba a ser con mi futuro esposo. No tenía caso decirle que no. Tampoco tenía sentido. Una parte de mí sentía que estaba traicionando a Jacobo, pero me iba a casar con este hombre y lo más inteligente por mi parte era tratar de conocerlo un poco. Quizás lograr que me gustara. No. Malek no era Jacobo, nunca lo sería... pero quizás, como decía Olivia, Malek era un buen hombre y valía la pena intentarlo. A fin de cuentas, no tenía otra salida.

Incluso Jacobo me había pedido que tratara de ser feliz con él. ¿Me debía a mí misma intentarlo?

Me coloqué un vestido negro, con transparencias en las piernas y brazos, y ceñido al cuerpo.

Toda la ropa que me habían dado era bastante atrevida para ser honesta. No me molestaba. Me gustaba mi cuerpo y no tenía problema en mostrarlo.

En general, en Bandorvet las mujeres vestían de esa manera, no era algo que sólo me hacían hacer a mí. Aún no estaba segura de lo que pensaba al respecto.

Tocó a mi puerta y abrí inmediatamente.

Malek era guapo. Era muy guapo. Probablemente en otras circunstancias era el tipo de hombre que me gustaría. Tenía los ojos oscuros y una mirada penetrante. Era alto, musculoso y tenía una barba que le marcaba su mandíbula varonil. El cabello era de color castaño y su presencia exudaba poder. Recorrió mi cuerpo con la mirada y eso me hizo sentir un poco nerviosa. Pero no en el mal sentido precisamente.

Me ofreció su brazo para que lo tomara.

—¿Vamos? —me preguntó con ese tono serio que parecía nunca dejar de lado.

Yo asentí, le tomé el brazo y caminé junto a él.

—¿A dónde vamos? —le pregunté, mientras caminábamos por el pasillo del Kastille Veezar, en dirección a la salida.

—Iremos al pueblo, las carrozas nos esperan.

—¿Carrozas? ¿no podemos ir volando mejor? Hace tiempo que no uso mi escoba.

Necesitaba sentirme un poco menos como si fuera una muñeca de cristal, la última vez que me había sentido así, había sido cuando me había escapado a entrenar con los Dantras, cosa que sólo logré una vez.

Bajó la mirada hacia mí y creí ver una chispa de diversión en su mirada.

—¿Así que la princesa no necesita una carroza?

—Por supuesto que no —le respondí con una sonrisa discreta.

—Pues, como desees.

Salimos del imponente castillo y Malek le hizo una seña con la cabeza a los sirvientes que nos esperaban con la carroza para hacerles saber que no necesitaríamos de sus servicios.

Llevaba una liga atada a la pierna con mi varita y mi escoba en tamaño miniatura, por lo que las tomé e hice crecer mi escoba, justo cuando él hacía lo propio con la suya. Volví a anudar la varita a mi pierna y comencé a volar junto al príncipe hacia el pueblo.

La noche estaba perfecta. Ni mucho frío ni calor. La luna llena brillaba con fuerza, tras las nubes traslucidas que danzaban a su alrededor.

Llegamos al pueblo en algunos minutos y aterrizamos justo cerca de una plaza llena de gente.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—¿Te apetece caminar?

Asentí y comencé a caminar a su lado.

—¿A ti no te mandan con guardaespaldas? —le pregunté para tratar de sacar algo de conversación.

—No los necesito.

—Vaya, veo que la falta de autoestima no es tu debilidad eh.

Está vez si sonrió de verdad. Se le entrecerraron los ojos y la comisura de sus labios se elevó apenas.

—No precisamente. —Hizo una pausa antes de agregar: —Por lo que he escuchado, tú tampoco necesitas quien te cuide las espaldas, ¿no es cierto?

—Creo que todos necesitamos a alguien que nos cuide las espaldas de vez en cuando. Y creo que eso no nos hace en absoluto más débiles.

Se quedó como saboreando mis palabras, y me respondió: —Puede que tengas un punto.

Caminamos unas calles más y llegamos a una zona completamente diferente. Antes estábamos rodeados de casitas de piedra, y pequeños comercios, pero luego cruzamos un pequeño puente sobre un lago y fue como si hubiésemos llegado a otro mundo. Altos edificios se alzaban imponentes frente a nosotros y fruncí el ceño un tanto confundida.

—Al ver tu expresión me doy cuenta que no era lo que esperabas Cassandra.

—Lo siento, es que me he sorprendido, eso es todo. Pasamos de un pequeño pueblo a... ¿una ciudad grande?

—Es una de las características de Veezar —respondió Malek—. Puedes encontrar ciudades y pueblos de todo tipo a solo minutos de distancia. Estamos en la capital, por lo que, si bien el Kastille Veezar y algunos pueblos alejados pueden parecer un tanto antiguos, la realidad es que la ciudad se ha desarrollado mucho a lo largo del tiempo. Acá puedes encontrar edificios altísimos, los más grandes comercios, bancos, museos, y todo lo que te puedas imaginar.

—Es extraño porque me recuerda mucho a de dónde vengo —le comenté.

—¿Vienes del mundo cero?

—¿Mundo cero? —le pregunté sin entender bien a qué se refería.

—Así es como acá en Bandorvet llamamos a la Tierra —aclaró al tiempo que continuábamos adentrándonos en la ciudad y yo observaba impresionada a las estructuras y la gente que pasaba a nuestro lado.

—Entonces supongo que sí, vengo del mundo cero —respondí—. Lo que quiero decir es que esta ciudad se parece mucho a las grandes ciudades de la Tierra. Sólo que la gente se viste muy distinto.

Observé como la vestimenta de las mujeres aquí era incluso más provocadora, y los hombres vestían de forma elegante. Usaban muchos pantalones, chalecos de varios colores y camisas de manga larga y botones.

—¿Distinto cómo?

—Acá ... en Bandorvet me refiero... las mujeres suelen vestir de forma muy...

¿provocadora?

El príncipe se detuvo en medio de una calle, y bajó la mirada. Luego recorrió nuevamente mi cuerpo y yo me quedé un tanto paralizada.

—¿Cómo tú quieres decir? Que estás vestida de forma provocadora.

El tono que utilizó para decir aquella última palabra me hizo palidecer.

—La mayoría de la ropa que me han dado es así, no es como que lo he hecho a propósito —aclaré avergonzada.

Malek volvió a sonreír.

—No tienes de qué avergonzarte. Y si, tienes razón, acá las mujeres suelen vestir así. Es una tradición que se remonta a muchas generaciones pasadas, y sabes que somos muy fieles a nuestras tradiciones.

—¿Y en qué consiste la tradición? ¿Simplemente en usar atuendos provocativos?

—Honestamente no recuerdo bien la historia, pero tenía algo que ver con que hace muchos siglos, las mujeres tendían a vestirse de forma atrevida para atraer a los hombres de clase alta, y mantenerlos. En ese momento los hombres podían tener más de una esposa, pero estaba mal visto. O sea, si un hombre tenía más de una esposa se decía que era porque su esposa no sabía atenderlo bien —negó con la cabeza en el aire, como si le resultase absurdo lo que estaba diciendo—. Si me preguntas es toda una estupidez. Pero el hecho es que las mujeres vestían así como para mantener la atención de los hombres y que no buscaran más mujeres. Luego fue cambiando la cosa y las mujeres sobre todo de clase alta eran las que llevaban ese tipo de atuendos, y después simplemente quedó la costumbre. No es que lo hacen por algo en puntual. Es simplemente el estilo.

—¿Eso harás tú también?

No pude evitar sentir una punzada de ¿celos? No sentía nada por Malek, pero no me agradaba la idea de compartir esposo.

—¿A qué te refieres Cassandra?

—Puedes decirme Cassie.

—Bueno, ¿a qué te refieres Cassie?

—Mmm... a lo de tener más de una esposa, quiero decir.

Bajó la mirada y me observó serio al decir: —No. Primero que nada, eso ya no está permitido. Hace algunos cientos de años se prohibió. Y segundo, si bien nuestro matrimonio no es algo que pudimos elegir, igualmente quiero... —parecía que no le salían bien las palabras—. Igualmente quiero darle una oportunidad, a que funcione. Sólo contigo.

De alguna manera que dijera eso me dio algo de alivio. Quizás, si ambos nos dábamos la oportunidad, quizás podría funcionar. Quizás me podría olvidar de Jacobo y podría llegar a querer a Malek. Aunque algo dentro de mí me decía que jamás podría olvidar a Jacobo. Ese hombre estaba clavado como una daga en mi alma.

—Entiendo. Ehmm, lo agradezco.

Quería hablar con él de alguna manera sobre la ceremonia de consumación que me había explicado su madre. Quizás había alguna forma de evitarlo. Pero antes de que pudiera preguntarle, llegamos al frente de un edificio alto.

—¿Tienes hambre? —me preguntó sacándome de mi mente y asentí—. Este es un restaurante delicioso y es reconocido por tener muchos platos vegetarianos.

—¡Genial! —le respondí entusiasmada, y juntos subimos por el elevador hasta el restaurante.

Era todo lujo, y quedaba en el último piso de la torre. Las luces eran tenues y había

velas que iluminaban el lugar. Las personas eran muy elegantes y parecían ser bastante adineradas, por las ropas que vestían y el lugar en sí.

Los mozos se sorprendieron al ver a Malek y lo atendieron a toda prisa, dándonos un lugar discreto y con una vista alucinante.

Antes de sentarme, me asomé por el gran ventanal para detallar la vista. La ciudad parecía futurista, (similar a la ciudad de Valterra, a la cual nunca fui, pero si observé desde lejos), y había algunos pueblos más al fondo de toda la imagen. El Kastille Veezar se alzaba imponente en el horizonte lejano. Las torres doradas parecían infinitas, y parecía un sol que iluminaba la oscuridad de la noche.

Finalmente, nos sentamos el uno frente al otro, en una mesa elegante justo al lado del ventanal.

Uno de los mozos se acercó y Malek le ordenó una botella de vino y la comida.

—Confía en mí —me comentó—. Te gustará lo que pedí para ti, lo prometo. Sino, puedes cambiarlo.

Asentí, y el hombre se fue con la orden.

—Malek —mi voz sonó más temblorosa de lo que me hubiese gustado.

Necesitaba preguntarle lo que tenía atragantado en el pecho antes de que me volviera loca. Si esperaba el momento perfecto, o sentirme cómoda, me quedaría esperando de por vida.

—Si, dime.

Su postura parecía más relajada que de costumbre, y eso me animó un poco más.

—Necesito hacerte una pregunta... un tanto incómoda —reconocí.

Me miró con curiosidad.

—Lo que quieras.

—Es sobre ... ehm... la ceremonia de...

No me salían las palabras y probablemente en ese momento estaba del color de un tomate maduro.

—La ceremonia de consumación —respondió finalmente por mí, y yo asentí sonrojada.

—¿Existe alguna manera de evitarlo?

—No, lo siento —reconoció—. Es una tradición antigua Cassandra y en parte comenzó a causa de la cantidad de matrimonios arreglados dentro de la corona. Era la única forma de asegurar que el acto de consumación se realizara. Ya que en algunos casos había mucha reticencia entre los cónyuges.

—Yo puedo firmar algo, te juro que lo haré.

—No es por eso, es una tradición y en Bandorvet somos demasiado arraigados a ellas. Lo siento, pero no es posible.

Duramos unos minutos en un silencio incómodo. No sé qué pretendía de esta conversación, pero honestamente no era terminar con las manos vacías y más incertidumbres y nervios.

—Ya que no puedo evitarlo, me gustaría saber qué esperar de ese momento.

—¿Segura que quieres hablar de eso? —me preguntó.

—Segura.

Desde luego que prefería hablar en ese momento, antes de que llegara realmente la hora de la ceremonia y yo no tuviera idea de nada.

—Pues, luego de la fiesta y de la boda, vamos a tener que irnos al salón de

consumación.

Malek estaba sentado con la espalda recta y sus músculos se marcaban bajo su ropa. No parecía en absoluto cohibido por la conversación incómoda que estaba teniendo con su futura esposa.

—¿Eso es un lugar especial o es tipo... tu habitación?

—Es un lugar especial. Se usa sólo para las ceremonias de consumación. Y está hecho especialmente para desatar la lujuria en la pareja.

Me sonrojé aún más si es que eso era posible. A ver, yo no era ninguna santa ni puritana ni mucho menos. Pero nunca había hablado de algo así, menos con un desconocido, menos cuando ese desconocido sería la persona que me acompañaría a dicha ceremonia. Tenía que confesar para mis adentros que una parte muy pero muy interna de mí, tenía mucha curiosidad por todo ese tema.

—Te hablaré claro Cassandra, acá en Bandorvet el sexo no es un tabú. Entiendo que vienes de un lugar muy diferente, del mundo cero y luego de Margadorat, donde todo es mucho más... decoroso, vainilla, tradicional, no sé. Llámalo como quieras.

En ese momento abrió los ojos de par en par y me preguntó angustiado como si acabara darse cuenta de algo horrible.

—¿Eres virgen?

Negué con la cabeza, pero tampoco le expliqué que tan solo lo había hecho algunas veces antes de llegar a Bandorvet y él respiró aliviado.

—Me alegra, la ceremonia de consumación no es el mejor lugar para perder la virginidad.

—Sigues sin decirme como es la ceremonia.

—Bueno, volviendo a ello... la sala de consumación tiene una cama en el centro, y otros espacios para que la pareja pueda congeniar mejor.

Me pregunté a mí misma que tipo de espacios podría tener para “congeniar” mejor.

—Y luego está, el espacio para el Sacerdote.

Ahí sentí un nudo aún más profundo en el centro del estómago.

—Te voy a ser sincero Cassandra y te diré esto directamente para que entiendas de qué trata y te puedas hacer más a la idea. La ceremonia de consumación busca ser un espacio para que la pareja desate su lujuria, y no hay nada que esté prohibido ni que sea tabú, como ya te dije antes. Te diría que saques de tu mente cualquier prejuicio que puedas tener y entiendas que es solo sexo y que en el sexo no hay nada que esté mal visto. En la ceremonia, muchas parejas incluso invitan al Sacerdote a participar —seguramente vio mi cara de pánico porque se apresuró a decir: —pero no es obligatorio, es solo si la pareja de común acuerdo lo consiente. En caso de que no sea así, el sacerdote se limita a observar a la pareja. Eso sí, está siempre en el cuarto hasta que finaliza la ceremonia. No te debes escandalizar si ves al Sacerdote, autosatisfacerse. Te imaginarás que es muy difícil no excitarse y no necesitar alivio ante esa situación.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada, y lamento haber sido un tanto crudo, pero es mejor que sepas ahora cómo será, antes de que te tome desprevenida.

—Lo entiendo totalmente, es más, agradezco que seas honesto. Ehmm... ¿a ti te gustaría?

—¿La ceremonia? —preguntó— eres una mujer muy hermosa Cassandra, no voy a negar que...

—Me refiero a involucrar al Sacerdote... eso que dijiste de que a veces, ya sabes... participa.

—Creo que es algo que se debe desarrollar naturalmente en el momento. Si hay química entre el Sacerdote y nosotros. Entonces supongo que sí.

—¿Y no tienes miedo que no haya química entre nosotros? Ya sabes, que no funcione eso... —lo miré sin querer hacia la entrepierna y a él se le escapó el inicio de una carcajada.

—Imposible. Como ya te he dicho, eres una mujer muy hermosa. Y, además, si bien sospecho que tu corazón no está disponible... —¿por qué diría eso? ¿acaso tan evidente era yo? — por lo menos no por ahora, presiento que la química no será un problema entre nosotros *Cassandra*.

La forma en que pronunció mi nombre me estremeció. ¡Por Dios! Esta conversación me estaba ¿excitando? ¿Qué diablos me pasaba?

¿Cómo sabía que mi corazón no estaba disponible? ¿Era posible desear también a otro hombre? Estaba demasiado confundida.



CAPÍTULO 54

BALTAZAR

—¿Cómo vamos a jugar nuestras cartas? —me preguntó Olivia en su habitación. Había quedado muy angustiada luego del reciente descubrimiento.

—Si Maximus está detrás de todo esto, la situación es más preocupante de lo que pensábamos —respondí— y no porque no podamos contra él, sino que tiene una posición de mucho poder y no sabemos hasta qué punto hay gente y soldados involucrados en los atentados.

—Tampoco sabemos el motivo. No tiene sentido que sea él, realmente —agregó Olivia, con un deje de frustración bastante notorio en su tono de voz.

Luego de que habíamos visto a Maximus aquel día, habíamos vuelto de inmediato al Castillo Veezar, y acordado no decir nada hasta estar seguros y tener un plan de acción.

—¿Crees que tu padre nos crea?

No debíamos ignorar la posibilidad de que Ronan no creyera en nuestra palabra. A fin de cuentas, no teníamos pruebas sólidas, sólo habíamos escuchado una conversación demasiado sospechosa en un lugar demasiado sospechoso. Y bueno claro, también estaba mi maravillosa intuición que me decía a gritos que estábamos en lo correcto. Pero esos elementos no eran ni de cerca pruebas contundentes. Además, nos faltaba lo más importante: un motivo. ¿Qué motivo podría tener Maximus para atentar contra Olivia? Tenía uno de los cargos más importantes del reino y además tenía tantos banirs que probablemente le alcanzarían para vivir tres vidas repletas de lujos.

—¡No lo sé! —respondió ella afligida— mi padre confía demasiado en él. No sé si me crea y menos sin pruebas. Quizás lo mejor es no decir nada por ahora.

—Creo que Jacobo y John deberían saberlo —repliqué, al tiempo que acorté el espacio entre nosotros.

Ambos estábamos de pie, caminando en el espacio vacío de su habitación, mientras tratábamos de hilar ideas y un plan de acción.

—¿Y si dicen algo? —abrió sus hermosos y perfectos ojos grises con temor— quizás es lo mejor seguir investigando y no decir nada aún.

El vestido de seda ceñido a su figura curvilínea de color plata me estaba desconcentrando un poco.

—Ellos nos pueden ayudar princesa, —me acerqué un poquito más. No había un motivo real para hacerlo. Sólo las ganas que tenía de volver a tocar su piel, como lo había hecho aquella noche para interpretar el papel—. Yo confío en ellos, no dirán nada.

Suspiró y me miró con más intensidad, pero sin alejarse. Por el contrario, dio un paso más en mi dirección.

—Está bien —respondió finalmente—. Hablaremos con ellos, pero tenemos que hacerlo sin que nadie más sospeche.

—Yo me encargo —respondí.

Asintió con la cabeza, sin dejar de mirarme.

No me olvidaba de lo que me había dicho Olivia aquella noche, ni la conversación que habíamos tenido.

“¿Qué tienes ganas de hacer?”

“¿Además de descubrir quien trata de asesinarme?”

“Exacto, además de eso”

“No estás listo para esa respuesta, Baltazar.”

“Yo nací listo Olivia ¿Qué tienes ganas de hacer?”

“Si descubrimos quien quiere matarme, **prometo te lo diré**”

Habíamos descubierto a la persona, aunque aún no pudiéramos probarlo, y me moría de ganas de saber lo que tenía la princesa para decirme, y si esta vez reculaba o no.

—Lo tenemos —le dije, antes de poder analizar a dónde podría llegar esta conversación y las posibles -y probablemente fatídicas- consecuencias.

Ella sólo asintió, sin dejar de mirarme. Algo en su mirada había cambiado, y en el ambiente también. La respiración de ambos se había acelerado un poco. ¿Estaría ella pensando lo mismo que yo?

—¿Sabes lo que significa eso? —insistí.

Se mordió el labio inferior, como si estuviera pensando qué responder.

—¿Qué tenemos que buscar más pruebas? —preguntó inocentemente, aunque algo me decía que de inocente no tenía ni un pelo.

—No —respondí a secas.

—¿Entonces qué? —replicó ella con las mejillas sonrojadas.

—¿Te olvidaste de nuestra conversación de aquella noche princesa? —dije al tiempo que daba un paso más cerca de ella. Ahora estábamos muy cerca—. Porque no parece ser el tipo de personas que se olvida de las cosas, y menos de las promesas.

—No lo soy —respondió con honestidad y en sus ojos vi que sabía exactamente de qué estábamos hablando—. Pero, ya no estamos disfrazados fuera del Castillo Veezar.

—¿Y? —yo sabía exactamente por qué eso cambiaba las cosas, pero a esta altura, honestamente me importaba una mierda.

—Que... —siguió hablando, dubitativa—, ahora no podré hacer aquello que tenía tantas ganas de hacer esa noche —confesó.

—¿Sólo esa noche? —insistí—. ¿Sólo tenías ganas de hacer algo *esa* noche? —me acerqué un poco más. Ahora estábamos tan cerca que sentía su dulce y cálido aliento. Estaba inclinado sobre ella, y a su vez, ella miraba hacia arriba, hacia mí. —Es decir, que hoy. Que ahora. ¿No tienes ganas de hacer aquello que querías hacer esa noche?

Exhaló el aire que tenía contenido en los pulmones y sus mejillas se tiñeron de un rosa intenso.

No me respondió. No me dijo nada. Simplemente se colocó en puntillas, acortó el poco espacio que nos separaba, y unió sus dulces y suaves labios a los míos.

Si antes me gustaba la princesa Olivia Aldahir, estaba total y completamente seguro que luego de probar sus labios, no habría vuelta atrás.

Presioné los míos en respuesta, y con desesperación introduje mi lengua en búsqueda de la de ella. Tomé su cuerpo entre mis manos, y presioné sus caderas con deseo y anhelo.

Ella emitió un sonidito que me terminó de volver loco y necesitaba decirle lo que estaba causando en mí.

—Quería hacer eso desde el primer puto segundo en que te vi —susurré contra sus labios.

Se alejó un poco para mirarme bien a los ojos antes de responder: —Yo me estaba volviendo loca por probarte, desde que entré a aquella habitación y posé mis ojos en ti —creí que la polla rompería mis pantalones de batalla—. Pero luego Baltazar, que comencé a

conocerle realmente... luego de allí no sólo he querido probarte. He querido y quiero mucho más que eso. Y eso es muy peligroso, porque no puedo tenerlo.

Mierda, el corazón me había dado un vuelco y estaba absolutamente seguro que se saldría de mi puto pecho en ese momento.

—Me vas a matar —le di un beso profundo antes de decirle: —Y lo que más me mata es que siento exactamente lo mismo Olivia. Quiero probar y conocer mucho más que tu cuerpo.

Había tenido mujeres antes en mi vida. Muchas relaciones casuales por aquí y por allá. Pero nunca antes había involucrado algún sentimiento. De alguna forma que no podía entender, en pocas semanas Olivia había derrumbado mis barreras y había calado muy dentro de mí. Y lo que era más incomprensible aún, era que ella sentía lo mismo por mí.

Iba a hacerla mía en ese mismo momento y buscaríamos la manera de estar juntos. Me aseguraría de ello.

La voz de la pequeña Jennah y de Thorin resonó desde la habitación principal y nos separamos de inmediato, justo a tiempo antes de que entraran en la habitación de Olivia.

Jennah no se daría cuenta de nuestras respiraciones agitadas, ni de la enorme figura que se marcaba en mis pantalones y que intenté ocultar por todos los medios, ni de los labios rojos e hinchados que teníamos. Pero Thorin sí.

CAPÍTULO 55

CASSANDRA

El día de mi boda había llegado. Y lo único que me ilusionaba de esa situación era que eso significaba que estábamos a muy pero muy poco de poder atacar a los falsos reyes.

—Hija —la voz de mi padre se filtró por el umbral de mi puerta. Yo ya me encontraba lista para el evento.

—Pasa.

Ingresó a mis aposentos y sin duda alguna vestía como un rey. Llevaba un traje de color crema con toques dorados y una corona sobre su cabeza. Me miró y en sus ojos pude ver un sentimiento muy parecido a la culpa.

—Estás muy hermosa —me comentó. Yo llevaba un vestido blanco ceñido al cuerpo, simple pero elegante, y obviamente seductor, que realzaba las mejores partes de mi figura. El cabello lo tenía recogido en una trenza y sobre mi cabeza se posaba también una corona.

—Gracias —le sonreí y me acerqué a abrazarlo—. Por favor quita esa cara. No es tu culpa nada de esto y Malek es un buen hombre.

—No quería para ti esto. No quería que tuvieras que dar tu vida por nosotros.

—No estoy “dando mi vida”, no exageres —le dije eso para que no se sintiera mal, pero casarme por obligación si era una forma de dar la vida—. Sólo me casaré con Malek y podremos liberar a nuestro reino. Es un precio bajo por la recompensa que tendremos a cambio.

Una sonrisa leve apareció en su rostro y una lágrima escapó de sus ojos avellana.

—Tu madre estaría demasiado orgullosa de ti. No puedo ni creer que seas real. Que seas todo lo que siempre soñamos. Sé que nunca te he dicho esto Cassie, pero quiero que sepas que te amo. Y que pasaré lo que me queda de vida tratando de recuperar el tiempo perdido.

Una sensación que no supe reconocer se instaló en mi pecho y en ese momento tuve muchísimas ganas de lanzarme a llorar. Pero no lo hice. Lo que sí hice fue abrazarlo fuerte y decirle: —Te quiero papá.

—Siempre estaré para ti, pequeña.

—Lo sé. Y yo para ti.

Nos separamos y él se quedó unos segundos mirando a la habitación, y mí, antes de preguntarme: —¿Has leído las cartas de tu madre?

No quería decepcionarlo, pero honestamente no me había sentido emocionalmente disponible para hacerlo. No le quería mentir.

—No. Aún no.

—Entiendo —dijo intentando ocultar la decepción.

—Quiero hacerlo, sólo que no sé si estoy preparada para hacerlo —confesé.

—No te preocupes hija. No te quiero presionar, sólo quería saber. Hay una sobre el día de nuestra boda, pensé que quizás te haría bien leerla.

—Gracias —le sonreí— te prometo que tan pronto las lea te lo contaré y te las devolveré.

Levantó las manos en negación: —Oh, no quiero que me las devuelvas, son todas tuyas. Pero sí me gustaría que me cuentes cuando las hayas leído.

—Así será.



Ingresé al templo al compás de la música, y tal como había adelantado Xelena, las mujeres se hallaban de un lado del salón, y los hombres del otro. Sin mezclarse.

Malek se encontraba vestido espléndidamente y con su rostro serio, al final del camino de rosas y tras de él, los tres Altos Sacerdotes que llevarían a cabo la unión. Yo caminaba sola, las bodas no eran como en las películas de la Tierra. Mi padre se hallaba en el sector de los hombres y al lado de él, Jacobo. Nuestras miradas se cruzaron por algunos segundos y pude ver el dolor en sus ojos. Quitó la mirada rápidamente y yo hice lo mismo.

«*Vista al frente Cassandra. Tú puedes.*»

Caminé a paso firme hacia el altar, mientras detallaba a los tres hombres frente a mí. Todos parecían jóvenes, pero en Nerea nunca se podía saber a ciencia cierta.

El de la izquierda tenía el pelo color platino, casi blanco. Pero no eran canas, sino su color de pelo. Era blanco como la leche y tenía cara de adolescente. Parecía mucho menor que yo. Era el menos alto de los tres.

El de la derecha era esbelto y alto. Llevaba el cabello marrón recogido en una coleta alta, y su barba estaba recortada perfectamente.

Finalmente, el Alto Sacerdote Máximo, era rubio y tenía un tono de piel como bronceado. Su mirada era profunda y era el más alto de los tres. Parecía tener un físico trabajado, o por lo menos eso era lo que parecía debajo de las túnicas negras que llevaban los tres.

Una vez que llegué junto a Malek, se colocó frente a mí y me tomó de la mano. Se irguió a mi lado y me susurró para que solo yo pudiera escucharlo: —Todo estará bien, sólo déjate llevar hoy.

Me estremecí. No sabía reconocer las emociones que inundaban mi cuerpo.

Pensaba en que Jacobo estaba a pocos metros presenciando todo y sentía que se me partía el corazón en mil pedazos. Por otro lado, estaba nerviosa y aterrada por lo que sucedería esa noche. No me había animado a ver mi vida pasado este día. Para mí, mi futuro consistía en lograr esto para poder liberar a Margadorat, pero realmente no tenía una visión de mi futuro con Malek más allá de eso. Era extraño.

—Estamos aquí reunidos, para celebrar la unión matrimonial entre el príncipe de Bandorvet Malek Aldahir y su prometida, la princesa de Margadorat Cassandra Baltich Blancherd.

Unos cantos extraños comenzaron a resonar desde un coro a nuestras espaldas, y la multitud que había asistido a la boda estaba en total silencio.

—Esta unión no sólo unirá a los príncipes en sagrado matrimonio hasta que la muerte los separe. Sino que unirá a los reinos de Margadorat y Bandorvet en una alianza eterna.

El hombre de cabello platinado comenzó a susurrar unas palabras que no se lograban entender, mientras agarraba la mano de los otros Sacerdotes.

—Malek Aldahir —dijo finalmente el rubio nuevamente—. ¿Acepta usted por esposa a Cassandra Baltich Blancherd? Para honrar las tradiciones del reino eternamente, y procrear a las futuras generaciones.

O sea, a esta gente lo único que le importaba era el sexo y la procreación.

—Acepto —la voz grave de Malek me retornó a la realidad.

—Cassandra Baltich Blancherd. ¿Acepta usted por esposo a Malek Aldahir? Para honrar las tradiciones del reino eternamente, y procrear a las futuras generaciones.

Se me vinieron a la mente un sinfín de imágenes. Jacobo, mis amigos, mi familia, Evan... mi cerebro trabajaba a toda potencia como logrando conseguir algo, así sea algo mínimo que me sacase de esta situación, pero la realidad era que ese algo no existía. Mi destino era este. Por cruel que fuera.

—Acepto.

—A partir de este momento, y hasta que la muerte los separe, quedan unidos en sagrado matrimonio eterno. Puede besar a la novia.

Malek se acercó a mí y su perfume me inundó. Me tensé ante los nervios. Aunque era una estupidez ponerse nerviosa por un beso cuando en unas horas íbamos a estar haciendo cosas mucho más perversas. Pero esas cosas no las estaría viendo Jacobo a solo unos pasos.

Acercó sus labios a los míos y me dio un beso tan corto que apenas podía llamarse beso. Le agradecí con la mirada y él me sonrió sutilmente.

—Queridos invitados, a partir de este momento, podrán mezclarse entre ustedes y asistir a la fiesta de celebración que se realizará en el salón conjunto.

Malek me tomó la mano y nos giramos a enfrentar al público. No creía que fuera capaz de mirar a Jacobo a los ojos. Sentí un alivio cuando no lo vi entre la multitud.



La fiesta era tal como la hubiese imaginado. La música distendía el ambiente y las personas comenzaron a comer y a tomar de las bebidas que pasaban los sirvientes.

Había tantos rostros que no conocía y que se acercaban a saludarnos y a felicitarnos que estaba completamente abrumada. En el medio de eso, intentaba ubicar algún rostro conocido. Especialmente el de Jacobo. No sabía para qué, sólo para torturarme a mí y a él. ¿Cómo rayos era posible que todo realmente se hubiera acabado entre nosotros? Necesitaba verlo. Necesitaba hablar con él así fuese una última vez. Un último beso.

Me excusé con mi (ahora esposo), y comencé a recorrer el salón y los pasillos en su búsqueda, pero no lo encontré.

Vi a las pocas personas y amigos que había invitado: Evan, Valentino y su familia, Elba, Baltazar y Olivia, Thorin y Jennah, y algunos más. Pero por ningún lugar podía ubicar a Jacobo. Elica tampoco estaba. ¿Estarían juntos?

¿Jacobo se habría dado cuenta que ya no podía tenerme y se iría con ella? No quería pensar en eso. Se me revolvía el estómago de pensar en eso. Él me había dicho que no la veía de esa forma y ella parecía estar fraternizando bastante bien con Evan.

¿Qué tan egoísta podía ser para pensar en eso cuando yo estaba en mi boda con otro hombre?

No sé si saben, pero los humanos -e incluso las criaturas mágicas- necesitamos tiempo para procesar las cosas, los traumas y los eventos capaces de cambiarte la vida. Pues eso era algo que yo no había tenido y realmente, estaba causando estragos en mi psiquis. Tanto así que no sabía qué pensar, ni mucho menos qué sentir.

Finalmente me rendí de mi búsqueda infructuosa, y demasiado pronto llegó el momento de la verdad. Malek se acercó a mí nuevamente.

—Hora de irnos —me susurró al oído. El Alto Sacerdote (el rubio) se encontraba junto a él.

—Los escolto, altezas —comentó el hombre que seguía con aquella túnica negra.

Malek asintió y yo seguí a los dos hombres, con el estómago revuelto de los nervios, las piernas temblando y muchas náuseas.

El ruido de la fiesta quedó en el olvido, mientras caminábamos por los pasillos del Kastille Veezar. Evidentemente el salón de la consumación quedaba en lo alto, porque tuvimos que subir varios pisos antes de llegar.

Finalmente lo hicimos, y una gran puerta de color vinotinto apareció frente a nosotros.

—El primero en ingresar será Ciro. Él se encargará de preparar todo y nos avisará para que entremos, ¿de acuerdo?

Asentí.

Ciro, (el Alto Sacerdote), ingresó al salón de consumación. A los pocos segundos una música sensual comenzó a emerger del salón, y Ciro abrió la puerta.

—Pueden pasar —comentó.

Malek me colocó la mano en la parte baja de la espalda, y me impulsó a ingresar al salón de consumación junto a ellos.

El lugar efectivamente parecía ser hecho para tener sexo. Todos los mobiliarios y adornos eran en colores rojos, negros y blancos. Las luces eran tenues y la música provocadora. Había un jacuzzi con agua caliente del cuál salía un vapor que inundaba todo el lugar. En el centro había una cama circular. Además del jacuzzi y la cama, había un sofá de terciopelo, un bar con bebidas y algunos pufs y sofás adicionales. Un gran ventanal con vista al bosque bordeaba el salón. Esto era lo más extraño que había vivido nunca. Sentí un calor en mi entrepierna ante la expectación, e inmediatamente después una punzada de dolor en el pecho. No me podía quitar de la mente que era una traición terrible lo que estaba por hacer.

¿Era un mecanismo de defensa de mi subconsciente sentir algo allí abajo? ¿hacerme sentir excitada porque no tenía escapatoria a lo que iba a pasar? ¿o simplemente me gustaba la idea de hacerlo? La verdad, no me iba a poner a pensar en eso.

El Sacerdote se colocó en un sofá alejado, pero sin quitarnos los ojos de encima.

—¿Te ofrezco algo de beber? —me preguntó Malek.

—Si por favor —le respondí.

—Ponte cómoda. Hay un baño por si necesitas ir —señaló con la cabeza una puerta que quedaba detrás del jacuzzi.

—No es necesario, gracias.

Sirvió dos copas de la bebida espumante de sabor a coco, y me entregó una.

Bebí el contenido de la copa de un sorbo. Necesitaba alcohol si quería ser lo suficientemente valiente para lo que sucedería a continuación.

Malek tomó mi copa, me sirvió otro trago, me lo entregó y se puso a mi espalda.

Con una mano, recorrió mi brazo lentamente hasta llegar a mis hombros.

—Ya que no puedo evitar que esto suceda, prometo hacerlo lo más placentero para ti, Cassandra.

Me estremecí. Mientras Malek me susurraba eso a mis espaldas, Ciro nos observaba fijamente. Sus ojos azules no dejaban de verme, de recorrer mi cuerpo. Ya se había quitado la túnica y llevaba sólo unos pantalones de seda. No tenía nada puesto de la cintura para

arriba, y su torso esculpido había quedado a la vista.

Prontamente sentí como unos labios se posaron en mi cuello, y la cercanía del cuerpo de Malek. Su erección se sintió contra mi espalda y decidí dejarme llevar. De nada serviría torturarme. Lo mejor que podría hacer sería disfrutar de ese momento y ya.

Me curvé y lo dejé acceder a mi cuello. Comenzó a besarlo y morderlo, y bruscamente me dio la vuelta. Me tomó el rostro entre sus manos y esta vez me besó de verdad.

Su boca chocó con la mía y su lengua ingresó entre mis labios. Le devolví el beso, y sentí como emitía un gruñido ahogado.

—¿Estás bien? —me preguntó al separarse un poco de mí. Y yo asentí. Él se mordió el labio inferior y me besó nuevamente.

Puso sus manos en mi espalda y lo próximo que supe era que mi vestido estaba destrozado y en el suelo.

—Mucho mejor —murmuro sobre mis labios.

Me alzó en sus brazos como si fuera de papel y me llevó hacia la cama.

—Sé una buena chica y acuéstate.

Traté un poco de ignorar la mirada de Ciro, pero cada tanto mis ojos se cruzaban con los suyos.

Sólo tenía puesta lencería de encaje de color blanco.

Me senté sobre el colchón, mientras Malek me observaba con deseo. Jacobo seguía filtrándose por mis pensamientos, y yo seguía intentando bloquearlo.

«Déjate llevar. No estás haciendo nada malo. Él haría lo mismo en tú lugar. Este hombre es tu esposo».

—Abre las piernas —me ordenó al colocarse entre ellas de rodillas frente a mí. Su cara estaba peligrosamente cerca de mi centro palpitante.

Lo obedecí velozmente.

Tomó mis muslos con sus fuertes manos y se hundió en mi centro.

No pude evitar arquearme hacia atrás, al tiempo que su lengua me recorría sin piedad y cuando pude levantar la vista, observé a Ciro que nos miraba con una lujuria desbordante, al tiempo que se acariciaba el miembro erecto sobre su pantalón de seda.

Estaba demasiado excitada y evidentemente había algo mal en mí porque dudaba sobre si quería que Ciro se uniera a esta locura. Me dije a mí misma que me sentiría como una basura si lo hacía, por lo que descarté inmediatamente la opción.

Un gemido se escapó de mi garganta, y sentía como un calor intenso se iba concentrando en mi centro.

Malek se alejó y comenzó a besarme cada centímetro de mi cuerpo, mientras yo jadeaba.

De pronto, se puso de pie y comenzó a desvestirse. Observé el cuerpo ahora desnudo de Malek y no me sorprendió lo que vi: músculos, poder, cicatrices y un pene erecto que parecía que iba a explotar.

Esta vez Malek se acostó junto a mí en la cama, y comenzó a acariciar mi centro palpitante con sus fuertes manos.

Pasaron unos minutos, mientras nos tocábamos y besábamos. Retiró su mano de mi interior, y se colocó sobre mí, preparado para...

¿Qué?

Me costó entender lo que estaba sucediendo. De un momento a otro sentí como si me

estuviera despertando de un sueño.

Abrí los ojos, pero... se suponía que no los tenía cerrados. La cuestión era que los abrí y lo que vi fue el techo de la habitación. Bajé la mirada y... ya va, no tenía sentido. Yo estaba vestida, Malek a mi lado también lo estaba y ambos nos veíamos con confusión. Pero lo que hizo que finalmente sintiera que me estaba volviendo completamente loca fue ver a Jacobo, Elica y Amelie de pie al fondo de la habitación.

Ellos tres comenzaron a correr hacia el ventanal que daba al bosque.

¿Qué diablos? ¿me había vuelto loca de verdad?

Segundos después, unas detonaciones me ensordecieron. Gritos. Ciro y Malek se pusieron de pie velozmente, con una gran expresión de confusión en sus rostros. ¿Qué rayos había sucedido? No entendía absolutamente nada. Los seguí instintivamente sin poder hablar, y finalmente mis ojos se posaron en la ciudad detrás del vidrio. En ese momento sentí que mi mundo se venía abajo.

Las Legiones Reales de Margadorat estaban atacando Kastille Veezar. Eso se suponía que era imposible. De alguna manera nos habían encontrado, habían cruzado el mar de Sorya y habían hecho su jugada. La guerra había comenzado.

JACOBO

Durante las semanas que habíamos estado en Bandorvet, había tratado de pensar junto a John una manera de evitar la boda de Cas y Malek, pero una y otra vez habíamos llegado a la conclusión de que era imposible.

Si hacíamos algo para impedir la boda, la alianza se caería y Ronan no sólo retiraría las tropas que había puesto a nuestra disposición, sino que además nos mandaría devuelta a Margadorat sin ningún tipo de ayuda. Moriríamos. Moriríamos nosotros y el reino estaría acabado para siempre.

Éramos el último eslabón de la esperanza para millones de vidas inocentes.

La única forma era que se casaran o... que creyeran que lo habían hecho. Sin la ceremonia de consumación, el matrimonio sería inválido. Fue allí cuando se me ocurrió una idea.

Años atrás, mis padres me habían enseñado un hechizo tan poderoso como peligroso. Lo habían sacado también de libros prohibidos a los cuáles sólo ellos tenían acceso, y era llamado el *“ilusionis sensatiore”*.

Básicamente, lo que hacíamos era insertar en el cerebro de otras personas, eventos que queríamos que creyeran que estaban viviendo, y también las sensaciones asociadas a esos eventos. Lo que pasara realmente en sus mentes, tenía que ver un poco con cómo reaccionarían en la realidad esas personas ante circunstancias similares, por lo que no es que insertábamos imágenes puntuales, sino eventos... circunstancias.

Debíamos ser tres personas, para que cada uno pudiera controlar los eventos que insertaríamos en Cas, Malek y el Alto Sacerdote. Ellos debían creer que la ceremonia de consumación se había realizado, aunque no era lo que estaba sucediendo en la realidad. Llegado el momento, y una vez que liberásemos Margadorat, confesaríamos lo que habíamos hecho y le ofreceríamos a Ronan otro tipo de alianza para defender a Bandorvet de los ataques de Argazar y Nordenard.

Ellos en sus cabezas, creían que estaban realizando la ceremonia, pero en verdad sólo estaban acostados en la cama, y el Sacerdote en el sofá, sumidos bajo los efectos del hechizo.

Me había costado horrores que Elica me ayudase, pero finalmente lo había conseguido. Amelie había aceptado fácilmente a pedido de John.

Habíamos practicado incansablemente durante los últimos días, y todo había salido bien.

Debíamos repetir las palabras sin cesar para que funcionara el hechizo, y visualizar el evento en cuestión, pero un estruendo hizo que perdiésemos la concentración.

Mierda.

Mierda.

Put a mierda.

Esto no debería estar pasando. ¿Cómo podríamos justificar la presencia de nosotros tres en el salón de consumación?

Las miradas de Malek y Cassandra al vernos lo decían todo: no estaban entendiendo absolutamente nada de lo que pasaba.

Los estruendos siguieron y nos hicieron a los tres voltear hacia los ventanales. Ahora también había gritos.

Me di cuenta que lo que pensaran Malek, Cas y Ciro importaría poco, cuando a nuestras narices estábamos viendo como las Legiones Reales de Margadorat de alguna forma habían logrado llegar hasta Veezar y atacar la ciudad y el Kastille Veezar.

Nosotros queríamos ganar la guerra, pero la guerra había llegado demasiado pronto y en el lugar equivocado.

NOTA DE AUTOR

Cualquier parecido con la realidad NO es pura coincidencia.

Este libro llega en un momento particular que vive mi país, Venezuela. Cuando comencé a escribir los Reinos de Nerea: El Origen, mi inspiración principal para relatar el reinado de tiranía de Adrien y Helene, fue la dictadura que gobierna mi país hace décadas. Creo que cualquier venezolano que lea estos libros, podrá encontrar semejanzas con nuestra propia historia. Justamente escribo estas páginas mientras en mi país ha ocurrido el fraude electoral más grave de la historia de la humanidad, y mientras asesinan y secuestran personas inocentes por el simple hecho de pedir paz y justicia. Por exigir la libertad de todo un país y por luchar incluso en momentos en que la esperanza pende de un hilo.

Recuerdo como si fuera ayer, cuando tan sólo era una pequeña niña y muchos decían que, si seguíamos así, terminaríamos como Cuba, o peor. La respuesta típica en esos momentos era: “eso es imposible”; “jamás podríamos llegar a ser una dictadura”; “se acabará antes”; “a nosotros no nos va a pasar eso”.

Spoiler alert: no fue imposible, llegamos a ser una dictadura, no se ha acabado y nos pasaron cosas mucho peores de las que pudimos imaginar.

Por eso, este libro es en agradecimiento a ti: Venezuela, y a ustedes: héroes que han perdido la vida luchando por la libertad, y a aquellos que aún lo hacen y que lo seguirán haciendo hasta que la alcancemos.

Venezuela me dio los mejores años de mi vida, los más lindos recuerdos de mi infancia y tiene tanto para darle al mundo... sólo necesita sanar sus heridas y que la dejen libre. Que nos dejen libres a todos.

Esta no es la primera vez que mueren personas por luchar por nuestra la libertad, pero si espero que sea la última.

Gracias a ustedes, a los caídos, a los héroes y a quienes alzan las voces por los que no pueden.

OSCAR PÉREZ
BASSIL DA COSTA
JUAN CARLOS MONTOYA
ROBERT REDMAN
NEOMAR LANDER
JOSÉ ERNESTO MÉNDEZ
GÉNESIS CARMONA
LUZMILA PETIT DE COLINA
JULIO EDUARDO GONZÁLEZ PINTO
DELIA ELENA LOBO
ARTURO ALEXIS MARTÍNEZ
ELVIS RAFAEL DURÁN DE LA ROSA
JOSÉ ALEJANDRO MÁRQUEZ
GERALDINE MORENO
WILMER CARBALLO AMAYA
JIMMY VARGAS
ANTONIO JOSÉ VALBUENA MORALES
JOAN QUINTERO
EDUARDO ANZOLA
MARÍA JULIETA HEREDIA
GIOVANNI PANTOJA
DEIVIS DURÁN USECHE
LUIS GUTIÉRREZ CAMARGO
JOSÉ GREGORIO AMARIS CASTILLA
ACNER ISAAC LÓPEZ LYON
GISELLE RUBILAR
DANIEL TINOCO
JESÚS EDUARDO ACOSTA

RAMZOR BRACHO
GUILLERMO SÁNCHEZ
JOSÉ GUILLÉN ARAQUE
FRANCISCO MADRID
ANTHONY ROJAS
JHON CASTILLO
WILFREDO REY
ARGENIS HERNÁNDEZ
JESÚS LABRADOR
ADRIANA URQUIOLA
MIGUEL ANTONIO PARRA
LUIS ALBERTO ROMERO MONCADA
ROBERTO ANNESE
MARIANA CEBALLOS
JOSÉ DAZA
JOSÉ STEVEN COLINA
JOSUE FARIAS
JUAN PABLO PERNALETE LLOVERA
JAIR JOHAN ORTIZ BUSTAMANTE
DANIEL ALEJANDRO QUELIZ ARACA
MIGUEL ÁNGEL COLMENARES MILANO
GRUSENY ANTONIO CANELÓN SCIRPATEMPO
BRAYAN DAVID JIMÉNEZ PRINCIPAL
CARLOS JOSÉ MORENO VARÓN
NIUMAR JOSÉ SANCLEMENTE BARRIOS
PAOLA ANDREINA RAMÍREZ GÓMEZ
JESÚS ASDRÚBAL SARMIENTO
ALBERT ALEJANDRO RODRÍGUEZ APONTE
RAMÓN ERNESTO MARTÍNEZ CEGARRA
FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ NÚÑEZ
KEVIN STEVEN LEÓN GARZÓN
MERVIN FERNÁNDEZ GUITIAN DÍAZ
JAIR RAMÍREZ
ROBERT JOEL CENTENO BRICEÑO
WILLIAM HERIBERTO MARRERO REBOLLEDO
JONATHAN MENESES
ROMER STIVENSON ZAMORA
KENYER ALEXANDER ARANGUREN PÉREZ
ELIO MANUEL PACHECO PÉREZ
YORGEIBER RAFAEL BARRENA BOLÍVAR
DANIEL GAMBOA
ESTEFANY TAPIAS
ÁNGEL LUGO SALAS
NATALIE MARTÍNEZ
MANUEL PÉREZ
JOSÉ RAMÓN GUTIÉRREZ
ALMELINA CARRILLO VIRGÜEZ
JESÚS LEONARDO SULBARÁN
RENZO JESÚS RODRÍGUEZ RODA
ORLANDO JOHAN JOSEF MEDINA ÁGUILA
LUIS ALBERTO MÁRQUEZ
CHRISTIAN HUMBERTO OCHOA SORIANO
EYKER ROJAS
CARLOS ARANGUREN
ANGEL ENRRIQUE MOREIRA
ANA VICTORIA COLMENARES DE HERNÁNDEZ
MARÍA DE LOS ÁNGELES GUANIPA BARRIENTOS
YONATHAN QUINTERO
ARMANDO CAÑIZALES
GERARDO JOSÉ BARRERA ALONSO
CARLOS MORA
LUIS ELOY PACHECO
HECDER LUGO
MIGUEL MEDINA
ANDERSON DUGARTE
MIGUEL CASTILLO BRACHO
LUIS ALVIARES CHACON
DIEGO HERNANDEZ
YEISON MORA
DIEGO ARELLANO
JOSE GUERRERO
MANUEL CASTELLANOS

PAUL MORENO
DANIEL RODRIGUEZ
JORGE ESCANDON
ALIXON OSORIO DOS SANTOS PIZANI
STEFANY MAHOLY LAYOY NATERA
FRANKLIN ALEXÁNDER FIGUERA
CARLOS ALFREDO OLIVARES BONALDE
CLEINER JOSÉ ROMERO
LUISDY BOLÍVAR
ÁNGEL TOVAR
YEIMBERT JOSÉ RANGEL
EFRÉN SANDALIO CASTILLO
YHONNY ALEJANDRO HERNÁNDEZ OJEDA
EDWAR JOSÉ MARRERO
GUSTAVO RAMIREZ
WILMER MENDOZA
IVAN ANTONIO ALVAREZ FERNÁNDEZ
JUAN RAFAEL MEDINA TORRES
LUIGI GUERREO OVALLES
JHONNY JESUS PACHECO VEGA
NICK SAMUEL BORGES
YESKARLY JOSÉ GIL
EMMANUEL ZAMBRANO
FRANCISCO ACOSTA
ANDRÉS RAFAEL RODRÍGUEZ OLIVEROS
PEDRO DÍAZ
KEVIN ANTONIO CÁRDENAS BLANQUEZ
LUIS ALBERTO MARTÍNEZ
GERMÁN COHEN
RAEL ALABBI
YOHNI JOSÉ GODOY BUITRAGO
FRANK DAVID CORREA GUTIERREZ
ADÁN PÉREZ
LUIS FRANCISCO PEREZ
ROBERT CABELLO
DANIEL VÉLIZ
ALFREDO NÚÑEZ
MOISÉS ARAUJO
JULIO VALERIO GARCÍA
JESÚS TOVAR
JHON ALEJANDRO GRATEROL MENDOZA
ISAÍAS FUENMAYOR
OLINGER MONTAÑO
ANTONI CAÑIZALEZ
JEISON JAVIER BRACHO MARTINEZ
RANCES IZARRA
CARLOS PORRAS
JESUS R. MEDINA P.
JOSÉ ANTONIETA TORRENT
ANTHONY DAVID MOYA MANTÍA

Y TODOS LOS QUE FALTEN...

Continuará...